
JAQUE MATE
AL ESPÍA
TOP SECRET
CLASSIFIED
EYES ONLY
RUBÉN AZORÍN ANTÓN

Título: Jaque mate al espía
© Rubén Azorín Antón

Julio de 2026
ISBN: 9798187060156
Sello: Independently published

Maquetación: Maiki Niky Design (Rosa Ceballos)
www.maikinikydesign.es

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibido sin autorización previa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

1967

NEWARK, NUEVA JERSEY

1

MORGAN BLAKE

Aquella mañana el aire helado cortaba como un bisturí. Llevaba siete amaneceres consecutivos vigilando desde Branch Brook Park. Mi objetivo solía salir temprano, aunque sin una hora fija. Esto me obligaba a madrugar. Lo cierto es que, si le hubiese perdido el rastro algún día, no habría pasado nada en absoluto; sus movimientos eran predecibles. Aun así, prefería no quitarle los ojos de encima. De hacerlo, mi mente se vería atrapada recreando sus pasos una y otra vez, obsesionada con demostrar que mis cálculos sobre su rutina eran los correctos.

El caso estaba resuelto. Simplemente estaba esperando una prueba física para entregar a mi clienta. Una foto, una factura… Cualquier evidencia material que pudiera presentar ante el juez y que despejara toda sombra de duda. Era solo cuestión de tiempo hacerme con ella. Los delincuentes siempre cometen errores. Siempre.

El sospechoso vivía justo enfrente de las ocho mesas de ajedrez del parque. Me subí las solapas del abrigo y me dirigí hacia ellas. No era una elección al azar: desde allí gozaba de un ángulo de visión directo y despejado hacia su portal. Era el camuflaje táctico perfecto para vigilar y, admitámoslo, la excusa ideal para ceder a mi vieja debilidad. Sonreí levemente al comprobar que, como esperaba, no estaba solo en el parque. Sentado en una de las mesas había un anciano con boina y parka.

Había estado allí los últimos seis días y llegué a preguntarme si dormiría en el parque. El ajedrez es una de mis pasiones; mejor dicho, lo fue. Pero sigue ahí. Es probable que aquellos madrugones y mi insistencia en vigilar desde aquel punto exacto respondieran, en el fondo, al oculto deseo de sentarme en aquellas mesas de hormigón y reencontrarme con una vieja afición que aún me acompañaba.

El anciano me saludó levantándose ligeramente la boina y me invitó a sentarme frente a él. Las piezas ya estaban sobre el tablero. Eran piezas de marfil y estaban colocadas a la perfección. Probablemente fueran su pertenencia más valiosa. Las negras esperaban en mi lado.

—Hoy hace frío —dijo, frotándose las manos.

—Cierto —respondí, aunque mis manos ya estaban anestesiadas tras llevar seis días aguantando aquellas heladas.

El anciano sacó una ajada petaca y dos vasitos metálicos de la abultada parka que llevaba. Colocó uno frente a cada uno.

—¿Puedo ofrecerle un trago para hacer el frío más llevadero?

Asentí con una sonrisa. Era el mismo ritual que los días anteriores. Llenó ambos vasos, vació el suyo de un trago e hizo su primer movimiento diciendo:

—Las blancas mueven primero.

El anciano avanzó su peón a e4. Yo solo me mojé los labios para comprobar que quemaba como un demonio y respondí moviendo mi peón a c5, planteando una típica Defensa Siciliana.

Jugamos en silencio. El anciano acompañaba cada movimiento con un sorbo. Cuando se sirvió el cuarto trago, yo no había vaciado ni la mitad del mío. Tras treinta jugadas, simulé dudar y cometí un error deliberado para dejarle tres vías claras hacia un mate en cuatro. El anciano no supo verlo y necesitó seis turnos para ganarme. Tumbé el rey y fingí frustración, todo ello sin quitar ojo del portal del sospechoso.

—Hay veces que es mejor dejarse llevar por la intuición y pensar

menos —dijo con cierto aire paternal mientras recolocaba las piezas con manos firmes.

Apuré el licor de hierbas. El fuego me abrasó la boca y dejó un reguero de calor hasta el estómago. Ahora las blancas estaban en mi lado. Consulté el reloj; mi objetivo se estaba retrasando.

—Las blancas mueven primero —dijo el anciano, mirándome fijamente.

Abrí con el peón a e4 y me calenté las manos con mi vaho. Mi contrincante replicó con e5 y yo moví el caballo a f3, iniciando una Apertura Italiana, una de las más antiguas. El anciano supo defenderse y le dejé hacer, aunque poniéndole alguna traba que resolvió razonablemente bien. Mi objetivo salió a la calle justo cuando el viejo podía ganarme en tres movimientos si tomaba las decisiones correctas. Me puse en pie dispuesto a despedirme, pero sucedió algo que no me esperaba. Y cuando sucede algo que no he previsto, me inquieto. Mi mundo depende demasiado del orden. El anciano me apresó la muñeca con firmeza y dijo:

—¿Le importaría no seguir hoy a ese hombre?

Me quedé helado, y esta vez no solo por el frío. Miré a mi alrededor. En el parque no había nadie más que nosotros dos y mi sospechoso, que había avanzado unos metros y pronto saldría de mi campo de visión. Fue entonces cuando una sombra a la que había pasado por alto cobró vida. Un tipo se levantó de un banco situado en la otra acera y caminó tras él.

—No se preocupe. Ya lo están siguiendo.

Me senté de nuevo. El anciano volvió a ordenar las piezas sin haber terminado la partida que tenía ganada y sirvió otros dos vasitos de licor. Lo estudié con curiosidad. ¿Qué me había perdido? Estaba descolocado, una sensación inusual en mí. Estudié al hombre que tenía ante mí y, por primera vez, me fijé de verdad en él. Vestía ropa discreta, pero pulcra. Sus modales eran educados. Sus manos, seguras, y sus ojos reflejaban más inteligencia que embriaguez. En ese momento comprendí que no era un vagabundo y tampoco un borrachín.

—Las blancas mueven primero —dijo, deslizando el peón de caballo y levantando la vista.

Le sostuve la mirada, buscando alguna pista de lo que estaba sucediendo. Fue inútil. Mis manos sudaban a pesar del aire helado que nos rodeaba. Al levantar mi peón, volvió a hablar:

—¿Puedo pedirle otro favor?

Asentí en silencio.

—¿Me promete que esta vez no se dejará ganar?

—Le prometo que no me dejaré perder. —Recurrí a aquel estúpido juego de palabras para descargar parte de mi frustración—. Aunque hace muchos años que dejé de jugar al ajedrez.

—¿Y qué hemos estado haciendo estos últimos días?

No respondí para evitar ofenderle.

—Juguemos…

Jugamos. Por primera vez en veinte años volví a jugar de verdad. Fui implacable. Movimientos rápidos, precisos e inmisericordes. Estaba furioso y lo descargué en cada uno de mis ataques certeros. Aquel hombre me había estado tomando el pelo durante los últimos seis días. Él ya no bebía. Estaba concentrado. Su juego era bueno, mucho mejor que el de las jornadas anteriores, pero no podía hacer nada contra mí. En veinte movimientos lo tenía acorralado. Dependiendo de lo que hiciese en ese momento, el mate vendría en cuatro o en seis jugadas. Solo podía retrasar la agonía. El hombre levantó la vista y sus ojos claros e inteligentes me atravesaron.

—Algunos decían que usted no era bueno al ajedrez, que era un jugador mediocre. Que si ganaba era porque contaba con la ventaja de poder ver el futuro.

Era cierto, pero eso había ocurrido más de veinte años atrás y en otro estado. ¿Cómo podía saberlo? Volví a examinar su rostro, rastreando cualquier fantasma de mi pasado. Nada. Saqué un cuadernillo del bolsillo interior y escribí una coordenada. Arranqué la hoja, la doblé y la dejé sobre la mesa. Luego hice lo mismo con una segunda hoja de papel. El anciano me observó en silencio. No hizo el

siguiente movimiento hasta que lo animé con un leve gesto.

—Mire lo que pone en la primera hoja —dije en cuanto su pieza tocó el tablero.

El hombre desdobló la nota.

—Alfil a f5 —leyó en voz alta—. Ese ha sido mi último movimiento. ¿Cómo lo sabía?

—Terminemos la partida —repliqué con seriedad.

La terminamos. Solo entonces le pedí que mirase el segundo papel. Lo analizó con atención, alternando la vista entre la nota y el tablero. Sonrió.

—Ha escrito todos sus movimientos hasta el mate. Increíble. No me extraña que le acusaran de leer el futuro.

—Ya he satisfecho dos de sus ruegos. Ahora le voy a pedir que haga algo por mí: dígame quién es usted y qué está sucediendo aquí.

El hombre, al que ya no veía tan viejo, apartó las piezas de marfil y desplegó unas fotos sobre la mesa. Las estudié con curiosidad. Mostraban diversos lugares y rostros. Reconocí a algunas personalidades políticas en actos públicos y mítines multitudinarios. El hombre aguardó paciente. Eran siete fotografías en total. Que yo supiese, tres de esas personalidades habían fallecido recientemente. Entre los asistentes del público había un rostro que aparecía en cuatro de las fotos. En las otras tres se distinguía una figura que podría ser la misma, aunque el ángulo impedía afirmarlo con total certeza.

—Utilice sus dotes con esas fotos. ¿Qué cree que sucederá?

—Que Wernher von Braun está en peligro —respondí con seguridad.

El hombre respiró profundamente y recogió las imágenes. Luego clavó su vista en mí entrecerrando los ojos.

—No me equivoqué con usted. Por cierto, mi nombre es Colton Reed —dijo tendiéndome la mano.

2

COLTON REED

Colton Reed se despidió emplazándome a vernos al día siguiente a las nueve en punto en un lugar cercano a mi apartamento. No pude sacarle ni una sola palabra más. Regresé a casa y pasé la tarde solo, cosa que no era ninguna novedad. Repasé en mi cabeza incontables veces los encuentros que tuve con aquel anciano buscando un patrón o una pista que pudiera revelarme mínimamente lo que me esperaba en aquel lugar.

¿Qué quería de mí aquel hombre? Mi sencillo y ordenado mundo ahora estaba patas arriba, como las pocas veces que una mujer había entrado en él. Me invadía una mezcla de inquietud y rabia: rabia contra aquel impostor por haberme engañado y contra mí mismo por haber caído en su trampa como un ingenuo. Pasé la tarde yendo de un lado a otro del apartamento. Me dejaba caer en el sofá junto a la ventana, desde donde miraba la calle sin realmente verla, para luego encerrarme en la habitación verde. Allí me colgué el saxofón del cuello y cerré los ojos, dejando escapar unas lentas notas de jazz. Esperaba que la improvisación ordenara mis pensamientos, pero ni siquiera la música lograba apaciguarme. Mientras Rita me observaba desde su rincón con su habitual inmovilidad, mi mente seguía atrapada en el tablero del parque. Entre soplido y soplido, una duda recurrente me asaltaba: ¿Aquel encuentro podía tener relación con la mujer que me contrató para seguir al pelele de su marido? Lo descarté.

El caso que llevaba entre manos era un asunto cantado de cuernos y desvío de fondos para la futura separación. Colton no estuvo el primer día que acudí al parque para seguir al marido infiel, pero los seis siguientes sí. Seguramente me estuviera siguiendo desde antes

y aquella fuera su forma de acceder a mí y poder estudiarme de incógnito. La gente cambia cuando se siente observada. La mayor parte de nuestra vida es una función de teatro. Yo me servía de fórmulas muy similares a la que Colton había usado conmigo. Sin duda era un experto, pues de lo contrario me habría dado cuenta de inmediato. A las once de la noche me di una ducha y me tumbé en la cama. Los nervios me habían quitado el apetito. Entre estas pesquisas me quedé dormido. Un sueño superficial y esquivo que se rompió en pedazos varias veces a lo largo de la madrugada.

Por la mañana encontré un sobre bajo mi puerta con un informe detallado de los movimientos del día anterior de mi sospechoso y algunas fotos comprometedoras. Un buen trabajo. Me pregunté si lo seguirían hoy también. Quedaba una hora para el encuentro con el impostor. El lugar se encontraba a unos trescientos metros de mi apartamento. ¿Qué podía haber allí? Era una zona industrial venida a menos por la crisis económica y casi en desuso. Tenía quince minutos para decidir si ir u olvidarme de aquel hombre, aunque en realidad nunca tuve elección. Iría. Me resultaría imposible vivir con la duda. El señor Reed jugaba sobre seguro. Preparé la ración de agua y comida para Rita y me senté frente a ella. Es curioso ver cómo la iguana, antes de efectuar cualquier movimiento, permanece inmóvil y analiza todo lo que le rodea con aquellos ojos fríos, que no revelaban un ápice de sentimientos. Parece querer anticiparse a lo que pueda suceder. Un incauto saltamontes brincó de la cajita y aterrizó cerca de ella. Rita aguardó inmóvil. Bendita paciencia y autocontrol. Justo antes de que el saltamontes volviera a saltar, lo atrapó con la lengua y, tras engullirlo en dos fases, volvió a quedar pétrea. Con esa sangre fría, Rita sería una buena jugadora de póker.

Me vestí y me forcé a tomar algo antes de salir. Desde el desayuno del día anterior no había pegado bocado. Mis pasos avanzaron hacia la descuidada zona industrial, mientras mi mente se empeñaba en descifrar con qué, o con quién, estaba a punto encontrarme. Fue en vano. Me detuve frente a una enorme nave abandonada, cuyos muros exteriores lucían cubiertos de óxido y pintadas desvaídas. Junto al portón principal había una pequeña puerta. Me lo pensé

antes de golpear el hierro con los nudillos. Entrar sin saber lo que me encontraría al otro lado me causaba ansiedad.

Me recibió una joven atractiva de cabello rubio y ojos claros.

—Bienvenido, señor Blake. Acompáñeme, por favor —dijo forzando una sonrisa de cortesía.

Atravesamos un pasillo formado por paredes metálicas. Sus pasos eran decididos y elegantes. Sus caderas, capaces de hipnotizar a cualquiera, marcaban un ritmo firme y acelerado. Accedimos a la planta principal de la nave. Enorme y diáfana. En el centro habían montado una especie de ring de boxeo, con el suelo elevado y cubierto por una moqueta azul. Unas cintas delimitaban aquel doble cuadrilátero, dejando un estrecho acceso a través de unas escaleras de tres o cuatro peldaños. Solo faltaban las gradas. Sobre el ring se alineaban diez mesas pequeñas, cada una con un tablero de ajedrez y su correspondiente reloj. También había diez personas sentadas enfrentadas contra mí. Todos me buscaron con la mirada. Aquel escenario no lo podían haber preparado en un día, incluso dudé de que lo pudieran haber hecho en seis. ¿Desde cuándo me seguían? La mujer hizo oír sus tacones para llamar mi atención, estaba algo apartada y esperando que la siguiese. Me llevó hasta el acceso al ring. Allí estaba Colton Reed.

—Me alegra verlo de nuevo, señor Blake. Sabía que no me fallaría.

—¿Qué hago aquí? —le espeté. No estaba de humor para teatro.

—¿No podía leer el futuro?

—Basta de juegos. Dígame lo que hago aquí o me marcharé…

El individuo sonrió.

—¿Podría dejarnos a solas, señorita West?

La guía me sorprendió con un guiño. Sus ojos claros brillaban bajo los focos industriales con una intensidad que no necesitaba maquillaje. Tras ese gesto fugaz, dio media vuelta y se marchó, dejando a su paso el repiqueteo metálico de sus tacones.

—Si quiere saber por qué está aquí solo tiene que derrotar a los diez contrincantes y luego venir a mi despacho —dijo señalando una

pequeña habitación improvisada—. Tiene media hora para conseguirlo. Pasado ese tiempo me marcharé y ya no volveremos a vernos.

—Ya le dije que no juego al ajedrez.

—Este es el momento de decidir si quiere retomarlo y optar a un trabajo de verdad o volver a sus casos de infidelidades y rateros de poca monta. Y algo me dice que un cerebro metódico como el suyo estará cansado de ellos.

Dejé el ajedrez por un buen motivo. Fue por causas de salud, como quien deja de fumar o ya no come grasa para evitar que el colesterol asfixie sus venas. Pero aquel hombre me había planteado un reto y necesitaba saber el motivo. Hasta ahora los casos que había llevado no me supusieron mucho esfuerzo, apenas un entretenimiento que empezaba a aburrirme. Aquello era distinto. Estaba totalmente descolocado. Solo una institución gubernamental sería capaz de montar todo aquello.

—¿Esto es legal?

—Tanto como sus partidas de póker. El tiempo juega en su contra, señor Blake —dijo señalando el reloj de oro de su muñeca.

No me dejó alternativa. Subí al ring. Todas las mesas estaban listas: relojes sincronizados, contrincantes atentos y piezas perfectamente dispuestas. Las blancas esperaban. Avancé de izquierda a derecha sin detener mi paso, deslizando mis peones de rey dos casillas hacia delante con precisión mecánica. El tacto de mis soldados de marfil despertó potentes sentimientos aletargados en mi interior. Estaba excitado y asustado a partes iguales. Volvía a convertirme, aunque solo fuera durante unos minutos, en un dios moviendo ejércitos. Poder y responsabilidad.

Cuatro movimientos después supe que mis adversarios estaban ubicados según su nivel de juego. Los cinco de la izquierda no eran más que aficionados; Colton les hubiese podido ganar sin mucha dificultad. Los cinco siguientes debían ser profesionales. A los diez minutos tres habían perdido y tres se habían retirado. Ya había visto antes las muecas de sus rostros mientras se marchaban y no

precisamente en torneos de ajedrez, sino en partidas de póker. Había odio, codicia y enfado. En ese momento supe que les habían ofrecido dinero si conseguían ganarme, lo vi en sus ojos.

El que se sentaba en la mesa número diez debía ser el de mayor caché, pero para mí el penúltimo fue el más peligroso. Un jugador indisciplinado e imprudente. Terminé las partidas con los otros tres. El número diez se levantó y fingió quitarse el sombrero. Correspondí con una ligera inclinación de cabeza. Por fin un caballero. Para terminar, me senté frente al penúltimo. Un pelirrojo de ojos verdes, pelo revuelto y rostro lleno de pecas. No era más que un adolescente de mirada desafiante, así que me arriesgué a mirarle a los ojos en cada jugada. No quería exponerme. Me restaban ocho minutos. Más que suficiente. El chico planteó una Defensa Siciliana en su variante del Dragón, a la que respondí lanzando un devastador Ataque Yugoslavo. Contrarrestó mi asalto en el flanco de rey con otro ataque suicida. Su locura le costó una torre y a mí algunos movimientos adicionales antes de anticipar su juego. A falta de cuatro minutos, saqué mi libreta y anoté ocho movimientos. Me puse en pie y fui en busca del anciano.

—No ha terminado —me dijo Colton al entrar a su despacho.

—Sí lo he hecho.

Le entregué el papel, lo miró con curiosidad y soltó una carcajada. Lo leyó de nuevo antes de arrugarlo y tirarlo a la basura. El anciano subió al ring y ocupó mi sitio. Ejecutó los ocho movimientos que yo había escrito en el papel. El crío, como me esperaba, no se retiró en el quinto pese a que ya habría descubierto que la partida estaba perdida. El mate se consumó en el octavo movimiento del señor Reed y aún sobraba un minuto.

—Esto no era lo acordado —estalló el joven—. La partida no era con usted. Me deben trescientos dólares.

Sus palabras me confirmaron que estaba en lo cierto. El anciano sacó la cartera y tras contar los dólares los tiró con desgana sobre el tablero.

—Debería darle vergüenza cobrar por perder.

3

EL VIDENTE

Colton volvió a su despacho. Yo le esperaba bajo el dintel de la puerta y entré tras él.

—Malditos críos de hoy. Ya no hay honor, solo dinero.

Levantó la vista y la clavó en mí.

—Reconozco que su apodo de «el vidente» lo tiene bien merecido.

Hacía casi veinte años que no escuchaba aquel apodo. Oírselo pronunciar me produjo una cascada de sentimientos encontrados. En su momento, algunos lo usaban como reconocimiento a mi habilidad y lo decían casi con temor; otros lo utilizaban para burlarse y tratar de desprestigiarme. Los peores lo usaban como una acusación. Pero todo eso ya no me importaba. Lo único que todavía me perseguía de aquellos años eran los ojos del último contrincante al que me enfrenté. Locos, agresivos, insondables. Me quitaba el sueño el atisbo de la oscuridad que había tras ellos; una oscuridad que, días después, reconocí en mis propios ojos frente al espejo. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Me aparté de los tableros para intentar escapar de mí mismo y no perder la cordura.

—He ganado y espero que cumpla su palabra —dije cambiando de tema.

—¿Le suena el Torneo de Candidatos?

—Por supuesto. Son las eliminatorias para determinar al retador del campeón del mundo.

—Esa es su misión.

—No comprendo.

—Es muy sencillo. Su misión consiste en llegar a las eliminatorias

de Candidatos.

—Yo no lo veo tan sencillo. Para optar a eso debería clasificarme previamente en el Interzonal de Sousse, que si no recuerdo mal empieza en apenas un mes.

—Así es.

—¿Así es? —respondí algo crispado ante su aparente seguridad—. Le recuerdo que no he participado en el Torneo Zonal y, por tanto, no tengo plaza. Nadie entra en un Interzonal sin méritos previos.

—Digamos que tenemos cierta influencia y participará como jugador invitado. No será el único.

Me quedé inmóvil. La FIDE llevaba años orbitando alrededor de la influencia soviética. Conseguir una plaza desde fuera del circuito oficial no era cuestión de favores ni dinero. Si Reed podía hacer algo así, significaba que trabajaba para gente muy poderosa. O muy peligrosa.

Dando por zanjada la conversación, Colton sacó dos sobres. Dejó uno en la mesa y lo hizo deslizar hacia mí.

—Esta es la recompensa por su victoria de hoy —dijo. Luego me acercó el segundo—. Y este es el pago de su cliente.

—Todavía no he resuelto el caso de mi cliente.

—Nosotros sí. Habrá dos sobres más abultados si logra clasificarse.

—¿Y si no lo consigo?

—Usted y yo jamás nos habremos visto.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el tipo de las fotos que me enseñó en el parque y con Wherner von Braun?

—Cuanto menos sepa, mejor para usted y para nosotros. Aún no puedo confiar plenamente, y tendrá que ganarse cada gota de información.

—Dígame al menos para quién trabajo. ¿El gobierno? ¿O acaso es usted un terrorista?

—Esa información no es relevante para su misión.

—¿Y qué es relevante para mi misión?

—Entrenarse para ganar. Es un torneo de verdad con profesionales de primer nivel. No será tan fácil como hoy.

—Hace casi veinte años que no juego y solo queda un mes para el torneo.

—A partir de mañana vendrá aquí todos los días a las ocho de la mañana para que le preparemos.

—¿No creerá que voy a aceptar un trabajo sin saber en qué consiste?

—Ya le he dicho en qué consiste. Solo tiene que participar en el torneo Interzonal y clasificarse en el Torneo de Candidatos.

—¿Y si lo consigo?

—Entonces cobrará su dinero y quizá le ofrezca otro trato. No creo que haya mucho que pensar. Le ofrezco la posibilidad de cobrar por lo que ha deseado hacer durante estos últimos veinte años. Entrenar y jugar al ajedrez. La alternativa es volver a su aburrido trabajo y cobrar una miseria.

El hombre se incorporó y extendió su mano hacia mí. Se la estreché. ¿Qué alternativa tenía?

4

STEPHEN HALL

Regresé al apartamento caminando mientras trataba de serenar mi mente. Me indignaba que alguien se estuviese inmiscuyendo en mi vida privada y me ofendía tener que reconocer la cruda realidad con la que me había abofeteado el tal Reed. Y, al mismo tiempo, me excitaba la posibilidad de volver a jugar al ajedrez, y nada menos que en el Torneo Interzonal. Los ojos de mi último rival de hace casi veinte años seguían esperándome en cada espejo. Aquello era lo único del pasado que nunca conseguí dejar atrás. Esa mañana, más que nunca, evité cruzarme con mi propio reflejo.

La aventura que se abrió ante mí convirtió mi ordenada y monótona vida en un caos. Había muchos interrogantes y pocas certezas. Me carcomía por dentro no saber para qué me habían contratado realmente. ¿En qué consistiría ese encargo posterior si lograba clasificarme? Seguía con un nudo en el estómago que estrangulaba mi apetito. Como aquella sensación ya la conocía, fui a la cocina y me preparé un batido con varios huevos, frutas, yogur y un chorro de coñac. Mezclé dos pastillas para dormir y lo coroné con una pajita multicolor. Después de tomármelo, me dejé caer en un rincón de la habitación de Rita y toqué el saxo hasta que me quedé dormido. Al despertar, la iguana y el instrumento estaban sobre mis muslos. Inmóviles como piedras.

El reloj no perdonaba. Me di una ducha rápida y salí a la calle casi a la carrera para no llegar tarde a mi primer entrenamiento. Apuré el paso y alcancé la nave con solo un minuto de margen. Golpeé la puerta con los nudillos. Nadie me abrió. La azafata debía tener el día libre. Esperé un par de minutos y probé a empujar la puerta. Cedió sin resistencia. No había nadie en la pequeña sala de recepción.

Llegué incluso a preguntarme si toda aquella fantasía no había sido más que un delirio provocado por las pastillas. Accedí a la estancia principal. Hacía frío en aquel recinto de techo alto y sin aire acondicionado. El ring seguía allí, iluminado y desierto. Recorrí el pasillo lateral hasta llegar al despacho de Colton Reed, pero también estaba vacío. Al lado, había otra sala con una mesa y un par de estanterías. Me detuve en seco al notar que había alguien frente a ellas. No lo había visto antes debido a su escasa estatura. Al percatarse de mi presencia giró con brusquedad la silla de ruedas sobre la que se movía.

—¿Quién coño es usted?

—Morgan Blake —respondí algo sorprendido por su forma de increparme.

—Su nombre ya lo conozco, memo. Me refiero a quién es usted para que me obliguen a dejar la universidad y a abandonar a mis alumnos a mitad de curso para enseñarle a jugar al ajedrez. ¿Y bien?

—No le comprendo.

—¿Qué quién es usted? ¿El sobrino del presidente? ¿Un ricachón egocéntrico?

—No soy nadie.

El hombre masculló un taco. Giró las ruedas de su silla y avanzó entre las estanterías. Yo dudé.

—¿A qué espera?

Lo seguí. Se detuvo a pocos metros de la pared del fondo y, con dificultad, intentó alcanzar una carpeta abultada en el estante central. Cuando traté de ayudarlo, apartó mi mano con brusquedad y soltó un gruñido. Finalmente logró hacerse con ella y se dejó caer de nuevo contra el respaldo de la silla, sosteniendo su tesoro entre las manos. Avanzó hacia la mesa y la dejó sobre ella.

—De los veinticuatro participantes, hay cinco que me preocupan.

Abrió la carpeta y desplegó en abanico cinco hojas. Cada ficha contenía una fotografía, un breve historial y una descripción de las

características de juego de la persona referenciada: agresivo, metódico...

—¿Los conoce? ¿Se ha enfrentado a ellos alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Hay un par de nombres que me suenan.

—¿Un par de nombres le suenan? ¡Genial! Entonces está todo controlado —dijo con sarcasmo antes de escupir al suelo—. ¿Por qué no aparece usted en el ranking FIDE? ¿Cuántos torneos ha ganado?

—Hace veinte años que no juego.

El supuesto maestro me miró con dureza e incredulidad. Tenía el rostro anguloso y una barba algo descuidada. Su pelo escaseaba por la coronilla y unas abultadas gafas amplificaban sus ojos grandes y saltones.

—Entiendo que se refiere a que hace veinte años que no juega profesionalmente.

—Me refiero a que no he tocado un tablero de ajedrez en dos décadas.

El hombre cogió una de las fichas, arrancó la foto y guardó el resto en la carpeta. Se impulsó con la silla hasta la escalera que daba acceso al cuadrilátero. Allí se detuvo con un ágil giro y refunfuñó.

—¿A quién se le ocurre poner escaleras con todo este espacio y luego contratarme a mí? —Negó con la cabeza y entornó los ojos hacia mí—. ¡¿A qué espera, Morgan?! ¡Ayúdeme a subir!

Giré la silla y, con cierta torpeza, lo subí de espaldas. Cada escalón que superábamos le propinaba un golpe seco, al que respondía con un bufido malhumorado.

—Antes de empezar —dijo al llegar arriba—, quiero asegurarme de que todo esto no es un error. No pienso perder más tiempo del necesario con usted y me importan una mierda las amenazas de sus amigos.

—No son mis amigos. No les conozco.

—Y un carajo…

El airado desconocido, que todavía no se había presentado, pinchó la foto que sostenía en la mano en una pizarra situada junto a la primera mesa de juego. Le costó horrores, pero yo me mantuve al margen para no recibir una nueva reprimenda. Luego rodó hasta el tablero central y de una patada apartó el taburete para encajar su silla tras las piezas blancas. Sacó un puro de algún bolsillo, lo encendió y dio un par de caladas profundas antes de dejar algunas monedas sobre la madera.

—¿Cinco dólares?

Me encogí de hombros, asumiendo el reto. Él movió con desgana el primer peón y presionó el reloj. Me senté en frente y jugamos. Sus movimientos iniciales eran rápidos y seguros. A medida que avanzaba la partida, la monótona expresión de desidia de mi contrincante fue dando paso a un interés creciente, pero no dejó de responder de forma casi automática. Cada vez que perdía una pieza importante, esbozaba una mueca que mezclaba sorpresa y satisfacción. En los últimos movimientos previos al mate se le notaba abiertamente complacido. Tumbó su rey, aplaudió y, con un gesto elegante, hizo una reverencia imaginaria desde la silla.

—Así que lleva veinte años sin jugar y acaba de vencer a nuestro Número Cinco.

—¿Qué quiere decir?

Regresó a la pizarra y, con mucho esfuerzo, volvió a descolgar la foto. La observó durante unos segundos antes de entregármela.

—No ha jugado contra mí, sino contra él: el señor János Portisch. Obtuvo el título de Gran Maestro Internacional en el cincuenta y ocho, a los veintiún años de edad, y es considerado el mejor jugador de Hungría. He estudiado su juego en cientos de partidas. Yo me he limitado a imitar sus movimientos y usted le ha derrotado sin esfuerzo. Es usted muy hábil, Morgan. Un comienzo prometedor. Así que nos olvidaremos de él.

Acercó el puro a un extremo de la foto hasta que el papel prendió.

Cuando las llamas alcanzaron sus dedos, la arrojó al suelo y sacudió la mano. El olor a papel quemado se mezcló con el denso humo del tabaco.

—¿Por qué ha tardado tanto en atacar?

No respondí.

—Para estudiarme, ¿verdad?

Mantuve el silencio.

—Muy bien. La clase de hoy ha terminado. Recoja sus cinco dólares y márchese.

—Es muy pronto —dije, tras mirar la hora y comprobar que apenas eran las once de la mañana.

—No importa la hora. Hemos terminado por hoy. Mañana seguiremos con el Número Cuatro de la lista.

5

SAMUEL MORPHY

Al salir de la nave me recibió una ligera lluvia. Suave y refrescante, como el rocío de un aspersor. Paseé por las calles hasta llegar al parque. Me detuve en una terraza y me tomé una copa mientras observaba a los cisnes deslizándose sobre el lago. La tarde en casa podía hacerse muy larga. Estaba satisfecho con la partida de hoy contra el profesor, cuyo nombre, por cierto, aún desconocía. Me atraía el reto de mañana. Su forma de entrenar no era convencional, pero volver a jugar había despertado algo dentro de mí que exigía más. Fijé mi atención en los cisnes. Sus elegantes movimientos no eran azarosos; respondían a un patrón invisible que procesaba las infinitas variables de su entorno para decidir cada reacción. Quien lograra descifrarlo podría obtener el don de prever el futuro de su especie. El cerebro de aquellos animales era más simple que el humano, y por ello, más fácil de desentrañar. Me quedé observándolos, intentando anticipar sus movimientos. De pronto, uno de los cisnes se irritó por la cercanía de un pato y le lanzó una serie de graznidos furiosos hasta que este huyó. Me di por vencido. Había demasiadas variables.

Repasé mentalmente la partida que acababa de jugar en la nave. El profesor de la silla de ruedas era bueno, pero no lo suficiente. A menos que realmente se hubiera limitado a imitar el juego del participante del torneo que respondía al nombre de János Portisch. Eso solo era posible si había memorizado cientos de partidas de ese individuo. Una vez que se descubre el patrón, los movimientos de cualquier oponente se vuelven predecibles. O eso quería creer. Era un desafío casi tan complejo como anticipar el movimiento de los cisnes, pero podía hacerse. Si ese era el caso, todavía no conocía la

verdadera capacidad del profesor. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar si jugaba por sí mismo?

Regresé a la soledad de mi apartamento. Me preparé un batido contundente y le toqué unos acordes a Rita antes de dormir. Era un público atento, paciente y agradecido. Hacía años que se había convertido en mi única audiencia. Me costó quedarme dormido y los sueños fueron retorcidos. A pesar de ello, descansé más que la noche anterior.

Me levanté temprano para asearme sin prisas y tomar un café que lograse despejar mis ideas. Le preparé su ración de insectos a Rita y me dirigí a la nave. La puerta volvía a estar abierta y la recepción desierta. El profesor me esperaba junto a la escalera que daba acceso al ring de juego. Sujetaba con dos dedos una hoja de papel doblada por la mitad.

—Llega usted tarde, señor Blake. No quisiera tener que reprenderle como a mis alumnos díscolos.

Consulté el reloj y apenas pasaban cuatro minutos de las ocho. Opté por guardar silencio, pues no parecía estar de buen humor. Tenía el pelo desaliñado, algo de ojeras y la misma ropa que el día anterior. Me dio la sensación de que había dormido en aquella nave sentado en su silla de ruedas. Lo subí de nuevo a la zona de juego. Esta vez, conseguí que el golpe de las ruedas en los escalones fuese más suave, aunque no logró contener sus gruñidos. Arriba, se acercó a la pizarra y, con cierta dificultad, colgó la foto de mi contrincante de hoy.

—Mírela bien. Ese tipo desaliñado se llama Samuel Morphy. Este no será tan sencillo de vencer, Morgan. Su juego se caracteriza por el riesgo cero y una férrea defensa. Si tenemos en cuenta el juego de ambos, espero que no tenga prisa para comer.

En efecto, la partida se hizo eterna. El profesor repitió el ritual de encenderse el puro y depositar cinco dólares sobre la mesa. Abrió el juego con el peón de alfil de las blancas. Tras las primeras cincuenta jugadas, solo un par de peones quedaron fuera del tablero. No dejó de fumar ni un instante. Encendía un puro tras otro y tosía con casi

cada calada.

—Debería contenerse un poco.

—Es una manía. ¿Le molesta el humo?

—No es mi aroma favorito, pero creo que a usted le sienta peor que a mí.

—Si la bala que me atravesó el pulmón en Vietnam no pudo conmigo, no creo que lo consiga un poco de alquitrán.

Más movimientos cautos. Más puros y más tos. Veinte movimientos después llamaron a la puerta con golpes sordos. Interrogué a mi contrincante con la mirada y este me animó a abrir con un gesto. Era un catering. Lo recogí e hicimos una pausa para almorzar en la mesa de al lado. Había un poco de todo: comida china, india, dos hamburguesas y porciones de pizza.

—No sabía qué le gustaba así que he pedido que nos traigan un popurrí.

No le hice ascos a nada.

—¿Puede decirme qué hacemos aquí? —pregunté, aprovechando aquel momento para tratar de sacarle algo de información.

—¿En serio? —respondió apoyándose contra el respaldo de la silla —. Eso mismo le pregunto yo a usted.

—¿Conoce al individuo que se hace llamar Colton Reed? —insistí.

—No conozco a ningún Reed. A mí me reclutó una joven muy atractiva y simpática, que no me permitió negarme a sus deseos.

Supuse que se refería a la que me recibió el día anterior en la nave.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Que viniera a Nueva Jersey a prepararle para el torneo Interzonal de ajedrez de Túnez.

—¿Nada más?

Negó con la cabeza.

—¿Eso cuándo sucedió?

—Hará unas cuatro o cinco semanas.

Lo que imaginaba. Llevaban tiempo siguiéndome.

—¿Le pagan?

—Claro que me pagan. ¡Faltaría más! He tenido que interrumpir mis clases para estar aquí. La paga no está nada mal, y además me han prometido un generoso bono si logra clasificarse.

—¿Y lo conseguiré?

—En el ajedrez no hay atajos, Morgan. En un mes no hay tiempo para aprender casi nada. Solo puedo intentar sacar lo que ya tiene dentro. Dependerá de usted.

No tenía claro si confiar en aquel tipo, pero algo me decía que contaba la verdad y estaba tan perdido como yo.

—¿Y qué me dice de usted, señor Blake? ¿Por qué necesita clasificarse?

—No es cosa mía, a mí también me reclutaron hace unos días.

—¿Le pagan?

Asentí, sintiéndome un poco sucio.

—No acepté por eso —maticé—. El dinero no me importa.

—Ya claro… A nadie nos importa. Pero nunca viene mal, ¿verdad?

Su tono no terminaba de gustarme, así que di por zanjada la conversación. Reanudamos la partida, que transcurrió lenta y equilibrada. Pero no me inquietaba; tarde o temprano descubriría el patrón de mi rival. Dos horas después, pude hacerle un mate.

—Es usted muy hábil, Morgan, pero sus caracoles no pasarán por mi rancho.

No comprendí el dicho, así que le interrogué con la mirada. Él se encogió de hombros, y alcancé a vislumbrar un leve amago de sonrisa en su rostro.

—¡Enhorabuena! Ya podemos tachar al Número Cuatro.

Lo descolgó de la pizarra y troceó el papel antes de lanzarlo al aire.

—Fin de la clase. Le recomiendo que mañana venga fresco.

Me sostuvo la mirada hasta que di media vuelta para marcharme.

—Por cierto, mi nombre es Stephen Hall —dijo a mi espalda—. Puede llamarme profesor Hall.

6

MAKSIM TAL

La tarde noche en mi apartamento fue casi un calco de la anterior. Batidos, saxo y sueño inquieto. Me levanté temprano y llegué con diez minutos de antelación a la nave. Me encontré al profesor sobre el ring. Lo cierto era que no le ayudé a bajar el día anterior. ¿Habría pasado la noche allí? Me hizo un gesto para que subiese. Los restos de comida que dejamos sobre la mesa de al lado ya no estaban. Me sentí algo culpable por haberme marchado tan bruscamente sin ayudar a recoger ni bajarle del ring, pero la forma de despedirse del profesor Hall había sido el equivalente a echarme a patadas.

—¿Cómo se ha levantado hoy nuestro campeón? —preguntó al acercarme.

Estaba de mejor humor. Lo agradecí.

—Bien, supongo.

—¿Supone?

—La incertidumbre y el reposo no son compatibles para mí.

—Quizá un trago le ayude a despejar la mente —dijo el profesor, ofreciéndome una botella de whisky.

—Lo dudo —repliqué rechazando su oferta.

—Como quiera, pero nuestro contrincante de hoy no opina lo mismo. Tiene la mala costumbre de emborracharse la noche anterior a una partida importante.

Stephen levantó la botella. Solo quedaba un culo.

—Como puede apreciar, yo he seguido su ejemplo. Hoy no habrá ni puros ni apuestas, solo alcohol.

Me encogí de hombros. El profesor dejó la botella en su esquina de la mesa y luego se situó frente a la pizarra. La nueva foto ya estaba pegada y la señaló con la punta de una antena de coche extensible.

—Le presento a Maksim Tal, jugador de la Unión Soviética. Fue campeón del mundo en 1960 y se le conoce como «El Mago de Riga» por su estilo de juego audaz y agresivo. Y aunque también es rematadamente feo, no debe confiarse.

—No lo haré. No suele preocuparme la estética de mis rivales.

Nada más empezar la partida el profesor se transformó. Ejecutó movimientos rápidos y agresivos. Hasta su semblante había cambiado. Me obligó a efectuar un intercambio frenético de piezas desde el principio. Los nervios me traicionaron, y en apenas treinta minutos, había perdido la partida. No lo negaré, aquello fue un mazazo para mi autoestima. Bajamos de la zona de juego y el profesor me llevó a la pequeña biblioteca. Allí luchó contra su parálisis para entregarme algunos libros, un par de cintas de magnetoscopio y un aparatoso reproductor. No presté mucha atención, mi mente estaba analizando la funesta partida.

—Quiero que estudie todo este material para mañana. Por hoy hemos terminado.

—No son ni las diez —balbuceé.

—Pues aprovechemos el tiempo. Tiene trabajo en casa y yo aquí.

Volví directo al apartamento enfadado y con el orgullo por los suelos. Hasta escuché los mensajes del contestador, observando girar sus lentas y pesadas bobinas de cinta, por si había algún trabajo nuevo mínimamente interesante y dejar aquel encargo descabellado. No tenía ninguna posibilidad de ganar en Túnez y no quería hacer el ridículo. En el contestador solo encontré la voz de mi última clienta agradeciéndome el servicio. Un caso que ni siquiera había resuelto yo. Mi vida era un fiasco. Pero también era ordenada. Y lo peor era que empezaba a echarla de menos.

Según se me fue pasando el enfado, comencé a ojear los libros

que me había dado el profesor Hall. Algunos resultaban interesantes. Desconocía varias de las jugadas que analizaba. Dejé para el final una libreta repleta de apuntes. Parecía un cuaderno encriptado, pero en realidad contenía un sinfín de coordenadas de movimientos. Coloqué a la iguana en su silla, al lado opuesto, y las reproduje en mi tablero hasta memorizarlas. Correspondían a partidas del contrincante Número Tres, Maksim Tal. El sujeto era muy audaz y agresivo.

Luego conecté el reproductor al televisor y visioné a doble velocidad las grabaciones de aquel Maestro jugando. Esa noche ni siquiera intenté dormir, sabía que no podría. Solo pensaba en una cosa: venganza.

Sobre las tres de la madrugada empecé a ver patrones en el juego de Tal. Repetía ciertas jugadas y su forma de responder a determinados ataques también seguía un patrón; incluso armaba su ofensiva con una lógica que ahora era capaz de visualizar. En la penumbra del salón, las líneas de fuerza del tablero empezaron a brillar ante mis ojos como una red eléctrica y en mi mente se empezó a dibujar una estrategia.

7

VENGANZA

Salí a correr con las primeras luces. Me di una ducha con agua fría y tomé un batido con muesli mientras observaba a Rita. Había permanecido toda la noche en su silla, en vela como yo, siguiendo con interés mis movimientos. Solo un par de parpadeos me recordaron que no era de piedra. Le solté algo de comer en su cuarto y la bajé al suelo. Llegué a la nave con treinta minutos de antelación. Estaba ansioso. La puerta, como de costumbre, estaba abierta. Encontré al profesor Hall en la discreta biblioteca frente al televisor. Me acerqué con cautela, pero debió de escucharme porque levantó la mano y, sin girarse, me invitó a tomar asiento a su lado. El pesado magnetoscopio giraba, reproduciendo una copia de las grabaciones de Tal que me había entregado la víspera.

—Hoy ha madrugado. Nada como perder para bajar de las nubes.

Me senté a su lado sin responder. Cuando acabó la proyección, fue reproduciendo el resto de cintas. Me las sabía casi de memoria, pero no dije nada. Al terminar, volvió a poner la primera.

—¿No jugamos hoy? —pregunté finalmente.

—Jugaremos cuando considere que está listo.

—Ya estoy listo.

—Su arrogancia no le permite estarlo —dijo girándose hacia mí.

Con la antena extendida apuntó al monitor casi sin mirar la pantalla y comentó el juego de Tal. Se conocía de memoria todos sus movimientos. Los analizamos uno a uno. Estudiamos su forma de atacar y de defenderse, sus errores y aciertos. Sus pausas, su lenguaje corporal. Todo. En uno de los primeros planos de mi posible

oponente pausó la imagen. El tipo era bueno.

—Sus movimientos rápidos y su mirada desafiante e intimidatoria hacen que sus rivales se precipiten y caigan en su juego. No debe dejarse engañar, Morgan. Bajo ese pétreo rostro hay tantas dudas como en cualquiera.

Nos centramos en los intercambios de piezas, especialmente en los supuestos regalos de material importante. La mayoría eran trampas no muy difíciles de detectar. Casi siempre resultaba tan arriesgado para el oponente capturar la pieza ofrecida como dejarla. En los intercambios forzados, Tal solía obtener una posición privilegiada y extremadamente peligrosa.

—Hay que enfrentarse a él en su terreno —sentenció Hall al terminar el segundo video—. No retroceder. Todo lo contrario, anticiparse y acabar rápido con él.

A una conclusión similar había llegado yo la noche anterior, en la soledad de mi apartamento, tras mi flagrante derrota. Estaba deseoso de volver a jugar para poner en práctica mis ideas. Pero los siguientes cuatro días los pasamos repasando videos, partidas y técnicas de juego. Solo usamos los tableros de ajedrez para volver a enfrentarme a los dos adversarios anteriores. En mi apartamento estudiaba, memorizaba y preparaba una respuesta a cada una de las jugadas de Tal.

Fue el quinto día cuando el profesor Hall me propuso que subiésemos al ring. Me alegré. Colgó en la pizarra la foto de Tal y comenzamos la partida. Como en la vez anterior, dejó el culo de una botella de whisky sobre la mesa de juego. Su aliento olía a alcohol puro. Su rostro se transformó con el primer movimiento y su mirada se tornó asesina.

Esta vez no piqué. Durante la partida pude anticiparme a casi todo. Mis movimientos eran incluso más rápidos que los suyos. Seguros, audaces y agresivos. Un par de veces sorprendí al profesor mirándome con cierta admiración bajo aquella fingida careta. En quince minutos habíamos terminado la partida. Sin decir nada, el profesor volvió a colocar las piezas y empezamos de nuevo. El

resultado fue similar.

—Es usted muy hábil, Morgan. Ahora estoy seguro de que nuestros contratistas han acertado al elegirle.

—¿Eso quiere decir que me clasificaré?

Soltó una carcajada.

—Eso quiere decir que me embolsaré un buen puñado de dólares extra.

Hicimos una pausa para comer. Stephen Hall estaba de buen humor y aproveché para indagar un poco en su hermética persona.

—Usted juega de maravilla suplantando a otros, pero ¿cuál es su juego?

—Soy como un archivador con ruedas. Memorizo las jugadas de grandes maestros y las ejecuto de forma mecánica. Carezco de la intuición necesaria para ser un campeón. Un día descubrí que mi mente era excelente calcando las obras maestras de otros, pero incapaz de pintar un cuadro desde cero con la genialidad de los maestros a los que imitaba. Hay que aceptar las propias limitaciones.

—Yo diría que sí tiene un juego propio, lo he visto despuntar entre las imitaciones de lo otros.

—¿En serio? Quizá en otra ocasión podamos jugar —se echó para atrás en la silla y me sostuvo la mirada con genuina curiosidad—. ¿Y qué me dice de usted? Llevamos varios días aquí y sigo sin saber el verdadero motivo. También me interesa saber por qué se retiró de forma tan brusca del ajedrez.

A la primera pregunta no supe qué contestar. Quedó claro que ninguno de los dos entendía la verdadera razón por la que estábamos allí. Y a la segunda tampoco contesté. No me gustaba desnudarme ante los demás. Pero desde ese día encontramos tiempo para charlar de cosas ajenas al ajedrez y creo que nos fuimos haciendo amigos. Nuestras conversaciones solían versar sobre política, la carrera espacial y Dios. Ninguno de los dos era muy religioso y eso quedó claro desde el principio. Quizá fuese por la falta de fortuna que hallábamos en nuestras existencias o por

aquella forma fría y matemática de mirar el mundo que compartíamos. En cuanto a la política y la carrera espacial, yo solía limitarme a escuchar. No me interesaban demasiado y tampoco tenía ganas de discutir con Hall. Estábamos allí para aprender y no para pelear.

En contadas ocasiones hablamos de mujeres, aunque era un tema que me incomodaba. Lo que no comprendo me pone nervioso, y jamás he entendido a las mujeres. Mi esposa podría confirmarlo… si alguien lograra encontrarla. Tras dos años de matrimonio, desapareció sin dejar rastro. Tres años y cuarenta días después, seguía sin saber qué había sido de ella.

La experiencia del profesor Hall con el otro sexo tampoco había terminado mejor. Vietnam le arrebató las piernas, parte del pulmón y seguramente algo más difícil de nombrar. Mientras él combatía al otro lado del mundo, su mujer se marchó con un amigo. A diferencia de mí, Hall sabía perfectamente dónde encontrarla: trabajaba en la misma universidad que él. Y sospecho que eso le dolía todavía más.

El alcohol, el tabaco y aquel enfado perpetuo con el mundo probablemente nacieron allí, en aquella guerra.

En cuanto terminamos de comer, el profesor zanjó la cháchara y volvió a enfocarse en el entrenamiento.

—Ahora nos toca ocuparnos de los dos últimos rivales. Por tu estilo de juego, creo que el Número Dos es más peligroso que el Número Uno.

Hall me dio un buen puñado de información de ambos. Libros, anotaciones de partidas y cintas. Quedamos en que estudiaría en casa todo ese material durante los dos próximos días. Pero antes de marcharme me propuso jugar una partida. Supuse que repetiríamos alguno de los anteriores contrincantes o que jugaría contra él, pero no fue así. Al subir al ring colgó en la pizarra la foto del contrincante al que en su primer balance consideró más capacitado. El Número Uno. El veterano soviético Viktor Kolarov. Una auténtica leyenda viva del tablero.

El profesor volvió al tabaco y las apuestas. Como era costumbre

encendió el puro y dio una profunda calada antes de mover el primer peón. Por lo menos no tosió esa primera vez. En cuanto a la apuesta, me propuso un doble o nada. Acepté, como no podía ser de otra forma. Fue una partida larga. No hablamos. Creo que ninguno de los dos perdió la concentración en ningún momento. En mis manos sentí el poder de antaño. Finalmente gané.

—Enhorabuena, Morgan. A este nivel mi juego puede presentar ciertas limitaciones. Con ello quiero decir que el original podría sorprenderle. ¿Me ha comprendido?

Asentí.

—Muy bien. Estudie con meticulosidad al contrincante Número Dos. Puede ser su talón de Aquiles.

8

ABBY WEST

Regresé a mi apartamento con la moral por las nubes. Volvía a sentirme capaz de todo. Los dos siguientes días los pasé estudiando junto a Rita. Thomas Fischer, el contrincante que Hall había clasificado como segundo en dificultad, era muy complicado. Solo descansaba para tocar el saxo y tomar batidos energéticos que me ayudasen a mantener la mente despejada. No conseguía introducirme en su mente y descifrar su patrón de juego. Necesitaba más material. Más partidas suyas para encontrar coincidencias en sus movimientos.

El tercer día me levanté temprano y fui a la nave con la esperanza de que Hall pudiese ayudarme. Mi sorpresa fue mayúscula cuando la encontré vacía. Habían desmontado la zona de juego y la sala principal estaba completamente diáfana, como si las mesas de juego nunca hubiesen estado allí. Me asaltó de nuevo una incómoda sensación de irrealidad, algo en mi interior me gritaba que todo aquello no había sido más que una fantasía. Una mera proyección de mis anhelos. Mis dudas se esfumaron cuando escuché el repiqueteo de unos tacones de mujer acercándose desde el extremo opuesto. La figura femenina fue tomando forma entre los haces de luz que descendían de los ventanales superiores. Era la misma mujer rubia que me recibió el primer día. Vestía con una elegancia formal: falda de tubo hasta las rodillas, camisa blanca y chaqueta azul.

—¿Qué ha sucedido aquí? —pregunté algo desconcertado.

—Su entrenamiento ha concluido, señor Blake. ¡Enhorabuena!

—Eso no es posible. Tenemos pendiente el estudio del rival Número Dos.

—No será necesario. El profesor considera que está listo.

—No comprendo. Me puso ciertas tareas y me citó hoy.

—Le ha dejado más tareas.

La mujer me entregó un par de libros y una gruesa libreta con infinidad de coordenadas. Recordé las heridas del profesor y su fea tos.

—¿Acaso le ha sucedido algo?

—El profesor Hall se encuentra perfectamente. Es un hombre ocupado y precisa volver a sus obligaciones. Eso es todo. No debe preocuparse. Le recuerdo que no hace falta ganar. Con clasificarse es suficiente.

La mujer me entregó también una carpeta.

—Ahí tiene todo lo necesario: billetes de avión, reserva de hotel e inscripción al torneo. Sea puntual. Los aviones no esperan y yo tampoco.

Esa alusión a la puntualidad solo podía significar que el profesor les había contado mi retraso de cinco minutos. No me sentó bien.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera?

—Entre cuatro y cinco semanas. Dependerá de lo que tarde en asegurarse matemáticamente los puntos para la clasificación.

—Quiero hablar con el hombre que me contrató y que se hace llamar Colton Reed.

La joven me atravesó con la mirada.

—Quisiera aclarar con él algunas cosas —me expliqué—. Además, me dijo que se encargaría personalmente de mi iguana Rita durante mi ausencia.

—¿Su iguana, dice?

—Así es.

La expresión de incredulidad de la mujer se acentuó.

—Supongo que ahora me dirá que no conoce a ningún señor Reed.

—Claro que lo conozco. Es mi jefe. Pero no veo la necesidad de hablar con él. Si él dijo que se ocuparía de su iguana, lo cumplirá.

—El verdadero motivo es que necesito una explicación a todo esto.

—Eso no es necesario.

—Para mí sí lo es. Quizá pueda ayudarme usted y darme una pista de lo que hago aquí.

—¿Qué le hace pensar que yo lo sé? Cada uno sabe lo indispensable para cumplir su misión.

—¿Y cuál es su misión?

—Mi misión es asegurarme de que usted cumpla la suya: clasificarse.

—¿Por qué es tan importante para ustedes que me clasifique? ¿Habrá otro encargo?

—Gane las partidas y lo sabrá.

—¿Eso es todo?

—Es todo. Nos veremos en Túnez. Por cierto, mi nombre es Abby West —dijo tendiéndome la mano.

Se la estreché con delicadeza. Ella apretó con firmeza y me sostuvo la mirada.

—Un placer, señorita West.

—Lo mismo digo.

Regresé al apartamento y abrí la carpeta. Contenía lo que Abby había dicho y también la reserva de una cena para la primera noche en el restaurante Le Jasmin Bleu de Sousse. Faltaban pocos días para el vuelo y los dediqué a pasear, observar a los cisnes, tocar el saxo y estudiar el material que me había dejado el profesor Hall. Lo cierto es que no lograba concentrarme; no podía evitar darle vueltas una y otra vez al tejemaneje que se traían entre manos Colton y Abby.

¿Por qué tanto secretismo? ¿Qué tenía que ver el ajedrez con las fotos que me enseñó en el parque? ¿Para qué querían que me

clasificase? Abby se despidió diciendo que nos veríamos en Túnez. ¿Cuál sería su verdadero papel allí? También pensé mucho en el profesor Hall. Era algo maleducado y cascarrabias, pero teniendo en cuenta sus circunstancias era algo más que disculpable. Iba a echarlo de menos.

¿Estaba preparado para el torneo? Esa duda me asaltó todas las noches. Hacer el ridículo en Sousse no era una opción. No podría soportarlo. Y esa era la excusa que alegaba en mi interior para plantearme el abandonar. Necesitaba tener una vía de escape: una puerta abierta por donde poder expulsar mis ansiedades, aunque en el fondo sabía que podía clasificarme. Mi verdadero temor nocturno era volver enfrentarme al caos en los ojos de un contrincante. Encarar a una mente dispersa. Una vez vi algo en los ojos de un rival que no he conseguido olvidar. Días después lo reconocí frente al espejo. No quería, no podía volver a pasar por aquello. Necesitaba el orden frente al caos.

Un día antes de la fecha de partida sonó el teléfono.

—¿Cómo se encuentra, señor Blake?

Era la voz de la señorita West.

—Bien, gracias.

—Me alegra escuchar eso. Solo le llamo para recordarle que mañana es el día.

—No se preocupe. Llegaré a tiempo al avión.

Se rio.

—No lo dudo. ¿Ha podido revisar el material que le dejé?

—Sí.

Mis respuestas eran escuetas y secas. Aquella gente no era amiga mía y, puesto que se negaron a contarme nada, yo tampoco tenía por qué explayarme.

—Perfecto. Nos veremos en Túnez. No olvide el pasaporte y la inscripción.

—¿Por qué me han contratado si creen que soy tan estúpido?

Abby volvió a reírse.

—Se me olvidaba. Deje una copia de las llaves de su apartamento bajo el felpudo. Rita estará bien atendida.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Solo desearle buen viaje.

Colgué. Le puse varios cuencos de agua y comida a Rita repartidos por la habitación y solté algunos saltamontes. No podía fiarme de que Colton fuese a cuidarla. Me senté un rato en un rincón. Sus inexpresivos ojos me relajaban. El tiempo parecía ralentizarse en aquella habitación. A ella no parecía afectarle y de alguna forma me contagiaba a mí también. Hice varios ejercicios de control basados en la respiración. Un tiempo indeterminado después me despedí de Rita para tocar un rato el saxo frente a la ventana. Necesitaba mantener tantas incógnitas alejadas de mí el máximo tiempo posible. Empezó a llover y los transeúntes comenzaron a dispersarse. Era el momento ideal para dar un paseo. Menos gente en las aceras y el acogedor repiqueteo de la lluvia como música de fondo. El ambiente era frío y húmedo. Mis pasos inconscientes me llevaron hasta la vieja nave. Ya que estaba allí probé suerte, pero la puerta estaba cerrada.

9

HOTEL BOUJAAFAR

Desperté temprano y algo inquieto. Viajar no era mi fuerte. Aborrecía los aviones. En realidad aborrecía cualquier máquina que alcanzase gran velocidad. Confiar nuestras vidas a aquellos artefactos mecánicos imperfectos no era muy inteligente. Nunca he comprendido la obsesión de la gente por desplazarse cada vez más lejos solo para hacerse una foto. Menos aún la obsesión de toda la nación por intentar alcanzar la Luna. ¿No hay suficientes fotos de personas sonriendo con la Estatua de la Libertad, la Torre Eiffel o cualquier otro monumento de fondo? ¿Ahora sería con un cráter lunar? Como si cambiar de paisaje pudiera cambiar a las personas. No se vive más por ir más lejos. Al contrario, es limitar el tiempo de reflexión e introspección, quizá sea esto último lo que nos asuste y prefiramos correr sin objetivo para tener la mente ocupada. La frase «yo he estado allí» me repatea. Los árboles pasan siglos en el mismo lugar y nadie diría que viven menos por ello. Muchas veces he pensado que su consciencia se mueve a voluntad a lo largo del tiempo y no del espacio. Son caminantes del tiempo. Sin pasado ni futuro.

Yo no conduzco y solo uso el metro o el taxi cuando es estrictamente necesario. En aquella ocasión fue estrictamente necesario tomar un taxi para llegar al aeropuerto. Participar en un torneo tenía algo más de peso que una simple foto. Coloqué el saxo en el estuche y añadí el pasaporte a la carpeta. Pedí al taxista que no pasase de cincuenta en todo el trayecto y le prometí una propina si lo hacía. Cumplió pese a los bocinazos de los otros conductores. Me hubiese gustado poder hacer un trato similar con el piloto del avión. Por fortuna, fue un vuelo tranquilo. Me tocó asiento de

ventanilla y pasé todo el viaje mirando el paisaje, las nubes y el horizonte.

Nada más aterrizar me dirigí a la cola de los taxis. Al llegar mi turno, le enseñé la dirección del hotel y le pregunté por el tiempo que estimaba necesario para llegar. Dijo que en unos veinte minutos. Eso no podía ser mucho más de una hora caminando. Así que acomodé la maleta y el saxo en el asiento trasero y le pagué por adelantado con un bonus por dejarlos en la recepción del hotel a mi nombre.

El paseo duró una hora y diecisiete minutos. Me hizo bien. En el vestíbulo había carteles del torneo que allí se celebraba y un puñado de reporteros. En ese momento estaban entrevistando a Maksim Tal, el Número Tres de la lista del profesor. Lo reconocí de inmediato por la foto de la pizarra. Agradecí ser un desconocido. Me permitió acercarme al mostrador de recepción sin molestias para hacer el *check in* y recoger mis pertenencias.

El taxista había cumplido. Me asignaron una habitación en la tercera planta, hubiese preferido la segunda o la primera. Pero teniendo en cuenta que había dieciséis plantas tampoco iba a quejarme. Era un cuatro estrellas aceptable. Sin mucho lujo, pero pulcro. En la habitación había un tablero de ajedrez magnético sobre la mesa y ropa en el armario: trajes de hombre y de mujer protegidos con plásticos. ¿Se lo habrían dejado los anteriores huéspedes? Apenas quedaba sitio para las pocas cosas que llevaba en la maleta. Recordé la invitación a la cena de esa noche, pero no tenía hambre ni ganas de desplazarme más. Abrí las cortinas. Todavía quedaba algo de claridad. Las vistas del hotel eran muy pobres. Un patio interior y un mosaico de ventanas.

Me puse cómodo con el pijama y me senté sobre la cama con el ajedrez magnético sobre mis piernas. Simulé una partida contra el rival Número Dos haciendo yo de profesor Hall. Gané. Pero fue una victoria sin valor; era incapaz de ser imparcial. Volví a colocar las figuras, absorto en el silencio de la habitación.

De pronto, el giro seco de la cerradura me sacó de mi

ensimismamiento y la puerta se abrió de par en par.

—¿Aún está así? —preguntó Abby, irrumpiendo en la habitación como un vendaval—. Quedan menos de treinta minutos para la cena.

Se dirigió directa al armario y rebuscó entre la ropa. Vestía un traje negro de noche con espalda abierta y falda hasta las rodillas con un corte lateral que resaltaba su esbelta figura y la elegancia de sus movimientos. Descolgó dos trajes y se acercó a mí.

—Levántese.

Obedecí. Los sacó de la funda y, estirando el brazo, los superpuso delante de mí como si yo fuera un maniquí.

—Mejor este —dijo para sí.

Dejó el elegido sobre la cama y devolvió el otro al armario. Luego abrió un cajón lleno de corbatas. Mientras rebuscaba traté de disuadirla.

—No tengo mucha hambre y había pensado…

Se volvió hacia mí con un par de corbatas de seda colgando entre los dedos.

—No pretenderá que cene sola, ¿verdad?

Sin esperar respuesta siguió a los suyo. Una vez decidido mi atuendo, se sentó en un extremo de la cama.

—Tenemos poco tiempo.

Me resigné. Sin pudor, siguió observándome mientras me vestía. Le di la espalda al cambiarme de pantalones. Estaba incómodo. Me ayudó a abrocharme la camisa y a ajustarme la corbata.

Fuimos paseando hasta el restaurante Le Jasmin Bleu, situado a dos manzanas. No hablamos. El silencio era algo incómodo, pero nunca he sido un gran conversador. Lo único que se me ocurría era decirle que era un alivio no tener que coger un taxi para llegar, pero me lo ahorré. Al entrar, ella dio mi nombre y nos llevaron a una mesa reservada. El local era de corte clásico y elegante. La iluminación era tenue y acogedora. El menú ya estaba establecido

de antemano. Solo nos dieron a elegir entre carne o pescado en el plato principal. Abby pidió una botella de vino y el camarero nos sirvió una copa con manos diestras. Ella la olió y tomó un pequeño sorbo. Dio su beneplácito al camarero y luego levantó la copa.

—Por su éxito.

Levanté la mía y brindamos. No soy un experto en vinos, pero era suave y agradable al paladar.

—¿Está preparado para mañana?

—Creo que sí.

—¿Cree?

—Es un decir.

Me entregó un colgante con mi identificación y sacó una libreta pequeña.

—Han publicado los emparejamientos tras el sorteo inicial y ha tenido suerte. No se enfrentará a ninguno de los jugadores peligrosos durante los primeros días.

Dio otro sorbo de vino sin quitar su vista de mí. Parecía estudiar mis reacciones. Yo mantuve mi cara de póker hasta que siguió.

—Como sabe, el torneo durará casi un mes. Todas las partidas se celebrarán en los grandes salones del hotel. Se jugará una partida diaria por las tardes, en formato de todos contra todos. Su primera partida será mañana a las diez y media de la mañana, una excepción por ser la ronda inaugural. Yo le despertaré y le acompañaré. No debe preocuparse, el rival es de los nuestros.

—¿Qué quiere decir?

—Trabaja para nosotros, así que no le costará mucho ganarle.

—¿En serio lo consideran necesario? ¿Acaso desconfían de mí? —pregunté algo indignado y con el orgullo herido.

—Hacemos todo lo que está en nuestras manos para minimizar riesgos.

—Si el torneo está amañado… ¿Para qué entonces el paripé del

entrenamiento?

—Contamos con pocos infiltrados, no podemos despertar sospechas. No se preocupe, a nuestro pesar, tendrá las partidas que quiere.

—¿Qué sucederá cuando me clasifique?

—Ya se lo dije. Eso lo sabremos cuando se clasifique.

—Ha dicho que me acompañará a las partidas. ¿Y qué haremos en los tiempos muertos?

—Podrá hacer lo que usted quiera siempre que cumpla estas sencillas reglas: nada de alcohol, nada de trasnochar, nada de fiestas y nada de mujeres.

—¿En serio?

—En serio.

—Pues creo que en este momento las estamos infringiendo todas.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Usted es una mujer.

—No para usted.

—Estamos bebiendo vino y no queda mucho para la medianoche.

—Una copa de vino no puede considerarse alcohol. Las diez no es trasnochar y esto es una reunión de trabajo, queda muy lejos de una fiesta descontrolada.

—Entendido. Si esto es una reunión de trabajo, me gustaría saber en qué consistirá mi trabajo.

—Ya se lo he dicho. Clasificarse.

—¿No piensa decirme nada más?

—Lo siento. Aunque quisiera contárselo no podría. Lo desconozco. Pero podemos hablar de otros temas.

—¿Cómo cuáles?

—Cuénteme algo de usted…

—No hay mucho que contar. Ya conoce mi apartamento y a lo que

me dedico. Por cierto, ¿quién cuidará de mi iguana si tardo en clasificarme?

Asomó un amago de sonrisa en sus labios antes de responder.

—Le garantizo que estará bien atendida. ¿Alguna afición además de su pasión por los reptiles?

—Antes jugaba al póker. Más como trabajo que como hobby. Un sobresueldo, ya me entiende.

—¿Ganaba siempre?

—No es difícil batir a unos rivales ebrios y poco concentrados. Una mano de póker tiene menos variables que una de ajedrez.

—¿Por qué lo dejó?

—Se lo he dicho antes. No soy buen conversador y, además, suelo ganar. Dejaron de invitarme.

—¿Por qué una iguana? ¿No sería mejor un perro?

—Los perros necesitan cariño y yo tampoco soy muy cariñoso. Me entiendo mejor con mi iguana.

—¿Qué me dice de su mujer?

—Hace casi dos años que no la veo.

—¿En serio?

—Un buen día me levanté y ya no estaba.

—¿No ha vuelto a saber nada de ella?

—Nada.

—¿No le preocupa que le sucediera algo malo?

—Sus cosas no estaban y solía decirme que si seguía así un buen día me levantaría y ella ya no estaría. Y así fue. No puedo decir que no me lo advirtiera.

—¿Hijos?

—Ninguno de los dos queríamos.

—Supongo que porque necesitan cariño…

—Muy graciosa.

—¿No tiene curiosidad por saber dónde se encuentra y cómo le va?

—Prefiero no volver a verla nunca que verla a diario… y si no me cree, pregúntele algún día al profesor Hall qué se siente al verla todos los días.

—¿Qué quiere decir?

—No me haga caso. Las cosas están bien como están. Seguramente volvió a su Estado natal.

—¿Con su familia?

—No tenía. Era otro ser solitario como yo. Supongo que por eso nos entendimos, al menos durante un tiempo.

Luego tomé yo la iniciativa.

—¿Qué me dice de usted? ¿Marido? ¿Hijos? Supongo que sí sabrá dar cariño.

—El trabajo no me deja tiempo para tener vida personal. Nunca la he tenido. A veces siento que mi vida no me pertenece.

—Siempre podría dejar el trabajo y formar una familia.

Soltó una carcajada que silenció con su mano y apuró otra copa de vino.

—No somos tan diferentes como cree, Morgan.

Terminamos de cenar y volvimos paseando al hotel. Hacía frío y ella se agarró de mi brazo. Su tacto era agradable y también la conversación banal que sostuvimos. Era una mujer inteligente y eficiente, además de tremendamente atractiva. Saludó al recepcionista, que no nos quitaba ojo mientras cruzábamos el vestíbulo agarrados como dos enamorados. Abby entró a mi habitación. Yo estaba algo descolocado y no sabía cómo debía comportarme. Pero ella se dirigió directa al armario y sacó el otro traje.

—Póngase este mañana.

Me dio un beso en la mejilla y se despidió.

—Recuerde que mañana pasaré a buscarle. Sea puntual.

Me costó conciliar el sueño. No acepté aquel trabajo por dinero, fue más por la curiosidad y sobre todo por volver a jugar al ajedrez, algo que me asustaba y me excitaba a partes iguales. Estaba enfadado por esa primera partida amañada. Me hacía sentir sucio. ¿En qué lugar quedaría si alguien lo descubriese?

10

PRIMERA RONDA

Estaba preparado cuando Abby entró en mi habitación. Me miró de arriba abajo y sonrió complacida. Me ajustó el traje, retocó mi corbata y me dio un beso en la frente. Bajamos juntos hasta los salones donde se celebraba el torneo. La sala había sido transformada para la ocasión. Decenas de mesas idénticas ocupaban la mitad izquierda del salón, perfectamente alineadas bajo una iluminación blanca y uniforme. Al fondo se encontraban los árbitros y un gran tablero mural magnético donde unos asistentes reproducían las jugadas más interesantes para periodistas y espectadores.

La zona reservada al público estaba bastante concurrida. Reporteros, aficionados y jugadores hablaban en voz baja mientras aguardaban el comienzo de la ronda.

Algo se encendió dentro de mí. Era la escenografía perfecta para una guerra silenciosa. Necesitaba formar parte de aquello. Necesitaba volver a jugar al ajedrez. Competir. Abby habló con los organizadores y me acompañó hasta la mesa asignada para mi partida. Al sentarme frente al tablero se abrió una puerta hacia mi juventud. Un torrente de recuerdos me atravesó como una descarga eléctrica. Aquel era mi lugar. Lo había sido siempre. No tardó en llegar el contrincante. Nos saludamos con una ligera inclinación de cabeza y empezamos. Que la partida estuviese amañada no era de mi agrado y demostré mi enfado ganándole en catorce movimientos. No le di tiempo a dejarse ganar. Disfruté un instante al ver su rostro descolocado y su forma de escurrirse entre la multitud. Fui el primero en terminar y el público me aplaudió tímidamente. No eran muchos, unas veinte o treinta personas. Nada más salir de la zona de juego, Abby se acercó a mí.

—¿A qué ha venido eso? —susurró, fingiendo alegría.

—Solo he jugado lo mejor que sabía.

—No vuelva a hacer algo así. Recuerde que está trabajando. Si no ha jugado antes al ajedrez no busque más culpables que usted y su cobardía.

Me sorprendió su brusca reacción. La encajé como un bofetón, quizá merecido.

—Juraría que me habían contratado para clasificarme —no pensaba poner la otra mejilla.

—Usted se limitará a seguir nuestras instrucciones, ¿entendido?

Asentí.

—No queremos llamar la atención ni deslumbrar con su juego. Gane de forma aburrida —matizó algo más calmada.

—Usted manda… ¿Puedo volver a la sala a estudiar a mis próximos rivales?

Me di la vuelta sin esperar su consentimiento. Me senté en la parte trasera de las gradas de la sala para analizar las partidas hasta mi siguiente enfrentamiento. Abby, pasados unos minutos, se sentó a mi lado y me trajo algo de comer. Actuó como si nada hubiera ocurrido. Recuperó su carácter jovial. Para compensar el retraso en la llegada de algunos delegados, la organización había programado una doble jornada inaugural: una ronda matutina y otra vespertina. Mi segunda partida era la primera después de la pausa para comer. Me enfrentaba a un tal Igor Draslov. Acababa de verlo jugar y no me pareció gran cosa. Permanecí en las gradas incluso cuando terminaron todas las partidas. Abby tampoco se movió. Hizo algunos comentarios, pero mi silencio los fue espaciando. Finalmente, mi rival accedió a la zona de juego y se sentó.

—¿A este lo tenemos también en nómina?

Ella negó con la cabeza. Me levanté y ocupé mi lugar frente a él. Me tocaron las blancas. Fue una partida sencilla. Draslov era un jugador de la vieja escuela, sólido pero previsible, con un estilo defensivo que recordaba al de Samuel Morphy pero sin su elegancia.

Se limitaba a replicar esquemas teóricos, moviendo sus piezas con una lentitud exasperante que delataba su falta de inventiva. Desplegué mi mejor juego desde el principio hasta que estuve seguro de que ganaría. Jugando contra un desconocido no puedes confiarte. Llegado a ese punto alargué su agonía unos cuantos movimientos para evitar ser de nuevo el primero de la ronda en acabar la partida. Sonaron algunos aplausos cuando mi rival dejó caer su rey. Abby ya no estaba en las gradas. Abandoné la sala y la encontré apoyada en una columna.

—Enhorabuena por la victoria.

—Gracias.

—¿Le apetece tomar algo?

—Prefiero volver a la habitación. Estoy algo cansado.

—¿Le subo algo?

—Me gustaría estar solo.

Seguía enfadado con ella. No sé si por haber comprado a un contrincante, por su reprimenda tras ganarle, o por ambas cosas. Apagué las luces y me tumbé intentando vaciar la mente. Solo quería evadirme de todo. No lo conseguí. Cuando sonó el teléfono una hora después todavía estaba despierto.

—Ya han salido los emparejamientos de mañana —dijo Abby—. Por la tarde se enfrentará a Maksim Tal.

Ese era el jugador agresivo que me había causado problemas con el profesor paralítico.

—Tal es solo el primer obstáculo real —continuó—. Recuerde que esto es una maratón de veintitrés rondas, no una carrera de cien metros. Para entrar en el Torneo de Candidatos debe terminar entre los seis mejores de la tabla general. Cada punto cuenta, pero Tal es quien marca el nivel de los profesionales.

—Le agradezco la información, señorita West —dije con sequedad. No necesitaba que nadie me explicara las reglas—. ¿Algo más?

—Daré un paseo y luego tomaré algo en el hotel. ¿Me acompaña?

—Como le he dicho, estoy cansado y prefiero descansar.

—Como prefiera. Mañana iré a buscarle. Recuerde ponerse el traje gris.

11

LA REINA AL DESNUDO

Apenas pude dormir en toda la noche. Me debatía entre el ansia de volver a jugar y el temor a fracasar ante mi oponente. Volví a revisar el cuaderno con las partidas de Tal, solo para comprobar que me las sabía de memoria. Desenfundé el saxo y lo hice sonar hasta que mis dedos se cansaron. Tuve la sensación de que acababa de quedarme dormido cuando sonó el despertador. Me di una ducha con agua fría y, como la partida no era hasta después de comer, tuve que lidiar con las horas muertas dando vueltas por la habitación como un león enjaulado. Aproveché para buscar por enésima vez una fisura en el estilo del ruso y me obligué a descansar unas horas. Cuando faltaban pocos minutos para la hora acordada, me enfundé el traje gris antes de que apareciese mi canguro. Me coloqué frente al espejo y me arreglé el traje y la corbata lo mejor que supe.

Abby entró puntual. Sin llamar, como era habitual. Me miró de arriba abajo y esbozó una sonrisa. Me hizo un gesto para que la siguiera. Al llegar a la sala, mi oponente ya estaba sentado a la mesa de juego. Tenía algo más de canas y algo menos de pelo en la coronilla que en las fotos del profesor. Estudié los cuadros de enfrentamientos actualizados. Localicé a cuatro de los cinco oponentes que el profesor clasificó como peligrosos. Abby me dio una palmada de ánimo en la espalda y se fue hacia la grada. Yo enseñé mi identificación para acceder a la zona de juego y me senté frente a Tal.

Le tocó abrir a él. El individuo empezó fuerte, como estaba previsto. Armó una estrategia de ataque en pocos movimientos. Ya conocía su juego, así que decidí seguir las instrucciones del profesor Hall y contraataqué. Respondí al ataque con más ataque y acepté

todos los cambios de piezas que me propuso. Intercambiamos alfiles por caballos. Torres por torres. No pensaba echarme a atrás. Perdí la reina por uno de sus alfiles, pero mi jugada ya estaba hecha. Tres movimientos después mi oponente se dio cuenta de la trampa en la que había caído, pero ya no pudo hacer nada. Cuatro jugadas después le hice el mate. Aquella victoria me otorgó una sensación de poder. Miré de refilón a Abby, buscando su aprobación. Ella, al notarlo, aplaudió desde la grada sin que las manos llegasen a tocarse. Salimos fuera.

—Ha sido increíble, Morgan. El profesor estará orgulloso de usted.

Lo cierto era que el profesor Hall jugando a ser Tal me pareció mejor que el original.

—¿Están en contacto con él?

La señorita West se lo pensó un segundo, pero respondió.

—Él está siguiendo sus partidas. No más preguntas de trabajo hasta que termine el torneo, ¿de acuerdo?

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

A partir de ahí, el tiempo pareció acelerarse. Las siguientes tres semanas se convirtieron en un bucle monótono de tableros, café cargado y humo ajeno. Abby siguió acompañándome a todas partes. Siempre impecable. Siempre observando. Fui acumulando victorias y algún que otro empate estratégico. Con cada ronda que pasaba, me sentía más fuerte. Daba por descontada mi clasificación para las eliminatorias de Candidatos.

A lo lejos, en las primeras mesas, solía observar de reojo a Viktor Kolarov. El Número Uno de la pizarra de Hall vencía a sus oponentes con una frialdad matemática, pero verle jugar solo reafirmaba la confianza que traía de Nueva Jersey; yo ya le había ganado una vez a través de la simulación del profesor. Sabía que nuestros caminos terminarían cruzándose en las últimas jornadas del torneo y ansiaba que llegara ese momento para demostrarlo de nuevo frente al original.

Me creía capaz de todo, incluso de ganar el torneo. Una sensación

que hacía mucho que no sentía. Muy poderosa. Tanto, que el enfado con Abby West desapareció. A fin de cuentas, estaba allí gracias a ellos.

En la recta final del torneo, tomamos algo en la cafetería del hotel y hablamos de forma distendida del tiempo y de otras nimiedades similares. Durante el postre ella consultó el reloj.

—Entremos. La partida de la que saldrá su próximo rival acaba de empezar y debería verla.

Volvimos al salón y seguí la partida con interés desde la grada. La estaban reproduciendo en el gran tablero magnético. Durante los primeros minutos se limitaron a tantearse. Un continuo ataca y retrocede.

—Acaba de ganar la partida Adrian Keller —le dije a Abby a los cuarenta minutos del inicio de la partida.

—¿Está seguro?

—Completamente. Le hará el mate en seis jugadas.

—Discúlpeme un momento.

Abby abandonó la sala con prisas. Yo me quedé para comprobar que, efectivamente, se cumplió mi vaticinio. La partida de Thomas Fischer, el Número Dos y mi mayor amenaza según el profesor Hall, acababa de empezar en otra mesa y también la seguí. Era realmente bueno. Permanecí en las gradas hasta que uno de los organizadores se acercó y me susurró.

—La señorita West me ha pedido que le diga que debería regresar a su habitación.

Abandoné la sala. Fuera no había nadie. No sé por qué me extrañé; si hubiese estado al otro lado de la puerta, lo lógico es que ella misma hubiese entrado a avisarme. En mi habitación tampoco la encontré. Empecé a impacientarme y me asomé al pasillo en un par de ocasiones. De pronto, sonó el teléfono y casi se me sale el corazón del pecho. Descolgué.

—Peón a f6.

Tras un instante de perplejidad, coloqué las piezas en el tablero magnético que tenía sobre la cama y moví el peón blanco a f6.

—Peón a h4 —respondí.

Los siguientes treinta y cinco minutos fueron un intercambio de coordenadas vía telefónica. Sin pronunciar una sola palabra. Fue una partida complicada. Finalmente, cuando la balanza se decantó a mi favor, escuché:

—Es usted muy hábil, Morgan.

—Gracias, profesor Hall.

—La señorita West le llevará unos documentos en pocos minutos. Aunque me ha ganado, he notado que no le ha resultado tan sencillo como otras veces. Como supondrá, son apuntes relativos a su siguiente rival: Adrian Keller. Le llaman «la anaconda». No comete errores y ahoga posicionalmente a sus oponentes hasta que se asfixian por sí solos. Le recomiendo que los estudie con atención en las cuatro horas que faltan antes de la próxima partida.

—Lo haré.

—Morgan, me quito el sombrero ante su intervención en el torneo.

En ese momento irrumpió Abby algo acelerada. Dejó una abultada carpeta sobre la mesa. Cuando fui a contestar al profesor, solo había un pitido al otro lado de la línea. Colgué.

—¿Cómo ha ido la partida con el profesor?

—Bien.

—Excelente. Ahora debe estudiar toda esa documentación y tenemos poco tiempo.

Me puse manos a la obra de inmediato. Ella se sentó en el extremo de la cama y se limitó a observarme. Cada vez que levantaba los ojos me encontraba con los suyos. Abby solo se levantó para pedir algo de comida por teléfono. El servicio de habitaciones no tardó en traernos lo encargado. Abby lo recogió en la puerta y lo preparó en una mesita auxiliar. Casi me lo dio como a un bebé para que no perdiera un segundo.

Abandonamos la habitación diez minutos antes de la hora prevista para mi próximo enfrentamiento. Abby se colgó de mi brazo. Antes de entrar al salón, se puso delante de mí y, tras un vistazo, me retocó la corbata y me besó en la mejilla.

—Es suyo, señor Blake.

Adrian Keller ya me esperaba en la grada. Se puso en pie al verme entrar y accedimos a la zona de juego juntos. Nos dimos la mano y nos sentamos. La partida se hizo agónica. El profesor tenía razón: Keller no cometía errores. Simplemente me iba quitando espacio en el tablero, asfixiando mis opciones movimiento tras movimiento. Por un instante sentí que me faltaba el aire y pensé que iba a perder. Miré a Abby; ella me miraba fijamente, como en la habitación. Parecía saber que estaba en apuros. Me concentré solo en el tablero. No podía fallarle. No quería ver la decepción en ese bello rostro. Seguí unos minutos defendiéndome y cediendo material para encontrar un resquicio. No disponía de mucho margen. Mis piezas iban menguando y mi rival se hacía fuerte. Cuando por fin logré romper su bloqueo, solo me quedaba una torre, un alfil y dos caballos. Suficiente para armar un ataque. Finalmente, conseguí invertir las tornas y vencí. Hubo aplausos y Keller me felicitó. Éramos los últimos de la tarde y la partida se reproducía en el panel.

Mientras estrechaba la mano de Keller, mi vista se desvió instintivamente hacia la mesa contigua. Maksim Tal, el hombre al que yo había derrotado al inicio del torneo, estaba al borde del colapso. Su rostro sudoroso lo decía todo: estaba perdido. Frente a él, impasible como una estatua de hielo, se sentaba un gigante rubio llamado Erik Larsen. Por un segundo, antes de que Tal tumbara su rey confirmando su rendición y perdiendo toda opción de clasificarse, los fríos ojos de Larsen se apartaron del tablero y se cruzaron con los míos. Fue una mirada carente de emoción, el simple reconocimiento de un depredador a otro.

Abby entró a la zona de juego y se me colgó del cuello antes de darme un suave beso en los labios.

—Es usted increíble, Morgan. Tenemos que celebrarlo.

—Las partidas de los posibles rivales empiezan en menos de una hora.

—Eso ya no importa. Ya se ha clasificado matemáticamente.

Fuimos paseando al restaurante en el que cenamos la primera noche. Nada más llegar, ella se levantó y se excusó para ir al reservado. Pero los servicios no estaban en la dirección que tomó. No le di importancia. Seguramente llamaría a su jefe para darle la buena noticia. A los dos minutos regresó animada.

—He aprovechado para pedir.

Dos camareros nos trajeron una botella de vino y varios entrantes. Ella misma rellenó las copas y brindamos. Después nos sirvieron los platos principales. Lo cierto es que acertó con mis gustos. Esa noche Abby se interesó por todo. Por mi forma de ser, por mi trabajo, por mis rutinas, hasta por mi iguana. En un momento dije:

—Creo que puedo ganar el torneo.

—Estoy segura de ello —pero leí algo en sus ojos que no acompañaba la afirmación. O no se lo creía o algo le sucedía.

—¿Me enseñará a jugar? —preguntó desviando la conversación.

—Seguro que ya sabe.

—Mover las piezas y poco más. Me refiero a alguna de sus jugadas.

—Será un placer.

—Perfecto —dijo Abby poniéndose en pie y apurando el último chupito—. Vayamos entonces.

—¿Ahora?

—¿Cuándo si no?

Volvimos al hotel y subimos a mi habitación. Nada más entrar se quitó los tacones y llamó de nuevo al servicio de habitaciones. Luego puso el tablero magnético sobre la cama. Me aflojó la corbata y se colocó frente al armario.

—Vamos a ponernos cómodos —dijo mientras abría las puertas.

Se quitó la blusa y luego la falda. Las colgó. En un momento se giró y supongo que descubrió mi cara de pasmado.

—Morgan, debe verme como a un igual. Somos compañeros. Debe desterrar todo instinto o deseo sexual hacia mí. De otra forma, la misión correría peligro y ya no me volverá a ver.

—¿Quiere decir que la relevarían? ¿Por qué no a mí?

—No he sido yo la que se ha clasificado.

—Con algo más de ropa seguro que me será más sencillo reprimir mis instintos naturales.

Abby hizo justo lo contrario. Se desnudó por completo y dio un paso hacia mí.

—El misterio suele ser mucho más excitante que la realidad. Ya ha visto lo que hay bajo el sostén y quizá así no sienta la necesidad de asomarse más a él.

—No estoy seguro de que su estrategia funcione conmigo.

—Si quiere podemos acostarnos, pero mañana yo no estaré aquí. La decisión es suya.

En ese momento llegó el servicio de habitaciones. No sé si me salvó o me condenó. Ella se cubrió con la almohada y sin pudor recogió la botella de la champanera con hielo. Cuando volvimos a quedarnos a solas, se puso unos pantalones minúsculos y se sentó en la cabecera de la cama con las piernas cruzadas. Sirvió dos copas y movió el peón blanco.

Todavía no había rechazado su oferta de acostarnos, pero ella parecía haberlo dado por hecho. Me cambié dándole la espalda. Pijama y albornoz. Aplaudió al girarme y me invitó a sentarme en la cama. Las mujeres siempre han sido una incógnita para mí. Espontáneas. Impredecibles. Estaba incómodo. Jugamos y brindamos por el éxito. No tenía claro si estaba seduciéndome o simplemente comprobando hasta dónde podía llegar antes de que saltase sobre ella. Al levantar la vista del tablero, no sabía si mirarle a la cara o a los apetecibles senos. Le enseñé un par de jugadas. En un momento alzó los ojos y clavó la mirada en el estuche del saxo.

—¿Creyó necesario traerlo?

—Es mi único amigo, excluyendo a Rita, claro está. Me ayuda a relajarme y a concentrarme.

—¿Tocaría algo para mí?

—Nunca toco para los demás, salvo para Rita…

—Estoy empezando a tener celos de Rita… —dijo con una sonrisa — ¿Me ve usted como a uno de los demás?

Cogí el saxo y toqué. Ella se levantó y se meció al compás de la música. Con naturalidad y elegancia. Tremendamente sensual.

—¿De quién es la canción?

No respondí.

—La ha compuesto usted, ¿verdad? ¿Podría tocarla otra vez?

—Nunca repito unos acordes. Siempre son nuevos, fluyen como una extensión de lo que siento

—Eso quiere decir que la acaba de componer. ¿He sido yo la musa que ha movido sus dedos?

Guardé silencio de nuevo y seguí tocando. Ella se tumbó en la cama y me pidió que no parase. Unos minutos después se quedó dormida. Seguí tocando un buen rato. No sabía qué hacer. No había sofá. La arropé y finalmente me tumbé junto a ella. Ella lo notó y se giró hacia mí y me abrazó. Aquello fue una prueba difícil. Pensé que me enfrentaba a otra noche sin dormir, pero no fue así. Ajusté mi respiración a la de ella y no tardé en caer en un profundo sueño.

12

JAQUE AL ESPÍA

Un ruido me despertó. El cuarto estaba en penumbra, pero noté que había alguien en la habitación y no era Abby, pues sentía sus piernas bajo las sábanas. El intruso levantó la persiana y la claridad me cegó. Era Colton Reed, el jefe de Abby. Dos señales de alerta me asaltaron con fuerza. Por un lado, la presencia del jefe podría poner en un compromiso a Abby al vernos juntos en la cama; por otro, la intensidad de la luz me gritaba que había perdido la noción del tiempo y, con ella, mi partida. ¿Qué hora era? ¿Había subido a buscarme por no presentarme a la siguiente ronda?

—Veo que ya están practicando su papel de marido y mujer —dijo Colton con naturalidad.

—No es lo que parece —respondí.

—Ya veo… Así que no estaban celebrando su clasificación.

—En cierto modo…

—Pues entonces es justo lo que parece. Mi enhorabuena, señor Blake.

—¿A qué hora es mi siguiente partida?

—En unos diez minutos, pero ya hemos informado a la organización de que está indispuesto.

—¿Indispuesto?

—No queremos llamar la atención y la señorita West me dijo que usted no aceptaría dejarse perder las rondas de trámite. ¿No es así?

—Así es —respondió Abby desde la cama con naturalidad—. No creo que sea capaz de hacerlo.

Seguía recostada con la sábana deslizada por debajo de un pecho desnudo. Se levantó con la misma tranquilidad con la que se alisó el cabello y entró en el aseo.

—Quiero jugar —dije con determinación—. Creo que puedo ganar el torneo.

—No tiene importancia si gana o no. Su misión era clasificarse y la ha cumplido. Aquí tiene lo pactado.

El anciano depositó un sobre en la mesita.

—Guárdese su dinero —respondí, rechazando el sobre—. Necesito saber si soy capaz de ganar.

—Olvídese por un momento de su ego, señor Blake. Ahora tenemos que centrarnos en la verdadera misión.

Abby salió del aseo con el pelo mojado y una toalla enrollada al cuerpo. La dejó caer frente al armario y comenzó a vestirse. El anciano la ignoró por completo. Para mí no fue tan fácil. Colton, al notarlo, sonrió y dijo.

—Señorita West, veo que han estado practicando su nuevo rol.

—Así es —respondió ella.

No comprendía de qué hablaban y empezaba a molestarme.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Por qué todo este teatro? Prometió contármelo si me clasificaba.

—A eso he venido, señor Blake. ¿Le suena el nombre de Tigran Spassky?

—¿El actual campeón del mundo ruso de ajedrez? —respondí, haciendo un esfuerzo titánico por guardar el tipo. Sin embargo, escuchar aquel nombre fue como tragar cristal molido. Un escalofrío me recorrió la espalda.

El jefe asintió.

—No me dirá que tengo que ganarle.

—¿Sería capaz?

—Por supuesto que sería capaz —dijo Abby mientras se abrochaba

la blusa—. Mi marido es capaz de todo.

¿Su marido? La rabia me subió a la garganta al comprender de golpe que su vulnerabilidad de la noche anterior no había sido más que un ensayo de trabajo para ella. Supongo que Reed se percató de mi furia y decidió dejar de jugar conmigo.

—La siguiente fase, el Torneo de Candidatos que decide quién reta al campeón mundial, se celebrará finalmente en la Unión Soviética.

—¿En serio? No es lo programado. Se suponía que los duelos se jugarían en sedes neutrales por toda Europa.

—Se hará público la próxima semana. La FIDE está controlada por Moscú. Los soviéticos han alegado motivos de seguridad por la Guerra Fría y han exigido que toda la fase eliminatoria se juegue a puerta cerrada en su capital. Allí, como es habitual, los que os habéis clasificado os enfrentaréis en duelos directos. Durante esos días deberá buscar la forma de contactar con nuestro hombre.

—¿Se refiere a Tigran?

—En efecto. Tigran Spassky es nuestro contacto en la URSS y su nueva misión.

—¿Me está diciendo que el campeón ruso es una especie de espía?

—No todo el mundo está de acuerdo con el régimen soviético.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto?

—Sencillo. Usted asistirá a la segunda fase del torneo en la Unión Soviética y allí Tigran le dará un nombre.

—¿El nombre del individuo que aparecía en la foto junto a von Braun?

—Así es. Usted acertó en que von Braun podría correr peligro.

La nueva propuesta eran palabras mayores. Una misión internacional en el terreno de nuestro archienemigo.

—¿Por qué yo? Supongo que dispondrán de agentes con mayor experiencia y cualificación.

—No es tan sencillo. El KGB sospecha de Tigran Spassky y está

escoltado y vigilado veinticuatro horas al día. No puede usar ningún teléfono ni verse con nadie no programado. Nos valdremos del campeonato del mundo de ajedrez para sortear esta minuciosa vigilancia. Confiamos en que Tigran tenga cierta libertad en el recinto y buscará la forma de llegar a usted.

—¿Qué hay del torneo?

—Jugará, pero no importa si gana o pierde una vez que obtenga lo que buscamos. Solo debe mantenerse en él hasta que Tigran le dé la información. En estas eliminatorias cada duelo es al mejor de diez o doce partidas. Eso debería darle a Tigran margen suficiente para actuar.

—¿Qué ha querido decir Abby al referirse a mí como su marido?

—Ella le acompañará a la URSS e irán como marido y mujer. No serán los únicos, porque los vuelos estarán subvencionados por la FIDE debido al cambio de localización de última hora.

—¿Por qué no contacta Abby con Tigran directamente?

—Ya se lo he dicho. Las medidas de seguridad son extremas. Solo los jugadores podrán acceder al edificio donde se celebrarán las clasificatorias. Ni público ni familia. No disponíamos de ningún agente capacitado para colarse entre los participantes sin levantar sospechas. ¿Satisfecho?

No respondí. Me limité a sostenerle la mirada.

—Creo que esta nueva misión, como le prometí, es más interesante que perseguir una simple infidelidad.

—Acepto la nueva misión, pero con la condición de que me dejen intentar ganar el campeonato.

Colton miró a Abby. Ella asintió con una sonrisa suave.

—¿Realmente cree que puede ganar el Torneo de Candidatos y luego vencer al campeón del mundo?

—Puedo intentarlo.

—Muy bien. Trato hecho. Solo un detalle más: todos los gastos correrán de nuestra cuenta, pero no habrá más sobres. Saciar su sed

de victoria será suficiente pago.

—No necesito dinero. Con esto es suficiente —dije señalando el sobre que había dejado encima de la mesita.

—Tenemos un trato entonces —sentenció Colton, ofreciéndome su mano.

La acepté.

—Sigo sin entender cómo han conseguido que la estrella del ajedrez ruso se convierta en espía. Y tampoco comprendo qué información puede tener.

—Tigran Spassky, además de ser uno de los mejores jugadores de la historia, trabaja para la agencia espacial soviética. Esto último no es de dominio público, pero no es nada extraño puesto que es una de las mentes más brillantes del mundo.

—Y si Tigran es el orgullo de la URSS, ¿por qué habría de traicionarla?

—La Unión Soviética no tolera que sus hombres brillantes destaquen demasiado. Tigran lleva años sintiéndose atrapado allí. El año pasado, el KGB atrapó a su hermano intentando cruzar a Occidente y lo enviaron a un gulag en Siberia. Tigran sabe que cooperar con nosotros es su única opción para sacar a los suyos de ese infierno.

—¿Y están seguros de que no es una trampa de los rusos? —pregunté, escéptico.

—Él dio el primer paso —sentenció Colton—. Nos avisó de que von Braun corría peligro y, después de analizar aquellas fotografías, supimos que decía la verdad.

—¿Y qué ocurrirá si lo consigo?

—Entregará la información a la señorita West y ella sabrá qué hacer. Por cierto, todo lo que hemos hablado es estrictamente confidencial. Si menciona cualquier cosa incurrirá en un delito muy grave de traición. No debe decir una sola palabra a nadie, ni siquiera a su iguana Rita, que por cierto se encuentra perfectamente.

13

MARIDO Y MUJER

Colton Reed se despidió entregándome un billete de vuelta a Newark. No tuve tiempo de asistir a las últimas jornadas del Interzonal de Túnez, pues en poco más de dos horas ya estaba sentado en un avión rumbo a casa. Dolido por no poder terminar, pero excitado por la oportunidad de jugar en la Unión Soviética, nada menos que en la fase eliminatoria del campeonato del mundo.

El avión aterrizó sin muchos sobresaltos. La vuelta en taxi fue algo más ajetreada; me vi obligado a cambiar de vehículo a mitad de trayecto porque el energúmeno del primer coche parecía tener prisa y no escuchaba mis recomendaciones de no pasar de cincuenta. Lo importante es que finalmente llegué sano y salvo.

En casa todo seguía igual. No sabría decir quién se alegró más de mi regreso, si Rita o el mobiliario. Ambos permanecieron igual de fríos e impasibles. Cogí el saxofón y conseguí expulsar algo de estrés a través de sus notas. Luego me preparé una frugal cena y me acosté. El sueño no se hizo mucho de rogar.

Al día siguiente me levanté temprano. Salí a dar un paseo y compré el periódico. Lo leí frente a los elegantes cisnes del parque. Sus movimientos estéticos y perfectos me recordaban a los de Abby. No lo he comentado, pero aunque no me acompañó físicamente en el avión, vino conmigo. Gran parte de mis pensamientos de la noche anterior fueron para ella.

En las páginas interiores del diario se hablaba del escándalo ocurrido en Sousse tras el abandono del favorito estadounidense, el excéntrico Thomas Fischer, cuando lideraba la tabla, enfrentado una vez más con la organización del torneo. La noticia suponía un duro

golpe para el ajedrez estadounidense, pero, en la intimidad, no pude evitar soltar un inconfesable suspiro de alivio. El inalcanzable Número Dos de la lista del profesor Hall se había autoeliminado. La victoria provisional recaía ahora sobre el danés Erik Larsen, al que la prensa europea ya apodaba «la apisonadora». No había perdido una sola partida y la mayoría de sus victorias apenas superaban las treinta jugadas. Los cronistas hablaban de él como de una fuerza fría e inevitable. Mi retirada por motivos de salud apenas se mencionaba en un pie de página con letra minúscula.

La portada del Times, sin embargo, era para la carrera espacial. Había cierto alboroto en la prensa y en la calle con este asunto. Se informaba de un nuevo éxito soviético, el programa Zond, y de los nuevos retrasos del programa Apolo y de las dudas sobre la viabilidad del Saturno V tras las últimas pruebas fallidas. En el artículo se respiraba una mezcla de reproche y pesimismo. Hasta ese momento apenas prestaba atención a esta, a mi juicio, estéril y ruinosa carrera a ninguna parte. Sin embargo, ahora yo formaba parte de ella. El contribuyente me pagaba a mí sin saberlo y me permitía jugar al ajedrez.

Regresé al apartamento. Aburrido. Dediqué el tiempo a tocar el saxo y a jugar a pies quietos con mi iguana. Me costó concentrarme en preparar las futuras partidas. Mi mente estaba más interesada en explorar innumerables conjeturas sobre mi verdadera misión y en recordar los momentos que había pasado con Abby. Aquella mujer había calado en mí. Saqué del periódico los nombres de los participantes del Torneo de Candidatos que se enfrentarían en las eliminatorias: los soviéticos Vladimir Geller, Efim Smyslov, Mijaíl Korchnói y el temible Viktor Kolarov, el Número Uno del profesor. El cuadro lo completaban el danés Erik Larsen, un yugoslavo llamado Milan Gligorié y la delegación estadounidense, formada por el joven Jack Rever y yo mismo.

A la mañana siguiente me acerqué a la biblioteca a recabar toda la información que pude de ellos. Encontré muy poca cosa útil. Algunas menciones en prensa, pero casi ninguna partida completa. No me hubiese venido nada mal el apoyo del profesor Hall. Pero sabía que

eso no iba a suceder; que yo ganase no era una prioridad para Colton Reed. Lo dejó bien claro. A nadie le importaba lo más mínimo que ganase o perdiese, solo a mí.

Durante la cena encendí el televisor. En el noticiero hicieron un repaso de todos los problemas de nuestro programa espacial. Volvían a hablar de los éxitos rusos y de lo complicado que lo teníamos nosotros. Al parecer, la promesa de Kennedy no era suficiente y muchos medios empezaban a dudar. En uno de los cortes salió el propio von Braun frente a un abundante público asegurando que el cohete Saturno V funcionaría. La multitud le aplaudió. Era casi un héroe. Busqué rápidamente entre los asistentes cercanos a la tarima al individuo de la foto de Reed. Imposible, solo fueron un par de segundos. Por mucha propaganda que le dieran, yo no sentía mucha simpatía por aquel alemán de dudosa implicación con el régimen nazi.

Durante los siguientes días recuperé parte de mi rutina, a la que añadí algunas horas de estudio de los libros del profesor Hall antes de acostarme. El precio a pagar fue empezar a levantarme más tarde.

Por las mañanas daba largos paseos para asentar ideas y jugadas. Me gusta caminar bajo la lluvia; las calles se vacían y el mundo parece menos ruidoso. Mi visita a los cisnes del parque seguía siendo casi obligada, igual que mi fracaso al intentar anticipar sus movimientos.

Varias veces terminé frente a la nave abandonada donde había entrenado con el profesor Hall. La puerta siempre estaba cerrada y no había rastro de él.

La misión a la que me enfrentaba era la más importante y peligrosa de mi vida. Sin embargo, lo que realmente me quitaba el sueño era el ajedrez. La lucha. El tablero convertido en un campo de batalla. Dos ejércitos frente a frente.

Temía hacer el ridículo por falta de preparación. Seguí reuniendo información sobre los participantes y empecé a completar mis propias fichas.

Pensándolo con calma, debería haberme conformado con haber llegado hasta allí. Participar en la fase eliminatoria del campeonato del mundo ya era mucho más de lo que jamás imaginé recuperar. Quizá debía bastarme con eso: aceptar un reconocimiento tardío a lo que podría haber llegado a ser, y retirarme ahora que estaba a tiempo.

Varias noches me visitó el recuerdo de la señorita Abby West. Su cuerpo desnudo planeaba sobre mí. Pero también su elegancia. Su diligencia. Su autoridad. ¿Cómo sería lo de fingir que éramos marido y mujer? ¿Hasta qué punto debíamos llegar? Fantaseaba con las respuestas a esas preguntas, pero también me atormentaba la posibilidad de no volver a verla. Temía que Colton, tras sorprendernos en la cama, decidiese elegir a otra agente para sustituirla. Su reacción no fue en esa dirección, pero aquel hombre era totalmente impredecible.

Todas esas dudas se disiparon dos días después cuando Abby se presentó en mi apartamento sin previo aviso. Tocó la puerta con tres golpes suaves y la abrió ella misma sin darme tiempo a reaccionar. Seguramente con la copia que le dejé a su jefe. Entró directa al salón y me encontró allí. Observó a su alrededor deteniendo su mirada en el saxo, los apuntes de ajedrez y los tableros desperdigados. Luego clavó sus ojos en mí y me reprendió de forma amistosa sin necesidad de palabras. Su expresión venía a decir algo como: «No tienes remedio…».

—Si me hubiera avisado de su visita, señorita West, habría adecentado el apartamento.

—No se preocupe por mí.

Abby cargaba con una abultada carpeta bajo el brazo. Por un momento pensé que el profesor Hall había preparado las fichas de mis posibles adversarios. Pronto descubrí que no era así. Abby apartó las cosas de la mesa y extrajo los documentos. Contenían los planos del edificio de la Unión Soviética donde se iban a celebrar las eliminatorias. Un gran pabellón con altas gradas rodeando la pista central y algunas estancias en planta baja. En la pista, como era de

esperar, se ubicarían las mesas de juego. Estudiamos los accesos y salidas, la localización de los aseos, instalaciones eléctricas y de agua, entre otros detalles.

El protocolo del torneo establecía que no habría público y que los participantes soviéticos entrarían por un extremo y el resto por el otro. Dentro del pabellón no tendríamos tampoco acceso a zonas comunes, salvo en las mesas de juego. Tras analizar los planos con detenimiento, llegamos a la conclusión de que la única opción para establecer contacto con Tigran, más allá de la zona de juego, podrían ser algunos pasillos y quizá los aseos. A priori no parecía nada sencillo que pudiera encontrarme con el campeón del mundo.

—¿Y si no consigo quedarme a solas con él?

—Tranquilo, Tigran buscará la forma de contactar con usted. Es un hombre experimentado y tremendamente inteligente.

—Muy bien. Supongamos que lo consigue. ¿Cómo se hará la entrega? ¿Me lo susurrará al oído? ¿Me entregará una nota?

—No lo sabemos. Él buscará la manera. No se preocupe.

Luego fue el turno de estudiar el hotel donde todos los jugadores no soviéticos nos alojaríamos en Moscú. Revisamos todas las habitaciones planta por planta, los ascensores, las entradas, las salidas y las rutas hasta el recinto del torneo. Estaba lo bastante cerca como para ir andando. Al menos una buena noticia. Conducir con nieve multiplica por diez el riesgo de accidente.

Para terminar, Abby me entregó unas fichas con los detalles de nuestra tapadera. Me dio unos minutos para repasarlas. Creo que conseguí dominar mi expresión, pero la lectura me sentó como una puñalada. Aquello era un calco exacto de mi matrimonio. Y espantosamente preciso. No solo me habían investigado a mí, sino también a mi esposa; habían diseccionado cada detalle de nuestra verdadera vida conyugal. ¿Cómo era posible? Hacía dos años que no la veía y no teníamos muchos amigos a los que preguntar. ¿Habrían dado con ella?

Abby pretendía suplantarla. De hecho, no lo he comentado antes

por no evocar difíciles recuerdos, pero mi mujer también se llamaba Abigail. Ahí me resultó evidente que el nombre de pila de la agente era falso, algo que no me sorprendía en absoluto, pero dejaba claro que todo lo tenían previsto desde el principio.

—Así que el interés que mostraste por mi vida y mi mujer en Túnez fue solo para sonsacarme información —la acusé.

Volví a sentirme manipulado y humillado. Como cuando descubrí que el borracho que jugaba por las mañanas conmigo en el parque era un fraude. Era consciente de que la compañía de Abby era puramente profesional, ella misma lo dijo, pero no imaginé que su trabajo también consistiera en engatusarme para que le revelase detalles de mi vida privada. Eso era ir demasiado lejos.

—No estamos aquí para discutir sino para trabajar.

—¿En serio? Pues si quieres hacerte pasar por mi mujer deberíamos discutir. Era lo que mejor se nos daba.

—Ya es suficiente, Morgan. Tenemos trabajo por delante.

—No es suficiente. ¿Cómo saben todo esto? —dije lanzando los papeles sobre la mesa—. ¿Han hablado con ella?

Abby no respondió. Lo tomé como un sí.

—Entonces saben dónde se encuentra, ¿verdad?

Abby volvió a guardar silencio. Pero aquella cara inocente ya no me engañaba. El silencio fue respuesta suficiente

—Dígame al menos si se encuentra bien.

Abby asintió.

—¿Preguntó por mí?

—Ya basta de lloriquear. Ha tenido más de dos años para encontrarla y es detective. No pretenderá que lo haga yo por usted. Al igual que tuvo veinte años para jugar al ajedrez y tampoco se decidió. Le faltan agallas, Morgan. A veces me pregunto si Colton ha acertado con usted.

Aquello volvió a sentarme peor que un bofetón. Eran verdades como puños. Prefería meter la cabeza bajo tierra que enfrentarme a

los problemas más difíciles.

—Ya no volveremos a hablar más de su mujer. Ahora su mujer soy yo. ¿Lo entiende?

Asentí. Casi noqueado.

—Comencemos entonces. ¿Cuál es mi color favorito?

—El fucsia —respondí con seguridad sin necesidad de mirar el guion. Luego comprobé que tenían la respuesta correcta en las hojas —. ¿Cómo han podido saberlo?

Su rostro se endureció y noté como apretaba la mandíbula.

—Disculpe… continuemos…

—¿Dónde nos conocimos?

—En la cafetería del puerto, refugiándonos de una tormenta que nadie había previsto.

—¿Comida favorita?

—Sopa de tomate en lata con queso fundido y café demasiado negro.

—¿Nuestra canción favorita?

—No teníamos una canción concreta. Yo improvisaba algo con el saxo cuando ella no podía dormir.

Bajé la vista hacia los papeles esparcidos sobre la mesa. También estaba allí. No comprendía cómo habían podido descubrirlo. Dudaba incluso de que Abigail lo recordase.

—¿Fecha y lugar de nuestra boda?

—El 18 de septiembre de 1962. En el juzgado del condado. No hubo iglesia, ni arroz, ni banquete. Solo dos firmas, un testigo que no recuerdo y una lluvia fina que nos acompañó hasta casa.

—¿Hijos?

—No nos creemos con derecho de traer un ser a este mundo a sufrir.

—¿Padres de ambos?

—No conocí a mi padre. Mi madre falleció siendo yo un niño. Y Abigail se crio en una casa de acogida.

—¿Cuántos lunares tengo en los pechos?

—Eso no aparece en las hojas.

—¿No te fijaste en Túnez?

—Tres. Dos en el izquierdo y uno en el derecho. Pero mi mujer solo tenía uno y en el izquierdo.

Abby negó con la cabeza y sonrió.

—¿Manías?

—Yo soy incapaz de sentarme en un local dando la espalda a la puerta y tú no soportas que la etiqueta de la ropa te roce la nuca.

—Por tus respuestas entiendo que nuestra información es correcta.

Asentí. En realidad era demasiado correcta.

—Ahora necesitaré algunas fotos. De la boda, de algún viaje…

—No éramos de muchas fotos.

—Todo el mundo tiene un álbum de boda y ella no se lo llevó. Lo necesito para que podamos describir los mismos lugares en caso de ser necesario. La mínima discrepancia puede ser nuestra perdición. Los servicios secretos soviéticos no bromean.

Lo busqué a regañadientes y se lo entregué. Pasó las hojas con delicadeza. No pude evitar mirarlas. En ellas había recuerdos felices de antaño, podría decirse que los únicos de mi vida. Ahora eran dolorosos. Al terminarlo lo cerró con cuidado y me lo entregó.

—¿Suficiente?

Abby asintió. Parecía en cierta forma afectada. Triste.

—Fuimos felices, ¿verdad? —dijo ella, metiéndose peligrosamente en el papel de mi mujer.

Por un instante infinito, me pareció ver a una mujer real apenada por los restos de un naufragio ajeno. Luego recordé quién era Abby West y comprendí que quizá solo estaba intentando sacarme más

información.

—No volveré a caer en otro de tus juegos.

—Por supuesto.

—Toda nuestra coartada se puede venir abajo si nuestro adversario da con ella —dije, sintiendo un nudo de puro pánico en el estómago al imaginar a los rusos interrogando a mi verdadera esposa.

—Usa su nombre de soltera y jamás habla de usted. Podemos estar tranquilos.

—Ustedes dieron con ella.

—Eso no ocurrirá —sentenció Abby.

Lo dijo con una autoridad que casi daba miedo. Hasta llegué a pensar que la podrían haber hecho desaparecer. Pero no indagué más.

Luego practicamos situaciones habituales de marido y mujer y el ambiente se fue relajando.

Ensayamos cómo debíamos sentarnos en el avión, la forma correcta de ayudarla con las maletas en el aeropuerto y en el hotel, o cómo caminar cogidos del brazo con la naturalidad de la costumbre y no con la torpeza del primer mes. También practicamos pequeñas miradas cómplices a través de una habitación llena de gente y hasta el modo exacto en que ella debía quitarme una mota de polvo imaginaria de la solapa. Improvisamos discusiones de matrimonio, conversaciones triviales durante una cena y la manera correcta de responder si alguien preguntaba cuánto tiempo llevábamos casados.

—Los matrimonios felices no necesitan demostrarse cariño continuamente —dijo ella—. Los de verdad suelen parecer cansados.

—¿Hasta qué punto hemos de fingir que somos marido y mujer? —pregunté con toda intención.

Abby me miró y negó ligeramente con la cabeza, como dando por hecho que era incorregible y que siempre pensaba en lo mismo.

—Hasta el máximo punto. Haremos como todos los matrimonios, fingir que somos felices en público, desidia en privado y sin sexo en la cama.

Aquella mujer tenía respuesta para todo.

—¿Cómo se tomó su jefe el encontrarnos en la cama?

—Eso le hizo decidirse por mí. Desnuda en la misma cama que usted y sin practicar sexo.

—¿Cómo supo que no hubo sexo?

—Sus reacciones le delataron, Morgan.

—¿Eso cómo me deja a mí?

—Eso no importa. Debe olvidarse del *yo, mí, me, conmigo*. Tiene que enfocar esta misión desde una perspectiva más amplia. No está trabajando para usted, sino para su país. Sus circunstancias personales no importan. Su ego no importa.

—¿Tan importante es para mí país salvar a von Braun?

Abby me miró con incredulidad.

—Él es nuestra única oportunidad de vencer a los soviéticos.

—Reformulo la pregunta. ¿Tan importante es llegar a la Luna para América? ¿Qué esperamos encontrar allí? ¿Oro? ¿Hombrecillos verdes?

—Es más importante de lo que usted cree. Aquí está en juego la hegemonía mundial durante las décadas venideras.

Abby se paseó por el salón y curioseo la escasa decoración. Un cuadro de un paisaje solitario y gris, una vitrina con juegos de porcelana llenos de polvo, la mesa y un sofá frente a una pequeña televisión con grandes antenas. Pasó algunas hojas de mis apuntes sin mucho interés.

—Veo que se está preparando para el torneo en Rusia. ¿Tan importante es ganar para usted?

—Mucho más que llegar a la Luna.

—Primero consiga la información que buscamos y luego será libre

de hacer lo que quiera en el torneo.

Abby cogió el saxo que estaba apoyado bajo la ventana y se paseó por el resto del apartamento. Entramos en el cuarto y se acuclilló frente a la iguana, que no se inmutó para variar.

—Esta debe de ser la famosa Rita.

Asentí.

—¿Está disecada? —dijo, uno segundos después.

—Se mueve poco, pero se fija mucho aunque no lo parezca.

Terminó de sentarse y me entregó el saxo.

—¿Le importaría tocar algo para ambas?

Me senté frente a ella y dejé que la música fluyera. Cuando abrí los ojos, los de Abby seguían cerrados y el mentón ligeramente levantado. Había pasado casi una hora. Acabó por abrirlos y me pareció leer agradecimiento en su mirada. Volvimos al salón, recogió su bolso, algunos papeles y se despidió.

—Dentro de tres semanas nos encontraremos en el café del aeropuerto. Nuestra etapa de marido y mujer empezará ahí. No se retrase y no olvide el saxo.

Asentí.

—Esto es importante, Morgan.

Volví a asentir algo molesto. No me gustaba que me tratasen como a un niño. Me dio un beso en la frente y salió del apartamento.

Al recoger el álbum, no pude evitar flagelarme repasando algunas páginas. Faltaba una foto. Una tomada un par de meses después de la boda. En ella aparecía Abigail, enfundada en un elegante vestido negro, lanzando un beso con ambas manos al objetivo detrás del cual me escondía yo. Todavía lo recuerdo con nitidez. Casi podía sentir su aliento y el sabor de sus labios mezclado con el carmín del beso real que siguió a aquel fogonazo. Después, me susurró algo al oído. Un mensaje que ella misma escribiría en el reverso de la imagen. No hacía falta que lo apuntara; lo tenía grabado a fuego en la memoria.

14

TRAS EL TELÓN DE ACERO

Llegué con antelación al aeropuerto. Abby me esperaba en una cafetería tomando algo en una mesa algo apartada, con un ramito de flores en el centro. Me costó un poco reconocerla. Vestía un traje negro discreto y elegante. Se había teñido de castaño oscuro y llevaba un peinado distinto; ahora el pelo le caía por el lateral y le cubría gran parte del rostro. Me hizo un gesto para que me acercase. Dejé mis aparatosos bártulos en el suelo y tomé asiento frente a ella. Ella levantó la mirada, puso la mano sobre la mesa y esperó a que se la cogiera. Necesité unos segundos para reaccionar. Era ella. Idéntica a mi mujer Abigail en el momento de la foto del beso. No sabía cómo sentirme, aquello era demasiado para mí. Tomé su mano y ella me la apretó.

—¿Preparado, señor Blake?

Me encogí de hombros. ¿Qué podía responder? ¿Se refería a preparado para asumir el papel de marido y mujer, para hacer de espía, para ganar el Torneo de Candidatos o para las tres cosas? Sinceramente, no creo que estuviese preparado para ninguna de ellas.

—Veo que ha traído el saxo.

—Nunca viajo sin él.

—¿Acaso viaja mucho, Morgan?

—Lo cierto es que no. Pero mi afirmación sigue siendo cierta.

Ella sonrió y dio un sorbo a su bebida.

—¿Un café cargado antes de irnos?

Negué con la cabeza. Terminó el suyo y pagó en la barra.

Entramos al aeropuerto de la mano. Al momento, un joven de uniforme se apresuró a hacerse cargo de nuestro equipaje con un carrito. Abby llevaba una maleta pequeña y funcional, mientras que yo cargaba con una maleta enorme y el estuche con el saxo. Me sentí algo estúpido.

Al acercarnos a la zona de embarque reservada para el vuelo hacia la Unión Soviética, nos topamos con un entusiasta comité de despedida. Tras las polémicas de las fases previas, que acabaron con Fischer fuera del tablero, la representación estadounidense había quedado reducida a solo dos jugadores: Jack Rever y yo. Decenas de aficionados esgrimían pequeñas banderas, volcando en nosotros todas sus esperanzas para el Torneo de Candidatos. Al verme aparecer, los vítores se multiplicaron. Abby lo agradeció con sonrisas y graciosas inclinaciones de cabeza. Yo, más torpe, traté de corresponder levantando la mano.

El pasaje del avión estaba medio vacío. Además de nosotros, el pequeño grupo nacional lo formaban algunos delegados de la federación, un par de reporteros autorizados y varias esposas. Los demás participantes no soviéticos llegarían desde sus respectivos países. La mayoría evitaba hablar demasiado alto. Incluso antes de despegar, daba la impresión de que ya nos estuvieran observando.

La azafata nos llevó hasta nuestros asientos. Abby saludó con soltura al resto de viajeros antes de que tomásemos asiento. Despegamos y alcanzamos la velocidad de crucero sin novedad. El que hombre que estaba sentado al otro lado del pasillo, y que parecía viajar solo, se inclinó hacia nosotros y me dijo:

—Es usted Morgan Blake, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y la belleza que le acompaña es su mujer?

Asentí. Abby se apoyó sobre mí para presentarse.

—Soy Abigail Blake.

El sujeto se incorporó para darle un beso en la mano.

—Soy Jack Rever. Encantado de conocerles. Le vi jugar en el

torneo de Sousse. No le había visto antes en el circuito. ¿Qué ranking ocupa en el país?

—He estado fuera durante un tiempo.

—Fue brillante su forma de someter a Tal. Le pagó con su propia medicina. Lástima que no pudiese continuar. Yo era su siguiente rival.

—No me sentó bien la cena y pasé varios días indispuesto. Seguro que hubiese sido una partida interesante.

Jack sacó un pequeño estuche con un ajedrez magnético.

—¿Le apetece jugar ahora esa partida pendiente? —preguntó—. El viaje es largo.

Abby me animó con un ligero golpe con el codo. Así que pasamos las siguientes dos horas jugando. La azafata trajo algo de beber. Abby pidió por mí e interpretó a la perfección su papel de esposa. Chismorreaba con la mujer del delegado de la federación, el compañero que se sentaba detrás. No era nada hablador, todo lo contrario que su mujer. También hizo ciertas migas con el matrimonio de delante. Yo gané cinco de las nueve partidas que jugamos. Jack era un digno rival y me costó anticipar su juego.

—Los rusos nos están ganando en la carrera espacial —dijo mientras colocaba de nuevo las piezas—. Con el ajedrez les daremos donde más les duele, demostraremos cuál es la nación más inteligente y les arrebataremos la hegemonía.

Jack era un gran jugador, pero creía haberle tomado la medida cuando bostezó y decidimos dejarlo. Recogió el tablero y un minuto después estaba roncando.

—¿Alguna instrucción nueva que deba saber? —susurré a Abby cuando la pareja de detrás se levantó para ir al aseo.

—Desde este momento no volveremos a hablar de la misión. Y jamás en el hotel asignado en la Unión Soviética. Puede haber oídos y ojos en todos los rincones. Los soviéticos están paranoicos y no les falta razón. Usted no sabe de lo que puede ser capaz el KGB, no los conoce…

El resto del vuelo transcurrió sin novedad. Largas charlas de ajedrez con Jack y breves intercambios con Mike, un periodista deportivo que no dejaba de hacer preguntas capciosas sobre las presiones políticas del torneo y al que despaché con respuestas cortantes. Abby se levantó un par de veces y aprovechó para hablar con el resto de pasajeros. La tensión aumentaba entre los viajeros a medida que nos acercábamos a nuestro destino. Las esposas, en cambio, parecían mucho más relajadas y conversaban entre ellas con una naturalidad que yo envidiaba.

Aterrizamos en el Aeropuerto Internacional de Moscú-Sheremétievo. Un ala entera del aeropuerto estaba cerrada para nosotros. Nos hicieron esperar en una sala fría y desnuda. Pronto llegaron tres hombres enfundados en largas casacas que no parecían personal del aeropuerto. Uno de ellos dio un paso al frente y habló en nuestro idioma con marcado acento ruso.

—Acompáñenos por favor. Su equipaje ya está en los vehículos.

Junto a otro compañero, fueron diciendo nuestros nombres y comprobando nuestros pasaportes antes de colocarnos en fila. El tercer hombre permaneció todo el rato apoyado en la pared, con la vista clavada en un punto indeterminado del suelo. El sombrero con el que se cubría apenas me dejó verle la cara. No parecía interesado en ayudar. Salió el último y no subió a ninguna de las dos furgonetas en las que nos repartieron. Nos pusimos en marcha y no lo vi moverse hasta que lo perdimos de vista.

Poco después se nos unieron dos vehículos militares de escolta. El soviético que nos acompañaba cogió un micrófono del autobús e hizo un pequeño discurso turístico y de propaganda comunista, ensalzando las virtudes de su gran nación. Hasta pasamos por una gran avenida abarrotada de gente con pancartas rojas y cantando lo que parecían vítores patrióticos. El tránsito allí se volvió extremadamente lento.

El guía explicó con orgullo que estaban celebrando el Día de la Cosmonáutica, un acto multitudinario que aquel año tenía un tono especial por la reciente y trágica muerte en accidente aéreo de su

héroe nacional, Yuri Gagarin.

Pudimos ver parte del desfile, el paso de los militares y enormes retratos de los cosmonautas colgando de los edificios.

—Seguro que nos han desviado de la ruta para restregárnoslo por las narices —dijo Jack, que decidió ser también compañero de autobús—. Estoy deseando levantar la copa del mundo de ajedrez y restregársela a ellos

Abby dejó de interpretar su rol de esposa feliz y permaneció en silencio. Noté que no quitaba ojo al guía y que vigilaba con disimulo la carretera a nuestra espalda. Bordeamos el edificio donde se jugarían las eliminatorias, pero no paramos. El guía nos informó de que era un antiguo pabellón deportivo donde se habían forjado eminentes atletas soviéticos y no dudó en enumerarlos con nombres, apellidos y títulos. Luego, por fin, fuimos directos al hotel. Al bajar, el guía nos entregó el programa y el horario del torneo.

Todos, como estaba previsto, nos alojamos en el mismo hotel. Tenía una recepción amplia y señorial, pero apenas estaba decorada. Dos chicas de recepción bastantes diligentes nos fueron asignando las habitaciones. Cuando me nombraron a mí, Abby recogió las llaves y subimos a la tercera planta, habitación treinta y siete. Las maletas estaban ya en el interior junto a la cama. La habitación era espaciosa, con un techo altísimo y un enorme radiador de hierro fundido bajo el ventanal. Una cama de matrimonio ocupaba el centro junto a dos mesillas oscuras y un armario de madera maciza. Las cortinas gruesas apenas dejaban entrar la luz gris del exterior y el aire olía ligeramente a barniz y calefacción antigua. Abby inspeccionó el aseo y los armarios. Luego abrió las ventanas y dio un giro de bailarina antes de ponerse frente a mí y darme un beso en los labios.

—Esto es un sueño, cariño.

Me pilló un poco desprevenido, pero le seguí el juego. Al parecer debíamos comportarnos como marido y mujer incluso en la habitación. Abby se descalzó, abrió las maletas y fue colocando la ropa en el armario. Yo traté de ayudar, pero creo que solo conseguí

entorpecer su labor. Al terminar, entró al aseo y preparó una ducha. Seguía algo descolocado, así que cogí el saxo, me lo llevé a los labios y acaricié los botones sin llegar a tocarlo.

—Cariño, ¿Está por ahí el champú? —preguntó Abby desde el baño.

Lo recogí de la mesita y dudé frente a la puerta.

—¿Lo encuentras? —insistió.

Empujé la puerta y entré. El cuarto de baño estaba lleno de vapor y ella estaba dentro de la bañera. El agua estaba cubierta de espuma y los senos quedaban parcialmente cubiertos. Abby siguió frotándose el cuello y los hombros como si yo no estuviera. Luego fue el turno de las piernas. Levantó una fuera del agua y la frotó con esmero, luego lo repitió con la otra. Después se puso de pie y me miró. Yo me quedé como una estatua ante su esbelto cuerpo. Al armarme de valor y levantar la vista, me topé con sus ojos. Ella llevó disimuladamente un dedo índice a sus labios y comprendí que no podíamos hablar con libertad. Me apresuré a acercarle la toalla. No hizo amago de cogerla, así que la cubrí con ella y le froté con cuidado la espalda.

—Tu turno —dijo colocándose frente al espejo—. No tardes que el agua todavía está caliente.

Me desvestí apresuradamente dándole la espalda y me metí en la bañera. Aquella situación era muy incómoda. Al menos para mí. Ella hablaba con naturalidad mientras se quitaba los pelos de las cejas y se embadurnaba las piernas, brazos y cara con una espesa crema. Yo, mientras tanto, me puse un poco de champú en las manos y me lavé rápidamente sin salir del agua. Al terminar, esperé el momento oportuno para levantarme y coger la tolla para cubrirme. Nada de pedírsela. Ella, al verme, me secó la cabeza con la toalla que tenía anudada al cuerpo.

Ya en la habitación, se puso un camisón largo de tela semitransparente y de tono rojizo. Yo me enfundé un pijama que prefiero no describir. Éramos la noche y el día en lo que a elegancia se refiere. No solía viajar y no tenía nada apropiado para la ocasión.

Era tarde y estábamos cansados. Repasamos el programa que nos había dado el guía y nos metimos en la cama. La cama contaba con un cabezal de aspecto señorial, era amplia y dura como las piedras. Abby me dio un beso en la frente y se volvió hacia su parte de la cama.

15

EL PABELLÓN

Sonó el teléfono demasiado pronto. Lo descolgué a tientas y el auricular cayó al suelo. Aun así pude escuchar una voz con marcado acento.

—El desayuno está listo en el salón.

Abby, que ya estaba levantada, lo recogió y lo colgó. Se sentó en mi lado de la cama y me ayudó a ajustar mi reloj de muñeca al nuevo huso horario. Luego nos arreglamos, aunque esta vez usamos el aseo por turnos. Bajamos por las escaleras hasta una sala demasiado grande para las pocas mesas que había. Un camarero nos sirvió el desayuno. Una ración estricta y sin opciones: té oscuro, pan negro y unas gachas de aspecto dudoso.

Jack desayunaba unas mesas más allá junto a Mike, el reportero que había viajado con nosotros. Levantó la mano a modo de saludo al vernos. Por fortuna no se acercó a nuestra mesa. Hablaba sin parar mientras Mike tomaba notas con expresión cansada.

Más apartado, junto a una ventana empañada por el vaho, reconocí al danés Erik Larsen. Permanecía solo, inmóvil bajo la luz grisácea de la mañana, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Incluso sentado transmitía una incómoda sensación de seguridad absoluta. Jack no dejaba de mirarlo de reojo.

Apuramos nuestro té sin prisa, dejando que los demás despejaran el salón. Para cuando salimos del hotel, la mayoría ya esperaba fuera en pequeños grupos dispersos. Algunos iban acompañados por sus esposas; otros, como Larsen o Jack, aguardaban solos. Esperamos unos minutos hasta que apareció el último delegado y luego emprendimos el camino hacia el pabellón.

Hacía frío. Abby buscó cobijo en mi cuerpo agarrándose a mi brazo y frotándose contra mí como un gato. Nuestra pequeña comitiva avanzó despacio entre la nieve, en fila irregular, como una extraña procesión. Nadie parecía tener ganas de conversar. Cada uno caminaba encerrado en su propia partida.

—Permanezca muy atento a su rival —dijo Abby—. Debe estar concentrado para conseguir una victoria.

Deduje que se refería al intercambio de información con Tigran y no a la partida. Para ellos no era importante que ganase o perdiese. Al acercarnos al pabellón, nos topamos con un fuerte cordón militar que solo dejaba un estrecho pasillo hasta la entrada. A ambos lados se agolpaban decenas de personas animando a sus compatriotas y abucheando nuestro paso. Antes de entrar al recinto, había que pasar un nuevo control. Unos soldados con cara de poco amigos nos pidieron los pasaportes y acreditaciones. Nos cachearon y nos obligaron a pasar por un detector de metales. Hasta comprobaron mi rostro con una foto distinta a la del pasaporte. Disponían de una ficha de cada jugador. Me hubiese encantado saber qué ponía en la mía. Quizá el hecho de que Abby y yo estuviésemos fingiendo ser marido y mujer en todo momento, incluso en la intimidad, no era tan exagerado. A las mujeres se les denegó el acceso. Abby se despidió ajustándome la corbata y limpiando las solapas de mi abrigo. Esta vez no hubo beso.

—Te espero en el hotel —susurró.

Detrás de nosotros entraron dos militares con los subfusiles sujetos a la altura del vientre y los cañones apuntando al suelo. Un corto pasillo desembocaba en una antesala dominada por dos grandes paneles. En ellos colgaban, impresos en gruesos caracteres cirílicos y occidentales, los cuadros de los cuartos de final.

Me detuve un instante a estudiarlos. Ver los cruces impresos en aquellos inmensos paneles imponía mucho más que leerlos en el periódico de casa. De los ocho clasificados que aspirábamos a retar al campeón del mundo, exactamente la mitad eran Grandes Maestros soviéticos. Cuatro leyendas locales que jugaban en casa,

respaldadas por todo el peso del régimen. Frente a ese muro inexpugnable, los otros cuatro habíamos llegado desde distintos rincones del mundo, reducidos a nuestra mínima expresión: un jugador yugoslavo, la famosa «apisonadora» danesa y nosotros dos como única representación estadounidense.

Aquel torneo parecía mucho más que una competición de ajedrez. Era otra batalla de la Guerra Fría disputada sobre sesenta y cuatro casillas.

Al otro lado estaba la estancia principal del edificio. Una gran zona central despejada rodeada de gradas de hormigón. La zona de juego la acondicionaron en el centro y, en conjunto, me recordó a la nave abandonada que el equipo de Reed preparó cerca de mi apartamento para entrenar con el profesor Hall. Nos acomodaron en un cuarto robado a la parte inferior de las gradas y nos fueron llamando a los cuatro, uno a uno. Varios metros a nuestra derecha se encontraba la representación soviética. En las gradas de enfrente había un reducido grupo de personas con aspecto de prensa o radio.

Examiné todo el recinto y no hallé rastro del campeón. Tigran, como actual poseedor del título, no participaba en las eliminatorias; él aguardaba en su trono al ganador absoluto de este torneo para batirse en un duelo final. Así que no iba a encontrarlo sentado frente a un tablero, pero al ser el héroe nacional, confiábamos en que acudiera como invitado de honor.

Mi rival en los cuartos de final era Viktor Kolarov. El temido Número Uno de la pizarra del profesor Hall. Toda una institución del ajedrez soviético. Al leer su nombre en el panel, sentí un escalofrío, pero también una profunda oleada de confianza; me había preparado en secreto en aquella fría nave industrial para este exacto momento. El duelo se disputaría al mejor de diez partidas. El primero en alcanzar los cinco puntos y medio pasaría a semifinales, así que aquella primera partida podía marcar el tono de todo el enfrentamiento.

Los primeros movimientos fueron un calco exacto de mis simulaciones con el profesor. Eso me benefició enormemente. No

tardé en tomarle la medida. Kolarov optó por su característico esquema conservador, cediendo el centro del tablero para fortificar sus defensas. Fue un error de manual que Hall me había enseñado a castigar. Aproveché su pasividad para lanzar una ofensiva implacable con mis caballos, desbaratando su estructura de peones. En menos de cuarenta jugadas, estrangulé sus opciones de fuga y comencé a encerrar a su rey.

Al terminar, evitó estrecharme la mano. Yo volví a inspeccionar con disimulo todo el recinto y seguí sin localizar al campeón. Con la intención de estudiar el terreno antes de volver a mi zona, le solicité a un árbitro permiso para ir al servicio. Me costó hacerme entender. Cuando por fin accedió, me obligó a esperar hasta que uno de los militares rusos se acercó. Cruzaron unas palabras y me acompañó por un desolado pasillo hasta los aseos.

Todo estaba tal y como indicaban los planos. El joven militar se asomó primero al cuarto, me hizo un gesto para que pasase y se quedó esperando fuera. Las cuatro cabinas carecían de puerta. Solo estaba la taza y el soporte con el rollo recién cambiado. Arranqué un trozo de papel en cada una de ellas, en tres tuve que romper el precinto, y usé la cuarta. Obviamente, no encontré nada escrito. Tampoco había cisternas, el clásico escondite de las películas de espionaje. Acto seguido, inspeccioné con disimulo los tres urinarios, los lavabos y sus respectivos espejos. Cero pistas. Mientras me secaba las manos con el papel que había recolectado, dieron unos golpes secos en la puerta. Me apresuré a salir; el escolta se estaba impacientando.

Me acompañó hasta nuestra zona reservada en las gradas. Permanecí unos minutos más observando el recinto y esperando algún tipo de señal. No llegó ninguna. Los compañeros se fueron marchando. Jack, al terminar su partida, se sentó un rato a mi lado. También había ganado y estaba animado.

—No te dejes impresionar por su forma de ser. Son fríos como el ambiente —dijo, palmeando mi espalda.

—Enhorabuena —respondí sin mucho entusiasmo.

Él siguió hablando pese a mi continuado silencio. Me limité a asentir cuando pensaba que era el momento adecuado. Su cháchara me distraía un poco, pero también me daba algo de cobertura. Me centré en las partidas que se estaban disputando y, al mismo tiempo, en todo lo que me rodeaba. ¿Cómo pensaban transmitirme la información?

Permanecí allí hasta que me instaron a marcharme. Por fortuna, Jack se había adelantado unos minutos alegando estar hambriento y recordar que la comida esperaba en el hotel. Yo también lo estaba. Faltaban tres horas para la segunda partida y aún quedaba gente en los alrededores, indiferente a la fina lluvia que lo impregnaba todo. El paseo de vuelta me hizo bien. Con tantas cosas en la cabeza, casi no había disfrutado de la victoria. Parecía irreal. Estaba jugando las eliminatorias en la Unión Soviética y había resuelto el primer asalto sin despeinarme. Si seguía así, podría alcanzar la gran final del Torneo de Candidatos para disputarle la corona al campeón.

16

TIGRAN SPASSKY

Al entrar en el vestíbulo del hotel me encontré con Abby y con la mayoría de mis compañeros. El ambiente estaba enrarecido. A diferencia del torneo en África, aquí no había medias tintas. Estábamos inmersos en duelos a cara de perro, jugando día tras día contra el mismo rival. Las miradas de los que habían perdido su primera partida denotaban pura tensión, mientras que los vencedores trataban de ocultar una prematura euforia. Abby se acercó hacia mí.

—Enhorabuena, cariño.

Me besó suavemente en los labios como recompensa por mi victoria. Me encantaba la forma de ponerse de puntillas frente a mí y buscarme con total naturalidad. Para mí era suficiente premio. Seguramente Jack le habría informado sobre mi partida. Recibí alguna que otra felicitación de otros compañeros y yo correspondí. Pronto anunciaron que la comida estaba lista y entramos al salón.

Las mesas estaban identificadas con pequeñas tarjetas nominativas. Había mesas dobles para el jugador y su acompañante, y otras individuales para los que venían solos. Tomamos asiento y respiré con alivio al comprobar que a Jack le tocaba tres mesas por detrás de la nuestra. Ya había tenido suficiente ración de él por hoy.

—¿Ha seguido Tigran las partidas desde la grada? —preguntó Abby con toda intención.

Yo negué con la cabeza.

Antes de que empezaran a servir, un camarero pasó entre las mesas haciendo clic con un contador entre los dedos. Supuse que pasaban lista para evitar que algún fresco se colase o para

asegurarse de que no faltaba nadie. Tras catar los platos, me decanté por la segunda opción. ¿Quién iba a arriesgar el pellejo por algo tan insípido?

A mi lado, Abby estaba siempre perfecta. Exhibió una sonrisa complaciente durante todo el servicio e hizo gala de unos modales exquisitos. Aceptaba cada bocado de buen grado y se limpiaba los labios con delicadeza, usando apenas la punta de la servilleta. Yo sabía que estaba interpretando un papel, pero me asaltó una duda: ¿se puede simular la perfección sin llevarla dentro?

Al terminar, Milan Gligorić, el jugador yugoslavo que había sido derrotado en la primera ronda, se retiró a su cuarto con el rostro ensombrecido. Era evidente que no estaba para actos sociales. Al resto nos ofrecieron algo de beber y tableros de ajedrez en las zonas comunes. La mayoría practicó en solitario. Abby colocó las piezas sobre nuestro tablero, pero no las usamos.

Yo estaba tranquilo. Inusitadamente tranquilo y confiado. No necesitaba el saxo, ni a Rita, ni la soledad. Quizá fuera porque tenía una vía de escape si perdía: siempre podría justificarme pensando que estaba allí por otro motivo y no por el torneo. ¿Pero era así de verdad? No quise ahondar en aquellos pensamientos. Mejor dicho, Abby me ayudó a no hacerlo al animarme a jugar con Jack.

Al alzar la mirada lo vi en su mesa, estirando el cuello con impaciencia para buscar nuestra atención. Abby me guiñó el ojo. Lo interpreté como una sutil burla. Me levanté hacia él y enseguida me invitó a jugar. Disputamos un par de partidas rápidas. Gané la primera con cierta dificultad y le dejé ganar la segunda. No quería minar su moral antes de los siguientes asaltos. Era un buen jugador, pero completamente incapaz de dejar de hablar.

Pronto entraron a avisarnos de que era el momento de que marchásemos para el recinto de juego para la jornada vespertina. Me despedí de Jack y salí del hotel junto a Abby, pero no tardó en alcanzarnos. Cuando estaba nervioso hablaba todavía más. Abby, educada, le siguió la conversación. Yo dejé de escuchar casi desde el principio y me adelanté unos pasos para bucear en mis

pensamientos.

Cuando alcanzamos la seguridad frente a la entrada del pabellón, me despedí de Abby y ella me atravesó con la mirada. No podía fallarle. Volvimos a pasar por el detector de metales y a someternos a un cacheo minucioso. En los paneles ya estaban actualizados los puntos de los cuartos de final y los tableros estaban preparados.

El rival de Jack ya estaba en su puesto y le animé con una palmada en el hombro mientras se preparaba para entrar a la zona de juego. Yo me senté en nuestro reservado de la grada, pues a mi partida le quedaban unos minutos. Inspeccioné todo el recinto, pero no hallé ni rastro de Tigran.

Las partidas comenzaron. Empecé a inquietarme, pues no tenía ni idea de cómo proceder para cumplir con mi misión. Esa sensación de estar perdido no me dejaba concentrarme en las partidas y eso me molestaba aún más.

Veinte minutos después la cosa cambió. Por el lateral de enfrente apareció Tigran escoltado por dos hombres. Debía tener un acceso privado para evitar el gentío: el pueblo soviético se volvería loco al verlo. Destacaba con su abrigo largo, sombrero y bufanda roja. Permaneció de pie algo alejado de las dos zonas de gradas que habían habilitado para los jugadores. Uno de sus escoltas se apoyó en la pared y enseguida lo asocié con el que estaba esperándonos en el aeropuerto. Su figura me inquietó entonces y ahora volvía a hacerlo. ¿Se trataba de seguridad privada o del servicio secreto del KGB?

Me levanté un par de veces para preguntar trivialidades al militar que estaba a nuestro cargo, con la intención de que Tigran pudiese reconocerme con facilidad desde la distancia. Luego fui al aseo con la esperanza de que el campeón soviético me siguiera, pero no hubo suerte. Permaneció donde estaba, con la mirada fija en las partidas, pese a que resultaba imposible distinguir los movimientos desde tan lejos.

Una vez en los servicios, volví a inspeccionar paredes, inodoros, urinarios, lavabos y espejos sin encontrar nada diferente al día

anterior. Hice una discreta marca justo debajo de uno de los rollos de papel higiénico. Me tomé mi tiempo, pero el único que apareció para buscarme fue el militar, con semblante de pocos amigos.

Al regresar, Tigran continuaba en la parte superior de la grada de enfrente, aunque ahora estaba sentado junto a uno de sus escoltas. El tipo del aeropuerto permanecía de pie, fumando. Esperé sin quitarles ojo.

Apenas se movieron hasta que llegó el turno de mi partida. Subí al ring central procurando hacerme muy visible, con la esperanza de hallar algún signo de reconocimiento en Tigran. No fue así. Viktor Kolarov se me había adelantado y ya ocupaba su puesto en la mesa. Nos saludamos con una inclinación de cabeza antes de empezar.

Desde allí pude seguir vigilando a Tigran sin mucha dificultad, pues lo tenía casi enfrente. Eso me tranquilizó y al mismo tiempo minó mi concentración. Mis primeros movimientos fueron conservadores. Retrasé el desarrollo de mis caballos y me atrincheré en una sólida defensa para ganar tiempo. ¿Qué debería hacer si Tigran se pusiese en pie? ¿Abandonar la partida?

Tener la cabeza dividida en dos frentes me pasó factura y mi oponente fue ganando posiciones. Tigran permaneció inmóvil en su sitio, al igual que el escolta que estaba apoyado en la pared. El otro guardia, más impaciente, se levantaba y daba pequeños paseos. Me esforcé en olvidarme por unos minutos de la grada y clavé mi vista en Kolarov. Buceé en sus ojos. Había seguridad en ellos. Supuse que daba la victoria por descontada. Hice unos movimientos torpes y él, sin pensar, abatió las piezas expuestas. Le cedí más terreno con la idea de que su exceso de confianza me permitiera tenderle una trampa mortal.

Empezaba a saber cómo funcionaba su mente. Le entregué un caballo y un alfil. Casi se relamía de placer cuando los devoró. Orquesté la celada ofreciendo un simple peón en el momento exacto. Aquel devorador lo tomó sin dudarlo. Ese único movimiento le costaría su dama en un máximo de diez movimientos. Al cuarto movimiento se dio cuenta de su error y empezó a sudar. Desapareció

la alegría soberbia de su rostro; ahora tardaba siglos en responder y se le notaba indeciso. Le ofrecí más piezas y dejó de tomarlas. Lo aproveché para recuperar el dominio del centro del tablero antes de cobrarme su dama, y la partida se puso irremediablemente de mi lado.

Poco después le vencí. Cuando tumbó su rey negro, busqué a Tigran con la mirada. Me había olvidado por completo de él. Un error imperdonable.

Seguía en el mismo sitio. En ese preciso instante, se puso en pie dándome la espalda. No llevaba puesta la chaqueta ni el sombrero, pero sí la bufanda roja alrededor del cuello. Los escoltas le siguieron. Yo permanecí en mi sitio para poder observarlo con tranquilidad mientras colocaba las piezas de nuevo en el tablero.

Al alzar la mirada, descubrí que Viktor ya no estaba frente a mí; ni siquiera recuerdo si llegamos a despedirnos. Tigran abandonó la grada por el otro extremo y ya no volví a verlo. Había fracasado de nuevo. Había perdido mi oportunidad y Abby se enfadaría. Decidí que no le confesaría haber dejado de vigilarlo durante los momentos críticos de la partida.

Los siguientes días se convirtieron en un bucle agotador de tableros, frío y humo de tabaco. Mi duelo de cuartos de final contra Viktor Kolarov se alargó más de lo que mi orgullo deseaba, pero en parte lo hice a propósito. Cedí un par de empates tácticos para prolongar mi estancia en el pabellón y tener más oportunidades de cruzarme con Tigran. El campeón apareció en dos ocasiones más, siempre con el mismo atuendo, siempre en la grada opuesta, flanqueado por los mismos gorilas, y siempre inalcanzable. Finalmente, en la séptima partida, le asesté el golpe de gracia a Viktor y alcancé los 5,5 puntos necesarios para pasar a la semifinal.

No fui el primero en lograrlo. El danés Erik Larsen había aplastado en un tiempo récord a su rival soviético, Vladimir Geller, uno de los grandes maestros preclasificados directamente por sus resultados del año anterior. Larsen avanzó a semifinales invicto y demostró por qué le llamaban «la apisonadora». Su aura de frialdad era cada vez

más intimidante. Jack Rever, para mi sorpresa, también logró ganar su eliminatoria tras un agónico desempate, aunque a costa de sus nervios. Apear a otro de los maestros locales debió suponer un golpe durísimo para el orgullo soviético. El cuarto clasificado fue Efim Smyslov, el último de los cuatro Grandes Maestros soviéticos que quedaba en pie, quien despidió sin piedad al jugador yugoslavo Milan Gligorié. El cuadro de las semifinales estaba listo.

Tras mi victoria definitiva, me levanté y fui directo a la salida. Fuera todavía había bastantes aficionados apelotonados en los accesos. Una parte del público local aplaudió cortésmente a mi paso. Sin embargo, Abby no estaba al otro lado del cordón de seguridad permanente.

Volví caminando, debatiéndome entre mi fracaso con Tigran y mi éxito deportivo. Había jugado de manual. El profesor estaría orgulloso de mí. A la entrada del hotel me topé con el comité estadounidense, eufórico por mi clasificación para las semifinales. Mike trató de asaltarme libreta en mano en busca de exclusivas. Abby tampoco estaba entre ellos y empecé a preocuparme. Los esquivé lo mejor que pude y subí directo a la habitación. Allí la encontré vestida con otro de sus modelos que le sentaban como un guante. ¿Cuántos le cabían en la maleta? Se acercó, me miró a los ojos y me puso un dedo en los labios.

—No me lo digas, cariño. No es necesario. Has ganado y ya estás en semifinales. Lo veo en tus ojos.

Dio unas suaves palmadas y luego sacó un par de abrigos del armario.

—Cuéntamelo todo mientras damos una vuelta. Estoy deseando ver Moscú.

Salimos del hotel cogidos del brazo. Ella se apoyaba a ratos en mí. No se nos permitía salir de cierta zona, pues contábamos con un visado restringido, pero por fortuna esa no era su intención. Mientras caminábamos, ella señalaba edificios o esculturas de corte estalinista. Incluso tomó varias fotos de turista. Me tocó posar en un par de ellas.

—¿Ha conseguido contactar con el campeón ruso? —me susurró de pronto, sin romper su fachada de esposa encantada.

Negué con la cabeza.

—¿Estaba en el recinto?

—Sí, hoy también ha estado en el otro extremo y escoltado por los dos tipos de siempre. El gorila que nos recibió en el aeropuerto me da muy mala espina.

—¿Ha notado algo raro? ¿Algún gesto peculiar?

—Nada. He forzado que detectase mi presencia, pero me ha ignorado por completo.

—De otra forma sería un chapucero. ¿Algún detalle más?

—No sabría decirle… Solo me ha llamado la atención que siempre viste exactamente igual. Un abrigo largo y austero, sombrero y bufanda roja.

—¿Hacía frío dentro del pabellón?

—No mucho. Antes de marcharse iba sin chaqueta y sin sombrero, pero mantenía la bufanda.

—¿Llevaba la chaqueta en la mano?

—Creo que no.

—¿La llevaba alguno de sus escoltas? —preguntó recostándose sobre el borde de una bonita fuente y entregándome la cámara.

Negué con la cabeza.

—¿Algo más?

—Nada.

Hice la foto y le devolví la cámara.

En ese momento, un hombre corpulento se cruzó en nuestro camino y chocó «accidentalmente» contra mi hombro. Su paraguas cayó al suelo.

—¡Señor Blake! ¡Qué casualidad! —exclamó en un inglés aceptable, recogiéndolo rápidamente—. Soy un gran admirador suyo. Su victoria de hoy contra Kolarov ha sido espléndida.

Antes de que yo pudiera abrir la boca, Abby intervino con una sonrisa deslumbrante y se interpuso sutilmente entre los dos.

—Gracias por sus ánimos, pero debemos retirarnos para que mi marido pueda descansar la mente para las semifinales. Ha sido un placer.

Abby tiró de mi brazo y nos alejamos a paso ligero. Cuando estuvimos a una distancia prudencial, me susurró al oído sin mover los labios:

—Un sabueso del KGB probando nuestras defensas. No baje la guardia.

Tragué saliva. Ella, en cambio, recuperó su compostura al instante.

—Felicidades por la victoria —añadió, levantó la vista hacia mí —. Sé que es importante para usted.

—Gracias.

Siguió atravesándome con aquellos ojazos verdes.

—¿De verdad cree que puede llegar a la gran final contra Tigran?

—Lo intentaré.

Empezó a lloviznar y regresamos al hotel. Yo hubiese seguido paseando bajo aquella tenue cortina de agua. Me fijé que, junto a la entrada del vestíbulo, había ahora dos grandes cajas de cortesía. Una con paraguas negros y otra con bufandas rojas de un tono idéntico al que llevaba Tigran. Abby siguió mi mirada y, sin dudarlo, cogió un paraguas y una bufanda.

—Era… —empecé a decir, pero un suave codazo hizo que me tragara la frase.

Subimos en silencio y entramos a la habitación.

—Qué suerte que el hotel ofrezca paraguas y bufandas gratis — dijo Abby en voz alta, dirigiéndose a las paredes—. No hemos traído y con estos fríos y lo delicada que tienes la garganta te puedes acatarrar en cualquier momento. Quiero que lleves la bufanda bien ajustada al cuello siempre que salgas.

Carraspeé un par de veces para seguirle el juego. Vale, teníamos

una bufanda casi idéntica a la de nuestro espía. Pero no veía la ventaja. Al estar dentro del hotel, no podía preguntarle a Abby por su plan.

Me senté en el rincón y toqué el saxo mientras ella se duchó y se metió en la cama. Seguí tocando después de escucharla dormir y sincronicé el ritmo de la música con su relajada respiración. Yo estaba algo inquieto. Mañana era un día decisivo. Tenía que ganar el primer asalto de la semifinal contra el último soviético en liza y, al mismo tiempo, conseguir contactar con Tigran.

17

LA BUFANDA

Abby ya estaba levantada cuando sonó el teléfono. Tenía mi ropa preparada sobre la cama. Mientras me vestía, metió la bufanda en el bolso y cogió el paraguas. Bajamos en silencio al comedor del hotel, que a esas horas parecía aún más desangelado de lo habitual. En su interior solo había tres mesas ocupadas. Mi colega Jack estaba en una de ellas, con la mirada clavada en su taza de té, como ausente.

—¿Le sucede algo a Jack? —pregunté a Abby.

—Supongo que el peso de la realidad acaba de caerle encima —susurró ella sin dejar de untar mantequilla en su tostada.

Jack terminó el escaso desayuno antes que nosotros. Se levantó y nos saludó con un tímido gesto de mano al pasar a nuestro lado. Nosotros le seguimos casi de inmediato. Antes de cruzar las puertas de cristal del hotel, Abby sacó la bufanda roja y me la anudó al cuello con calculada devoción marital.

Una vez fuera, me entregó el paraguas. Avanzamos rápido bajo la fina lluvia. Algo más adelante caminaban algunos miembros de nuestra reducida comitiva, con Erik Larsen a la cabeza. Iba completamente solo, sin cubrirse, ajeno a la llovizna. Su postura erguida y sus pasos firmes transmitían una arrogancia helada; parecía el dueño absoluto de la ciudad. El resto se resguardaba bajo idénticos paraguas negros y algunos lucían su propia bufanda roja.

Al aflojármela un poco, me percaté de que a la mía le faltaban los flecos de uno de los lados. ¿Se los habría quitado Abby o eran prendas recicladas? Apretamos el paso por la acera hasta colocarnos a la altura de Jack.

—Enhorabuena por la victoria de ayer —dije, para ver si se

animaba a hablar de lo que le sucedía.

—Gracias —respondió con un murmullo, sin levantar la vista del suelo mojado.

Jack trató de escabullirse adelantándose unos metros, cerrando la puerta a cualquier conversación. Abby, siempre más intuitiva que yo, no le dejó escapar. Lo alcanzó, le tocó amistosamente la espalda y soltó:

—Puede ganarle.

¿Cómo había podido ser tan idiota? Lo habíamos visto en el gran panel desde el primer día: si Jack superaba los cuartos de final, su rival en la semifinal era inevitablemente el danés. Por eso estaba así de decaído. Asustado. Derrotado antes de empezar la partida. Larsen ya lo había humillado en el Interzonal de Sousse, destrozando su defensa con la frialdad de un asesino a sueldo, y el pobre Jack estaría pensando que ahora iba directo al matadero.

A escasos metros del cordón militar, Abby me detuvo con la excusa de ajustarme el abrigo y la bufanda. El gesto nos separó unos pasos de Jack.

—No pierda de vista ni un segundo a Tigran y tampoco a su bufanda.

—¿Qué se supone que debo hacer con ella?

—No lo sé. Él se lo indicará.

—¿En serio? ¿Y cómo lo hará si estamos separados por más de cincuenta metros?

—Lo hará. Es un profesional tan bueno como lo es jugando al ajedrez.

Atravesamos el cordón militar sometiéndonos a las conocidas medidas de seguridad. Abby se quedó al otro lado sin moverse. Noté cómo Jack temblaba como un flan al pasar junto a los cuadros. Mi rival era el soviético Efim Smyslov, el finalista del campeonato mundial del año anterior. Nunca había estudiado sus partidas con el profesor Hall porque nadie previó que yo llegaría tan lejos. Me enfrentaba a lo desconocido, y no iba a ser una partida fácil. Nos

condujeron a nuestra habitual zona reservada de la grada. El danés ya estaba allí, sentado en el extremo opuesto, como si el resto fuéramos invisibles. Ni siquiera nos dirigió una mirada. Los árbitros habían decidido escalonar los duelos de semifinales. La partida de Jack inauguraría la sala, mientras que la mía arrancaría una hora después.

Un joven militar no tardó en llevarse a Jack, que le siguió como un alma en pena. Estaba pálido como el mármol. Sentí lástima por él. Un minuto después, el mismo militar escoltó a Larsen. Mientras llegaba, pude ver cómo Jack abría y cerraba los puños de la mano que colgaba en el lateral de la silla.

El danés tomó asiento frente a Jack y le tendió la mano. Mi compatriota tardó una eternidad en reaccionar, paralizado ante su presencia. Cuando por fin se decidió a estrechársela, primero secó la palma en el pantalón. Debía estar sudando nervios.

Le tocó empezar a Jack. Seguí la partida desde la grada con atención. La tranquilidad y seguridad del campeón del interzonal era increíble. Parecía de hielo. Solo leyendo el lenguaje corporal de ambos se podía anticipar que Jack no tenía ninguna oportunidad. Sin confianza, frente a un tablero de ajedrez, ya estás muerto antes de mover el primer peón.

Unos minutos antes de mi partida, Tigran apareció en la grada de enfrente acompañado por sus dos escoltas. Por megafonía anunciaron que se enfrentaría en una partida de exhibición a uno de los jóvenes prodigios de la academia moscovita. El revuelo en la sala fue enorme.

El gorila del sombrero y la gabardina gris se acercó a la zona de juego para hablar con uno de los árbitros principales. Por su parte, Tigran bajó hasta el ring usando una entrada secundaria, escoltado por el otro guardaespaldas hasta la base de la escalerilla. Aún vestía chaqueta, sombrero y bufanda.

Justo antes de subir a la tarima, Tigran se quitó las tres prendas. De inmediato, un joven ayudante de los árbitros se apresuró a recogerlas y desapareció rápidamente por uno de los túneles.

En ningún momento miró hacia mí. Tigran entró con paso decidido y se sentó frente al rival juvenil. El estilo del campeón era asfixiante, profiláctico; preveía los ataques del chico antes incluso de que este los pensara. En apenas veinte movimientos, Tigran ya tenía la partida ganada. Sin embargo, no la remató de inmediato. Estiró la agonía del muchacho como un gato jugando con su presa. ¿Por qué lo hizo? ¿Ensañamiento? No lo creí. ¿Sería por mí? ¿Acaso estaba ganando tiempo?

El joven asistente que había recogido la ropa de Tigran se acercó hasta mi grada para pedirme que le acompañase. Era mi turno. Le seguí y, justo antes de subir al área de juego, me quité el abrigo y la bufanda roja y se los entregué al muchacho, junto con el paraguas. La partida de Tigran seguía, algo alejada de mi posición. Yo tomé asiento en la mesa que tenía asignada y mi rival, Efim Smyslov, se sentó frente a mí pocos segundos después. Nos saludamos. Antes de empezar, pude ver cómo Tigran acorraló al rey de su oponente y le hizo el mate.

Cuando Tigran se puso en pie, sonaron algunos aplausos dentro del recinto. El joven prodigio se levantó con una sonrisa imborrable, estrechó la mano del campeón con auténtica reverencia y abandonó el ring saludando a las gradas, feliz por el mero hecho de haber jugado contra la leyenda. No logré establecer contacto visual con ninguno.

Entretanto, el cronómetro de mi mesa corría y mi rival empezaba a impacientarse. Había abierto juego y me esperaba. Moví un peón sin apartar la vista del campeón.

Al bajar del ring, Tigran cruzó unas palabras con el escolta que le había acompañado y permanecía apostado en el acceso especial. Al momento, el joven ayudante de árbitro apareció con el sombrero, la bufanda y la chaqueta del ruso. Tigran se vistió con elegancia y se marchó del recinto sin volver a dirigir la mirada al área de juego.

En ese momento entendí que mi trabajo como espía había concluido por aquel día, y volqué toda mi atención en la partida. ¿Qué otra cosa podía hacer? Por mi falta de concentración inicial,

había cedido un par de peones y la posición estratégica de un alfil. Pero todavía podía remontar.

Jugué con una intensidad que no sentía desde hacía veinte años. Mi rival era realmente bueno, una auténtica máquina sin fisuras. Disfruté el momento, pese al miedo subyacente a la derrota. Borré de mi mente esa opción; no iba a terminar como Jack. Estudié sus muecas, sus tics, sus expresiones faciales… y la forma en que escrutaba el tablero en cada movimiento.

Avancé y retrocedí con mis caballos para ganar tiempo y reagrupar la defensa. La partida se alargó hasta bien entrada la tarde. Aproveché una minúscula grieta en su enroque para infiltrar mi dama y, tras un brutal intercambio de torres, su estructura colapsó. Efim comprendió que estaba perdido. Se despidió con fría deportividad y estampó su firma en la planilla.

Quedaba poca gente en el recinto. En nuestra sección de la grada solo estaba Jack. Cabizbajo. Quizá mi victoria todavía lo había hundido más. Le había arrebatado el amargo consuelo de no ser el único estadounidense derrotado en la jornada. Me senté a su lado en silencio.

—Enhorabuena —dijo Jack sin mucho entusiasmo.

—Gracias —respondí. Luego traté de animarle—. Ha hecho una gran partida. Pocos han conseguido durarle tanto al danés.

—Creo que ha estado jugando conmigo.

—¿Por qué habría de hacer eso? No se mortifique. Le ha plantado cara y todavía quedan muchas rondas para darle la vuelta a esta eliminatoria. No creo que yo lo hubiese hecho mejor.

—¿En serio? No sé quién es usted ni de dónde ha salido, pero tengo claro que usted es el único que puede vencer al danés, e incluso al mismísimo Tigran.

Aquella afirmación me sorprendió y halagó. No supe qué responder y me limité a asentir en silencio. Era hora de marcharse y me levanté. El joven ayudante me trajo de inmediato el abrigo, el paraguas y la bufanda. Se lo agradecí con una sonrisa, pues no tenía

monedas que ofrecerle.

De camino a la salida, Jack me seguía un paso por detrás en silencio. Había más curiosos de lo habitual esperando en el exterior.

—Salga primero —murmuró Jack—. Toda esa gente está aquí por usted.

Le cogí del brazo y le obligué a salir junto a mí. Al atravesar el cordón de seguridad, los aplausos y vítores arreciaron. ¿Por qué nos aclamaba el público soviético? Había caras conocidas de nuestro hotel entre ellos, pero la inmensa mayoría eran moscovitas. Es cierto que también podían escucharse algunos abucheos y silbidos, pero quedaban ahogados por la ovación.

Caminamos entre la multitud por el pasillo abierto por los militares. Llovía ligeramente, así que Jack abrió su paraguas y nos cubrió a ambos. Incluso se atrevió a saludar en un par de ocasiones, correspondiendo a las muestras de apoyo. Parecía algo más animado.

—Ese hombre es frío como el hielo. Dudo que el corazón le lata bajo el pecho —dijo Jack cuando nos alejamos del alboroto, refiriéndose al danés.

—Su frialdad es solo otra de sus piezas en el tablero —le respondí, ajustándome el cuello del abrigo—. Busca que el miedo gane la partida por él. Si le demuestra que no le asusta, su principal táctica se vendrá abajo.

—Fácil decirlo para usted, Morgan. Usted tiene hielo en las venas también.

Cerca del hotel nos esperaba Abby con su abrigo de piel oscuro bajo un paraguas rojo como la sangre. El pelo le caía sobre el hombro derecho y los ojos le brillaban como esmeraldas.

—Ha jugado una gran partida, Jack —le consoló Abby, apoyando la mano sobre su espalda.

Jack se encogió de hombros y se despidió. Abby me miró, pero no dijo nada hasta que mi compañero entró al hotel.

—¿Y bien? —me preguntó.

—He ganado —respondí.

Sabía que aquella no era la respuesta que esperaba. Siguió atravesándome con su mirada; ahora algo más dura.

—Sabe perfectamente a qué me refiero —susurró, asegurándose de que nadie nos escuchara—. ¿Ha habido contacto?

—No —admití con pesadez—. Hoy se ha celebrado una partida de exhibición en el pabellón y el mismísimo Tigran ha jugado.

Los ojos de Abby se iluminaron, interesada de inmediato.

—Lo han ubicado algo separado del resto de mesas y has estado vigilado en todo momento por uno de sus gorilas —me apresuré a aclarar—. No hemos podido acercarnos. Durante unos minutos hemos estado los dos en la zona de juego, pero no ha establecido contacto visual conmigo. Ni siquiera lo ha intentado.

—¿Está seguro de que no ha hecho nada extraño? —insistió ella, dando un sutil paso hacia mí.

—Ha alargado a propósito la partida de exhibición contra la joven promesa. Podría haber ganado mucho antes, de eso estoy seguro. Por eso deduje que esperaba mi turno para que coincidiéramos… Pero, como le he dicho, me ha ignorado por completo.

—Cuénteme más… —insistió.

—Al poco de sentarme yo en mi mesa, Tigran ha terminado la partida, ha recuperado sus cosas y se ha marchado. Me he quedado esperando hasta que han terminado todas las rondas, pero nada.

Abby frunció el ceño. Su cerebro de analista trabajaba a mil por hora.

—¿Y no ha pasado nada más? —preguntó—. Algo diferente al resto de los días. ¿Seguía llevando la bufanda?

—Sí —respondí—. Ha llegado de nuevo con la chaqueta, el sombrero y la bufanda. Antes de subir al escenario, se lo ha entregado todo a un joven ayudante de los árbitros.

La expresión de Abby cambió por completo. La tensión en sus hombros se desvaneció y me miró con una intensidad nueva.

—¿Y qué ha sido de la suya, Morgan? —preguntó, bajando aún más la voz.

—Aquí la tengo —dije, señalando mi cuello, sin entender por dónde iba.

—Me refiero a si ha jugado con ella puesta.

—No, claro que no. Yo he hecho lo mismo que él antes de entrar a la zona de juego. El mismo joven me ha ayudado servicialmente a guardar el abrigo, el paraguas y la bufanda en el guardarropa.

—¿Eso es todo?

—Creo que no me he dejado nada.

—Bien hecho, Morgan —dijo recuperando su tono jovial, y me besó en la mejilla.

—¿Está segura?

—Bastante segura. Ahora entremos al hotel a tomar un bocado y dispondrá de algo de tiempo para preparar su próxima partida.

El comedor del hotel volvía a estar casi vacío y no había rastro de Jack. A decir verdad, sentí cierta pena por él. Casi todos los presentes se acercaron a felicitarme. Lo agradecí con una leve inclinación de cabeza; ya se encargó Abby de ser más efusiva por los dos. Al sentarme en nuestra mesa, dejé en el respaldo de mi silla el abrigo y la bufanda roja. Abby tomó la bufanda y la introdujo en su bolso con naturalidad. Mike se acercó a nuestra mesa libreta en mano, arrastrando una silla sin pedir permiso.

—Menuda exhibición, Blake. Ha destrozado a Smyslov por el centro —dijo con entusiasmo fingido—. Cuénteme, ¿cree que Rever tiene alguna opción de levantar su eliminatoria contra el danés?

—El ajedrez no es cuestión de opciones, Mike. Es cuestión de certezas —respondí en un tono neutral, partiendo un pedazo de pan negro—. Y sobre Rever, tendrá que preguntarle a él. Ahora, si nos disculpa, a mi mujer y a mí nos gustaría estar a solas. Necesito la mente en blanco para la partida de esta tarde.

Mike parpadeó un par de veces, captando la elegante pero firme

negativa. Cerró su libreta con una sonrisa tensa y se marchó de vuelta a su mesa deseándonos buen provecho. Abby me dedicó una mirada de suave reproche que, en el fondo, ocultaba pura diversión.

¿Eso había sido todo? ¿Realmente había completado la misión con un simple truco de guardarropa? Me sentí un tanto frustrado y decepcionado. Cualquier inepto lo podría haber hecho. Terminamos aquella austera e insulsa comida y nos quedamos un rato más en silencio, bebiendo un té amargo que no ayudaba a templar mis nervios. Le dije a Abby que no era necesario practicar con el ajedrez.

Llegada la hora, salimos para el recinto de juego. Fuera hacía frío y Abby me ajustó el abrigo con minuciosidad y me cubrió con su paraguas, pero la bufanda no se movió de su bolso. Apenas nos cruzamos con un par de compañeros en el trayecto. Ni Jack ni el danés estaban a la vista; seguramente ya se encontraban en el interior, librando su propia guerra mental.

Atravesé el obligado cordón militar y las pertinentes medidas de seguridad bajo un inesperado puñado de aplausos. Ya en la zona reservada, me encontré con Jack y con el danés. Larsen leía un periódico en cirílico con indiferencia absoluta, mientras que Jack, acorralado en la otra punta de la grada, se frotaba las palmas de las manos contra el pantalón, con la mirada perdida. En esta ocasión, los árbitros nos llamaron a las mesas prácticamente a la vez. No hubo ni rastro de Tigran en las gradas.

A partir de ahí, el tiempo se diluyó en un torbellino de tableros, sudor frío y agotamiento extremo. Las semifinales no se resolvieron en una tarde, sino en una agónica sucesión de días. Mi duelo contra el ruso Smyslov se convirtió en una trinchera. Era un rival rocoso y me obligó a ceder varios empates e incluso a encajar una dolorosa derrota en el cuarto asalto. Tuve que exprimir cada célula de mi cerebro para darle la vuelta al marcador. Jack, por desgracia, no corrió la misma suerte. Tal y como temíamos, Erik Larsen lo trituró sin piedad, despachándolo por la vía rápida en el mínimo de partidas necesarias.

Fue en el octavo asalto cuando finalmente logré doblegar a

Smyslov, alcanzando los 5,5 puntos necesarios. Me acababa de clasificar para la gran final del torneo.

Permanecí sentado frente al tablero vacío mucho después de que el soviético firmara su rendición. Mi mente, exhausta, voló por un instante hacia la quietud de mi apartamento, hacia la inmutable rutina de Rita. Hacía apenas unas semanas, mi vida era un metrónomo perfecto, predecible y seguro. Ahora, el caos me rodeaba. Y lo peor no era el presente, sino el futuro inmediato. Si lograba vencer al danés en la final, mi siguiente rival sería él: Tigran. Al visualizar ese enfrentamiento real, la sangre se me heló en las venas. Un fantasma se removió en mis entrañas, desenterrando un oscuro recuerdo. Tragué saliva, intentando confinar aquel terror en lo más profundo de mi mente.

Cuando por fin me levanté de la mesa, el joven ayudante acudió para recordarme que era el momento de marcharme. Yo era el último jugador en el terreno de juego y las gradas de hormigón se encontraban prácticamente vacías.

Me dirigí a la salida y las personas congregadas en el frío exterior me recibieron con una ovación. Ahora los aplausos eran merecidos: me acababa de clasificar para la final contra Larsen. Se acercaron a mí estrechando el pasillo, incluso algunos me pedían un autógrafo. Busqué el rostro de Abby entre la multitud, pero no estaba. Tenía ganas de compartir con ella la victoria. Quizá con un brindis de champán y otro paseo por la fría e imponente Moscú. En teoría, las dos misiones estaban cumplidas.

Finalmente, los militares intervinieron dispersando al gentío. Caminé en soledad hasta el hotel. Abby tampoco estaba en recepción. Correspondí con una sonrisa a las efusivas felicitaciones de algunos compañeros, evadí las preguntas de los reporteros y subí a la habitación. Nada más cruzar la puerta, Abby me abrazó con fuerza.

—Otra victoria, cariño.

Me besó en la comisura de los labios, como siempre, y una alarma se encendió dentro de mí. La aparté unos centímetros y esta vez fui

yo quien la atravesó con la mirada. Era idéntica. Mismo peinado. Mismo vestido. Misma cara. Mismos ojos. Mismo perfume; pero no era ella. Su olor corporal de fondo y el sabor de sus labios eran diferentes. Tampoco se había puesto de puntillas para alcanzarme. Era otra mujer. Idéntica, pero otra mujer. Quería interrogarla, pero me contuve. Allí dentro, rodeados de micrófonos, no era aconsejable. Oculté lo mejor que pude mi perplejidad devolviéndole el abrazo.

—Demos un paseo para celebrar la victoria —dije.

Necesitaba interrogarla en el exterior.

—Ahora es muy tarde, cariño —respondió—. Mañana te enfrentarás al danés y es importante descansar y concentrarse. Date una ducha mientras pido que nos suban la cena.

—No es necesario.

—Sí lo es. Será un momento —insistió, saliendo al pasillo para avisar al servicio de habitaciones.

Seguí su consejo y me di una ducha. Había sido un día largo y lo necesitaba. Al terminar, me quedé mirando mi reflejo en el espejo. ¿Qué estaba pasando? La mujer que me esperaba en la habitación no era Abby. El físico, e incluso el tono de voz, eran idénticos, pero yo sabía que no era ella. ¿Cómo era posible? ¿Le habría pasado algo a mi compañera? ¿Se trataba de una espía soviética? Imposible; ¿cómo iban a conseguir una doble perfecta en tan poco tiempo? Aquello no tenía sentido y empecé a dudar de mi propia cordura. Decidí actuar con normalidad, fingiendo seguirle el juego mientras la estudiaba.

Ya en el dormitorio, no tardó en regresar sosteniendo una bandeja que dejó sobre la mesa. Luego se descalzó y apoyó su mano en mi hombro.

—Come un poco. Necesitas fuerzas para mañana. Yo voy a darme una ducha.

La impostora se metió en el cuarto de baño y no tardé en escuchar el sonido del agua. La puerta había quedado entreabierta.

Me senté frente a la bandeja reprimiendo el deseo de asomarme. En esta ocasión, no solo ansiaba contemplar su esbelta figura; también quería comprobar si tenía los tres lunares en el pecho. Permanecí en mi sitio. Traté de dar un mordisco, pero no me pasaba del gaznate. ¿A quién narices tenía a escasos metros? Finalmente, cogí un trozo de aquella comida con bastante mala pinta y me armé de valor. Me puse en pie y entré al lavabo como si tal cosa.

—Tienes que probar esto, cariño. No sé lo que es, pero está delicioso.

Estaba desnuda al otro lado de la cortina semitransparente de la ducha. Se asomó sin pudor ninguno.

—¿En serio? —preguntó divertida.

Abrió la boca y le acerqué la comida a los labios. Lo degustó. El agua le corría por la piel, dándole frescura y retirando los restos de jabón. Los pechos me apuntaban con descaro. Los tres lunares estaban allí. El cuerpo era el mismo. El rostro también, y sin maquillaje. ¿Cómo era posible? Ella se tomó su tiempo masticando, como para hacerme ver que era ella. Que los lunares estaban en su sitio. Que me equivocaba.

—Riquísimo —dijo finalmente—. ¿Queda más?

Salí del aseo más confundido todavía. No pude comer. Busqué el saxo y dejé que mis dedos descargasen parte de mi estrés. Ella salió con la toalla anudada al cuerpo y el pelo húmedo. Se sentó en la cama y se meció al compás de mi música. La melodía más extraña que había tocado nunca, acorde a mi caótico estado de ánimo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Sería el miedo a enfrentarme mañana con el danés en la final lo que me hacía inventar fantasmas?

Seguí tocando mientras ella se quedaba dormida. Y seguí tocando hasta que el aliento me abandonó.

18

LA IMPOSTORA

Me despertó el sonido del teléfono. Amanecí abrazado al saxo en el incómodo sillón junto a la ventana. Me dolía el cuello y todo el cuerpo. La mujer, que a mi juicio había suplantado a Abby, ya no estaba en la cama. En su lugar encontré mi traje pulcramente dispuesto. Ni rastro de la bufanda. En el aseo flotaban restos de vapor; debía de haberse arreglado hacía poco. Me vestí y bajé a desayunar. Todas las miradas me buscaron al entrar en el salón. Jack se puso en pie y empezó a aplaudir; pronto lo siguieron los demás.

El danés, por supuesto, no estaba allí. Seguramente se había marchado antes o desayunaba a solas en su cuarto, alimentándose de su propia arrogancia.

La prensa local debía de estar tirándose de los pelos: por primera vez desde la creación del campeonato, ninguno de los dos finalistas del Torneo de Candidatos era ruso. La final de las eliminatorias sería un duelo puramente occidental y una humillación histórica para el régimen soviético.

Me abrieron paso hasta la mesa en la que aguardaban mi supuesta esposa y Jack. Ella me buscó con la mirada. Sus ojos eran idénticos a los de Abby, pero la chispa en su interior era distinta. Se levantó y me dio un fugaz beso. Mismos labios, pero el aroma seguía siendo diferente; una nota química y ajena que no lograba identificar. Definitivamente no era Abby. Aquella mujer era una impostora.

Ambos hablaron animadamente y con naturalidad mientras desayunábamos. Para el resto del comedor, aquella mujer seguía siendo Abby. Varios compañeros me palmearon la espalda y me

dieron ánimos.

—Gane a ese engreído —me pidió Jack—. El mundo entero nos está viendo y es hora de darle una lección.

—Seguro que lo hará —añadió la mujer—, pero antes tiene que comer algo. Anoche apenas cenó.

No respondí a ninguno de los dos. Solo asentí y me forcé a tragar aquella insípida comida. La mayoría de los presentes habían terminado de desayunar y parecían estar esperándome. La impostora y Jack también me observaban en silencio. Tomé el último bocado y nos pusimos en pie. Ella me cogió del brazo, como era habitual, y nos dirigimos a la salida. Los demás nos siguieron guardando las distancias. Jack permaneció a nuestro lado, charlando tanto con la falsa Abby como conmigo. La frustración por su derrota de la víspera parecía haberse esfumado, dando paso a un tono paternal.

—No cometa el mismo error que yo, Morgan. Me dejé amedrentar. Usted debe plantarle cara a Erik y atacar desde el principio, como hizo en su partida en Túnez contra Tal.

La impostora actuaba como siempre: divertida, correcta, encantadora… pero no era Abby. ¿Es que nadie se daba cuenta? En parte era normal, nadie la conocía tanto como yo. ¿Cómo iban a a sospecharlo si apenas habían hablado con ella? Aunque, siendo honestos, yo mismo la conocía de apenas unas semanas. A mis oponentes en el tablero los suelo calar en pocos minutos, pero con las mujeres era distinto. Siempre han sido una incógnita para mí. Quería girarme y gritar para que todos abrieran los ojos, pero me contuve.

Llegamos al cordón militar que protegía el pabellón. La multitud era aún mayor que el día anterior y nos recibieron entre aplausos y silbidos. La falsa Abby, Jack y el resto tuvieron que quedarse fuera. En esta ocasión solo dejaban pasar a los finalistas. Larsen tampoco estaba por los alrededores; deduje que ya habría entrado al recinto.

—Buena suerte —dijo la impostora, rodeándome con los brazos. Luego susurró—: Pase lo que pase ahí dentro, ya ha ganado. Lo

comprende, ¿verdad?

Asentí. Supuse que se refería a que el intercambio se había realizado; no creía que les importaran lo más mínimo mis éxitos en el ajedrez. Me escoltaron hasta el interior del recinto y me condujeron directamente a la zona de juego. Al acercarme, el danés ya estaba sentado frente al tablero. Se puso en pie y me saludó ajustándose fríamente el botón de la chaqueta, sin molestarse en tenderme la mano. Luego me miró con condescendencia, como quien mira a un cachorro indefenso. Irradiaba una aplastante seguridad.

La partida dio comienzo. Me limité a defenderme porque desconocía por completo cómo respondería mi oponente ante mis ofensivas, y necesitaba saberlo. Ojalá hubiese podido estudiar con el profesor Hall sus anteriores partidas, pero apenas había tenido acceso a un puñado de planillas mal anotadas de este mismo torneo. Estaba ciego.

Pasaron los minutos y sus piezas avanzaban posiciones. Yo no conseguía introducirme en su mente. Sus rasgos faciales y sus gestos tampoco me decían nada. Era como jugar contra una estatua de hielo. Cada movimiento suyo era una incógnita para mí. Tampoco ayudó la aparición de la falsa Abby en mis pensamientos. Mi atención en ocasiones saltaba a ella y me hacía perder la concentración. ¿Quién era esa mujer?

Con cada turno, las piezas enemigas me asfixiaban un poco más. Llegados a este punto, y sin lograr anticipar un solo paso de mi rival, no me quedó más remedio que bucear en sus ojos. Profundos. Fríos. Inescrutables. No había nada en ellos salvo un vacío insondable. Peor aún: atisbé el caos oculto en su interior. Me asusté y bajé la vista al tablero de golpe.

Volvieron los recuerdos de mi última partida antes de retirarme y mis manos temblaron. No quería, no podía enfrentarme a aquello otra vez. Alcé los ojos hacia la grada y el poco personal de la organización parecía contemplarme con tristeza. Supongo que todos veían lo que estaba pasando. El asedio continuó de mal en peor

hasta que Erik me derrotó sin un atisbo de piedad.

19

KGB

Las siguientes nueve partidas contra el danés fueron una auténtica pesadilla. Sesiones maratonianas y agotadoras en las que llegamos a disputar hasta dos o incluso tres encuentros diarios, exprimiendo nuestras mentes hasta el límite de la cordura. En esta ocasión, la organización no solo nos obligó a jugar a puerta cerrada, sino que acordonó las calles aledañas para evitar que los aficionados se congregasen en el exterior. Era evidente que la ofensa de no tener a ningún candidato ruso en la final escocía profundamente al régimen y querían silenciar nuestro enfrentamiento.

Jack y la inmensa mayoría de la delegación occidental regresaron a Estados Unidos en un vuelo anticipado. La soledad en los inmensos salones del hotel pesaba ahora todavía más.

Durante aquellos días de encierro, Tigran no pisó la grada en ningún momento. Solo atisbé un par de veces la inquietante figura de su escolta, el gorila de gabardina y sombrero. Me observaba desde lo alto del anfiteatro, apoyado en la barandilla e inmóvil como una gárgola. Se materializaba y se esfumaba según yo levantaba o bajaba la vista del tablero.

Mi verdadera lucha, sin embargo, se libraba contra Larsen. O, mejor dicho, contra el abismo de sus ojos. En la octava partida, el danés trató de humillarme sacrificando su dama en un ataque suicida, pero logré mantener la calma, sostenerle aquella mirada helada y tenderle una trampa mortal con mis caballos. Con esa maniobra logré darle la vuelta al marcador.

Por las noches, la impostora seguía manteniendo su fachada de esposa perfecta con escalofriante naturalidad. Compartíamos poco

tiempo, pues las interminables jornadas me dejaban exhausto, y no hubo ocasión para dar paseos bajo la lluvia. Ante la imposibilidad de hablar libremente en la habitación por culpa de los micrófonos, decidí tragarme mis dudas. Ya descubriría más adelante quién era en realidad y qué papel jugaba la maldita bufanda en todo esto.

Cuando asesté el golpe de gracia en la última partida, la apisonadora danesa por fin se detuvo. Larsen no parpadeó ni mostró ira; observó el tablero durante un largo minuto, como si intentara descifrar un fallo imposible en su programación. Luego, con una lentitud gélida, tumbó su rey negro. No hubo apretón de manos, solo un asentimiento casi imperceptible antes de levantarse y marcharse en absoluto silencio.

Yo me quedé clavado en la silla, con las manos temblando bajo la mesa. Había conseguido el pase a la final por el título mundial, sí, pero aquella victoria me había arrancado un trozo de alma. Para quebrar la mente de aquel hombre, había tenido que asomarme peligrosamente a mis propios demonios.

Minutos después, el joven ayudante de los árbitros se me acercó tímidamente con una libreta para pedirme un autógrafo. Fue el único reconocimiento que tuve. Acto seguido, abandoné el recinto solo y exhausto. A pesar de haberme coronado vencedor, recorrí las calles desiertas acompañado por un estrepitoso silencio y una ligera llovizna. Me sentía como el superviviente de un naufragio más que como un ganador.

No podía quitarme de la cabeza la forma de jugar del danés durante aquella agónica semana. La seguridad de sus movimientos. No había un patrón en su manera de atacar. Tampoco lograba borrar de mi mente sus ojos profundos e insondables, un abismo helado que amenazaba con perseguirme durante varias noches.

Y para colmo, estaba el asunto de Abby. ¿Quién era realmente esa mujer? ¿Estaría al corriente Colton Reed de esa suplantación?

Di un par de vueltas a la manzana antes de entrar en el hotel. Necesitaba organizar mis ideas y calmarme. Asumir la victoria que me sabía a derrota y serenarme para fingir normalidad ante la falsa

Abby. Debía actuar con cautela mientras hubiese testigos, pero en cuanto tuviese oportunidad la acusaría directamente. Lo cierto es que en aquel momento todavía me pesaba más el desgaste en el torneo y la mirada de mi adversario que la incógnita de la impostora. Pugné por borrar de mi mente aquellos ojos. Los ojos de un desequilibrado. Quizá la genialidad y la locura siempre fueran de la mano.

Estaba empapado cuando por fin regresé al hotel. Había dejado el paraguas a propósito en las instalaciones del torneo. El vestíbulo era un hervidero. Los reporteros estadounidenses que aún quedaban en la ciudad, junto a varios cronistas soviéticos que me observaban con indisimulado recelo, se abalanzaron sobre mí nada más cruzar las puertas de cristal. Los destellos de los flashes me cegaron momentáneamente. Llovieron preguntas superpuestas sobre mi histórica hazaña, sobre cómo había logrado doblegar al danés y sobre la tremenda bofetada que suponía para la Unión Soviética tener a un americano como retador oficial de Tigran.

Ignoré los micrófonos. Exhausto e incapaz de articular palabra, me abrí paso a empujones entre la prensa con la ayuda de un delegado de nuestra federación. Busqué el rostro de mi compañera entre aquel frenesí, pero no estaba. Pasé de largo, sin levantar la mirada de la punta de mis zapatos, y subí rápidamente por las escaleras hasta mi habitación.

¿Estaría vacía? No fue así. En su interior encontré a la doble terminando de preparar el equipaje. Eso me enfureció todavía más, aunque supongo que, en mi estado, cualquier cosa lo hubiera hecho.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le espeté.

—El avión sale mañana a primera hora. Volvemos a Estados Unidos para que descanses antes del Campeonato Mundial.

En realidad, había dos vuelos programados: el de mañana y otro pasado mañana, tras celebrarse la ceremonia oficial de clausura. Ese vuelo adelantado lo habían preparado dando por sentado que yo caería eliminado hoy.

—Así que dabas por hecho mi derrota y empezaste a hacer las

maletas nada más despedirte de mí en el pabellón —le reproché.

La impostora levantó la mirada.

—Ya te lo he dicho antes, cariño: para mí ya has ganado pasara lo que pasara hoy.

—Podías haber esperado a mi vuelta confiando en celebrar mi victoria —insistí.

La mujer dejó lo que estaba haciendo y se metió en el aseo. Escuché el sonido del agua al abrir el grifo. Al poco salió, me ayudó a quitarme el abrigo empapado y me abrazó.

—Lo siento, cariño. Comprendo que estés enfadado y agotado. Estás mojado y vas a coger frío. Date una ducha y después lo verás todo con otros ojos.

En ese instante golpearon la puerta. Tres golpes secos. La mujer me interrogó con la mirada. Yo me encogí de hombros. Sonaron tres golpes más. La falsaAbby se separó de mis brazos y abrió la puerta. Al otro lado estaba el agente que nos recibió en el aeropuerto y que más tarde hizo de escolta de Tigran. Aunque de escolta tenía poco; más bien parecía un supervisor del KGB. Entró sin nuestro permiso. Dio un vistazo general al dormitorio y luego se plantó ante mí.

—¿Qué tal su catarro, señor Blake?

Supuse que lo decía por mi pelo y mi ropa mojada. Hasta había un pequeño charco a mis pies. Pero lo cierto era que yo nunca había cruzado una sola palabra con él, ni con nadie, sobre un catarro. Solo lo había comentado la verdadera Abby en la intimidad del cuarto, como excusa para llevar la bufanda roja. Era la confirmación definitiva de que nos estaban escuchando.

—Solo tengo un ligero picor de garganta —mentí.

—Debería cuidarse, el clima aquí es muy frío.

El escolta clavo sus ojos en la falsa Abby.

—Pero… disculpen mi grosería —dijo, tocándose el ala del sombrero con falsa cortesía—. Soy Vasili Petrov, uno de los organizadores del campeonato.

—Un placer, señor Petrov —se apresuró a decir ella.

—Con Vasili es suficiente, señora…

—Blake, Abby Blake.

Volvió a pasear la vista por la habitación y reparó en las maletas a medio hacer.

—¿No se quedan a la ceremonia de clausura?

—Nos gustaría, pero… —empezó a justificarse la impostora.

—¿Por qué tanta prisa? —le interrumpió Vasili—. Recibir el galardón de vencedor en Moscú es un privilegio al que pocos pueden acceder.

—Tenemos asuntos pendientes en nuestro país…

—Comprendo. Sin embargo, dejar un trofeo huérfano en el podio resultaría descortés hacia nuestra federación y ante la prensa internacional. Supongo, señor Blake, que usted no deseará marcharse dando esa imagen…

Me importaban un bledo sus ceremonias, los trofeos y las falsas adulaciones. Aquel hombre me irritaba. Su prepotencia, su tono altivo y el modo en que menospreciaba a mi supuesta esposa. Todo aquel maldito teatro, pues estaba seguro de que no era un organizador del torneo.

—Estamos cansados y mañana nos espera un largo viaje, así que le agradecería que fuera al grano…

Por un instante, una llamarada de odio le cruzó la mirada. Luego sonrió.

—Solo he venido a felicitarle en persona por su gran actuación y por haberse clasificado para la Gran Final.

Me entregó un sobre lacrado.

—Aquí tiene su credencial oficial para la final contra el campeón dentro de seis semanas. Si no hubiera huido tan rápido del recinto de juego, se lo habría entregado allí mismo.

—Gracias.

El tipo se paseó por la habitación curioseando sin pudor.

—¿Lo de dejar el grifo abierto es una costumbre de su país? —preguntó tras asomarse al aseo.

—Lo es, sobre todo cuando uno tiene la intención de ducharse.

La falsa Abby entró y lo cerró. El hombre avanzó hacia mí. Por un momento pensé que iba a darme un puñetazo. Se pasó la lengua por detrás del labio inferior antes de hablarme.

—Debe ser un honor ganarse el derecho de retar a nuestra leyenda. Hay victorias que saben a gloria. ¿No es así?

—Ambos estamos emocionados. Estar aquí es un sueño —se apresuró a contestar ella. Seguramente para cortar de raíz la tensión que crecía en el ambiente.

—Por cierto… No lo conocía de otros torneos, Morgan Blake. Ni siquiera aparece entre los cien mejores clasificados de su país.

—Hace años que no juego de forma profesional.

—¿En serio? ¿Y ha llegado hasta aquí? El campeón ha dicho públicamente que usted será un digno rival. El mejor rival al que se enfrentará en tiempo… Y, créame, no suele decir algo así.

—Muy amable de su parte. También le agradezco que se haya molestado en venir, pero ahora nos gustaría descansar.

El hombre se quitó el sombrero y se despidió con una inclinación de cabeza antes de marcharse. Parecía claro que yo le gustaba tan poco como él a mí.

—Todo un detalle que la organización del torneo tenga esa deferencia con nosotros —dijo la impostora, alzando ligeramente la voz, nada más cerrarse la puerta—. Y también las palabras del campeón.

—Sí, todo un detalle.

Mi tono fue duro. No estaba para actuar.

—Ahora date esa ducha caliente, cariño.

El cuerpo me pedía esa ducha, pero la mente prefería aclarar

varias cosas. Y para poder hacerlo, teníamos que salir de aquel maldito edificio.

—Preferiría dar primero un paseo —sugerí.

—¿Te has vuelto loco, cariño? Acabarás enfermando si no descansas. Además, ya sabes cómo te afectan los aviones…

La impostora prácticamente me empujó hasta el cuarto de baño. Me ayudó a desabrocharme la camisa. Tocó el agua de la bañera y volvió a abrir el grifo. Fue jugando con el frío y el caliente hasta dejar el punto que consideró óptimo. Luego me preparó un pijama y las toallas. No tenía intención de dejar que la interrogase. Yo no llegué a desvestirme del todo.

—Tómate tu tiempo —dijo con un guiño—. Voy a buscar comida para cenar.

En cuanto salió del aseo, me desnudé y me metí en el agua. Me hizo bien, aunque no tardé en salir; quería estar preparado para cuando volviera. Llegó con dos bandejas y trató de darme conversación mientras cenábamos, pero me limité a responder con monosílabos. Ella acabó antes y se puso el pijama. Cuando terminé yo, cogió ambas bandejas y las dejó fuera. Yo fui a por el saxo, pero ella no me lo permitió.

—Esta noche no, cariño. Quiero que te vengas conmigo a la cama.

Se metió bajo las sábanas y destapó mi parte. Yo me tumbé en mi lado, manteniendo la distancia. Pero ella se acercó a mí. Los botones de la parte superior de su pijama estaban desabrochados, revelando su escote al inclinarse.

—¿Puedo compensarte de alguna forma para que se te quite el enfado? —preguntó con picardía.

Antes de que pudiera responder, comenzó a darme un masaje en la espalda. Empezó sobre la ropa, pero no tardó en quitarme la parte de superior y hacer que me tumbase boca arriba. Sus cálidas manos se entretuvieron en mi cuello y hombros. Luego bajaron al pecho y siguieron descendiendo por mi barriga hasta llegar a los muslos. Tuve que girarme de nuevo para disimular la erección.

Ella continuó amasando mi espalda. Se quitó su propia blusa y presionó sus generosos pechos contra mí. ¿Hasta dónde pensaba llegar? ¿Aquella doble era una mujer para mí o solo una compañera de misión? Lo único claro es que resultaba mucho más cariñosa que la verdadera Abby. Siguió con su juego, sus manos no tenían pudor y exploraban cada centímetro de mi piel. ¿Era aquello otra prueba?

En mi interior sentía que, de alguna forma, estaba traicionando a la verdadera Abby. No correspondí a sus caricias y acabé por hacerme el dormido. Así concluyó aquella extraña jornada. Por supuesto, no pegué ojo en toda la noche. Estaba furioso: por haber sufrido tanto contra Erik, por aquel hombre que irrumpió en nuestra habitación, por la falsa Abby y, sobre todo, conmigo mismo por no saltar sobre ella y dar rienda suelta a lo que me pedía el cuerpo.

20

DESPEDIDO

Al día siguiente nos levantamos temprano, terminamos de recoger el equipaje casi sin cruzar palabra y bajamos al vestíbulo. El ambiente estaba tenso. La prensa que nos aguardaba, tanto la estadounidense como extranjera, estaba profundamente ofendida por nuestro desplante de abandonar el país sin asistir a la ceremonia oficial de clausura. Varios reporteros soviéticos, espoleados sin duda por la propia federación, nos acribillaron a preguntas cargadas de veneno sobre mi supuesta «arrogancia capitalista».

Fue la impostora quien tomó las riendas: se interpuso entre los micrófonos y yo con una sonrisa de acero, esgrimiendo la coartada intocable de una urgencia médica familiar en Estados Unidos. Mientras ella lidiaba con la jauría, eché un vistazo al fondo del salón. Allí, apoyado contra una columna e inmóvil como una estatua de sal, estaba Vasili Petrov. No articuló palabra, pero cuando le di la espalda para salir, sentí cómo sus ojos me taladraban la nuca.

Nos marchamos al aeropuerto sin desayunar, en un autobús puesto por la organización. Esta vez Vasili no nos acompañó. Lo agradecí.

Aquella mujer que definitivamente no era Abby, iba a entrar en suelo estadounidense. Tenía toda la documentación en regla para suplantar a la verdadera. Eso me inquietaba, pero no podía interrogarla directamente hasta que nos encontrásemos fuera de territorio soviético. Me decía a mí mismo que mi jefe, Colton Reed, debía estar al tanto de aquella extraña maniobra. No quería que por mi culpa se infiltrase una espía soviética en nuestro país. Nada más aterrizar la delataría. Aunque no tenía claro cómo contactar con Colton; no tenía su teléfono ni tampoco una dirección. Solo se me

ocurría ir a buscarlo a las mesas de ajedrez del Branch Brook Park.

La impostora seguía mostrándose alegre y eficiente con todos, especialmente conmigo. Era una gran actriz. Incluso durante la insoportable espera en la terminal, se dedicó a charlar amistosamente con algunos delegados de la federación, tratando de calmarlos por mi marcha precipitada y aludiendo a mi agotamiento tras el torneo para justificar mi hosco mutismo.

Poco después embarcamos. Despegamos sin sobresaltos y, nada más alcanzar la velocidad de crucero y estabilizarnos, mi acompañante rompió el silencio con un susurro.

—Muy convincente la escenita en el hotel mostrando enfado tras su victoria y echándome en cara lo de estar preparando las maletas. Muy de marido y mujer. Es usted bueno, aunque es evidente que ese Vasili sospecha algo. Ese hombre huele a KGB desde aquí. Hasta que no salgamos del espacio aéreo soviético no estaré tranquila.

La miré fijamente y fui directo al grano.

—¿Quién eres?

Se mostró algo sorprendida y, seguramente, molesta por mi indiscreción.

—Esa información le compete a su superior. Ya debería saberlo.

—¿Y quién es mi superior?

—Eso no es asunto mío. Centrémonos en ser marido y mujer —zanjó en un susurro.

Pasé el resto del vuelo dormitando o fingiendo dormir para no tener que atender a periodistas o delegados. Tampoco quería hablar con la falsa Abby, y menos aún seguir simulando que éramos una pareja feliz.

Aterrizamos sin novedad en el aeropuerto JFK de Nueva York. Pese a ser casi el amanecer, un numeroso grupo de admiradores y varios medios de comunicación nos esperaban. Colton Reed no estaba entre ellos. La impostora me pidió que evitase hablar con la prensa. Fue sencillo cumplir su petición, pues no tenía ninguna intención de hacerlo. Nos hicieron una foto de grupo y ambos nos escurrimos en

cuanto vimos la oportunidad, dejando a los delegados vendiendo el cuento de la emergencia médica.

—Aquí divergen nuestros caminos. Ha sido un placer trabajar con usted —dijo ella nada más recoger el equipaje.

No podía permitir que se marchase así, pero ¿cómo impedírselo?

—Usted debe ir al mostrador de la línea aérea TWA y entregar su pasaporte. No hace falta que diga nada.

—¿No viene conmigo?

—Yo cogeré un taxi —respondió la impostora con naturalidad.

La cogí del brazo antes de que llegara a girarse.

—Creo que deberíamos permanecer juntos hasta que sepa quién es usted.

—Eso no creo que lo sepa nunca, cariño. La misión ha terminado; ya no somos marido y mujer.

—¿Cómo sé que no es una espía soviética?

Soltó una carcajada.

—¿Eso cree?

—Lo único que sé es que usted no es la misma mujer con la que partí de Estados Unidos.

—¿Está seguro de eso?

—Completamente.

—Eso me deja en mal lugar. ¿Qué me ha delatado?

—Sus ojos.

—Imposible.

—Lo que hay dentro de ellos. También su olor, su sabor…

—Si usted lo dice... Pero le agradecería que no se lo comentase a su enlace. A la Agencia no le gustan los cabos sueltos ni las imperfecciones en sus operativos.

—¿Entonces lo reconoce?

—Yo no he dicho eso…

Me guiñó un ojo y se marchó. Yo me quedé allí plantado como un completo idiota. ¿Qué podía hacer? ¿Retenerla por la fuerza? Cuando desapareció de mi vista, busqué el mostrador que me indicó y dejé mi pasaporte sobre él. De inmediato me entregaron un billete con destino Newark.

Volvía a casa y no sabía si alegrarme o enfurecerme. ¿Aquello era todo? Tenía la amarga sensación de que me habían utilizado.

Mientras esperaba la hora del vuelo, ojeé la prensa. Varios periódicos mencionaban nuestra participación en el campeonato y mi nombre aparecía en grandes titulares. Me sentí extraño, aunque era lo normal tras conseguir el pase a la final. La versión de mi partida contra Larsen variaba bastante de unos a otros. Algunos columnistas deportivos decían que mi victoria había sido fruto de la pura resistencia física, el resultado de un desgaste agónico; otros afirmaban que el danés se había dejado ganar por presiones oscuras para evitar enfrentarse a la maquinaria soviética en la final. Tampoco faltaban las voces críticas que tildaban de cobardía o de incidente diplomático intencionado mi huida de la ceremonia de clausura. Y, por supuesto, la gran pregunta que flotaba en todas las crónicas era unánime: ¿Tenía este misterioso estadounidense alguna posibilidad real de arrebatarle la corona mundial a Tigran Spassky?

Aterricé en Newark un par de horas más tarde. Cansado hasta los huesos, salí de la terminal y me subí al primer taxi de la fila. Cuando cerré la puerta, el conductor no se inmutó, pero una voz familiar resonó desde el asiento del copiloto. Era Colton Reed. Su presencia allí, controlando mis movimientos como si yo no fuera más que un simple peón, me alivió y me enfureció a partes iguales.

—La mujer que ha regresado conmigo no era la misma —le espeté, sin preámbulos—. Un parecido sorprendente, pero no era la verdadera Abby.

—Tranquilo, estábamos al tanto. Un cambio de planes de última hora.

El silencio que siguió resultó asfixiante, al menos para mí.

—¿No va a decirme nada más?

—No necesita saber nada más. Solo he venido a felicitarle. Ha hecho un excelente trabajo de campo y su papel en el campeonato de ajedrez es digno de alabar. No todo el mundo puede hacer gala de semejante sangre fría. Ha superado con creces nuestras expectativas. Enhorabuena.

Pasó un sobre con dinero por encima del respaldo. Lo tomé, pero me negué a abrirlo.

—Eso quiere decir que me despiden.

—Su misión ha concluido con éxito. No es un despido.

—Creo que aún podría ayudar.

—Ya ha ayudado bastante. Le ordeno que desde este mismo momento haga vida normal. Debe volver a su trabajo y a sus rutinas; es más que probable que lo investiguen. El KGB tiene unos tentáculos muy largos. Incluso le recomendaría que jugase alguna que otra partida de ajedrez en público para reforzar la tapadera.

—¿Y qué hay del duelo por el título mundial?

—Lo siento. Su trabajo ha terminado y volver a la Unión Soviética sería correr un riesgo innecesario. Sería peligroso para usted y también para la Agencia.

—Y si quisiera ir… ¿Me lo impedirán?

—Su pasaporte será revocado temporalmente esta misma mañana. No es una sugerencia, Morgan. Usted no había salido nunca de nuestro país antes de esta misión, y nuestros registros se asegurarán de que siga siendo así. No tiente a la suerte.

—Dígame por lo menos qué escondía la maldita bufanda.

—Contenía la información que necesitábamos. La mujer que ha traído con usted también es muy valiosa para nosotros.

—¿Eso es todo? Comprendo… —murmuré, respondiéndome a mí mismo—. No necesito saber más.

—Así es.

—Creí haberme ganado su confianza.

—Le agradecemos su ayuda, señor Blake. Pero su misión ha concluido.

—Prometo no hacer más preguntas. Solo les pido que me dejen jugar la final del campeonato del mundo. No lo hagan por mí, háganlo por el país. Ahí fuera están expectantes. Arrebatarle la corona a los soviéticos en su propia casa será un golpe de efecto mil veces más poderoso que su maldita carrera espacial.

—Ya le he dicho que eso no es posible. Buscaremos una excusa creíble para justificar su ausencia. Quizá agravemos ese catarro suyo hasta convertirlo en neumonía.

El taxi se detuvo frente a mi edificio. Colton no hizo ademán de bajarse.

—Hemos llegado, Morgan. Una vez más, le agradezco sus servicios y le deseo suerte —se despidió sin mirarme—. Por cierto, Rita se encuentra perfectamente.

21

VUELTA A LA RUTINA

En mi apartamento todo seguía igual. Solo faltaba el saxo, que no tardó en ocupar de nuevo su lugar. Rita me recibió con su acostumbrada indiferencia. Ni siquiera reaccionó ante la comida nueva que le puse… hasta que un incauto grillo se acercó demasiado.

Estaba enfadado con Colton Reed. Él me había devuelto el ajedrez y ahora pretendía arrebatármelo. Quería jugar la final contra Tigran Spassky. Lo necesitaba. Aunque también me aterraba la idea de enfrentarme a él. Temía tanto su juego como su perturbadora mirada, la cual solo había visto fugazmente desde la distancia en Moscú; suficiente para despertar en mí el oscuro eco de un recuerdo que pugnaba por salir a la superficie, volviéndose cada vez más vívido y real.

Por otra parte, saber que Colton conocía la identidad de la doble me quitó un peso de encima. Traté de serenarme, pero mi cabeza tejía mil conjeturas sobre el contenido de la bufanda, la impostora y mi verdadero papel en la Unión Soviética. Luché por apartarlas de mi mente. Yo ya estaba fuera de aquel tablero de intrigas internacionales y nunca obtendría respuestas. Me repetía que no era asunto mío, pero las dudas me devoraban por dentro.

El piloto rojo de mi viejo contestador automático parpadeaba incesantemente, indicando que las pesadas cintas magnéticas habían acumulado varios recados en mi ausencia. Los anuncios en periódicos locales y el boca a boca seguían activos. Los cuatro primeros eran casos que sonaban de lo más aburrido: maridos o mujeres infieles y deudores desaparecidos. El quinto era el de un vendedor de coches de segunda mano respondiendo a una vieja

consulta que hice sobre un Ford Mustang. No respondí a ninguno; no podía volver a aquella mediocridad. Mi mente necesitaba ahora desafíos más complejos. Una vez que los pruebas, se vuelven adictivos. Y también necesitaba el ajedrez, el mayo de todos ellos.

Recurrí al saxo para hacer la noche más llevadera. Al día siguiente salí temprano a dar un paseo y leí la prensa en el parque, frente a los cisnes. La final de ajedrez compartía portada con la omnipresente carrera espacial. Incluso algunos titulares las comparaban. Al parecer, la hegemonía del mundo pasaba por tener la mente más brillante para el ajedrez y el primer hombre en pisar la Luna. Mi foto flanqueaba la de Tigran Spassky. Larsen, la apisonadora caída, apenas merecía un par de líneas en las crónicas como el último obstáculo que yo había derribado. En las páginas interiores se publicaba un fragmento de una entrevista a Jack, donde elogiaba mi juego un par de veces, junto a varios editoriales sobre mí.

Afirmaban que un casi desconocido había sorprendido al mundo. Me pintaban como un hombre misterioso y silencioso. Seguro que tanta publicidad no le gustó a Colton Reed lo más mínimo. ¿Qué opinaría esa misma prensa cuando se comunicase que no jugaría la gran final por problemas de salud? ¿Se tragarían la patética excusa de una neumonía repentina o empezarían a cavar hasta descubrir la verdad? De cualquier forma, no presentarme al asalto final defraudaría a todo el país.

Una ligera llovizna me obligó a plegar los periódicos y seguir caminando. Mis pasos me llevaron hasta las mesas de ajedrez del Branch Brook Park. La lluvia había disuelto las partidas y las mesas lucían vacías, excepto una de ellas. Me acerqué. Había dos hombres jugando y disfruté observándolos a cierta distancia. Cuando uno de ellos tumbó su rey y se marchó, el ganador me hizo un gesto.

—¿Juega?

Me aproximé algo indeciso y me ajusté el cuello del abrigo antes de sentarme. Seguía lloviendo. Acomodé los periódicos empapados bajo mis muslos.

Mi oponente era un tipo peculiar. No miraba el tablero en ningún momento. Solo me estudiaba a mí; para colmo, tenía un ojo con el iris entre blanco y azulado. Probablemente no veía con él, pero su escrutinio me ponía nervioso. Sus movimientos eran rápidos. Temerarios. Aquella falta de reflexión me parecía imprudente. Las partidas rápidas eran otra historia, pero algo en su juego despertó mi interés. Lo dejé ganar sin oponer demasiada resistencia. El hombre, en lugar de saborear la victoria, se limitó a colocar de nuevo las piezas sin dejar de vigilarme con aquel ojo sin vida. Parecía acusarme de no haberme esforzado.

—¿La revancha? —preguntó.

La lluvia estaba amainando y las mesas empezaban a llenarse de jugadores y de curiosos. Rechacé la oferta y me marché. Volví al apartamento y me esforcé en comer algo. Alguien, supongo que Colton o uno de sus agentes, se había molestado en llenar la nevera, además de cuidar a Rita. Descolgué un par de espejos y tapé el del aseo con una manta. No quería ver los ojos de Larsen en mi reflejo, y, peor aún, tampoco quería ver los de Tigran asomándose desde el fondo de mis propias pupilas. Pasé gran parte de la noche tocando el saxo en el cuarto de Rita.

22

LA SALA GRIS

El teléfono me despertó. La habitación seguía a oscuras y tenía la sensación de no haber dormido más de dos horas. Descolgué el auricular.

—No debió jugar ayer en el parque.

Era la voz de Colton Reed. ¿Cómo lo había sabido? ¿Me estaban vigilando? No me habría extrañado en absoluto, pero en sus siguientes palabras hallé la respuesta.

—Hoy aparece en la prensa.

Mi contrincante tuerto debió de reconocerme y seguramente sacó algunas monedas vendiendo la información. No me importó demasiado. Yo era libre de hacer lo que quisiera siempre y cuando no saliese del país y mantuviese la boca cerrada en lo referente a mi misión en la Unión Soviética. Y eso lo estaba cumpliendo a rajatabla. En cuanto a la partida, el propio Reed fue el que me aconsejó que jugase en público para mantener la tapadera.

—¿También me quieren impedir jugar en el parque? ¿Para eso me ha llamado?

—No exactamente. Le llamo porque tengo otro encargo para usted.

—¿En serio? ¿Eso significa que podré participar en lo que le pedí?

No quise ser muy explícito por teléfono, consciente de que las líneas podían estar pinchadas. Empezaba a cogerle el gusto a esta paranoia de jugar a los espías internacionales. Pero lo que realmente necesitaba era enfrentarme al campeón. Reed tardó en responder.

—Significa que quizá vuelva, pero no jugará al ajedrez. ¿Qué me

dice?

¿Qué podía decirle? Lo normal habría sido mandarlo al carajo, pero la alternativa era pasar innumerables horas tocando el saxo frente a Rita e investigar casos menores y aburridos.

—Cuente conmigo.

—No esperaba menos de usted. Presente su pasaporte en el mostrador ocho de la aerolínea Pan Am del aeropuerto JFK.

—¿Cuándo?

—En menos de dos horas. Sea puntual.

Otra vez la molesta referencia a la puntualidad. Al parecer, aquel par de minutos que me retrasé en la vieja nave me iban a perseguir durante mucho tiempo.

—No se preocupe por Rita —continuó—. Y esta vez no será necesario el saxo.

—Allí estaré.

La adrenalina volvió a dispararse. Cuando dijo «quizá vuelva» solo podía referirse a la Unión Soviética. Y, siendo sincero, la idea de volver a ver a la verdadera Abby también me atraía demasiado. No hice preguntas por prudencia, para no revelar mi interés. Le preparé la comida a Rita y me esforcé en tomar algo yo también. Esta vez usé una maleta más pequeña con lo imprescindible. No sabía cuánto tiempo estaría fuera, pero estaba seguro de que tendrían un plan para cubrir mis necesidades. Despedirme del saxo me costó bastante. Toqué un par de notas melancólicas, dejando que el latón frío vibrara bajo mis yemas por última vez, y lo dejé en su sitio dentro del estuche.

Llamé a un taxi y fui directo al aeropuerto. El conductor cumplió mi petición de no pasar de cincuenta durante todo el trayecto y se ganó los veinte dólares de propina. Me personé en la taquilla de Pan Am casi veinte minutos antes de lo pactado. Entregué mi pasaporte, me recogieron la maleta y me dieron un billete con destino a California.

¿California? Eso me descolocó. Pasé el control de seguridad y

esperé cerca de la puerta de embarque. En un kiosco ojeé un par de periódicos y, en efecto, en uno de ellos se mencionaba mi partida en el parque a través de una entrevista al tuerto. Hasta aparecía su foto. El muy caradura insinuaba que me había enseñado gran parte de lo que sabía gracias a las mil y una partidas que habíamos jugado juntos allí. Menudo capullo mentiroso. Cerré el periódico sin terminar de leer el artículo y embarqué. Esta vez no apareció Reed, ni Abby, ni su doble. La aeronave despegó puntual y mis manos no temblaron mientras nos elevábamos. ¿Qué habría en California?

Al aterrizar, entre las personas que esperaban a sus familiares o amigos, destacaba un hombre trajeado con una llamativa bufanda roja. Colton Reed debía poseer un extraño sentido del humor. Lástima que no fuese Abby. Me acerqué a él.

—Bienvenido a California, señor Blake —dijo, y me hizo una señal para que le siguiera.

Me condujo hasta una furgoneta oscura de la marca GMC con todos los cristales tintados. Corrió la puerta lateral y subimos. Había dos filas de butacas vacías. Me invitó a sentarme en la primera fila y él ocupó la de detrás. Noté cómo nos poníamos en marcha. Un panel de plástico oscuro nos aislaba por completo de la cabina, impidiéndome ver al conductor. Además de los vidrios oscurecidos, las ventanas tenían bajadas unas densas cortinillas negras. Supuse que todo aquello era para que no supiera dónde me llevaban.

Me sentía en una película de Bogart y actué como un detective de manual: conté los minutos de viaje, los giros bruscos, las paradas y los baches en el asfalto. Aunque, a decir verdad, en ese momento me importaba bien poco nuestro destino.

Casi tres horas después, la furgoneta se detuvo; mi acompañante abrió la puerta lateral y me invitó a salir.

—Hasta otra, señor Blake —dijo desde dentro—. Y buena suerte.

Cerró la puerta corredera y la furgoneta se marchó de inmediato. Me quedé solo en un amplio aparcamiento frente a un chalet aislado, lejos de la ciudad y rodeado por un espeso bosque de coníferas. La construcción parecía sólida, pero sin mucho lujo. No había nadie a la

vista, así que, cuando el transporte desapareció por la carretera de acceso, caminé hasta la entrada y llamé. Abrió el propio Colton Reed.

—Bienvenido, señor Blake. Espero que haya tenido un viaje agradable.

—Desde luego. Sus amigos son muy simpáticos, especialmente el de la bufanda.

Soltó una carcajada y me invitó a pasar. El interior del chalet no se correspondía con su fachada rústica; más bien parecía un laboratorio clandestino disfrazado de hogar. Pasillos amplios, moquetas grises que ahogaban el sonido de los pasos y un mobiliario de acero y formica, frío y aséptico. Reinaba un silencio sepulcral. Lo seguí hasta un austero despacho. Reed se sentó tras una robusta mesa de madera y me indicó que tomara asiento frente a él. Me miró fijamente y jugueteó con los dedos sobre un expediente cerrado, como si aún estuviera sopesando hasta qué punto podía confiar en mí.

—Desde este momento pasa a trabajar formalmente con nosotros, señor Blake, y cualquier indiscreción será castigada con la muerte. ¿Eso lo comprende?

La palabra «muerte» cayó como una losa sobre mí, pero me esforcé por templar los nervios.

—Se refiere a que no podré jugar al ajedrez con desconocidos.

—Hablo muy en serio, Morgan Blake. Puede jugar con quien quiera, pero no irse de la lengua ni cometer errores. Cualquier revelación, incluso por imprudencia, se considerará alta traición y se castigará con la muerte. Quiero que lo entienda bien. No habrá un juicio justo.

—¿Y puede saberse para quién trabajo exactamente? ¿Para la CIA?

Colton sonrió y negó con la cabeza.

—Somos una institución más modesta. ¿Sabe lo que es la PES?

Fui yo el que negó con la cabeza esta vez.

—Percepción Extrasensorial o visión remota —aclaró.

Aquella respuesta me dejó descolocado. Supongo que vio el desconcierto reflejado en mi rostro y, tras apoyarse en el respaldo de la silla, se explicó:

—Pertenecemos a un programa del Gobierno relativamente nuevo y relativamente secreto. Durante años nadie nos tomó demasiado en serio. Quizá con razón.

Colton hizo una pausa. Yo guardé silencio. No sabía qué decir.

—He dicho relativamente nuevo porque llevamos casi una década operando, y relativamente secreto porque ha habido algunas publicaciones al respecto. ¿Ha leído algo sobre el tema?

Volví a negar con la cabeza. Colton dejó una revista antigua sobre la mesa y la abrió por un artículo fechado en febrero de 1960. Me animó a ojearla con un gesto. La publicación era francesa y relataba cómo, en 1959, un vidente que se encontraba en Marylan había transmitido mentalmente información a otro receptor que estaba en el USS Nautilus, un submarino nuclear que se encontraba sumergido en el Océano Ártico.

Cada vez estaba más perdido.

—Esta publicación —continuó Colton— puso en alerta al KGB y preparó el escenario para el uso de los espías psíquicos a ambos lados del Telón de Acero. El KGB, en su sede central de Moscú, pasó rápido a la acción y desarrolló en un tiempo récord su propio programa de espionaje psíquico. Los soviéticos estaban aterrorizados ante la posibilidad de que les adelantásemos en el ámbito paranormal. Y, naturalmente, cuando nosotros nos enteramos de que se metían de lleno, el Gobierno multiplicó nuestros fondos.

—¿Y fue cierto lo del contacto entre videntes al que hace referencia el artículo?

—Lo desconozco, pero tengo mis dudas. De cualquier forma, gracias a ello estamos aquí. Al igual que usted —supuse que lo dijo por la incredulidad que asomaba en mi semblante—, las altas esferas nunca nos han tomado muy en serio. Nos tenían operativos

simplemente para poder afirmar que no dejábamos solos a los soviéticos en esta loca carrera de armas psíquicas. Sin embargo, en los últimos meses hemos obtenido resultados lo bastante prometedores como para que gente mucho más poderosa empezara a fijarse en nosotros. Y, recientemente, nada más y nada menos que la todopoderosa CIA ha venido a pedirnos ayuda. Deben estar muy desesperados para haberlo hecho, ¿no cree?

—Supongo —respondí, encogiéndome de hombros ante la surrealista situación en la que me encontraba—. Pero sigo sin comprender a dónde quiere llegar…

Colton se levantó, cogió una carpeta gris de una de las estanterías metálicas y me llevó hasta una habitación contigua. Era un habitáculo de unos dieciséis metros cuadrados donde solo había una mesa con lapiceros y algunos folios. Lo que más me llamó la atención es que todo era de un tono gris suave. La mesa, la silla, los papeles y los lapiceros. Todo. Las paredes estaban revestidas de un acolchado que me recordó a la celda de un manicomio, pero de color gris en lugar de blanco.

Había una única foto pegada en la pared frente a la mesa. En ella se veía el primer plano del misterioso hombre que aparecía cerca de Wernher von Braun y de las otras personalidades ya fallecidas en aquellas imágenes que Colton me había enseñado en el parque de Nueva Jersey semanas atrás.

—Tenemos razones para pensar que ese hombre es un arma psíquica creada por el gobierno soviético —dijo Colton al notar dónde tenía clavada la vista.

—Investigué a los hombres que aparecían junto a él en las fotos que me enseñó en el parque. Me resultó muy curioso que todos hubieran muerto de cáncer en un intervalo de tiempo sospechosamente breve.

Colton se situó a mi espalda y me apretó el hombro.

—Es usted muy hábil, Morgan Blake.

Depositó la carpeta sobre la mesa y extrajo tres fotos nuevas.

Reconocí de un vistazo a algunos de los sujetos.

—Walter Stoessel, Llewellyn Thompson y Charles Bohlen —enumeró Colton, señalándolos uno por uno—. Los tres fueron embajadores estadounidenses destinados en Moscú. Y los tres enfermaron de gravedad, viéndose obligados a regresar a Estados Unidos para recibir tratamiento.

Colton hizo una pausa dramática y me miró a los ojos.

—Los tres desarrollaron tumores fulminantes en cuestión de meses. En la CIA están convencidos de que no fue ninguna casualidad. A falta de una explicación científica concluyente, estudian la posibilidad de un ataque perpetrado por agentes psíquicos soviéticos.

Resoplé, intentando procesar semejante locura. Colton no se inmutó y continuó:

—La CIA está asustada. Los soviéticos parecen llevarnos la delantera en las investigaciones psíquicas, en el ajedrez y en la carrera espacial. Los agentes de inteligencia que me visitaron dan por hecho que el próximo objetivo es von Braun y que quieren eliminarlo de la misma forma que a los embajadores.

—¿Y la CIA recurre a ustedes para protegerlo? —pregunté, sin ocultar mi incredulidad.

—Exacto. El escepticismo de la CIA ante lo psíquico era obvio, pero más evidente era que no tenían ni idea de cómo lo hacían. Además, su misión en la Unión Soviética, y la información que Evelyn nos trajo en la bufanda, confirmaron que ese hombre estaba implicado de algún modo. Están desesperados; tanto, que vinieron a solicitar nuestra ayuda para descubrir su método y para localizar y desactivar al sujeto de la foto. Al parecer, von Braun es nuestra única esperanza de ganar la carrera espacial.

—¿Desactivarlo?

Colton no se molestó en responderme.

—Han usado todo su poder para localizarlo: satélites, espías, infiltrados, sobornos… y no han conseguido nada. Por eso nos han

exigido ayuda. Quieren comprobar si las aptitudes psíquicas pueden aplicarse al espionaje de campo. Como ya le he dicho, deben estar desesperados. De cualquier modo, nosotros cumpliremos con nuestra parte.

—¿Y cómo funciona todo esto? —pregunté, abarcando la habitación con las manos.

—Intentamos localizarlo desde esta misma sala gris. Aquí trabajan nuestros mejores agentes de visión remota. Hemos comprobado que esta asfixiante monocromía, el aislamiento acústico absoluto, la ausencia total de interferencias electromagnéticas y una iluminación regulada milimétricamente conforman el entorno idóneo para potenciar sus mentes.

—¿Y cómo lo hacen exactamente?

—El sujeto se sienta y se concentra en la imagen del objetivo hasta que empieza a recibir ciertas impresiones sensoriales: un zumbido de baja frecuencia, un destello metálico, un olor a ozono o a tierra mojada. La señal nunca llega limpia. El psíquico tiene que traducir ese ruido mental en inteligencia procesable. Y las imágenes resultantes podrían ser vitales para la CIA.

—¿Me está diciendo que con un par de tipos sentados en una habitación pintada de gris han conseguido encontrar a un fantasma en el país más grande del mundo? Permítame dudarlo, Colton.

—Hemos estrechado el círculo considerablemente —replicó él, ignorando mi sarcasmo—. Pero la información más relevante para dar con su paradero la hemos conseguido gracias a usted y a la bufanda roja. La señorita Abby West está siguiendo la pista física sobre el terreno.

Al escuchar su nombre, algo se removió dentro de mí. Así que ella se había quedado en la Unión Soviética para seguir el rastro indicado por el campeón ruso. Una completa locura y seguramente una misión suicida. Asentí, esforzándome por serenar mi voz antes de hablar.

—¿Y quieren que les ayude a encontrarlo?

—No exactamente.

Pasamos a una habitación contigua, una copia exacta de la anterior. Idéntico mobiliario y la misma asfixiante atmósfera de tono gris. La única diferencia era que en la pared colgaba un gran mapamundi táctico en lugar de la foto del supuesto asesino psíquico. En la esquina inferior derecha del mapa había una ampliación topográfica de un sector de la Unión Soviética

—Según la señorita West, en la bufanda había información todavía más importante que el paradero del posible asesino.

Aguardó unos segundos antes de continuar.

—La verdadera joya de la corona —explicó Colton, señalando el mapa— es que el régimen soviético ha sufrido un accidente catastrófico con el prototipo más avanzado de su programa espacial. Lo asombroso del caso es que han perdido la telemetría y ni siquiera ellos mismos logran encontrar los restos de la nave. Nuestros agentes de campo lo han corroborado y en Langley han entrado en frenesí. Exigen que localicemos el pecio antes que los equipos de rescate rusos, sea como sea.

—No ha salido absolutamente nada en la prensa, ni del lanzamiento ni del accidente —apunté con suspicacia.

—Era alto secreto.

—¿Por qué es tan importante encontrar los restos antes que los soviéticos?

—Los soviéticos nos llevan una ventaja demoledora en la conquista del espacio y parece que ni con la ayuda de von Braun podremos alcanzarlos. Sin embargo, todo podría cambiar si conseguimos acceder a su tecnología más vanguardista.

—Sigo sin comprenderlo. Si el campeón de ajedrez trabaja en el programa espacial soviético, concretamente en la construcción de cohetes y naves, ¿por qué no nos pasa directamente la información que necesitamos?

—No es tan sencillo. Tigran solo tiene acceso a una parte muy limitada, la directamente relacionada con su labor. Ninguno de sus

ingenieros tiene acceso al puzle completo, precisamente para evitar filtraciones. Los soviéticos son tremendamente minuciosos y desconfiados; aplican una compartimentación absoluta.

—Entiendo… ¿Y desde aquí, mediante visiones, pretenden localizar la nave siniestrada?

—Así es. Por lo menos intentamos reducir la cuadrícula de búsqueda. La CIA asume que el aparato ha caído en territorio de la Unión Soviética. Nuestros satélites y aviones espía lo están buscando sin descanso y, evidentemente, ellos también.

Me acerqué al mapa de la pared. Había una chincheta roja clavada sobre una vasta y desolada extensión blanca.

—Los psíquicos, sin haber tenido ningún contacto con ellos, coinciden con los agentes de campo de la CIA. Creen que la nave se encuentra en algún lugar de la tundra siberiana.

Colton dio la vuelta a varios de los folios que había sobre la mesa. Los tres primeros contenían bocetos a mano, hechos con trazos frenéticos, de interminables bosques nevados. El cuarto solo revelaba algunas palabras en cirílico apuntadas con caligrafía temblorosa. El quinto y sexto esbozo mostraban a hombres muertos, uno de ellos retorcido entre amasijos de metal.

Aquello era una auténtica locura. Hasta me pellizqué el muslo por debajo de la mesa para asegurarme de que no estaba soñando. ¿De verdad era real? ¿Existía ese programa psíquico? ¿Realmente el Gobierno gastaba dinero en semejante bobada? Mi mente racional y analítica se negaba rotundamente a aceptarlo.

—Si ha caído en algún lugar de la Unión Soviética —dije con cierto aire de suficiencia—, es lógico que haya sido en un sitio deshabitado o ya lo habrían encontrado. No hace falta tener poderes psíquicos para deducirlo.

Colton Reed guardó silencio. Yo también. Me senté frente a la mesa gris. Aquel lugar le gustaría a Rita. Cogí el lápiz y apoyé la punta sobre los folios grises. Cerré los ojos y, como era de esperar, no ocurrió absolutamente nada.

—¿Y qué hago yo aquí? —pregunté, algo molesto—. ¿No creerá que soy vidente?

—Hay gente que lo es y no lo sabe. Es un don innato, como la aptitud para la música o el arte. Los psíquicos más receptivos suelen ser individuos inteligentes, solitarios, seguros de sí mismos… Usted cumple bastante con el perfil.

—¿Entonces son una especie de academia para formar espías psíquicos?

—Podría decirse así. Pero no le he hecho venir por ese motivo, aunque podría someterse a las pruebas si quiere.

—¿Y para qué me necesita? —pregunté, ignorando la propuesta.

—Para que viaje de nuevo a la Unión Soviética y encuentre la nave. A la CIA le diremos que usted es un psíquico muy valioso; así nos facilitará su reentrada. Pero en realidad solo será un agente de campo convencional. No disponemos de personal capacitado para una misión física de rescate; nosotros operamos desde la mente, no desde el barro.

—¿Pretende que vuelva a la Unión Soviética y encuentre una canica metálica perdida en medio de miles de kilómetros cuadrados de desierto blanco?

—Le daremos unas coordenadas bastante exactas.

Volví la vista al mapa, entornando los ojos.

—Esas coordenadas… ¿las ha marcado la CIA o sus espías psíquicos?

—Eso es irrelevante.

Para mí no lo era. Ni de lejos. Si iba a jugarme el pellejo tras el Telón de Acero, quería una base sólida, no las alucinaciones de un farsante. Pero me abstuve de comentarlo.

—¿Y si lo encuentro? ¿Lo meto en la maleta y me lo traigo a Estados Unidos?

—Solo tendrá que dejar una baliza de radiofrecuencia cerca del lugar. Solo eso. Nuestros agentes infiltrados se ocuparán a partir de

ahí. Además, no irá solo.

Aquella última afirmación captó toda mi atención. ¿Se refería a la verdadera Abby West? ¿Me acompañaría ella? ¿O hablaba de la impostora a la que acababa de llamar Evelyn? Pero Colton no añadió nada más sobre mi acompañante.

—¿Por qué yo? Ya se le pregunté en una ocasión y me veo en la obligación de volver a hacerlo. La CIA y ustedes tendrán personal mucho mejor cualificado y entrenado para este tipo de incursiones.

—La CIA ya está usando a sus mejores hombres y nosotros también, pero nuestra jurisdicción es mayoritariamente mental. Operamos desde estas Salas Grises, no en la tundra siberiana. Nuestro personal táctico es muy limitado.

—Eso sigue sin responder a mi pregunta.

—Usted es perfecto para la misión porque no es nadie. No le tienen fichado ni está bajo sospecha. Además, tiene el visado todavía activo y un excelente motivo para regresar a la Unión Soviética. Y eso es vital, porque se nos acaba el tiempo.

—La última vez que nos vimos me dijo que era demasiado peligroso que yo volviese a la Unión Soviética, que mi presencia allí pondría en riesgo a la Agencia, a la misión y a mí mismo.

—Y lo sigue siendo. No voy a mentirle. Pero una cosa es volver solo para satisfacer un capricho personal, y otra muy diferente es hacerlo por un objetivo de vital importancia para nuestra nación.

—No llamaría «capricho personal» a la final del campeonato del mundo de ajedrez. Basta con leer la prensa de esta mañana para darse cuenta de que derrotar a Spassky es ahora mismo una cuestión de Estado.

—Debe olvidarse del campeonato. Además, su misión no es solo esa.

La vez anterior, aunque no se me informase, también se trató de una misión doble: conseguir la información del campeón e introducir a Abby en la Unión Soviética sin dejar rastro. Pues para los soviéticos y, para todo el mundo, Abby había regresado conmigo en

aquel avión.

—La señorita Abby y su hermana Evelyn —continuó Colton— han solicitado seguir trabajando con usted.

—Así que era su hermana… ¿Y dice que lo han solicitado ellas? Me sorprende, porque Abby apenas me conoce, y su hermana impostora todavía menos.

—Ellas confían en usted. Lo consideran… especial. Dicen que saben reconocer a un igual.

Pasamos a una tercera sala. La decoración era algo distinta, pero el concepto debía ser el mismo. No había mesa, ni folios ni lápices. Solo un perchero con algunos vestidos de mujer, una peana con colonias y artículos femeninos y un sillón de apariencia cómoda situado en el centro, ocupado por la falsa Abby. Solo necesité cruzar la mirada con ella un segundo para saber que no era la original. Llevaba un vestido largo de color claro y uniforme, a juego con la sala. Era perturbador comprobar de nuevo que su físico, su forma de moverse, de vestir e incluso su perfume eran idénticos a los de Abby.

—Me alegro de volver a verle.

—Lo mismo digo, señorita Evelyn West. ¿También está aquí para las pruebas de acceso? ¿Qué tal le ha ido con el test Zener de adivinar cartas? —bromeé.

—Ya lo superamos hace tiempo —atajó en tono serio.

—Así es —intervino Colton—. La prueba con ellas fue algo diferente. Las separamos en habitaciones distintas y cada una tenía que adivinar lo que veía la otra. La superaron a la primera sin un solo fallo.

—¿En serio? Yo solo bromeaba…

—Se sorprendería. Son gemelas. Nacieron unidas por el cráneo y, durante un tiempo, compartieron tejido cerebral. La separación fue una operación de extrema complejidad. No me pregunte cómo, pero algo de esa conexión permaneció. Se presienten. Comparten ciertos pensamientos, ciertas visiones... Casi como si fuesen la misma

persona. Increíble, ¿verdad?

—Demasiado increíble… ¿Por qué está aquí?

—Está trabajando.

—¿Con las colonias y los vestidos?

—Son objetos de su hermana gemela —aclaró Colton—. Los usa para entrar en sincronía con ella. Como le he dicho, puede sentirla, y eso nos ayuda a aproximarnos a su paradero en la Unión Soviética.

Supongo que mi gesto de absoluta estupefacción no pasó desapercibida para la impostora.

—No estoy aquí para que me juzgue, señor Blake —dijo ella—. No tenemos que demostrarle nada y no nos importa en absoluto si nos cree o no.

Me sostuvo la mirada, ofendida y desafiante a partes iguales.

—Si damos con mi hermana, daremos con el sujeto clave. Y tenemos que neutralizarlo antes de que pueda hacerle daño a Wernher von Braun.

Interrogué a Colton con la mirada.

—Ya le advertí que deberá llevar a cabo dos misiones. Von Braun tiene una reunión importante en la Unión Soviética. La CIA sospecha que es una trampa y cree que allí le atacarán, como hicieron con los embajadores. Para evitarlo, irá acompañado de un grupo de psíquicos nuestros a los que llamamos escudos. Estarán siempre junto a él y se harán pasar por parte de su equipo de investigación. Usted será uno de ellos.

—¿No es una gran imprudencia que von Braun vaya?

—No soy yo quien lo decide. La misión que se nos ha encomendado es protegerlo. La señorita Evelyn West sitúa a su hermana cerca del lugar donde se ha fijado el encuentro. Eso quiere decir que el asesino psíquico soviético al que perseguimos no debe andar lejos y, por tanto, es más que probable que la CIA esté en lo cierto y se esté preparando algún tipo de ataque.

—Un momento, Colton —le interrumpí, incapaz de contener mi

frustración—. Todo esto es una completa locura. Hace apenas unos días salí de allí tras clasificarme para la final del campeonato del mundo. Mi cara está en la prensa internacional. Me reconocerán al instante nada más pisar suelo soviético. ¿No es absurdo enviar a alguien famoso como agente encubierto?

Colton sonrió con suficiencia, como si llevara un rato esperando esa misma pregunta.

—Precisamente por eso su tapadera es perfecta, Morgan. Diremos que el equipo científico de von Braun, fascinado por su brillantez estratégica en el torneo, lo ha reclutado como consultor analítico. A los soviéticos no les sorprenderá en absoluto; al fin y al cabo, ellos mismos tienen al campeón Tigran trabajando para su programa espacial. Captar mentes maestras del ajedrez es una práctica habitual en la guerra de la inteligencia.

—¿Viajaremos como marido y mujer? —pregunté.

Colton negó con la cabeza.

—No deben verlos juntos. Viajarán en vuelos diferentes. La señorita Evelyn llegará antes, lo contactará allí y le dará instrucciones. En todo momento actuarán como si no se conocieran. Además, ambas adoptarán un aspecto muy diferente al de la «esposa» del ajedrecista. El vuelo de Evelyn sale en pocas horas.

—¿Y mi vuelo?

—Sale mañana a primera hora.

Me situé delante de la gemela y me asomé a sus atractivos ojos.

—¿Puedo preguntarle por qué me quiere a mí?

—Porque usted es especial.

—¿A qué se refiere? —insistí.

—A que es de los nuestros. —Se levantó y se alisó el vestido—. Ahora, si me disculpan, tengo que prepararme para el viaje.

La gemela de Abby se marchó y me quedé a solas con Colton. Él profundizó en los protocolos de contacto para cuando nos volviésemos a encontrar en la Unión Soviética, pero apenas dio más

detalles sobre la misión, por más que insistí.

Para terminar la sesión, nos acercamos al mapa ampliado de la Unión Soviética y Colton delineó con su dedo el círculo que ya había trazado en el papel. Aquella era la zona de búsqueda. Cientos, quizá miles de kilómetros cuadrados en medio de un desierto blanco. Era totalmente imposible que yo pudiera encontrar algo en aquel inhóspito lugar. Se lo hice saber, pero simplemente me ignoró y me obligó a memorizar los dibujos realizados por los supuestos psíquicos.

La gran mayoría eran folios repletos de árboles, sin nada más que pudiera servir de apoyo visual, y el dibujo de los cuerpos sin vida era tan cercano y macabro que tampoco aportaba ninguna referencia del paisaje exterior. El resto de los dibujos esbozaban escenas totalmente inconexas y delirantes: un interminable bosque dividido en dos por una enorme serpiente zigzagueante con el cascabel en alto, lo que parecían ser misiles alojados en pesados silos de hormigón, la figura de un cosmonauta reposando sobre un altar pétreo dentro de una cueva, y un collar rudimentario formado por huesos y abalorios. ¿Qué demonios querría decir el autor psíquico con todo aquello? En fin, fuera lo que fuese, dudaba que pudiera servir de mucha ayuda.

Cuando Colton se cansó de mostrarme una y otra vez los mismos dibujos, me acompañó hasta otro cuarto situado en la segunda planta. Esta habitación era bastante más confortable y carecía del aburrido tono gris. Las paredes estaban revestidas de madera cálida, el suelo cubierto por una alfombra burdeos y una lámpara de pie proyectaba una luz amarilla que invitaba al descanso. Me deseó buenas noches y se marchó. Por lo menos podría pasar la noche allí. La cama era cómoda y la temperatura agradable. Había una estantería con algunos libros pseudocientíficos y un pupitre con un saxo nuevo y reluciente apoyado encima. Agradecí el detalle, pero no podía traicionar a mi compañero de fatigas. Así que lo dejé donde estaba y me tumbé en la cama con uno de los tomos, que hablaba sobre la apasionante sinapsis neuronal. Supongo que debo agradecerle a su autor el haberme quedado dormido en pocos

minutos.

23

ESCUDOS

A la mañana siguiente llamaron temprano a la puerta. Estaba despierto. Demasiadas incógnitas para poder conciliar un sueño profundo. Me vestí y salí a la soledad del pasillo. Colton Reed me esperaba en un agradable patio interior con abundante vegetación minuciosamente cuidada y una alegre fuente en el centro. La mesa estaba preparada con tostadas, mermelada, zumo y algo de fruta. Me serví y desayunamos en silencio. Al terminar, mi anfitrión apoyó un par de periódicos sobre la mesa. Los hojeé y no hallé ni rastro de la supuesta reunión entre Wernher von Braun y su homólogo ruso.

Lo que sí encontré en ambos fueron imágenes de las mesas de ajedrez de Branch Brook Park, abarrotadas de jugadores. Al parecer, muchos curiosos se habían pasado por allí con la esperanza de que yo apareciese. También había más especulaciones sobre mi supuesto mentor tuerto. Todo mentira, claro.

Colton no hizo ningún comentario y yo tampoco. Se limitó a recordarme que la misión que me habían encomendado era muy importante y extremadamente peligrosa. Debía extremar las precauciones, mantener la boca cerrada y seguir las instrucciones de la señorita West al pie de la letra.

Básicamente esa fue su despedida, pues no pronunció ni una sola palabra más en el trayecto hasta mi cuarto de invitados para recoger la maleta, ni de camino a la puerta principal. No nos cruzamos con ningún psíquico en el interior de la casa. Tenía cierta curiosidad por ver a alguno de esos agentes, pero no pregunté. El semblante de Colton no invitaba a iniciar una conversación intrascendente. La misma furgoneta que me trajo del aeropuerto estaba esperando fuera.

Hicimos tres escalas para recoger a otros tres individuos. Dos de ellos ni siquiera se molestaron en saludar al subir. Cada cual, a su manera, tenía un aspecto fuera de lo común. Uno vestía ropa de color chillón que combinaba como el agua y el aceite; otro lucía una larga barba blanca y descuidada que se fundía con el bigote y las patillas; y el tercero tenía unos ojos pequeños y de un extraño color entre verde y amarillento, como los de un gato. Supuse que eran los escudos, las mentes que debían proteger a von Braun del ataque soviético. Y no me equivoqué. El de la ropa multicolor se pasó todo el viaje montando y desmontando un intrincado rompecabezas de madera tridimensional con movimientos obsesivos.

Al principio me sentí un poco incómodo entre ellos, como fuera de lugar. Me negaba a formar parte de aquel grupo de *chalados*. Pero ¿acaso era yo muy diferente a ellos? Mi cuerpo me pedía tocar el saxo y descubrí a mis dedos interpretando una melodía invisible sobre mis rodillas. Si lo llevase conmigo quizá no habría podido evitar tocar durante el trayecto, y el resto pensaría algo parecido sobre mí. En cuanto a mi aspecto, tampoco podría decir que era un tipo atractivo y vestido a la moda. Pero uno acaba por acostumbrarse y aceptar la imagen que le mira desde el espejo. La locura en los ojos de Larsen se cruzó entre aquellas reflexiones, seguida del atisbo de esa misma locura en los míos propios frente al espejo del hotel. Así que el resto del trayecto lo pasé luchando por hacer desaparecer esos fantasmas.

La furgoneta se detuvo junto a un autobús en otro aparcamiento casi desierto. En su interior aguardaban von Braun y su equipo. El recibimiento no fue muy caluroso: nos cachearon al subir y nos relegaron al fondo, apartados del resto. No se molestaron en saludar cuando pasamos junto a ellos. Pusimos rumbo a la base aérea de Andrews y accedimos por un ala clausurada en exclusiva para nosotros. No había prensa. En realidad no había nadie, solo personal de seguridad. El avión nos estaba esperando y embarcamos tras someternos a un nuevo y exhaustivo control de seguridad.

A nuestro peculiar grupo lo volvieron a colocar al fondo en el avión. Von Braun ocupaba los primeros asientos y actuaba como una

estrella de cine. Había muchas filas vacías entre su séquito y nosotros, así que lo aproveché para sentarme solo. Tampoco creo que nadie me hubiese dado mucha conversación. Estaba inquieto. No comprendía cómo iba a ayudar en aquella misión. No tenía ningún poder psíquico y, por tanto, no servía como escudo; aunque, sinceramente, dudaba que mis compañeros lo tuvieran.

Una cosa era que me contratasen para jugar al ajedrez, para eso sí que valía. Ahí poseía un don de verdad. Pero que me reclutaran para encontrar los restos de una nave siniestrada valiéndome solo de unos dibujos vagos me parecía absurdo. Además, ¿cómo se suponía que iba a llegar a la taiga siberiana desde una conferencia internacional en Moscú? Colton debía tener un plan, siempre tenía un plan, pero yo no estaba al corriente y eso me exasperaba.

Tampoco me creía capaz de «desactivar» al supuesto asesino soviético. Yo no había usado un arma en mi vida, y no pensaba empezar ahora. Sabía que esa parte de la misión le correspondía a Abby o a cualquier otro agente, pero algo seguía sin cuadrarme. Por otro lado, estaban aquellas dos salas grises, los folios en blanco sobre la mesa y la historia de las gemelas conectadas mentalmente. ¿Qué tenía que ver yo con todo eso? Tenía la impresión de haberme unido al circo de los horrores.

El personal de seguridad y el equipo de von Braun nos siguieron tratando con cierto desprecio durante todo el vuelo. Supongo que para ellos sobrábamos. Lo más probable es que no supieran ni quiénes éramos en realidad y nos vieran como una injerencia en su trabajo.

Nada más aterrizar, las autoridades soviéticas nos condujeron hasta una sala aislada. Un procedimiento calcado al que nos sometieron durante mi llegada para el torneo de ajedrez. Eso me hizo recordar al individuo que enviaron para vigilarnos y que se presentó como Vasili Petrov. ¿Y si aparecía de nuevo? Solo de pensarlo las manos me empezaron a sudar. ¿Sonaría creíble que formaba parte del equipo científico de von Braun?

Mis peores temores se hicieron realidad cuando entraron dos

individuos trajeados. Mientras uno de ellos nos explicaba en un inglés rudimentario que nos llevarían al hotel, el otro se apoyó en la pared y comenzó a darle vueltas a un mondadientes con los labios. Era Vasili. Parecía ajeno a nosotros, pero no me cabía la menor duda de que nos estaba vigilando. Muy probablemente tendría acceso a los pasaportes y sabría que yo estaba allí.

Pasé todo el rato sentado, lo más oculto posible de su ángulo de visión, y vigilándolo a través del reflejo de un cristal. Al finalizar la charla, nuestro chófer nos urgió con un par de palmadas a seguirlo. Vasili salió primero de la sala y, para mi fortuna, no volvió a aparecer.

Fuimos directos al hotel. Viejo, elegante y austero. Nos dieron poco más de una hora para asearnos y prepararnos para la conferencia internacional de aeronáutica. Habría representantes de otros países. No terminaba de comprender el objetivo de aquel evento y preferí mantenerme al margen. Ya tenía suficiente con mi misión; o mejor dicho, con mis misiones imposibles.

Al entrar en la habitación esperaba encontrar a una de las gemelas en su interior, pero no fue así. Dejé la maleta sobre la cama y me refresqué la cara y el cuello. Luego me limité a pasear de un lado a otro, esperando la hora fijada.

El regreso a Estados Unidos estaba programado para el día siguiente a primera hora. ¿Qué podría hacer yo con un tiempo tan escaso y tan poco margen de maniobra? Además, estaba convencido de que volvería a encontrarme cara a cara con Vasili y todo podría torcerse. Solo me quedaba esperar que Evelyn apareciera cuanto antes y me dijese qué debía hacer.

El mismo vehículo nos trasladó hasta el lugar de la conferencia. Entré el primero y me senté al fondo, el espacio habitual reservado para nuestro grupo de apestados. El resto del equipo fue subiendo, y respiré aliviado cuando se cerró la puerta y Vasili no apareció. Nada más ponernos en marcha, ya más tranquilo, noté que entre la gente de von Braun había una sutil diferencia. La única integrante femenina del equipo científico había sido sustituida. Tardé algunos

minutos en confirmar mis sospechas. No podía verla con claridad desde tan atrás, pero al final llegué a la conclusión de que se trataba de Evelyn, la gemela de Abby. Su transformación era sorprendente, llevaba el pelo teñido de un rubio ceniza, gafas de pasta gruesa y un severo traje gris de corte masculino, y el parecido con la científica a la que suplantaba era asombroso. Traté de buscar su mirada, pero me ignoró por completo durante todo el trayecto.

En los últimos metros del trayecto, no había nadie en las calles. Ni personas ni tráfico. Seguramente estuviese todo cortado para el evento. Aparcamos frente a un inmenso edificio de aspecto imponente y arquitectura brutalista. En el interior, nos condujeron hasta una sala amplia y despejada, con techos abovedados y paredes revestidas de madera oscura. En el centro aguardaba una mesa rectangular con cuatro butacas, encerrada por unas gradas provisionales de cuatro alturas que convertían la estancia en una especie de circo romano. No era muy diferente al pabellón donde se celebró el torneo de ajedrez, pero a pequeña escala y con un ambiente mucho más claustrofóbico.

A nuestro peculiar grupo de «escudos» lo sentaron en la grada del extremo norte y, al poco tiempo, otro grupo no menos pintoresco tomó posiciones frente a nosotros, en el extremo sur. A simple vista parecían burócratas aburridos, pero la rigidez de sus posturas y la palidez de sus rostros delataban que eran la contrapartida soviética de psíquicos. Las gradas laterales de la parte derecha las ocuparon algunos representantes internacionales, y las de la izquierda fueron para la mayor parte del equipo de von Braun, con Evelyn entre ellos.

¿Qué se suponía que debía hacer yo? Unos minutos después entraron von Braun y su homólogo ruso a la zona central y tomaron asiento en extremos opuestos de la mesa. Aquello parecía un evento deportivo o la final de ajedrez. Yo poco podía hacer en mi grada norte, aislado del resto y rodeado por los tres supuestos escudos. No hablaban, pero el movimiento nervioso de sus manos sobre el regazo, rascándose la barba o manipulando el puzle, mostraba su extrema inquietud.

Una actitud que cambió drásticamente pocos segundos después de que los líderes tomaran asiento. Los tres quedaron petrificados y con la mirada ausente, como si alguien les hubiera desconectado la conciencia, incapaces de fijar la vista en un punto concreto. El de la barba poblada comenzó a emitir ruidos extraños, una especie de zumbido sordo y gutural. Las piezas de madera del puzle estaban inmóviles en los muslos de su dueño, algo que no había ocurrido hasta ese momento. La atmósfera en la sala se volvió pesada, como el aire cargado de electricidad antes de una tormenta.

Yo no quitaba ojo a Evelyn. ¿Debía acercarme? ¿Cómo podía hacerlo? von Braun y su homólogo ruso habían iniciado las conversaciones, pero nosotros no podíamos escuchar nada. Tampoco podíamos hacer gran cosa. Aquello me parecía una completa pérdida de tiempo. Desde mi posición, la reunión silenciosa entre ambos científicos tenía algo de partida lenta y tediosa, como si movieran piezas invisibles sobre un tablero que solo ellos podían ver.

De repente, Evelyn se puso en pie y abandonó su grada lateral. Mi primer instinto fue levantarme también, pero supe controlarme. No convenía levantar sospechas. Además, un vigilante de seguridad custodiaba la única entrada a nuestra grada. Unos segundos después, Evelyn cruzó unas palabras con el guardia y accedió a nuestro sector para sentarse a mi lado. Mis compañeros de trance ni se inmutaron. A nadie más pareció importarle.

—Entre nuestra grada y la de enfrente se está librando una batalla silenciosa —susurró—. Esperemos que no nos alcance ninguna bala perdida.

Todo aquello me parecía de lo más absurdo y, por supuesto, no sentí ningún tipo de miedo por aquella etérea batalla psíquica. En situaciones desesperadas, los gobiernos suelen recurrir a métodos ilógicos que no conducen a nada. La frase «¿qué podemos perder por intentarlo?» suele servir de excusa para justificar el absurdo.

—¿Usted también participa en ese enfrentamiento? —pregunté por seguir la corriente.

Evelyn sonrió y negó con la cabeza.

—No sabría cómo hacerlo.

—¿Cuál es nuestro siguiente movimiento?

—Permanecer aquí sentados hasta que termine la reunión.

En ese momento vi entrar a Vasili en la grada que teníamos enfrente. Como de costumbre, se quedó de pie, apoyado en una esquina y con la mirada clavada en el suelo, como si todo lo que había a su alrededor no fuera con él. Evelyn siguió mi mirada.

—Ese tipo es un agente del KGB extremadamente peligroso, como suponíamos.

—Lo imaginaba —murmuré.

Me llevé las manos a las sienes para simular que estaba concentrado. No quería desentonar, o él se daría cuenta. Evelyn parecía tranquila, pero la presencia de ese tipo me incomodaba. Permanecimos así varios minutos.

—Ella está cerca. Muy cerca —susurró de repente Evelyn.

Noté algo extraño en su voz. Supuse que se refería a su hermana, y un nudo me estranguló la garganta. Por mucho que me escudara en el patriotismo o en mi orgullo ajedrecístico, la pura y dura realidad era que había aceptado aquella misión suicida solo por la ínfima posibilidad de volver a ver a la verdadera Abby.

Evelyn se quedó en silencio, pero su respiración se volvió más agitada. La vigilé de reojo. Tenía el rostro pálido pese al maquillaje. Sus ojos no miraban a ningún sitio, y sus manos se aferraban a los reposabrazos de la butaca con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Parecía estar experimentando una especie de trance. Me hubiese gustado poner mi mano sobre la suya para calmarla, pero con Vasili enfrente no me atreví.

—¿Se encuentra bien? —susurré sin siquiera girarme.

—Está en peligro —respondió tras unos interminables segundos—. Tenemos que ayudarla.

—Acaba de decir que no hiciésemos nada hasta…

—Hay que hacerlo ahora. Sígame.

Nos levantamos. Mis compañeros ni se inmutaron, siguieron sumidos en su concentración para crear una barrera invisible, o algo similar, alrededor de von Braun. Algunos ya parecían exhaustos. Me dio la impresión de que, por lo menos en sus desquiciadas mentes, realmente creían en lo que hacían.

Mientras bajábamos por el lateral de las gradas no le quité ojo al agente del KGB. No se movió. Él también parecía de piedra. Notaba la tensión y la urgencia de Evelyn, aunque simulaba una absoluta normalidad. El responsable de seguridad nos permitió salir en cuanto mi compañera le mostró su pase. Antes de adentrarnos en un pasillo, eché un último vistazo a la grada de enfrente y Vasili ya no estaba. Se había esfumado. Le di un ligero codazo a mi compañera y lo comprendió de inmediato.

—Iremos cada uno por un lado —me dijo mientras caminábamos por el corredor—. Así solo podrá seguir a uno, y ese tendrá que alejarlo de nuestro objetivo.

—¿Y cuál es nuestro objetivo?

—El edificio que hay justo enfrente. Diría que en la segunda o tercera planta. Si el agente del KGB viene a por mí, usted deberá acceder por la puerta que tiene el marco rojo; busque un panel suelto. Dentro encontrará unas escaleras sin barandillas. Sabrá que está en la sala correcta cuando vea un cuadro desgastado de una escena de cacería.

El corredor era largo y lúgubre; se me hizo interminable. A pocos metros de la puerta de salida, ella me cogió del brazo y nos detuvimos un segundo. Los pasos a nuestra espalda repicaron con fría claridad. Tiró de mí con fuerza y salimos a la calle.

Ella dobló hacia la derecha y yo hacia la izquierda. Al otro lado de la calle solo había un descampado con escombros y material de construcción; nada parecido al edificio que ella había comentado. Caminé rápido y sin girarme. Antes de llegar al extremo, a través del retrovisor de un coche aparcado pude ver que me había tocado el premio gordo. Vasili iba tras de mí.

Todavía le sacaba una buena distancia. Al doblar la esquina me

metí por un callejón angosto, flanqueado por un edificio anexo. Era tan estrecho que ningún coche podría circular por allí. Aceleré el paso. Era muy posible que se tratase del bloque al que se había referido Evelyn, pero mi objetivo inmediato era despistar a Vasili y alejarlo para dejarle vía libre a ella. Al pasarlo de largo, no vi ninguna puerta con el marco rojo.

En el final del callejón me giré y esperé hasta que el agente del KGB apareció en el otro extremo. Caminó hacia mí sin modificar su paso constante y rítmico, como un depredador seguro de su presa. No parecía tener ninguna prisa por alcanzarme. Templé los nervios y aguanté unos segundos más antes de doblar a la derecha.

Volví a acelerar el paso y lo esperé en el siguiente cruce. En esa zona las calles eran más anchas y tenían algo de tráfico. Había pocos viandantes, pero todos me parecían sospechosos. Vasili no tardó en aparecer, avanzando con su impasible caminar y la mirada oculta bajo el ala del sombrero gris. Todo en él era gris.

¿Y si contaba con refuerzos para cercarme? Esperé unos segundos hasta que levantó la vista hacia mí. Doblé la esquina y, una vez fuera de su campo de visión, eché a correr sin molestarme en mirar atrás. Ignoraba si aún seguía mis pasos, así que callejeé durante varias manzanas dibujando un recorrido errático; un laberinto en apariencia, pero calculado para no alejarme demasiado del objetivo. Me refugié unos segundos bajo un soportal para recuperar el aliento y comprobar que Vasili no aparecía.

Una vez que me sentí a salvo, no me resultó difícil regresar al edificio anexo al lugar de la reunión. Lo hice con extreman cautela, luchando contra mi instinto, que me gritaba que me alejase de allí a toda prisa; pero las dos gemelas podían estar en peligro. Inspeccioné la fachada opuesta a la del callejón por el que había pasado antes en busca de la puerta con el marco rojo. Me mantuve en alerta constante por si Vasili reaparecía, aunque, si mantenía aquel paso mecánico, aún tardaría en darme alcance.

En el centro de la fachada había un acceso amplio con unos cuantos escalones, pero sin rastro de un marco rojo. Aquello me hizo

replantearme las palabras de Evelyn. ¿Cómo conocía todos esos detalles? ¿Había estado allí antes o eran fruto de sus visiones extrasensoriales? ¿O tal vez, como insinuó Colton, eran fragmentos de las visiones de su hermana Abby? Mi mente analítica solo aceptaba la primera opción, y empecé a sospechar que jamás encontraría ninguna puerta con un marco rojo. No quería exponerme a caer en manos de Vasili solo por unas supuestas visiones.

Investigaría los dos laterales que me faltaban del edificio contiguo a la reunión y, si no había suerte, regresaría al hotel. En el extremo sur, la fachada estaba desgastada, el musgo le había ganado terreno a la piedra y en ciertas partes parecía casi en ruinas. Rezumaba abandono. Mi corazón dio un vuelco al ver una puerta pequeña cuyo marco desconchado y ajado aún conservaba restos de pintura roja. En realidad debieron de arrancar la puerta original hacía tiempo. Solo quedaba un hueco bloqueado con tablones podridos.

Me acerqué tras comprobar que la calle estaba desierta. Uno de los tablones cedió con un ligero empujón. Al estar fijado solo por la parte superior, se podía mover hacia los lados, dejando entrever un profundo hueco negro. Lo aparté con fuerza y, al escuchar unas voces a lo lejos, me lancé de cabeza a la oscuridad. El tablón volvió a sellar la entrada tras de mí, oscilando como un péndulo antes de quedarse inmóvil.

Por fortuna, mis pies encontraron suelo firme en aquella negrura. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, empecé a distinguir el entorno. Unas ventanas rotas en la parte superior dejaban pasar algo de claridad. Esparcidos por el suelo se amontonaban cascotes, restos de ropas, cacharros de cocina y un par de colchones. Era evidente que un grupo de indigentes vivía o se resguardaba allí. Agradecí profundamente que en ese momento el lugar estuviera desierto.

El recinto formaba un rectángulo de unos ocho por doce metros. Las dos únicas puertas interiores visibles estaban tapiadas. Al mirar hacia arriba, pude ver los huecos de las ventanas de los pisos superiores y adivinar el techo de la tercera o cuarta planta. Los

cimientos interiores habían cedido; los suelos de los pisos superiores se habían derrumbado por completo en el centro, creando un enorme pozo vertical que acumulaba gran cantidad de escombros en la planta baja. De cada nivel apenas quedaba una franja de suelo bordeando la pared, de no más de uno o dos metros, como la cornisa de un acantilado interior. En ciertos tramos, no había nada de nada. La estancia contaba con dos escaleras. Una parecía en buen estado, pero no llevaba a ninguna parte, terminando abruptamente en el vacío un par de plantas más arriba. La otra estaba semiderruida, con escalones rotos y sin barandillas. Siguiendo las indicaciones de Evelyn, comencé el ascenso por ella, pegando el cuerpo a la pared en todo momento. El rellano del primer piso parecía sostenerse por pura magia, pero la estructura no tenía continuación allí. Seguí subiendo, sintiendo cómo la escalera se tornaba cada vez más precaria. El segundo piso era solo vacío. Llegar al tercero fue otra historia. La escalera moría unos pocos escalones por encima de la maltrecha repisa de hormigón, sin llegar a alcanzar la planta.

Me quedé allí plantado y estudié mis opciones. A mano derecha no quedaba ni un palmo de suelo por el que poder avanzar y lo descarté de inmediato. Odiaba las alturas y los riesgos innecesarios, no me apetecía nada acabar aplastado entre los escombros de la planta baja, pero allí estaba. A mano izquierda sobrevivía una franja de piso de apenas metro de ancho, que se extendía unos ocho metros hasta una pared agujereada. Del otro lado se filtraba algo de luz. Respiré hondo y avancé con los brazos en cruz, rozando el muro con todo el cuerpo. Bajo mis pies solo había un pozo oscuro que traté de evitar mirar. Cada paso fue un suplicio. Al arrastrar mis pies lateralmente, desprendía restos de arena y grava que se precipitaban al abismo con un eco sordo.

Finalmente alcancé la pared y me colé por el agujero más grande. Al otro lado, el panorama se transformó por completo. De pronto me hallaba en un edificio intacto, con un pasillo largo, suelo de mármol y una moqueta roja cuyos ribetes formaban cadenas de ADN. Al parecer, habían separado las áreas en ruinas de las zonas operativas

mediante muros falsos. En el suelo aún había restos de arena y ladrillos, el butrón que unía ambos mundos parecía reciente.

Avancé intentando abrir las puertas que me encontraba a ambos lados. Todas cerradas. ¿Qué buscaba exactamente? ¿Qué podría hacer si me sorprendían? Apenas lograría hacerme entender en ruso. De las paredes colgaban cuadros casi tan altos como yo, demasiado recargados de figuras y colores para mi gusto. Me centré en el lado izquierdo, el que daba hacia el edificio donde se celebraba la reunión. En caso de estar espiando o preparando un atentado, los agresores tendrían que estar allí.

Podría tratarse de un francotirador o incluso de una bomba, ya que la distancia entre ambos edificios era mínima. En este último supuesto, también eliminarían a su propio científico, a no ser que esperasen a detonarla a la salida. En ese instante reparé en un cuadro de un hombre apuntando con un rifle de época a un imponente ciervo rodeado de abedules nevados. Me acordé de las palabras de Evelyn. ¿Cómo podía saberlo?

La puerta situada junto al lienzo estaba entornada y la estancia del otro lado, vacía. Había dos ventanas y un acceso abierto hacia otra habitación. Las ventanas, en efecto, daban directamente a la fachada del edificio donde se encontraban von Braun y mi grupo de psíquicos. Estaban abiertas; si extendía la mano, casi podía tocar el muro del otro edificio, pero no se veía más que ladrillo uniforme. La habitación contigua tenía más ventanas orientadas a la pared de enfrente y otra puerta entornada.

Me acerqué a la puerta y creí escuchar algo al otro lado. Apoyé la oreja contra la madera y agucé los sentidos. Había al menos dos personas en la habitación contigua. Un hombre y una mujer. La voz del hombre sonaba débil y la de la mujer nerviosa. Era Evelyn. Abrí de un empujón y encontré a un hombre tendido boca arriba en el suelo, asfixiándose, y a Evelyn arrodillada junto a él, sosteniéndole la cabeza e interrogándolo febrilmente.

La habitación en la que acababa de entrar era del tamaño de un salón de baile. Las ventanas estaban clausuradas con gruesos

tablones. En el centro, alineadas apuntando a la pared que daba al edificio de la conferencia, descansaban cuatro estructuras de acero ancladas al suelo. Parecían gruesos periscopios industriales o cañones de una artillería extraña, unidos por gruesas mangueras a unos enormes generadores apagados. Desde luego, aquello no era un equipo de espionaje convencional.

Me acerqué y enseguida me di cuenta de que el moribundo era el hombre de las fotografías; el supuesto asesino psíquico que buscábamos. Estaba pálido y la cabeza le caía flácida en cuanto Evelyn se descuidaba. Hablaba en ruso con un hilo de voz, así que no pude entender ni una palabra. Al aproximarme, tosió con fuerza y un fino reguero de sangre negra se deslizó por la comisura de sus labios. Bajo el abrigo llevaba una especie de arnés que ya no sujetaba nada, pero parecía preparado para cargar algo pesado. No hallé heridas de bala ni de ningún tipo, pero era evidente que estaba agonizando por causas antinaturales, su piel tenía un tono gris ceniza y estaba cubierta de ampollas.

Un ruido nos paralizó. Evelyn apoyó con cuidado la cabeza del hombre en el suelo y me urgió a seguirla. Nos ocultamos tras unos grandes embalajes de madera situados en un rincón de la habitación. Sin duda, las extrañas máquinas de metal habían llegado dentro de ellos. Poco después, Vasili cruzó el umbral.

Evelyn me miró con reproche. No podía explicárselo en ese momento, pero era imposible que me hubiese seguido a mí. Si el ruso estaba allí era porque conocía lo que se tramaba en aquella estancia. Fuera lo que fuese. Dio un vistazo rápido a su alrededor y se centró en las estructuras. Las revisó con detenimiento, comprobando algo en los diales, y luego se acercó al hombre postrado. Lo miró unos segundos con absoluto desprecio antes de dispararle en la cabeza con una pistola con silenciador. Di un respingo y la mano de Evelyn me sujetó con firmeza. La tranquila impasibilidad con la que apretó el gatillo me aterrorizó. Vasili pasó de largo y se introdujo en la siguiente habitación.

Salimos del escondite y Evelyn rebuscó rápidamente en los

bolsillos del hombre asesinado. Yo me acerqué a los tubos de hierro. Me agaché e inspeccioné justo el panel donde había mirado Vasili. Vi unos compartimentos abiertos y vacíos, rodeados de etiquetas de peligro radiactivo en ruso. De ellos salían los tubos cuyos extremos apuntaban a las paredes y ventanas. ¿Qué podía ser aquello? ¿Un lanzagranadas casero? Pero no tenía sentido; al otro lado solo había sólidos muros y cero visibilidad. No logré comprender su cometido.

Evelyn tiró de mí y salimos del edificio por el mismo agujero por el que yo había entrado. No hablamos hasta estar de camino al hotel.

—¿Qué ha sucedido ahí dentro? —pregunté.

—No lo sé con exactitud. Mi hermana debió dar con el individuo y seguirlo hasta descubrir este lugar. De alguna forma, logró detener lo que estaban preparando.

—¿Y qué estaban preparando exactamente?

—Ni idea, pero esas estructuras apuntaban directamente hacia la sala de la conferencia...

—¿Dónde está Abby? ¿Se encuentra bien?

—Está viva, pero ya muy lejos de aquí.

—¿Qué le ha dicho el moribundo?

—Que Abby había estado allí y se había ido tras el material.

—¿Qué material?

—La fuente de alimentación de esas máquinas. Algo lo bastante volátil y peligroso como para que ese hombre acabara con la piel cubierta de ampollas.

—¿Le hizo usted eso al ruso? ¿Lo neutralizó?

—Lo encontré así.

—¿Fue Abby?

—Lo dudo. Parecía enfermo, como si hubiera sufrido un envenenamiento agudo. Y ahora dígame, ¿por qué demonios ha dejado que Vasili le siguiera hasta aquí? —espetó Evelyn, clavándome una mirada furibunda—. Le dije claramente que lo

alejaras.

—Lo despisté —me defendí—. Si ha llegado hasta aquí es porque ya estaba al tanto de la existencia de este lugar.

Ella asintió, convencida por la lógica.

—¿Qué hacemos si nos encuentra?

—Solo le diremos que me encontraba indispuesta y que me acompañó al hotel. Nada más.

—No se lo creerá.

—No puede hacernos nada. Todos los asistentes a la reunión de von Braun somos intocables. Si alguno desapareciese o le sucediera algo, se produciría un grave conflicto internacional. Así que actuaremos con absoluta normalidad.

—¿Qué eran esas estructuras de hierro? —insistí.

—Algún tipo de armas, Morgan. Y ya hemos visto cómo acaban quienes juegan con ellas.

—¿Cómo encontraremos a Abby?

—Cada vez la siento más lejos. Ahora debemos centrarnos en nuestra misión.

—¿Y cuál es exactamente? ¿Encontrar la cápsula?

Evelyn asintió.

—¿Y cómo lo haremos? ¿Seguiremos otra de sus visiones?

Me miró con cierto reproche antes de responder.

—Solo tenemos que volver al avión sin contratiempos. Allí planearemos el siguiente movimiento.

24

VASILI

Regresamos al hotel y la acompañé hasta su habitación. Ella se dio una ducha como si no hubiese pasado nada. Yo estaba de los nervios. Me asomaba una y otra vez por la ventana, aunque solo podía ver una minúscula porción de la calle. Cada vez que lo hacía, esperaba encontrarme a Vasili levantando la mirada hacia mí. Necesitaba la música. Mis dedos tocaban las llaves invisibles de mi saxofón sobre el alféizar, buscando un ritmo que ahogara la tensión y le diera algún sentido al horror que acabábamos de presenciar. Al girarme me topé con la mirada de Evelyn. Ya había salido del baño. Llevaba puesto un albornoz de seda y se alisaba el cabello húmedo con una toalla. ¿Cuánto tiempo habría pasado así, absorto en mi propio bucle de paranoia?

—No tardarán en regresar —dijo, señalando la puerta con un gesto sutil.

Me estaba pidiendo que me fuera de forma educada. El hecho de estar allí podía complicarlo todo si nos estaban vigilando. De cualquier forma, nos habían visto salir juntos del recinto, así que tampoco revelábamos gran cosa a nuestros posibles espías. Pero le hice caso.

—Disculpe. Nos vemos mañana. Que descanse, señorita West.

Fui directo a mi habitación. Antes de introducir la llave en la cerradura tuve un mal presentimiento. La puerta aparentaba estar intacta, pero algo en el ambiente, un levísimo olor a tabaco negro barato que se colaba por la rendija, me decía que no debía abrirla. Pero dar media vuelta y huir por el pasillo como un cobarde no era una opción.

Entré. Mi intuición no había fallado. Apoyado en la mesa, envuelto en la penumbra, estaba Vasili.

—Adelante, Morgan Blake —dijo, sin apenas levantar la mirada.

Lanzaba una pelotita de goma negra al aire con la mano izquierda, atrapándola de nuevo con un ritmo hipnótico e irritante.

—¿No debería estar preparándose para la gran final? —preguntó, sin detener su juego.

—El equipo del doctor von Braun consideró que mi capacidad analítica en el tablero sería muy valiosa para sus cálculos espaciales. Y cuando tu país te llama, uno acude.

—¿Un ajedrecista trabajando en el programa espacial?

—Ya le dije que llevaba tiempo sin jugar de forma profesional.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —confirmé.

—¿Esta vez no ha venido con su bella mujer?

—Es obvio que no —respondí con frialdad.

—Dele recuerdos de mi parte.

—Se los daré.

—Por cierto… ¿quién era la mujer con la que ha salido de la conferencia? Si era tan importante acompañar a von Braun en su reunión, no me parece lógico marcharse a mitad del acto.

—Era una compañera de trabajo. Se sentía indispuesta y me he ofrecido a acompañarla.

—Es bastante atractiva… —Dejó la frase en el aire y lanzó la pelotita un par de veces más antes de continuar—. ¿Acaso es usted un mujeriego? No lo creo… —La pelota volvió a caer en su mano y su tono se endureció—. La dirección que ha tomado tras abandonar la reunión no era la más indicada para volver al hotel.

—¿Acaso el KGB se dedica ahora a acosar a los ciudadanos estadounidenses que salen a estirar las piernas?

Por primera vez levantó la mirada. Fría, dura. Asesina. Aquello fue

una advertencia silenciosa. Para un individuo así, matarme habría sido lo mismo que aplastar una mosca. Solo esperaba que lo que había dicho Evelyn sobre nuestro estatus diplomático fuese cierto.

—No conozco la zona y me he perdido —añadí, tratando de enmendar mi desplante anterior.

—¿Y su amiga? ¿Por qué no estaba con usted?

—Le pedí que regresase al hotel mientras yo le compraba algo en una farmacia.

Sonrió. Bajó la mirada y volvió a jugar con la pelotita. Aquel juego parecía agradarle. Al parecer, escuchar mis patéticas mentiras le producía una sádica diversión. Sabía que yo mentía, y sabía que yo sabía que él lo sabía.

—Si voy a verla, ¿me contará lo mismo que usted?

—No veo por qué no. Pero le pediría que la visite mañana, porque ahora se encuentra indispuesta y está descansando.

—Mañana... ¿Antes o después de subir al avión de regreso a Estados Unidos?

No me dejó responder y engarzó la siguiente pregunta.

—¿De verdad cree que ese nazi que ahora es el orgullo de América podrá tener listo el cohete a tiempo?

—Trabajamos en ello.

—Trabajan… ¿Y qué hace usted exactamente?

—Tengo estrictamente prohibido hablar de mi trabajo.

—No sé quién *chyort* —diablos— es usted en realidad. Pero estoy convencido de que no es ajedrecista y de que no forma parte del equipo de von Braun. Si lo vuelvo a ver en la Unión Soviética, no seré tan diplomático.

—¿Es eso una amenaza oficial para que no me presente a la final? —le reté, envalentonado por la adrenalina y la frustración—. ¿Acaso el gran régimen soviético está aterrorizado de que un simple americano humille a su campeón en el tablero, igual que los vamos a humillar en la carrera espacial?

Fue un error imperdonable provocarlo por segunda vez.

La reacción a mis palabras fue fulminante. Sin siquiera levantar la mirada, Vasili acortó la distancia en una fracción de segundo y me asestó un golpe seco con el codo en la laringe.

Me desplomé al instante. Por más que me aferrara la garganta, me resultó imposible inhalar una sola gota de aire durante unos eternos segundos. Estoy convencido de que podría haberme matado sin más con aquel duro golpe en la nuez si hubiera querido. Contempló mi agonía en el suelo con desprecio e indiferencia. Su rostro no cambió ni un ápice.

—Si vuelvo a cruzarme con usted, lo mataré —dijo, antes de abandonar la habitación con paso tranquilo.

Necesité varios minutos para recuperar el aliento y lograr incorporarme sobre unas rodillas temblorosas. Me arrastré hasta el aseo, abrí el grifo, metí la cabeza bajo el chorro de agua helada. Era incapaz de tragar un sorbo de agua sin romper a toser. Acabé vomitando un líquido biliar manchado de hilos de sangre. La voz no me salía.

Aquel tipo era un asesino implacable y yo un completo idiota por provocarlo. No dudaba de sus últimas palabras. Si volvía a cruzarse conmigo me liquidaría, de eso estaba seguro. Atranqué la puerta con el respaldo de la pesada silla del escritorio y traté de serenarme y dormir. Me olvidé de cenar; seguramente no podría ingerir nada sólido hasta pasadas varias horas. Con recuperar el habla a la mañana siguiente me conformaría.

25

SALTO A CIEGAS

A la mañana siguiente me despertaron unos golpes en la puerta. No retiré la silla que bloqueaba la entrada hasta comprobar que era Evelyn. Ella me miró fijamente y me acarició los moratones del cuello con tristeza.

—Nos esperan abajo.

Cogí mi bolsa de mano, que ni siquiera había tenido tiempo de abrir. Me puse el abrigo para ocultar las gotas de sangre seca que adornaban mi camisa y me abotoné el cuello hasta arriba. Todos estaban ya reunidos en el vestíbulo. Evelyn no se separó de mí en ningún momento y tomó la iniciativa de hablar con los pocos compañeros que se acercaron, para que yo no tuviese que responder más que con monosílabos. Se lo agradecí infinitamente; el simple roce del aire me escocía como fuego en la garganta.

No tardó en llegar el autobús. Ocupamos nuestros puestos en la parte trasera. Mis compañeros no hicieron ningún comentario ante la presencia de Evelyn en el grupo. Von Braun parecía satisfecho y departía animadamente con algunos de su equipo de científicos. Todo apuntaba a que la farsa de la conferencia había salido bien. Nos pusimos en marcha sin que Vasili ni ninguno de sus hombres subieran a bordo. Respiré aliviado.

Sin embargo, a los pocos minutos, el conductor pisó el freno con brusquedad y el autobús se detuvo. A través de las ventanas descubrí un control de carretera del ejército soviético. Subieron dos hombres armados con subfusiles y, sin decir palabra, registraron los bultos más grandes de nuestras pertenencias. A través de la luna trasera pude ver que también habían abierto el portaequipajes y

estaban escarbando en nuestras maletas. Vasili estaba fuera. De espaldas, apoyado en uno de los dos coches oficiales que nos cortaban el paso. El conductor del autobús, con la voz temblorosa por la presión, informó por el micrófono de que se trataba de un registro rutinario y que no había nada de qué preocuparse.

La espera se hizo eterna. No perdí de vista ni por un momento a Vasili, temiendo un nuevo encuentro que acabara definitivamente conmigo. Todavía me dolía la garganta al tragar saliva. Finalmente, se marcharon sin que él se moviera. Mientras el autobús empezaba a circular, pude ver por la ventanilla cómo dos de sus hombres se acercaron a hablar con él.

—Quizá estén buscando lo mismo que Abby —susurró Evelyn.

Guardé silencio. Solo quería salir de la Unión Soviética cuanto antes. Llegamos al aeropuerto y un transporte más pequeño nos recogió para llevarnos directamente por las pistas hasta un avión bastante más modesto que el resto: un *jet* bimotor sin distintivos oficiales.

¿Adónde íbamos? Evelyn y yo nos sentamos en el centro, apartados del resto de la comitiva. En cierta forma agradecí no estar entre los supuestos escudos. Me resistía a ser uno más de ellos. No cruzamos palabra hasta que el avión despegó y se estabilizó rumbo al este.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—La próxima reunión de von Braun será en Tokio, y llegar hasta allí, el avión sobrevolará estratégicamente la taiga siberiana durante la noche.

Traté de ocultar mi frustración. Mi esperanza era salir de la Unión Soviética de forma definitiva, no sobrevolar su territorio más remoto. Ella debió notarlo.

—No se preocupe. Allí no habrá rastro de Vasili ni de sus hombres —dijo para consolarme—. Ahora hay que ponerse a trabajar.

Extrajo dos carpetas del compartimento superior y me pasó una. Al abrirla solo encontré folios en blanco y un lápiz de color gris. Mi

mente voló a la sala gris de California y me enfadé.

—No pretenderá que sitúe la nave siniestrada mediante visión remota.

—¿Podría hacerlo?

Ella sonrió ante la dureza de mi mirada.

—Era broma. Solo necesito que reproduzca los dibujos de los otros psíquicos que le enseñó Colton Reed.

Evelyn abrió su carpeta y desplegó un detallado mapa topográfico militar de la Unión Soviética, repleto de cuadrículas y curvas de nivel. En la parte derecha se mostraba la inmensa taiga siberiana sin apenas referencias civiles. Ella empezó a marcarlo con un lápiz.

—¿Cómo piensa encontrar una nave espacial en miles de kilómetros de desierto blanco?

Evelyn continuó dividiendo el plano en cuadrantes.

—Restringiremos la búsqueda lo máximo posible —dijo al terminar.

Luego hizo un círculo en el extremo inferior izquierdo.

—Esta zona es la más probable si combinamos la información de nuestros agentes de campo y la de los satélites.

Estudié el mapa e hice un cálculo rápido cruzando la escala con el radio de la circunferencia. Mi conclusión no varió. La misión todavía se me antojaba imposible.

—Son más de quinientos kilómetros cuadrados.

—Lo estrecharemos todavía más con la información de los hombres de Reed. Es su turno.

Usé el lápiz para dibujar lo que me había pedido. Me parecía un ejercicio del todo absurdo, puesto que ella debió haber revisado aquellos folios cientos de veces antes de la misión. Se lo hice saber.

—Cada receptor interpreta y plasma la visión de una forma ligeramente distinta —se excusó ella sin apartar la vista del papel—. Necesito ver cómo filtra su cerebro esa información. Además, no traje copias porque un registro del KGB como el de hace un rato

habría sido nuestra condena.

No era buen dibujante, pero los recordaba con exactitud. Lo primero que dibujé fue una gran instalación subterránea con algo parecido a misiles alojados en silos de hormigón. Ella marcó con una equis una zona del mapa que ya tenía resaltada.

—Sospechamos que aquí, en Svobodny-18, tienen una base secreta de misiles. Está muy cerca de este asentamiento y de la línea de tren que conecta la ciudad con el cosmódromo en construcción de Vostochny.

—¿Y todo eso lo saben por los agentes psíquicos?

—Los psíquicos no han hecho más que confirmarlo. Nuestros servicios de inteligencia llevaban tiempo vigilando los movimientos en la zona.

—¿Y no será que los agentes de California estuvieran sugestionados por esas investigaciones previas de la CIA? —pregunté, escéptico.

—Imposible. Era información clasificada de nivel uno.

No insistí más y empecé a trazar una gran serpiente que atravesaba la hoja de un extremo a otro. Terminé la cola en punta a la izquierda, y a la derecha dibujé la cabeza con la boca abierta, sacando la lengua.

—En los dibujos originales la serpiente estaba pintada de color plata —maticé.

Ella tomó mi papel y lo superpuso al mapa de la taiga. Volvió a separarlos y sombreó una línea sinuosa similar a la de la serpiente.

—Sospechamos que la serpiente representa el río Tunguska. Ambos puntos de referencia nos sirven para establecer los límites de la zona de búsqueda: la base de misiles cerrando por el sur y el río marcando la frontera norte.

En efecto, una curva del río atravesaba la parte superior del círculo de probabilidad. Evelyn tachó con el lápiz todo lo que quedaba por encima de esa línea para descartarlo.

A continuación, dibujé lo mejor que pude los cadáveres de dos pilotos junto a los restos de una nave. Toda la escena estaba rodeada de árboles y llamas.

—Eso debe de ser el lugar del impacto —dijo ella con interés—, pero solo nos confirma que los restos cayeron en plena taiga.

Después tracé la figura de un cosmonauta sin escafandra, tumbado sobre una especie de altar en el interior de una extraña cueva.

—¿Qué cree que puede ser? —pregunté.

—No lo sé. Esto tampoco nos da muchas pistas. Quizá se trate del funeral de uno de los pilotos. En ocasiones se cuela el futuro.

¿El futuro? Menuda chorrada. Iba a protestar, pero opté por guardar silencio. Ella parecía tomarse todo aquello muy en serio. Por último, dibujé algo parecido a un collar o amuleto hecho de huesos y abalorios. En su día me llamó la atención. Ella cogió el folio y lo estudió de cerca.

—Tampoco creo que nos sirva —dijo al fin—. ¿Algo más?

Negué con la cabeza. Evelyn se volvió a centrar en el mapa y marcó un nuevo punto estratégico.

—Este será nuestro primer objetivo. El asentamiento más próximo a la taiga y a la base de misiles. Desde allí iniciaremos la búsqueda sobre el terreno.

—¿Hay alguna pista de aterrizaje cerca?

Me miró con cierto desdén, se separó un mechón de pelo de la frente y dijo:

—Saltaremos. En la bodega hay dos paracaídas y el equipo necesario para poder sobrevivir en la taiga.

—¿Paracaídas? ¿Se han vuelto locos? Yo nunca…

—Yo le ayudaré… —dijo, sin permitirme terminar la frase—. Aunque debería temer más al frío que al salto.

Aquella misión era una completa locura y lo más disparatado de todo era que yo participase en ella. Hacía apenas unas horas había

estado a punto de morir asfixiado por un verdugo del KGB, y ahora pretendían que me embarcase en una búsqueda imposible en uno de los parajes más hostiles del planeta. Si tanto los agentes estadounidenses infiltrados como los propios militares soviéticos habían sido incapaces de encontrar la nave, ¿cómo íbamos a encontrarla nosotros? ¿Basándonos en los dibujos infantiles de unos dementes encerrados en una habitación gris? Yo no había visto más naturaleza en toda mi vida que el estanque rodeado de árboles que había en el parque de los cisnes de Nueva Jersey. Mi mente racional y analítica se negaba violentamente a ejecutar una acción tan irracional.

—¿Y si lo encontramos? —pregunté.

—En su mochila hay una baliza. Solo tiene que activarla cerca del objetivo. Le detallaré el funcionamiento en su momento.

—¿Y si no lo encontramos?

—Lo encontrará. No podemos fallar.

En ese momento, Evelyn me propinó un codazo para que me asomase a la ventanilla. Abajo, a miles de metros de caída, se extendía un océano oscuro repleto de árboles con las copas ligeramente blanqueadas por la nieve. Formaban un todo, excepto por un río congelado en sus orillas que serpenteaba entre los pinos, dividiéndolos en dos franjas. El agua emitía unos reflejos bajo la luz de la luna que la hacían titilar y la dotaban de un halo mágico e irreal.

—Ahí tiene su serpiente plateada.

Lo cierto es que existía un paralelismo asombroso con mi dibujo.

—Acompáñeme.

La seguí hasta la cola del avión y bajamos por una escalerilla metálica, estrecha y poco segura. En la pequeña bodega se comprimían equipajes y utensilios militares sin mucho orden. Anexo había un compartimento estanco no mucho más grande que dos cabinas de aseos de avión juntos. Entramos y Evelyn cerró la puerta. Había dos monos térmicos blancos colgados en perchas y dos

abultadas mochilas, también blancas, justo debajo.

Sin mediar palabra, empezó a enfundarse el traje térmico y yo hice lo mismo. Luego nos calzamos unas botas forradas, unas gafas de ventisca y un casco ajustado. Evelyn tomó mi mochila y me ayudó a ceñírmela sobre el pecho. Una vez equipados, prácticamente no cabíamos en aquel habitáculo. Me explicó de forma esquemática que el contenido del petate incluía raciones de supervivencia, un par de bengalas y herramientas. Del bolsillo trasero sacó una pequeña baliza cilíndrica de metal. Me enseñó a activarla: girar la base y presionar el botón superior. El funcionamiento era sencillo. Acto seguido, se colgó su mochila al pecho y se ajustó el paracaídas en la espalda.

—¿Y el mío?

—Con uno es suficiente —respondió con frialdad.

Usó un arnés de pesados mosquetones para atarme firmemente a ella en un salto tándem. En ese momento, el estómago se me encogió al notar cómo el avión descendía bruscamente. Abandonamos aquel estrecho habitáculo cruzando una segunda puerta; al otro lado nos aguardaba la compuerta trasera de salto. Encorvados, alcanzamos el borde metálico y allí me hizo un gesto para que aguardásemos. Traté de contener el miedo, pero las manos y las piernas me temblaban de forma incontrolable. Seguimos descendiendo y noté cómo el avión reducía la velocidad.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté, impaciente y aterrorizado.

—Nada. Solo abráceme antes de saltar —Al ver mi cara de estupor, añadió: — No se preocupe, también está el arnés.

Evelyn se arrodilló y miró hacia abajo a través de las rendijas de la compuerta de salto.

—Saltaremos cinco segundos después de que se abra la trampilla, ¿entendido?

Creo que conseguí asentir.

—Y una última cosa. Si me ocurriese algo durante la caída, usted deberá llegar hasta el asentamiento de Krasny Yar que está marcado

en el mapa. Una vez allí, busque a Sergey.

Aquello me inquietó todavía más. ¿Cómo que si le ocurría algo? La sensación de peligro ya era demasiado abrumadora como para añadirle el miedo a quedarme solo en Siberia. No quería saltar, pero ¿acaso tenía opción?

En ese momento, la compuerta empezó a abrirse. Un viento helado y ensordecedor inundó el habitáculo, golpeándonos como un mazo invisible. Ella me agarró con fuerza. El vacío estaba a poco más de un metro de nosotros. Me abracé a su cuerpo y cerré los ojos.

Cinco segundos después, me arrastró a una caída sin fin. El estómago se me subió a la garganta y apenas lograba respirar. Caíamos a una velocidad de vértigo, devorados por la oscuridad. No sé si llegué a perder el conocimiento por el pánico o por la falta de oxígeno, pero de pronto algo tiró de nosotros con una fuerza brutal que casi me disloca los dos hombros. Miré hacia arriba y el inmenso paracaídas blanco se abombaba sobre nosotros, frenando nuestro descenso en seco. Ella me miró a través de las gafas, casi cristal contra cristal, y sonrió con una calma escalofriante.

26

SERGEY

Al alcanzar los árboles, las ramas me separaron bruscamente de Evelyn. Caí un par de metros más, hasta que las correas de mi arnés hicieron su trabajo y evitaron que impactase contra el suelo. El fuerte tirón fue acompañado por un grito contenido de Evelyn.

Restos de nieve se desprendieron a mi alrededor y en el balanceo me golpeé contra un enjambre de ramas heladas. Sin el casco y las gafas, alguna de ellas podría haberme atravesado el cráneo como un cuchillo. Cuando me estabilicé, levanté la vista y encontré el cuerpo de Evelyn inmóvil entre las ramas superiores, atrapada en una maraña de madera y cuerdas.

Sus palabras de «si algo me ocurriese» resonaron dentro de mi cabeza con un eco ensordecedor.

—Evelyn, ¿se encuentra bien?

No hubo respuesta. Me asusté. Miré hacia abajo y estimé que no habría más de tres metros hasta el inmenso manto blanco que cubría el suelo. Me balanceé para aferrarme a una rama gruesa que estaba cerca de mí. Una vez estable, volví a gritar, pero ella no respondió. Usé el arnés como medio de comunicación, dando ligeros tirones de la cuerda.

Sin respuesta. Insistí, y en uno de esos intentos, el cuerpo de Evelyn partió una rama y cayó unos centímetros. Dios mío. Debía continuar la misión si a ella le sucedía algo. Borré esa idea de mi mente de inmediato. No lo conseguiría solo.

Logré desprenderme de la mochila tras unos cuantos forcejeos y la dejé caer. Se incrustó más de un metro en la nieve. Por lo menos aquel polvo helado serviría de colchón si nos caíamos. Me quité las

gafas empañadas y también las tiré.

Evelyn seguía sin contestar. Una racha de viento infló la lona del paracaídas y tiró de ella hacia arriba. Escuché el crujir de las ramas al rozar contra su cuerpo. Si el viento arreciaba, podría ensartarla en cualquier momento, pues el paracaídas seguía anclado a ella.

Escuché un ligero gemido. ¡Estaba viva! Conseguí soltar mi arnés y trepé hacia ella. La prioridad era alcanzarla y no mi propia seguridad. El árbol era un abeto de tronco fino del que salían decenas de ramas en forma de enormes radios a diferentes alturas. Ascendí notando cómo la madera helada me laceraba las mejillas y enganchaba el traje.

El paracaídas volvió a desplegarse como una funesta sombra sobre nosotros, pero por fortuna volvió a caer flácido antes de tirar de Evelyn. Al llegar a su altura, me acerqué a ella apoyándome sobre las ramas más fuertes. Aun así, ninguna superaba el grosor de mi muñeca y yo podía caer en cualquier momento.

Empuñé el cuchillo táctico y corté las cuerdas del paracaídas según me iba encontrando con ellas. La lona tiró otra vez con fuerza y casi enderezó bruscamente a Evelyn. Volvió a soltar un grito ahogado. Sus ojos estaban abiertos de pánico. Vi un hilo de sangre correr por su muslo y aferraba con las dos manos una rama a la altura del vientre. ¿La tendría clavada? No aprecié mucha sangre en ese punto.

El paracaídas seguía moviéndose y ella me pedía auxilio con la mirada. Si seguía empujándola, aquella rama acabaría por ensartarla por completo. Seguí avanzando y cortando cordajes con desesperación hasta que el paracaídas se alejó definitivamente de nosotros, arrastrada por una nueva racha de viento.

—Gracias —susurró entre jadeos.

Extendió la mano y me estiré al máximo para poder pasarle el cuchillo. Evelyn apenas podía moverse. Estaba aprisionada por las ramas. Cortó primero la que amenazaba con perforarle el vientre y extrajo un fragmento afilado de madera de unos treinta centímetros, que por suerte no entró en la carne más de dos o tres centímetros. Respiré aliviado. Apenas se veía un poco de sangre en la punta. El

resto de la rama, ahora sin punta, medía más de un metro y me recordó a una enorme lanza apuntando hacia su costado. De no haberlo cortado, el paracaídas poco a poco la hubiese ido arrastrando hasta el tronco central, empujándola contra esa misma rama hasta atravesarle el vientre por completo. Intenté zafarme de aquella imagen.

Retrocedí un poco para estabilizarme. Evelyn cortó la rama que sí se le había clavado profundamente en el muslo, pero esta vez no se la sacó. Serró la madera a un palmo de su pierna lo más cerca de la carne que pudo, dejando que la parte enterrada en el músculo bloqueara la hemorragia a modo de tapón.

Acto seguido, cortó un par de ramas más y dejó caer su mochila y el pesado arnés del paracaídas. Luego avanzó hacia mí. Guardamos silencio para recuperar fuerzas y mantener la concentración. Yo doblé y arranqué como pude pequeños ramajes que se interponían en su camino.

Finalmente, la agarré de la mano y alcanzamos el tronco central. Bajamos poco a poco hasta llegar al punto en el que dejaban de crecer aquellas ramas que estábamos usando como escalera. Quedarían algo menos de dos metros hasta el suelo. El tronco no tendría más de sesenta centímetros de diámetro; Evelyn lo rodeó con los brazos y se dejó caer como si fuese una barra de bomberos. No llegó hasta la base, pero descendió lo suficiente para que el impacto de la caída fuese mínimo. Yo la imité.

El golpe quedó amortiguado por la gruesa capa de nieve. Me incorporé y me acerqué a ella. Estaba sentada, presionandose el muslo por encima de donde tenía la rama clavada.

—Hay que extraerla y aplicar un torniquete —dijo con determinación—. En el lateral de la mochila hay un botiquín.

Lo busqué y se lo tendí. De su interior sacó alcohol, gasas, algodón y una especie de correa. Con el cuchillo se cortó el pantalón por encima de la herida y ella misma se aplicó el torniquete, ajustando la correa con fuerza para cortar el flujo sanguíneo. Acto seguido, vertió un buen chorro de alcohol sobre la carne abierta.

Cerró los ojos, apretó la mandíbula y estiró el cuello, tensando cada músculo de su cuerpo. Emitió un gemido sordo, pero no llegó a gritar. Luego aferró el grueso trozo de madera que tenía incrustado.

—Voy a quitármelo —dijo, mirándome fijamente—. No sé lo profundidad exacta ni si habrá perforada alguna vena. En cuanto me lo quite, deberá aplicar la gasa con el algodón y presionar con todas sus fuerzas. Es posible que pierda el conocimiento.

Dicho y hecho. Lo extrajo con un tirón seco y brutal. Brotó un chorro de sangre y el que casi se desmaya fui yo. Quedé paralizado.

—¡Vamos! —gritó con voz rasgada.

Taponé la herida con los apósitos de algodón y los fijé dando varias vueltas alrededor de la pierna con la gasa, ejerciendo toda la presión que mis manos me permitían. Usé el esparadrapo para sellarlo a modo de vendaje compresivo. Acabé con las manos y el mono térmico manchados de sangre, pero la hemorragia parecía contenida. La estaca de madera mediría unos cuarenta centímetros, y al menos diez se le habían hundido en la carne.

—¿Se encuentra bien? —pregunté asustado.

—Creo que sí.

Me tendió la mano y la ayudé a incorporarse. La sostuve unos segundos. La fui soltando poco a poco y probó a apoyarse, volcando cada vez más peso en la pierna herida. Finalmente dio un paso, y luego otro. Se hundía en la nieve, pero consiguió avanzar. Cogió su mochila y se la cargó a la espalda sin darme tiempo a protestar.

—No ha sido más que un rasguño. He tenido suerte.

¿Un rasguño? Me ofrecí a llevarle la mochila, pero se negó con firmeza. Nos volvió a unir con el arnés para no separarnos en mitad de la ventisca. Sacó la brújula y nos adentramos en aquel bosque infinito y simétrico. Era un suplicio caminar sobre aquel denso manto de nieve, y las posibilidades de encontrar cualquier cosa eran remotas; aunque la nave estuviese justo delante, no la veríamos.

—¿Cómo encontraremos el poblado?

—Mientras caíamos he visto el río al norte. Solo tenemos que

mantener ese rumbo hasta dar con él y luego seguirlo hacia el este. No tiene pérdida.

Menos mal que ella fue capaz de analizar el entorno mientras caíamos. Yo no pude ni abrir los ojos. El plan me parecía razonable. Todavía quedaba algo de luz y el frío, gracias a aquel traje térmico, era soportable. Una hora después alcanzamos el río helado y lo seguimos hacia el este. Noté cómo su cojera empeoraba con cada paso, mientras la venda se teñía cada vez más de un alarmante carmesí.

—Necesito descansar —dije, llevándome la mano al costado para simular falta de aliento. Era por su bien—. ¿Podemos parar un minuto?

Ella me miró y se dejó caer sobre un tronco caído sin rechistar. Aquella docilidad confirmó mis temores. Me senté a su lado y le revisé la herida del vientre y la gasa del muslo.

—Estoy bien.

—Creo que no es grave… —mentí. La herida del vientre era superficial, pero la del muslo era un grifo abierto—. Pero si seguimos a este ritmo, la cosa podría complicarse. Si pierde más sangre en medio de este congelador, no lo contará…

—Estoy bien —repitió, esta vez con un hilo de voz tembloroso, apretando los dientes para disimular el dolor—. Descansaremos cinco minutos y seguiremos.

—Solo si me deja llevar su mochila.

Asintió. Dimos un buen trago de agua y volví a presionar la gasa con más esparadrapo. Había que contener la hemorragia como fuera. Se levantó y me ayudó a ponerme su mochila cruzada sobre el pecho. Era muy incómodo, pero podía continuar.

Pronto empezó a oscurecer y comencé a apreciar inquietantes sonidos de animales camuflados entre el incesante quejido del río helado. Hubo momentos en que nos hundíamos por encima de las rodillas y llegué a pensar que Evelyn no podría dar un paso más, pero lo hizo. Al poco, la densidad de los troncos empezó a clarear,

dando paso a una zona menos espesa.

—No puede faltar mucho —susurró Evelyn, arrastrando las palabras.

Diez minutos después, salimos a un amplio claro en el bosque y, como un espejismo sombrío, ahí estaba el poblado. No habría más de quince casas de madera tosca, sin una sola alma en el exterior y sumidas casi en completa oscuridad.

Innumerables ladridos alertaron a sus habitantes de nuestra presencia. Cada casa parecía tener su propia jauría. Algunas puertas de madera crujieron al abrirse y sus habitantes salieron con candiles en las manos. Dos de ellos se acercaron a nosotros para estudiarnos bajo la luz amarillenta de las llamas. Sus rostros eran duros e impenetrables, curtidos por la escarcha. Dijeron algunas palabras bruscas en ruso, pero no conseguí entender nada. Evelyn les respondió, y de su frase solo alcancé a distinguir el nombre de Sergey.

Señalaron una casa al fondo. Había un hombre en la puerta y a su espalda bailaba la luz anaranjada de una hoguera. Fuimos hasta allí bajo las miradas desconfiadas del resto de aldeanos, que ahora trataban de calmar a sus perros. Todos debían preguntarse qué hacíamos allí y cómo diablos habíamos llegado vivos.

La parcela de la casa del tal Sergey estaba abierta. A la derecha había un gran cercado con una amplia caseta para que los perros pudieran resguardarse. Cuatro de ellos salieron a recibirnos. No ladraron; solo el líder nos mostró sus amenazadores colmillos. Tenían el pelaje mayormente blanco con algunas manchas negras y unos ojos de un azul intenso y glacial, como auténticos lobos de la taiga. Eran salvajes. El hombre permaneció impasible bajo el dintel de la puerta, como una mole de músculo y pieles, hasta que subimos los escalones del porche.

—Sergey —dijo Evelyn con seguridad.

El extraño asintió y se apartó para que pudiésemos pasar. Una vez dentro, cerró la puerta. El interior era cálido y acogedor, impregnado de olor a leña y carne guisada. Una mujer de cabello largo y oscuro

nos estudió con ojos asustados mientras sostenía un bebé en el regazo. El miedo desapareció en cuanto se percató del estado de Evelyn. Dejó al bebé en una cuna de madera y se apresuró a socorrerla.

La ayudó a sentarse en un banco cubierto de pieles y le retiró la parte superior del mono térmico. Estudió las heridas durante un instante y les aplicó tres tipos de ungüentos de olor penetrante antes de taparlas con hojas medicinales. Luego se acercó al hogar y, con un enorme cucharón, nos sirvió dos cuencos del caldo que hervía en una olla sobre el fuego. Sergey seguía inmóvil, como una sombra corpulenta, sin quitarnos la vista de encima.

La mujer me urgió a sentarme frente al fuego. Diferentes pieles de animales alfombraban casi todo el suelo y en las paredes colgaban cuatro escopetas de caza. Evelyn estaba espectralmente pálida y temí que se desmayase en cualquier momento. Por lo menos no parecía perder sangre. Aquel contundente estofado nos reanimó a ambos. Evelyn extrajo el mapa que había marcado en el avión y se lo entregó a Sergey.

El ruso nos atravesó con la mirada a los dos y asintió. Apoyó el mapa sobre la mesa y lo estudió unos segundos con el ceño fruncido antes de decir algo breve y seco que no pude descifrar. Sergey salió de la casa sin más preámbulos y la mujer nos acompañó a una habitación pequeña con una sola cama.

—¿Qué ha dicho? —pregunté con un susurro cuando nos quedamos a solas.

—No hace falta que susurre. No entienden nuestro idioma. Ha dicho que saldremos en tres horas y que la hembra, o sea yo, se queda.

—¿En serio?

—Creo que tiene razón. Sería un estorbo ahí fuera.

Por supuesto que tenía razón. Aun así, no me hacía a la idea de ir yo solo con ese hombre a través de la inmensidad de la taiga en busca de un imposible.

—Debe quedarse y recuperarse —afirmé finalmente, asumiendo mi destino.

—Lo siento, Morgan.

Evelyn volvió a explicarme el funcionamiento de la baliza y repasamos el equipo de supervivencia que portaba en la mochila. Víveres, brújula, bengalas y demás. Incluido el pasaporte falso de un solo uso. Para tranquilizarme, me aseguró que Sergey era un experto y que podía confiar en él.

—¿Por qué nos ayuda? —pregunté.

—Por dinero. Esta gente sin apenas recursos ha sido abandonada a su suerte por el gobierno soviético. Les prometieron fondos y suministros, pero los están dejando morir de frío y hambre. La caza en este inhóspito lugar no es suficiente para alimentar a sus familias. Es muy posible que su hijo, el pequeño Sergey, no pase de este invierno sin nuestra ayuda.

—¿Podemos confiar en él?

—No es la primera vez que trabajamos con él. Conoce la taiga mejor que las cicatrices de sus propias manos y nos ha servido de guía y contrabandista en el pasado. Es discreto y efectivo. Sin él no duraríamos ni una noche en la taiga.

—¿A qué se refiere? ¿Cuánto tiempo estaremos ahí fuera?

—Tienen tres días exactos para encontrar la nave.

¿Tres días? ¿Tres días rodeados de hielo y nieve?

—Al anochecer del tercer día —prosiguió Evelyn—, un tren de carga se detendrá en un punto de la vía que pasa relativamente cerca de aquí. Hay un poste kilométrico oxidado junto a un pino partido por un rayo. Sergey conoce su ubicación. Yo le estaré esperando allí. Todo está preparado para que simulen una avería y nos cuelen. Pero no puede faltar, quizá no pasen más trenes en semanas o meses. El vuelo de vuelta lo tomaremos pocas horas después en un aeropuerto cercano a la última parada.

Enmudecí. El plan, para variar, era una locura.

—¿Estará usted bien?

—No es de mí de quién debes preocuparse —respondió Evelyn—. Ahora necesita descansar un par de horas. Ahí fuera el frío no perdona, Morgan. Y el fracaso tampoco es una opción.

—¿Cómo me comunicaré con él si apenas comprendo su idioma?

—Con gestos o dibujos. De cualquier forma, no es muy hablador.

—De eso ya me he dado cuenta.

Me recosté en aquel lecho de pieles y cerré los ojos. Evelyn permaneció sentada a mi lado. Pensé que la ansiedad me impediría dormir, pero no fue así. La fatiga pudo más y, en cuestión de segundos, me sumí en un sueño profundo.

27

LA BÚSQUEDA

Cuando Evelyn me despertó, tardé unos segundos en ubicarme y separar el sueño de la realidad. Lo cierto era que mi realidad actual estaba más cerca de una pesadilla que de otra cosa. Evelyn seguía velándome, sentada en una silla. Tenía la sensación de haber dormido apenas unos pocos minutos. Bajo sus ojos asomaban unas incipientes ojeras, pero las heridas habían mejorado.

Me ayudó a equiparme. Al salir de la habitación, encontramos la mesa preparada y a la mujer de Sergey frente al fuego. Al percatarse de nuestra presencia, hizo gestos para que tomásemos asiento y nos sirvió algo de comer. Sergey no estaba y el bebé dormía en su cuna. Al terminar de engullir aquellas potentes gachas, la mujer dijo algo amable que no entendí.

—Mi marido le espera fuera —tradujo Evelyn.

Me cargué la mochila a la espalda. Evelyn insistió en que me ajustase las gafas de ventisca antes de salir, y la mujer me cubrió con un gorro de lana y una gruesa piel de animal. Abrí la puerta y una corriente de aire helado inundó la estancia, robándome el aliento.

Aún estaba oscuro. A la luz de una antorcha, distinguí a Sergey preparando un trineo atado a seis de los imponentes Laikas de Siberia que vimos en el cercado al entrar. El más feroz encabezaba la formación y parecía tener prisa por empezar a tirar, tensando las correas de cuero y levantando nubes de vaho con sus ladridos. Nos acercamos.

Sergey estaba cubierto de pieles y llevaba un gorro muy similar al mío. Un rifle de caza le cruzaba la espalda y se movía sobre unas

raquetas de nieve. Encima del trineo había algunos bultos perfectamente ordenados. Sergey añadió mi mochila con un gesto de cansado fatalismo. Sin duda pensó que todos mis bártulos eran un estorbo innecesario. Probablemente tuviese razón. Me señaló un improvisado asiento sobre el trineo, forrado de mantas.

—Le estaré esperando junto a la vía —se despidió Evelyn con un abrazo débil, pero que transmitía una inesperada sinceridad.

Sergey me ayudó a subir al trineo mientras Evelyn nos observaba con una evidente lucha interna por no poder acompañarnos. La servicial mujer del cazador también nos miraba desde el dintel de la puerta. Sergey cogió una antorcha y se acercó a Evelyn. Cruzaron algunas palabras que no entendí. Por el tono de voz grave y los tres dedos que levantó el ruso, acompañados de enérgicas negaciones de cabeza, me dio la impresión de que le advertía de que en tres días era físicamente imposible cubrir semejante terreno. Finalmente, Sergey se colocó al frente de los perros y comenzó a andar. La jauría le siguió.

Cuando volví la cabeza, Evelyn apenas era una silueta oscura levemente iluminada por la luz de la casa. Avanzamos unos metros hasta dejar atrás la pequeña aldea. Sergey apagó la antorcha hundiéndola en la nieve y la oscuridad cayó sobre nosotros como una pesada manta. Apenas distinguía los gigantescos árboles que nos rodeaban. La luna escapó de las nubes y su luz plateada se filtró a través de las ramas, trazando sombras alargadas que rompían la monotonía del lienzo blanco.

El cazador azuzó a los animales y saltó a la parte trasera del trineo, quedándose de pie justo detrás de mí. Apenas había visibilidad, pero los perros y el cazador debían conocer el terreno de memoria; se orientaban y esquivaban los troncos con una precisión casi fantasmal.

Hacía un frío atroz. Me acurruqué como pude bajo la manta de piel que me dio la esposa de Sergey. Me sentía como una pesada e innecesaria carga. No me giré ni una sola vez para evitar encontrarme con la mirada del cazador. Tras tres horas de viaje

ininterrumpido, empezó a clarear y, en algunos puntos, distinguí una vía de tren solitaria que corría a nuestra derecha.

Seguimos otras dos horas más antes de que Sergey detuviese el trineo. Bajé. La nieve era polvo puro, tan espesa que me hundía hasta las rodillas. Sergey sacó tajadas de carne cruda y nieve fundida para los perros, y unas tiras de tasajo seco para él. Yo saqué unas barritas energéticas del ejército y el agua de mi mochila. Comimos en silencio, solo el jadeo de los animales y el crujir de sus mandíbulas al triturar el hielo rompían la quietud.

Al terminar, Sergey me mostró el mapa que había confeccionado Evelyn y con el dedo señaló un punto en el suroeste de la circunferencia, cerca de la supuesta base secreta de misiles soviética. Asentí. Supuse que se refería a que desde ahí empezaríamos la búsqueda activa.

Volví a subir al trineo y, en efecto, comenzamos aquella la imposible búsqueda, pues a nuestro alrededor no había más que una infinidad clónica de árboles y nieve. La destreza de aquel hombre nos permitió avanzar entre ellos sin apenas detenernos. Tardamos casi cuatro horas en invertir el sentido de nuestra marcha, dibujando una gigantesca "U" en el terreno. Un rápido cálculo matemático me dejó helado: con ese patrón de barrido, necesitaríamos más de diez días para cubrir toda la zona.

Todo eso dando por supuesto que no regresásemos a la casa, pues si volvíamos a dormir perderíamos casi siete horas diarias entre las idas y las vueltas. Por fortuna el tiempo no era malo, pero dormir al raso se me antojó una locura. No podíamos comunicarnos, así que me guardé las dudas y seguimos en silencio.

Los perros ya no avanzaban tan rápido; estaban visiblemente agotados. Sergey alternaba entre caminar abriendo huella y subirse a la parte trasera del trineo. El hecho de permanecer sentado y entorpecer la misión me carcomía por dentro, pero sabía que si bajaba no podría seguir el ritmo con aquella nieve tan alta.

Cuando volvió a oscurecer, los perros estaban exhaustos. El trazado de líneas rectas que usábamos para peinar el sector empezó

a desviarse hacia un objetivo claro. Finalmente, llegamos a una especie de caseta casi enterrada por la nieve. Sergey retiró la nieve que cubría la puerta con una pala que sacó del propio del techo de la estructura. Entramos, pero Sergey no tardó en salir de nuevo para atender a los animales, construyéndoles un improvisado parapeto de nieve para cortar el viento.

Yo esperé dentro sin saber muy bien qué hacer. Cuando volvió a entrar, cerró de un portazo y encendió el fuego con un puñado de leña. Sacó algo de comida de una pequeña despensa subterránea congelada y preparó un caldo con algo de carne. Me ofreció un cuenco y, pese a que había pasado todo el trayecto sentado, estaba molido y lo agradecí. El desgaste físico de Sergey y de los perros debía ser extremo.

Cuando terminamos, Sergey desplegó el mapa sobre la mesa y sombreó unos dos centímetros en la parte inferior de la circunferencia de búsqueda. Lo que habíamos explorado no distaba mucho de mis estimaciones y necesitaríamos replicarlo unas nueve veces para cubrir toda el área. Luego, sin mediar palabra, extendió dos pieles en el suelo y se tumbó en una de ellas. Yo no tardé en imitarle y me dormí al instante.

Me encontraba solo en la cabaña cuando desperté. Hacía un frío cortante y mi mochila no estaba. Me asomé por uno de los dos ventanucos y solo había oscuridad. Añadí un par de troncos a las brasas para reavivarlas y tratar de caldear un poco el ambiente. Las llamas casi tocaron un cuenco de líquido oscuro suspendido sobre la chimenea. Eso me tranquilizó.

Sergey no tardó en regresar y sirvió dos tazas. Era un brebaje amargo a base de raíces hervidas y grasa animal que quemaba la garganta, pero reconfortaba el estómago. Cuando salimos de la cabaña, el trineo ya estaba preparado con los perros atados y listos para seguir.

En esta ocasión me negué a sentarme como un fardo sobre el trineo. Sergey torció el gesto, pero acabó dándome unas raquetas de nieve. A una orden del cazador, los perros se pusieron en marcha.

Ambos caminábamos flanqueando el trineo. Estaba muy oscuro e íbamos muy a paso lento; aun así, me costaba horrores mantener el ritmo.

Un par de horas después, acosado por los calambres, tuve que rendirme y hacerle un gesto a Sergey. Con un silbido detuvo a los canes y me ayudó a subir al trineo. Desde ese momento empezamos a ir mucho más rápido. Hiciese lo que hiciese, estaba claro que era un estorbo. Sergey se colocó en la parte trasera y dirigió la marcha.

Tardamos casi cinco horas en hacer el cambio de sentido en nuestro barrido del terreno. A nuestro alrededor no había más que nieve, árboles y oscuridad. En dos pequeños claros, Sergey alzó la vista para escudriñar el cielo. Yo solo distinguí algunas nubes dispersas en la lejanía, pero Sergey torció el gesto.

Hicimos algunas pausas para comer y atender a los animales, pero enseguida retomábamos la misma rutina. Me sentía culpable por haber arrastrado a aquella buena gente a una misión imposible. Los animales estaban exhaustos y Sergey también, aunque se esforzaba por ocultarlo.

Cambiamos otra vez de sentido y seguimos. La noche volvía a caer sobre nosotros y ya no nos daría tiempo a alcanzar el refugio; de eso estaba seguro.

Ahora nos acompañaba una gélida cellisca. La oscuridad se espesaba por momentos. Sergey azuzaba a unos perros que ya no daban más de sí. ¿Dónde pretendía llegar? ¿Podríamos sobrevivir a una noche a la intemperie? No era un experto, pero debíamos de estar a unos veinte o treinta grados bajo cero.

Alcanzamos otra caseta refugio en plena oscuridad. Todavía me pregunto cómo aquel hombre logró dar con ella en tales condiciones. Las dos ventanas estaban rotas y parecía abandonada. Sergey retiró algo de nieve con otra pala escondida y accedió a su interior. Selló las ventanas con unos plásticos gruesos. Había otra trampilla, pero en esta ocasión la despensa subterránea estaba vacía. Sergey volvió a salir para atender a los perros que emitían un débil, pero constante, gemido. Los hacinó en el interior del

destartalado porche para evitar que murieran congelados.

Troceó un bloque de comida congelada que sacó de su mochila y arrancó parte de una viga superior para usarla como leña. La madera del exterior estaría empapada. El frío era intenso y la estancia tardó en empezar a calentarse. Devoramos el caldo con dados de la misma carne que comían los perros, y luego Sergey acercó un leño en llamas para iluminar el mapa que había desplegado sobre la tosca mesa.

Sombreó otro tramo y me atravesó con la mirada. Solo nos quedaba una noche más para recorrer más del triple de terreno del que ya habíamos revisado. Además, marcó con dos equis los refugios de caza que estábamos usando y me dio a entender que ya no había más. Sergey se retiró a una esquina y cayó en un impenetrable mutismo.

Me senté frente al mapa y saqué los dibujos que había hecho en el avión. La serpiente plateada, el silo de misiles, los astronautas muertos, el cuerpo en el altar y el collar. Nada de aquello tenía sentido para mí. Era irracional continuar. Mataríamos a los perros de puro agotamiento y nosotros correríamos la misma suerte.

Sergey se levantó y estudió los bocetos con atención. Se detuvo en la hoja con el collar y me interrogó con la mirada. Yo me encogí de hombros. Luego dijo algo que no logré comprender. Lo repitió más despacio, pero seguí sin entender ni una palabra. Finalmente, acabó por dibujar el símbolo del collar en el mapa, no muy lejos de nuestra posición actual. Aquel dibujo significaba algo para él.

También estudió el resto de los dibujos en silencio. Trazó una línea desde donde nos encontrábamos hasta la posición del collar. Todo apuntaba a que esa sería nuestra nueva ruta para mañana. Calculé que no nos llevaría más de tres horas completar el trayecto. Eso me tranquilizó un poco.

Nos preparamos para dormir. Yo me acurruqué en una esquina mientras Sergey siguió astillando las vigas para obtener la dosis de leña exacta para soportar la noche sin que el tejado se nos viniera abajo.

28

LA TRIBU

Me despertó un estruendo y miré a mi alrededor sobresaltado. Las llamas seguían caldeando la estancia con su hipnótica danza. Sergey estaba levantado y, al notar mi inquietud, señaló al cielo, pero los plásticos de la ventana me impidieron ver el exterior con claridad. Al poco regresó el estruendo y no me hizo falta salir para reconocer que eran helicópteros. El zumbido rítmico de los rotores confirmaba que los militares soviéticos también buscaban la nave espacial cerca de nuestra posición.

Los preparativos fueron un calco del día anterior y en pocos minutos nos pusimos en marcha. Aguanté sesenta minutos a pie, hundiéndome en la nieve, antes de rendirme y volver a cargar mi peso sobre los perros. Noventa minutos después seguíamos sin modificar el rumbo, así que di por hecho que nos dirigíamos al misterioso emplazamiento que Sergey había marcado en el mapa. No volvimos a oír rastro de los helicópteros.

Tras un último tramo de marcha agónica, llegamos a un extraño asentamiento de chozas en forma de cono, construidas con largos troncos y cubiertas de gruesas pieles de animal. Nos recibieron un puñado de niños curiosos que no tardaron en acercarse a Sergey. Debían conocerse, porque conmigo mantuvieron las distancias. Sergey les entregó algunos terrones de azúcar y figuras de madera, desatando la algarabía general.

Algunos aldeanos salieron de sus chozas. Una mujer de baja estatura y cabello largo y negro como el azabache se acercó y, tras cruzar unas palabras con el cazador, se hizo cargo de los perros. Más gente se asomó y Sergey los fue saludando con una respetuosa inclinación de cabeza. A paso firme, nos abrimos camino hacia una

gran choza central que se erigía como el corazón del asentamiento.

En la puerta nos esperaba una anciana seca como un sarmiento, con la piel curtida y surcada de profundas arrugas. Vestía con prendas de colores vivos y llevaba el rostro completamente pintado. Me miró con dureza. Sergey la saludó y ella le correspondió con cierta frialdad. No se apartó de la entrada, forzando una situación incómoda. Para mi alivio, el jefe de la tribu salió al momento y la vieja se apartó.

El líder estrechó a Sergey en un abrazo amistoso y luego el cazador me presentó en un dialecto que no conocía. El jefe me plantó una mano callosa en el pecho durante unos segundos y luego hizo un casi imperceptible asentimiento. Entró en la cabaña y nosotros le seguimos.

El ambiente era espeso, una nube de humo con olor a resina de pino y grasa animal lo envolvía todo. Tuve que parpadear varias veces para alejar el picor en mis ojos y lograr enfocar. La decoración se limitaba a alfombras de piel y extraños amuletos colgando del techo. El líder se desprendió de su abrigo de pieles, y entonces todo cobró sentido para mí: sobre su pecho desnudo descansaba un gran collar idéntico al de mi dibujo. La vieja de la entrada se posicionó en el centro y el jefe se acomodó a su lado. Sergey se sentó frente a ellos y yo le imité, cerrando un pequeño círculo.

La vieja extrajo con un cucharón de madera un mejunje de un cuenco de piedra y nos lo ofreció. Yo dudé, pero Sergey dio un sorbo y acabé por resignarme. Mantuve la compostura, pero el líquido oscuro me quemó la garganta como lava fundida. El jefe volvió a asentir y levantó los brazos. Sergey me hizo un gesto que no comprendí.

—Dibujos —dijo Sergey, extendiendo su mano hacia mí, con un acento ruso muy cerrado.

La vieja y el jefe seguían nuestros movimientos con atención. Extraje los dibujos que llevaba resguardados bajo el ropaje. Sergey me los arrebató impaciente y se los entregó al jefe. Los estudió con interés. Señaló el collar con una sonrisa y se lo entregó a la anciana.

Ella miró el dibujo y luego me miró a mí. Estaba claro que desconfiaba. La chamana ojeó el resto de papeles, dejándolos caer al suelo uno a uno después de mirarlos.

Al clavar la vista en el dibujo del cuerpo sobre el altar, la anciana emitió un siseo seguido de un espasmo visceral. Empezó a negar con la cabeza con los ojos en blanco, murmurando una letanía ininteligible. Sergey, tratando de encauzar la situación, le entregó al jefe el dibujo de la nave siniestrada en medio de la taiga. El líder lo cogió sin perder de vista a la chamana. Al cesar las convulsiones de la mujer, el jefe escrutó el dibujo con detalle y luego señaló hacia el techo. Sergey asintió.

Nos enfundamos las gruesas pieles de nuevo y salimos a la parte trasera de la cabaña. La anciana nos siguió, recelosa y guardando la distancia. El jefe alzó un bastón, apuntó a la constelación de Orión y trazó en el aire la caída de un objeto más allá de la línea de árboles. Sergey desplegó el mapa ante él. El jefe lo estudió durante unos instantes antes de hacer una marca con un trozo de carbón.

La anciana trató de arrebatárselo sin éxito. El jefe extendió la mano para reclamar el dibujo del altar que ella aún aferraba; la chamana se negó y amagó con esconderlo bajo sus ropajes, pero acabó cediendo. El jefe le echó un vistazo rápido y se lo devolvió a Sergey. Acto seguido, caminó hasta otra de las cabañas y, a un gesto suyo, un par de aldeanos se acercaron con premura.

Les dijo unas palabras autoritarias y se marcharon con premura. Regresaron al cabo de unos instantes con mochilas y cuatro pares de esquís de madera, forrados por debajo con piel de animal. El cazador señaló a los perros atados a nuestro trineo y el jefe le respondió con firmeza golpeándose el pecho con la palma de la mano derecha. Quedaba claro que él se haría cargo de ellos. Nos entregaron unos esquís y una de las mochilas, y ellos se calzaron los suyos.

—Nosotros seguir. Ellos saber ruta —gruñó Sergey en su tosco inglés, calzándose los esquís al verme dudar.

Sergey me ayudó encajarme aquellas tablas a las botas y me

cargué a la espalda la mochila prestada. Al estar listos, el jefe apoyó ambas manos sobre los hombros de Sergey, pronunció unas palabras solemnes e inclinó la cabeza. Los dos guías empezaron a avanzar en fila india. Sergey se colocó detrás de mí.

—No creo que pueda aguantar el ritmo —confesé, sintiendo el peso de mi propia inutilidad en un entorno que parecía diseñado para aplastarme.

Sergey captó mi frustración. Me miró a los ojos, señaló al frente con su grueso guante y luego trazó un arco muy corto en el cielo para indicarme que el destino estaba cerca. Aquel gesto me dio un ligero respiro.

—Necesito mi mochila —dije de pronto, al recordar que necesitaba la baliza.

Sergey me empujó suavemente para que avanzara y yo me impulsé con los bastones para seguir el rastro de nuestros dos guías, que ya se estaban alejando. Al girar la cabeza, vi que Sergey se había desviado en dirección a nuestro trineo. Me sentí torpe e impotente. Apreté con fuerza los bastones para intentar ganar velocidad, pero me vi obligado a caminar a trompicones los primeros metros en los que la pendiente, aunque mínima, iba en mi contra y los esquís resbalaban.

El cazador no tardó en regresar con mi mochila y me la cambió por la que llevaba puesta. Se quedó a mi espalda y me empujó hacia adelante hasta que el terreno se niveló. Solo entonces gané cierta velocidad y recortamos terreno a nuestros guías.

El eco de los rotores volvió a sobrevolarnos. Algo lejanos, por fortuna. El viento se levantó y empezó a ulular entre los árboles a nuestro alrededor. Una densa ventisca cayó sobre nosotros, reduciendo la visibilidad a apenas un par de metros. El sonido de los helicópteros desapareció engullido por la tormenta, pero nosotros seguimos adelante. Los guías se paraban a esperarme cada pocos metros y recé para que supieran lo estaban haciendo.

Mis plegarias debieron de ser escuchadas. Un par de horas después, la ventisca empezó a disiparse y alcanzamos un claro

artificial, provocado por el impacto de la colisión. Me levanté las gafas de nieve y quedé atónito al ver la similitud de la escena que se abría ante mí con la del dibujo. Árboles quebrados, tierra removida, troncos chamuscados y una pesada sonda esférica de metal oscurecido, semienterrada en el centro. Un cosmonauta, embutido en un aparatoso traje espacial, yacía inerte sobre la nieve, pero faltaba el compañero que aparecía en el boceto.

Impresionante. Aquellos nómadas nos habían guiado hasta el objetivo en medio del temporal. Era evidente que ya habían estado allí; debieron de descubrirlo cuando impactó. Las nubes ocultaron la escasa luz restante y el viento volvió a rugir de forma amenazante. Los guías estaban inquietos y Sergey me apremió con gestos bruscos para que no me demorase. Querían regresar al poblado cuanto antes, y yo también.

Me separé unos metros, busqué un viejo pino y oculté la baliza de radiofrecuencia en un profundo hueco de su corteza, lo bastante alta para evitar que las patrullas soviéticas la encontrasen si llegaban al lugar antes que los nuestros. La activé tal y como me indicó Evelyn y un piloto rojo empezó a latir en la sombra del tronco.

Iniciamos la vuelta y el tiempo fue empeorando. Oscuridad, nieve afilada y viento racheado. Necesité todavía más ayuda por parte de Sergey para no quedarme atrás. La parte positiva era que los helicópteros no podrían retomar la búsqueda hasta el próximo día.

Finalmente alcanzamos el poblado. Allí nos prepararon un reparador baño en enormes jofainas repletas de agua caliente dentro de una tienda algo más grande donde el denso vaho lo cubría todo, como en una sauna rusa tradicional. Luego nos sirvieron algo de comer en una choza preparada exclusivamente para nosotros. No logré identificar los ingredientes, posiblemente un denso estofado de reno con raíces, pero me supo a gloria. Estaba exhausto y hambriento. No tardé en quedarme dormido sobre un lecho de pieles.

Sergey me despertó de madrugada. Me dolía cada músculo del cuerpo. Fuera todavía reinaba la oscuridad. El trineo estaba cargado,

con los perros atados y listos para emprender el largo camino de vuelta. Un grupo de nómadas aguardaba cerca; entre ellos se encontraban el jefe y la vieja chamana, esta última sosteniendo lo que parecía una tétrica muñeca de trapo artesanal. El líder se aproximó a Sergey y le apoyó las dos manos sobre sus hombros a modo de despedida. Luego me miró y se llevó el puño al pecho. Le imité, dando por hecho que aquella era su ancestral forma de despedirse. Sergey se afianzó de pie sobre los patines traseros del trineo.

—Es posible que hubiese un segundo cosmonauta. Quizá ellos sepan dónde está… —dije en voz alta, aun sabiendo que Sergey no me comprendería.

La vieja dio un paso al frente y clavó con violencia su cara frente a la mía. Tensé los músculos, esperando el golpe, pero se detuvo a escasos centímetros. Sus ojos oscuros, velados por las cataratas, me atravesaron. Puso sus manos nudosas en mis mejillas y las deslizó hasta mis labios. Me los apretó con fuerza y luego se las llevó a sus propios labios, como si me robara el aliento o me obligara a guardar silencio. Después dejó la muñeca sobre el trineo y le dijo algo que no entendí a Sergey. El cazador me hizo un gesto para que subiese al trineo y le obedecí. No podía tentar más la suerte; seguramente lo del segundo cosmonauta fuera solo un delirio del dibujante psíquico, un ruido mental sin importancia. Ya teníamos lo que habíamos venido a buscar.

El trineo dio un tirón brusco. Al volver la vista, el jefe y la chamana se erguían inmóviles junto al fuego, como estatuas de hielo custodiando su territorio. Un par de niños corrieron tras nosotros durante los primeros metros, riendo en la oscuridad, hasta que la velocidad de los laikas los dejó atrás.

El tiempo no acompañaba, pero los perros estaban descansados y Sergey sabía manejarse. Íbamos realmente rápido pese a estar rodeados por aquella densa oscuridad. Yo permanecí sentado, asumiendo que era la única forma de no estorbar. El viaje se convirtió en una tortura de resistencia pasiva. Fueron más de siete

horas ininterrumpidas cruzando la negrura de la taiga, arrullados únicamente por el siseo de los patines sobre la nieve y el jadeo rítmico de los perros. El viento cortaba como una navaja y el frío me entumecía hasta hacerme perder la sensibilidad en los dedos de las manos y los pies, pero Sergey no detuvo el trineo ni una sola vez.

Llegamos al solitario poste kilométrico oxidado y al pino partido junto a la vía del tren, descritos por Evelyn, poco antes de la hora acordada. Inspiré aliviado. Estaba convencido de que no lo íbamos a conseguir.

Pero Evelyn no estaba. Sergey esperó en silencio junto a mí hasta rebasar en quince minutos de la hora convenida. Cuando fue evidente que ningún tren iba a parar allí, me indicó con señas que volviese con él. Me negué rotundamente. Era mi única oportunidad de salir de aquel infierno.

Sergey negaba con la cabeza, pero no insistió. Chasqueó la lengua a sus perros y se marchó, engullido por el bosque.

Pasaron los minutos y ni Evelyn ni el tren hicieron acto de presencia. Con las extremidades entumecidas por el hielo, me obligué a dar un paseo paralelo a las vías. Necesitaba moverme. Pronto la oscuridad sería total y la temperatura se desplomaría por debajo de los límites de la supervivencia. Debí haberle hecho caso a Sergey. Allí no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

Asumí que me habían abandonado. La misión se había completado con éxito y yo no importaba en absoluto. Ahora era prescindible para la PES y para la CIA. Fui perdiendo la sensibilidad en manos y piernas. La oscuridad era ya casi total y acabé acurrucado junto al tronco del pino, preparado para aceptar mi funesto destino. Los párpados cada vez me pesaban más y un temblor espasmódico e incontenible se había apoderado de mí.

De pronto, el kit de bengalas de mi mochila cruzó mi mente. Preparé una con mis torpes dedos, que apenas obedecían, y disparé. El cegador resplandor rojizo iluminó el cielo nocturno y me arrepentí al instante. Aquello podría alertar a nuestro equipo de rescate, sí, pero con casi total seguridad caería antes sobre mí una patrulla de

los militares soviéticos.

29

EL OSO

Abrí los ojos en casa de Sergey, envuelto en pesadas mantas junto al fuego. Las ropas secas y la calidez del hogar me hicieron dudar de si realmente estaba despierto o si había muerto congelado junto a las vías. Su mujer, al verme reaccionar, sonrió y aprovechó para llevarme a los labios una cucharada de caldo hirviendo. Me abrasaba por dentro según lo tragaba, pero aquel fuego reparador me devolvió la vida.

Los llantos del bebé distrajeron su atención por un momento. Me incorporé como pude y pregunté por mi compañera. Ambos se volvieron hacia mí. Debieron de entenderme, porque la mujer negó con la cabeza con expresión sombría. Mi mochila descansaba en un rincón. El pasaporte todavía estaba dentro, y ahora también había un billete de avión. Le pedí un mapa al cazador, pero no me entendía. Repetí su gesto de dibujar un cuadrado en el aire. Asintió y desplegó el mapa sobre la mesa. Señalé la vía de tren y la seguí con el dedo hasta el supuesto lugar donde debía llevarnos.

—Tren, tren —repetí.

Sergey negó con la cabeza.

—No tren —respondió.

Me sentí traicionado e impotente. Tenía ganas de llorar como un niño. Les supliqué que me ayudasen sacando dinero y objetos de valor de la mochila para ofrecérselos. Era un acto a la desesperada. En mi mentalidad occidental, el dinero lo compraba todo, pero allí, en el fin del mundo, los billetes verdes no daban calor ni alimentaban. Era inviable recorrer en trineo un tramo tan largo, y menos arrastrando un peso muerto como yo, pero ¿qué otra cosa

podía hacer?

Me devolvieron las cosas con una mirada dura y cargada de un orgullo ancestral. Quizá les insulté al intentar comprar su ayuda. Estaba perdido, atrapado allí para siempre. Hablaron entre ellos con susurros ásperos. Sergey resopló, contrariado por la situación y, sin mediar palabra, salió de la cabaña. Empezó a preparar el trineo mientras su mujer empaquetaba víveres y pieles. ¿Realmente iba a llevarme?

Poco después nos pusimos en marcha. No contestaron a mis preguntas, así que lo único que pude hacer fue confiar en aquella gente sencilla y noble. Nos dirigimos al sur. El tiempo acompañaba y los perros corrían a buen ritmo. Sabía que no era la dirección correcta, pero cualquier destino era mejor que quedarse atrapado en aquella remota y gélida aldea.

Cuatro horas después dejamos atrás la espesura del bosque y bordeamos un inmenso lago helado, una llanura blanca que cegaba bajo el sol de la mañana. En el extremo oeste había una choza destartalada cerca de la orilla y, descansando sobre el agua congelada, una avioneta con patines. Suspiré aliviado y sentí un profundo agradecimiento hacia Sergey y su mujer.

Al alcanzar la choza, mi estado de ánimo se congeló. Aquella avioneta parecía una reliquia de la Segunda Guerra Mundial reparada a la desesperada. Tenía el fuselaje de metal corrugado repleto de abolladuras, y la luz se colaba por los agujeros de las chapas. El morro estaba ennegrecido de hollín y aceite congelado, y los patines parecían poco más que viejos pontones amarrados con cuerdas y malas soldaduras a la panza del aparato. ¿Realmente podría volar semejante chatarra?

Mientras Sergey atendía a los canes, de la cabaña salió un tipo bastante peculiar. Tenía una barba tupida y salvaje que le cubría la mayor parte de la cara, a excepción de unos ojillos oscuros y una nariz roja y bulbosa, un mapa de venas rotas que delataba su afición a la botella. Llevaba poca ropa para el frío que hacía y su gran barriga peluda asomaba por debajo de una mugrienta camiseta

térmica de tirantes.

Fue directo a Sergey y lo estrujó con un largo abrazo de oso. Luego se acercó a mí, me estudió unos segundos con curiosidad, y me atrapó en un abrazo que me aplastó las costillas y me envolvió de un fuerte olor a sudor rancio y alcohol. Nos hizo un gesto para seguirlo. Avanzó con un caminar torpe y bamboleante, subiéndose los pantalones y tirando de la camiseta a cada paso.

La cabaña era un almacén clandestino de los horrores. Apenas quedaba un hueco libre para la lumbre, la mesa y el camastro; todo lo demás era mercancía de contrabando. Montañas de pieles de pelo grueso y brillante apiladas y colgadas, cajas y más cajas de licor, casi todas vacías, y jaulas atestadas de animales salvajes, desde zorros hasta martas cibelinas, que se removían y chillaban aterrados ante nuestra presencia.

El Oso nos indicó que nos sentáramos a la destartalada mesa. Como solo había una silla, nos tiró un par de cajas de munición vacías para que pudiéramos acomodarnos. Acto seguido, plantó tres vasos pequeños sobre la tabla y desenterró la última botella llena de la caja más cercana. Nos sirvió un líquido transparente y denso, alzó su vaso a modo de brindis y lo vació de un solo trago. Nosotros hicimos lo propio.

Mis entrañas ardieron como si hubiera ingerido combustible de aviación. Tosí hasta que se me saltaron las lágrimas. El gigantón estalló en carcajadas y me palmeó con fuerza la espalda. Se dispuso a servir otra ronda, pero Sergey lo frenó levantando la mano. Solté un suspiro de alivio; no pensaba tomar ni una gota más de aquel veneno. El Oso torció el morro, contrariado, aferrando la botella con la frustración de quien está acostumbrado a no dejar ni los posos.

Sergey desplegó el mapa sobre la mesa y señaló un punto. El piloto acercó la cabeza y extrajo un aparatoso monóculo de relojero que sujetó haciendo presión entre el pómulo y la ceja. Su diminuto ojo ahora era enorme y escrutador. Estudió el mapa mesándose la barba con una mano y recorriendo el papel con la otra, como acariciándolo. Buscaba lugares conocidos para situarse.

Al rato, señaló un punto cercano al destino marcado por Sergey y nos interrogó mirándonos con aquel enorme ojo. Sergey asintió. El Oso soltó una carcajada con un fuerte olor a alcohol y dejó caer el monóculo aflojando la presión facial. Lo atrapó al vuelo con una agilidad sorprendente para sus manos regordetas.

Cruzaron unas palabras y salieron a la nieve. Sergey empezó a descargar el trineo y a entregarle fardos. El hombre los examinaba, asentía y hacía un gesto para que siguiera. Aquello era el precio del viaje. Lo que al principio me parecieron víveres para nuestro largo viaje era en realidad la moneda de cambio para aquel tipo, que solo podía ser un traficante de pieles, animales exóticos, alcohol o armas… O quizá de las cuatro cosas a la vez.

Después de entregarle casi todo, el Oso me miró fijamente y luego bajó los ojos hasta mi reloj de pulsera occidental. Instintivamente lo oculté bajo la manga, pero ya era demasiado tarde. Al ver el duro rostro de Sergey, me apresuré a entregárselo a aquel hombre. Nueva carcajada y nueva palmada en la espalda que casi me hace caer de bruces en la nieve. Luego me tendió la mano y se la estreché. Asumí que acabábamos de comprar mi pasaje, pero no fue así. No del todo.

Volvimos a entrar y esta vez sí me tocó vaciar de un trago la nueva ronda que había servido para cerrar el trato. Conseguí aguantar la tos, pero no las arcadas, que despertaron nuevas risas en aquel extraño individuo.

Una vez terminado el ritual, agarró una jaula que contenía un animal parecido a una ardilla gigante y nerviosa y me la entregó. Mi cara debió de ser un poema. Yo no tenía intención de comprar nada, y mucho menos un animal vivo. Volvió a reírse y me señaló la puerta. Sergey y el Oso cogieron un par de jaulas más cada uno y salieron. Los seguí hasta la avioneta, si es que se le podía llamar así.

Pasamos la siguiente hora cargando el pequeño habitáculo de todo tipo de cosas. Pieles, botellas de alcohol clandestino, jaulas, animales disecados y vivos, y algunas cajas pesadas de madera que bien podrían contener reliquias de la Guerra para el mercado negro.

Aprovecharon el espacio de tal forma que, a menos que la chatarra volase en piloto automático, difícilmente quedaría hueco para un piloto de carne y hueso.

El piloto se despidió de Sergey con un nuevo abrazo de oso. El cazador ni despegó los brazos del cuerpo; solo inclinó la cabeza cuando logró zafarse del estrujón. Acto seguido, Sergey se plantó delante de mí y se llevó el puño al pecho, de forma similar al jefe de la tribu. Le imité, replicando el saludo tradicional para decir adiós en aquellas tierras de hielo. Sentí un vacío helado en el pecho ante la idea de quedarme a solas con el contrabandista, mientras Sergey desaparecía rápidamente con el trineo en la inmensidad nevada. El Oso mantuvo la mano alzada a modo de despedida, pero Sergey no se giró ni una sola vez.

El tipo entró a la cabaña y salió con mis cosas y otro viejo petate de lona. Me los entregó, abrió la puerta de la cabina y me hizo señas para que subiera.

Me asomé con cautela. El interior era un caos de cachivaches en equilibrio precario; resultaba un milagro que nada se viniera abajo. Para entrar tuve que hacer malabares. Era tremendamente incómodo y por mucho que empujé la carga no conseguí alcanzar el asiento del copiloto y acabé sentado sobre una jaula de madera que crujía bajo mi peso.

El Oso subió con una agilidad pasmosa para su corpulencia y se empotró en el asiento del piloto, estrechando todavía más mi espacio vital. Cerró de un portazo, me miró satisfecho y me hizo una pregunta incomprensible. Supuse que me preguntaba si estaba listo. Asentí en silencio. Él me propinó otra palmada en la espalda, giró la llave de contacto y, sin revisar un solo indicador de aquella carraca volante, aceleró a fondo.

Tomamos velocidad por aquel precioso lago helado. Necesitó tres intentos para conseguir despegar los patines del hielo y casi un milagro para pasar por encima de las copas de los primeros pinos que flanqueaban la orilla. Me tapé los ojos con las manos y tuve que soportar nuevas risotadas del piloto.

Al mirar hacia abajo, podía ver el paisaje a través de varias grietas abiertas entre mis propios pies. Los animales chillaban y el avión daba bandazos como si fuésemos en un coche por un terreno repleto de baches. El aire se colaba por todas partes, generando un molesto silbido continuo que amenazaba con reventarme los tímpanos. Pero, por lo menos, volaba. Incluso llegué a sonreír.

Una vez estabilizados, el Oso me hizo un gesto para que sujetase los mandos de la avioneta. Le interrogué con la mirada, dudando de si se trataba de una broma. Obtuve la respuesta cuando los soltó y se giró para revolver entre las cosas que había a su espalda. Agarré el volante por un lateral con la mano izquierda, con absoluta firmeza. Cada vez que el corpulento contrabandista se movía, el centro de gravedad variaba y la avioneta se desestabilizaba.

Siguió rebuscando entre la carga, provocando más quejas de los animales vivos, hasta que volvió a girarse con una botella sin etiqueta en la mano y una sonrisa boba en el rostro.

—*¡Samogon, samogon!* —exclamó un par de veces, sacudiendo el recipiente para mostrarme un líquido turbio que debía ser algún tipo de aguardiente casero.

La destapó con los dientes y escupió el tapón de corcho, dejando claro que no tenía intención de guardar nada para después. Le dio un largo trago antes de pasármela y retomar los mandos. Pero en lugar de mirar hacia delante, me clavó la mirada hasta que probé un pequeño sorbo. Solo entonces sonrió complacido.

Los siguientes minutos se resumieron en una peligrosa rutina: un largo trago suyo y un pequeño sorbo mío hasta que vaciamos con la botella. Luego empezó a señalar por la ventanilla y a hablarme animadamente, sin importarle que no le entendiera una palabra. A menudo descendía hasta casi rozar los árboles solo para señalarme diferentes accidentes geográficos. Yo me limitaba a asentir e intentar forzar una sonrisa de tanto en tanto.

Buscó una segunda botella. Misma operación y, al terminarla, empezó a cantar a pleno pulmón la misma canción una y otra vez, acompañando el estribillo con carcajadas y palmadas en mi espalda.

Yo seguí asintiendo y riendo. ¿Qué más podía hacer? La enésima vez que empezó la canción, se detuvo al terminar la primera frase y me miró fijamente. Quería que le imitase. Y eso intenté.

Lo cierto es que el poco alcohol ingerido empezaba a quitarme el frío y a animarme. Saber que nos alejábamos de aquella tierra helada cada vez un poco más también hizo su efecto. Acabamos cantando a toda voz aquella pegadiza melodía. Parecía un himno o algo similar. En ocasiones se tocaba el pecho y yo le imitaba, aullando sobre el ensordecedor rugido del motor.

Finalmente aterrizamos en otro gran lago que rompía la extensa arboleda. Tras el primer impacto de los patines, la avioneta rebotó bruscamente y yo me estampé contra el cristal. Todo se movió, pero como no había espacio, la carga se mantuvo más o menos en su sitio. Hasta los animales se enmudecieron, supongo que intuyendo el peligro. Necesitamos tres rebotes más antes de que los patines se deslizaran suavemente sobre el hielo.

Soltamos el aire a la vez, aliviados. Y digo a la vez porque, por un instante, el rostro del Oso se había tensado con una seriedad extrema, algo que habría resultado aterrador de no ser por su cómica nariz roja. Pero el susto duró poco; su semblante se transformó en una mueca de triunfo, rubricada con la consiguiente palmada en mi espalda y una carcajada.

Nos detuvimos en un extremo del lago. Allí no había cabaña ni nada parecido. Al saltar a la nieve, un espeso muro de árboles nos dio la bienvenida. ¿Qué pensaba hacer con toda esa mercancía en medio de la nada? Por lo menos las temperaturas se habían dado una tregua.

Lo seguí hasta el bosque y, a pocos metros, destapó un viejo vehículo militar perfectamente camuflado entre los árboles. Retiró la lona y limpió los restos de ramas y nieve. Regresó a la avioneta y volvió con una lata de combustible. Llenó el depósito y al quinto intento el motor rugió. Al décimo, consiguió mantenerse encendido. Lo acercó marcha atrás hasta la avioneta.

Cargamos toda la mercancía en la parte trasera. Pude sentarme en

el asiento del copiloto con cierta comodidad; comparado con la avioneta aquello parecía un palacio. Avanzamos a través del interminable bosque de pinos. Tuvimos que subir las ventanillas para protegernos de las peligrosas ramas que azotaban la chapa como latigazos. El grandullón conducía concentrado pero feliz. De vez en cuando me miraba y me guiñaba un ojo par indicarme que todo marchaba sobre ruedas.

Cuando circulábamos por un tramo menos denso, me señaló la parte trasera. No hizo falta que lo hiciera una segunda vez. Alcancé otra de aquellas botellas sin etiqueta y, tras pelear con el tapón de corcho, se la ofrecí. Me cruzó la espalda con otra palmada antes de agarrarla, haciendo que se derramara parte del líquido. No le importó lo más mínimo. Le dio un trago profundo y me la devolvió. Esta vez le di un sorbo más largo. Aquel potente mejunje ya no me sabía tan mal. De hecho, hasta empezaba a caerme bien aquel grandullón.

Fue entonces cuando se golpeó el pecho con la palma de su manaza.

—Oleg —bramó.

Me quedé mirándolo, todavía sosteniendo la botella. Él volvió a golpearse el pecho, aún más fuerte.

—Oleg.

—Oleg —repetí.

Una sonrisa inmensa le partió la barba en dos y me soltó otro formidable manotazo en el hombro. Capté la indirecta al vuelo y me señalé a mí mismo.

—Morgan.

—¡*Morgán*! —exclamó con un marcado acento ruso, feliz por haber roto aquella barrera invisible entre los dos.

Con los nombres sobre la mesa, bebimos y cantamos durante un par de horas hasta alcanzar por fin los márgenes de la civilización. Caminos de tierra y casuchas aisladas empezaron a desfilar por la ventanilla. Solo entonces rebusqué en mi petate, saqué el mapa y le

hice señas para que comprobara la hora en mi reloj, el que ahora brillaba en su muñeca. El Oso se echó a reír y giró el brazo para enseñármelo. El tiempo se agotaba y no seguía sin tener ni idea de dónde me encontraba. Le planté el mapa delante y le marqué nuestro destino. Asintió, seguro de sí mismo, y me propinó una nueva palmada en la espalda.

Poco después, abandonamos la carretera principal y frenamos en una aldea de apenas media docena de cabañas. Oleg bajó y abrió la caja del camión. Sacó varios fardos de pieles, una jaula y una caja de licor. Le ayudé a cargar con el género hasta una de las casas. Nos abrió un tipo de mediana edad que nos miró con desconfianza al reparar en mi presencia. Oleg me presentó con efusividad. Apilamos la mercancía en el porche, el grandullón cogió el dinero y nos largamos de vuelta al camión.

Aquello me inquietó, había demasiada mercancía por repartir y el tiempo corría en mi contra. Volví a señalarle el mapa y Oleg se limitó a asentir y a palmear mi espalda.

—No hay problema —chapurreó en mi idioma.

Me interrogó con la mirada, buscando mi aprobación. Al levantar el pulgar, se puso contento y lo repitió varias veces, feliz con su nuevo vocabulario.

Seguimos haciendo escalas y él siguió contestándome un «no hay problema» cada vez que le señalaba el mapa y el que ahora era su reloj. Cuando quedaban menos de dos horas para lo convenido con Evelyn, alcanzamos una carretera de asfalto. Para entonces, solo quedaba en la parte trasera la mitad de la carga, la menos comprometida.

Le insistí con el mapa y el reloj, pero él repitió su «no hay problema». Empezó a cantar la misma canción de la avioneta y esperó a que me uniera, cosa que acabé haciendo.

Por increíble que pareciera, llegamos al aeropuerto una hora antes del tiempo límite. Era un milagro. Lo habíamos conseguido. Sergey y aquel grandullón alegre y borrachín me habían salvado de una muerte segura.

Le regalé el mono de nieve y casi todo el contenido de la mochila. Ya no me servían para nada. No pensaba volver jamás a un lugar tan extremo. Me lo agradeció efusivamente. Me envolvió en uno de sus habituales abrazos de oso, estrujándome los huesos. Yo le correspondí con todas mis fuerzas, aunque era difícil abarcar semejante envergadura con solo dos brazos.

Nos despedimos cantando aquella canción una última vez, con su aliento a alcohol puro golpeándome el rostro. Un par de lágrimas asomaron en el rabillo de los ojos de aquel hombre antes de perderse entre su tupida barba.

30

VIRGINIA

Quedaban poco más de cincuenta minutos para la salida del avión. Hacía frío, pero el sudor me empapaba la espalda y las manos. Caminé con la cabeza gacha y accedí sin complicaciones al interior del aeropuerto. No había mucha gente, pero el peso de todas las miradas se me clavaba en la nuca.

Me moví con decisión, pese a que no tenía ni la más mínima idea de adónde dirigirme. No entendía prácticamente nada de los carteles en cirílico. Me detuve frente a dos grandes paneles mecánicos que mostraban vuelos y horas. No encontré el código del mío. No sabía si estaba mirando las salidas o las llegadas. Cada vez que me cruzaba con personal del aeropuerto o con militares soviéticos, una punzada de pánico me atravesaba el pecho.

Mi aspecto desaliñado y mi vestimenta, deteriorada por las andanzas en la taiga, me hacían destacar como una mancha de barro en un lienzo inmaculado. Además, temía encontrarme con Vasili apoyado en alguna esquina, jugando con su mondadientes o con su pelotita de goma. El reloj no daba tregua. En el tercer panel, al fin, localicé el código de mi billete. Tragué saliva y me dirigí al control de acceso con el pasaporte y el billete en la mano. No llevaba equipaje. En realidad, no tenía nada más en los bolsillos que unas pocas monedas soviéticas que me había dado el contrabandista en un último arrebato de generosidad etílica.

El guardia revisó el billete y el pasaporte. Me obligué a sostener su mirada de hielo mientras comprobaba los datos. Finalmente, asintió y me permitió pasar. Quedaban pocos minutos para el embarque y las llamadas ininteligibles de la megafonía me crispaban los nervios. No me resultó difícil encontrar la puerta.

Había quince personas esperando sentadas y una de ellas era Evelyn. Sentí furia y alivio a partes iguales. Tenía una posibilidad real de salir de allí. Estaba algo apartada y, aunque se había percatado de mi presencia, me ignoró por completo. Iba con un vestido elegante, un bolso rojo en el regazo y ni rastro de las heridas. Tenía muy buen aspecto, al menos por fuera.

Me senté a su lado. Mo moría por interrogarla y descargar mi frustración sobre ella, pero guardé silencio. Hubiese sido poco profesional y contraproducente. Y, sobre todo, peligroso: la sombra de Vasili todavía planeaba sobre mí. Abrieron las puertas de embarque y nos pusimos en pie.

Embarcamos como dos perfectos desconocidos. Ella se sentó delante y yo en mi asiento asignado, algo más atrás. Me masajeé la nuca, que todavía me dolía. No me tranquilicé hasta que despegamos y el avión se estabilizó. Era el momento de exigirle respuestas a Evelyn, pero ella se adelantó. Se levantó al servicio y, al regresar, se deslizó en el asiento contiguo con total naturalidad.

—Me ha alegrado mucho verle en el aeropuerto.

—No lo parecía.

—Es usted un buen hombre, Morgan. Mi hermana no se equivocaba.

No estaba para halagos vacíos. Guardé silencio y la miré con frialdad. Pero ella siguió:

—¿Encontró el objetivo?

—¿Es lo único que tiene que decir? Me abandonó en un desierto de nieve. Me condenó a morir y ahora solo le interesa si completé la misión.

—¿En serio esperaba una disculpa? Este trabajo es así. El tren se adelantó y no tenía forma de contactar con usted. Mi única opción era seguir con la misión y confiar en que usted consiguiera llegar al avión por sus propios medios.

—¿No pudo dejarle instrucciones a la mujer de Sergey o una mísera nota?

—Su billete era la nota y también el mapa. ¿Acaso no está usted aquí? Cualquier información innecesaria puede volverse en nuestra contra. ¿Satisfecho?

No lo estaba. Pero la cruda verdad era que, en parte, tenía razón.

—Y ahora dígame… ¿Logró cumplir con su parte?

No respondí, no hizo falta. Encontró la confirmación leyendo en mis ojos cansados.

—Enhorabuena.

Se inclinó y me dio un gélido beso en la mejilla.

—¿Y sus heridas? —pregunté como un tonto.

—Mucho mejor. Gracias. Se lo debo a usted y a su cuchillo.

—¿Por qué hacemos esto? ¿Por von Braun? ¿Por una promesa arrogante de un presidente más arrogante aún?

Me miró extrañada.

—Por nuestro país.

—¿Y qué ha hecho nuestro país por nosotros?

—Usted ha estado al otro lado. Creo que vale la pena luchar por preservar nuestra forma de vida.

—¿En serio cree que somos mejores que ellos?

Me dio un par de palmadas condescendientes en el muslo y se puso en pie.

—Hablaremos al aterrizar.

Volvió a su sitio. Tampoco a mí me apetecía seguir hablando con ella. Todo estaba dicho. Lo que realmente quería era alejarme de esa gente sin escrúpulos de ambos bandos. Me recosté en el asiento. Me dolía todo el cuerpo y el frío seguía incrustado en la médula de mis huesos. Al final, el cansancio doblegó a mi enfado y dormí hasta que aterrizamos.

Fue un sueño inquieto. La azafata me devolvió a la realidad con un suave zarandeo en el hombro.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Muy bien, gracias.

Me incorporé. Casi todo el pasaje había desembarcado ya. Busqué a Evelyn con la mirada y no la encontré, así que me apresuré a salir. Los tripulantes de la cabina se despidieron con un apretón de manos. Avancé rápido por el túnel de conexión. Ni rastro de ella. ¿Se había vuelto a esfumar? Sinceramente, era lo mejor que podía pasarme.

Aun así, recordé que ella llevaba equipaje y fui a la zona de recogida. La encontré allí, sacando tranquilamente su maleta de la cinta. Al verme, vino directa hacia mí.

—Espero que haya descansado. Tenemos trabajo —dijo, y siguió caminando sin detenerse.

Aquello me pilló desprevenido. No quería continuar. Por primera vez echaba de menos mi rutina. Mi saxo, mi iguana, mis paseos bajo la lluvia. Y el ajedrez. Quería volver a jugar, aunque fuese a pequeña escala. Al pensar en el campeonato del mundo sentí una punzada de amargura. Todavía no podía aceptar renunciar a él. Apreté el paso y me puse a su lado.

—Mi misión ha terminado. He cumplido mi parte.

—Encontró la nave, enhorabuena. Pero también formaba parte de su misión proteger a von Braun. Mi hermana frustró el ataque en la Unión Soviética y ahora lo van a intentar aquí, en nuestro propio suelo. Debe cumplir la segunda parte de la misión.

—¿Y si me niego?

—Si fuera a negarse no me estaría siguiendo.

Eso fue un golpe bajo. Solo le faltó añadir «como un perrito faldero». Me entregó una nota donde había garabateado un código numérico y una ubicación: «Virginia».

—Ese es nuestro siguiente objetivo. Tenemos poco tiempo.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Ya se lo he dicho. Mi hermana.

—¿Ha contactado con ella por telepatía?

Por primera vez se detuvo. Me miró y esbozó una sonrisa.

—Hay un invento que se llama cabina telefónica. Le animo a probarlo. Ofrece unos resultados increíbles y mucho más precisos que la telepatía.

Siguió andando y yo fui tras ella sintiéndome estúpido. Advertí que cojeaba un poco. Quería preguntarle si Abby se encontraba bien, pero me contuve. Fuimos al mostrador y Evelyn sacó dos billetes para el siguiente vuelo con destino a Virginia, que salía en un par de horas.

Una vez en la sala de espera, le pregunté:

—¿Qué buscamos?.

—Lo sabremos en cuanto lleguemos.

—¿Lo mismo que su hermana siguió en la Unión Soviética? —insistí.

—Es muy probable.

—¿Alguna idea de lo que puede ser?

—Lo sabremos cuando lo encontremos.

31

CONTAINER

No pude sacarle nada más durante el resto del vuelo. Aterrizamos en Virginia y cogimos un taxi directo al puerto de Norfolk, uno de los más grandes y activos de la costa este. Accedimos a la zona de carga sin contratiempos al mostrar Evelyn su identificación. ¿Cuánto poder tenía realmente aquella gente?

Al ver los cientos de contenedores metálicos de colores apilados y las gigantescas grúas que los cargaban y descargaban de los navíos, comprendí de inmediato lo que buscábamos. El código de la nota debía hacer referencia a uno de ellos. Pero dar con el correcto en medio de aquella inmensa ciudad de acero se me antojó muy complicado.

Bajamos del taxi y nos dirigimos a una caseta formada por cuatro módulos unidos y reconvertidos en oficinas. Había mucho movimiento a nuestro alrededor. Multitud de operarios iban de un lado a otro caminando o manejando toros de carga y grúas pórtico. La identificación de Evelyn nos llevó directamente a un despacho. Nos recibió un tipo vestido con un traje de pana algo raído y con cara de pocos amigos.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó, dejándose caer en el sillón.

El tono despectivo no se correspondía con el mensaje servicial de sus palabras. Evelyn le entregó el recorte de papel y señaló el código. El individuo lo cogió con dos dedos y, tras un breve vistazo, nos interrogó con la mirada, espetándonos en silencio: «y qué quiere que haga con esto».

—Necesitamos localizar el contenedor con esa numeración —dijo

Evelyn.

Sonó más a orden que a petición de ayuda, y por la forma en que el tipo torció la boca, quedó claro que no le sentó nada bien. El hombre sacó de un cajón un grueso manifiesto de carga y lo dejó caer sobre la mesa con un sonoro golpe. Pasó algunas hojas mientras alternaba la vista entre la nota y el documento. Tras unos instantes, levantó la mirada.

—Llegó anoche en un carguero liberiano. Todavía está apilado en el bloque Charlie, sepultado bajo docenas de cajas. Pásense mañana cuando los estibadores terminen de reorganizar el sector y podrán echarle un vistazo.

Evelyn dio un paso hacia la mesa. Dejó su identificación sobre el escritorio y la giró hacia el hombre.

—Necesitamos verlo ahora.

—Me temo que va a ser imposible, pero denme un segundo.

El hombre descolgó el teléfono y giró la silla, como si dándonos la espalda nos hiciera desaparecer.

—Tengo aquí un par de entrometidos de la PES. No sé qué coño significan esas siglas, pero lo que más me apetece es darles una patada en el culo. ¿Puedo? —Tras un par de segundos, se giró hacia nosotros y añadió—: Muy bien, espero.

Sostenía el auricular con el hombro, con una ridícula mueca de victoria pintada en la cara. Vaya personaje. No oí la voz al otro lado de la línea, pero su expresión se fue transformando drásticamente. Se puso serio, palideció y colgó. Luego apoyó las manos sobre la mesa y, forzando una sonrisa servil, dijo:

—Estoy a su entera disposición. Esperen fuera mientras ordeno el traslado del contenedor y enseguida estoy con ustedes.

Salimos. Evelyn no parecía nada sorprendida. El organismo para el que trabajaba no era la CIA, pero también era muy poderoso. A los pocos minutos salió el individuo y lo seguimos hasta un pequeño vehículo descubierto que me recordó a los cochecitos de golf, pero adaptado para el trasiego portuario.

Nos adentramos entre pilas y pilas de contenedores hasta detenernos frente a una torre algo más alta y desigual que las demás. Bajamos del vehículo y nos dio dos cascos amarillos. Era evidente que no nos servirían de mucho si nos cayese encima uno de aquellos bloques de hierro de treinta toneladas.

—Es ese —dijo el hombre, señalando la parte izquierda del nivel más alto.

Evelyn usó la mano a modo de visera y torció el gesto. El hombre se alejó para dar órdenes a los operarios por radio. Un brazo de grúa enorme no tardó en girar y colocarse sobre el objetivo. Lo enganchó con maestría, asegurando los anclajes de las esquinas, y comenzó a bajarlo. El encargado se aproximó triunfante mientras la grúa lo acercaba al suelo.

—Ahí lo tienen.

—Perfecto —dijo Evelyn—. Ahora nos gustaría que nos dejase solos unos minutos.

Tampoco le gustó la nueva orden.

—¿No necesitan que mis chicos corten los precintos? Está sellado por la aduana.

—No será necesario —respondió Evelyn, sin quitar ojo a la maniobra.

—Allá ustedes… —dijo el hombre y se alejó unos pasos.

En cuanto el bloque tocó el suelo, Evelyn se acercó al contenedor y me hizo un gesto para que no me moviese. Sacó una pequeña cizalla del bolso, cortó el precinto de plomo y forzó las largas barras verticales de acero. Los pestillos cedieron.

Tiró de la pesada puerta con cautela y se cubrió la nariz con el antebrazo antes de entrar. Me hizo un gesto para que la acompañase. El interior desprendía un olor nauseabundo, mezcla de excrementos y muerte. Parecía vacío. Ella sacó una linterna y barrió la oscuridad, descubriendo varios cubos que habían servido de letrina. En el fondo yacía el cuerpo de un hombre. Nos acercamos. Evelyn le dio la vuelta para confirmar que estaba muerto. Sin signos

de violencia. Luego alumbró la otra esquina y me señaló cuatro marcas circulares con restos de óxido, profundamente hundidas en la madera del suelo. Salimos. Fue un verdadero alivio llenar mis pulmones de aire salado; apenas se podía respirar allí dentro.

—Se nos han adelantado —dijo Evelyn—. Tráfico de ilegales y cuatro barriles de hierro con material pesado.

—¿Todo bien? —preguntó el encargado, mientras se acercaba con cautela.

—El contenedor queda requisado. Precíntenlo y que nadie se acerque hasta que lleguen los federales —ordenó de nuevo Evelyn.

—¿Desea alguna cosa más? —inquirió el tipo con sorna.

—Solo una cosa más. Necesito usar su teléfono.

32

SINCRONÍA

El encargado nos llevó a regañadientes hasta la caseta y señaló el aparato. Evelyn descolgó el auricular, nos miró un segundo y luego debió la vista hacia la puerta. Sonreí para mis adentros; aquella mujer era todo un carácter. Abrí la puerta y le hice un gesto al encargado para que me acompañase. Una vez fuera, la cerré tras de mí.

—¿Siempre es así? —me preguntó.

—Me temo que sí.

—No la querría tener como esposa.

Compartimos una risa cansada. Al parecer, yo no le caía del todo mal a aquel tipo. Seguramente me clasificó como su subordinado y, por tanto, como alguien por quien sentir lástima. No se equivocaba.

Evelyn reapareció a los pocos minutos y se alejó con paso decidido. Yo me despedí por los dos y la seguí hasta la garita de control que daba acceso a la zona de carga. Al otro lado había un taxi esperándonos. Evelyn le dio una dirección al conductor y nos pusimos en marcha.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —pregunté.

—A una agradable reunión familiar.

Deduje al instante que se refería a su gemela, y no me equivoqué.

El trayecto fue corto. El taxi nos dejó frente a un café discreto. Dentro nos esperaba Abby en una mesa algo apartada. Esbelta y elegante. Me recordó a nuestro primer encuentro en Newark. Al acercarnos, se levantó y se fundió en un abrazo conmigo.

—Me alegra mucho que estés bien —dijo con los ojos brillantes.

Se percató del hematoma en mi garganta, pero no dijo nada. Me pareció sincera. Tuve la impresión de que nadie esperaba que saliera con vida de mi última misión. Hasta llegué a pensar que me habían abandonado allí a propósito.

Me guardé esas reflexiones y le devolví el abrazo con cierta torpeza antes de ocupar mi lugar en la mesa. Las gemelas, por el contrario, ni siquiera se saludaron; se sentaron frente a frente sumidas en un silencio casi sepulcral. Siguieron observándose fijamente durante un buen rato.

—¿Y bien? —intervine, para romper aquella incomodidad.

—¿Qué había en el contenedor? —preguntó Abby.

—El cadáver de un indocumentado sin rastros de agresión física, y las marcas de cuatro barriles pesados de unos setenta centímetros de diámetro cada uno.

Básicamente repetí lo que había dicho Evelyn, pero añadiendo el detalle del tamaño. Abby se tocó suavemente la nariz antes de responder. En realidad, las dos hicieron un gesto similar y al unísono.

—Seguimos sin respuestas entonces —concluyó Abby—. Os hago un resumen: de madrugada, antes de que los estibadores apilaran el contenedor, dos encapuchados lo abrieron. Se llevaron a los inmigrantes por un lado y la mercancía por otro. Los polizones estaban débiles y desorientados, pero los individuos sabían bien lo que hacían. Fue un trabajo rápido y profesional. Seguimos la mercancía hasta una nave abandonada no muy lejos de aquí.

Las dos se recogieron el pelo detrás de la oreja derecha exactamente a la vez.

—podríamos habernos ahorrado la escena de hoy en el puerto —le reprochó Evelyn.

—No pude avisaros. Además, era necesario inspeccionar el interior por si se habían dejado algo —replicó Abby.

Se palpaba la tensión entre ellas. Pero lo que realmente me enervaba era verlas ejecutar esos tics superfluos con una sincronización tan perfecta. Parecían el reflejo frente a un espejo.

Llegué a pensar que se estaban burlando de mí. La aparición del camarero rompió el silencio y pedimos unos cafés.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunté.

—Las órdenes de Colton Reed son muy claras: olvidarnos por completo de los ilegales, localizar la mercancía que se han llevado e identificar a sus colaboradores locales. Todo ello sin ser descubiertos.

Se miraron fijamente durante unos segundos.

—Hay gente vigilándolos —añadió Abby de pronto, respondiendo a la nada.

—Morgan vendrá con nosotras. Órdenes de Colton —remató Abby tras una leve pausa, sin apartar la vista de Evelyn.

Daba la sensación de que anticipaba las preguntas de su gemela incluso antes de formularlas en voz alta.

El camarero llegó y sirvió los cafés. Fue toda una experiencia ver cómo se los preparaban. La natación sincronizada sería un juego de niños para ellas. Ambas cogieron el sobre de azúcar al mismo tiempo, lo rompieron justo por el mismo extremo y lo vertieron. Hasta el azúcar tardó lo mismo en caer en ambas tazas. Luego fue el turno de la cuchara y los movimientos circulares. Los sorbos. La forma de paladear la bebida. Impresionante y desconcertante a partes iguales. Solo me faltó aplaudir. Cuando las dos volvieron la mirada hacia mí, me apresuré a prepararme el mío y bebimos en silencio.

—¿Nos ponemos en marcha? —sugerí, incómodo, al terminar el café.

Ambas se levantaron como un resorte y nos marchamos.

Un sedán oscuro con cristales tintados y sin distintivos nos esperaba con el motor en marcha. Nos sentamos detrás, yo entre las dos gemelas. Cada una miraba por su ventanilla y seguían con el juego del silencio, algo parecido a lo que hacía yo con mi iguana. Me sentía fuera de lugar. La verdad es que ellas tampoco parecían estar muy cómodas juntas. Si estaban realmente conectadas, quizá no

tenían nada que decirse. Entramos en una zona industrial y el coche se detuvo.

Relevamos a dos hombres de la organización que vigilaban la nave. Nos indicaron dos accesos seguros por los que podríamos entrar sin ser descubiertos. Abby propuso que nos separásemos: Evelyn tomaría uno de los accesos y yo la acompañaría a ella por el otro. Por un momento pensé que se iban a pelear por mí o a tener alguna disputa táctica, pero no fue así. Todo estaba decidido en aquel silencio compartido.

Una vez en el interior, Evelyn subiría a la segunda planta y nosotros peinaríamos la planta baja. El coche permanecería en el exterior controlando el perímetro, si alguien se acercaba, tocaría el claxon dos veces. Abby y yo bordeamos la nave y nos metimos en un callejón estrecho y desierto. A medio camino dimos con una puerta de servicio entreabierta. No parecía forzada. Abby la empujó ligeramente y, tras esperar un par de segundos, entró. Resignado a mi papel de escolta sin arma, no me quedó más remedio que tragar saliva e ir detrás.

La oscuridad en el interior era casi completa hasta que ella encendió una linterna. Avanzamos tres o cuatro metros por un pasillo tan estrecho que nos obligaba a ir en fila india, envueltos en un fuerte olor a humedad y óxido. Desembocaba en un pequeño cuarto. Nos agachamos, pues tenía dos ventanas que daban a la zona central de la nave: un amplio recinto diáfano y lleno de polvo suspendido bajo las escasas luces de emergencia.

Desde allí se veían las escaleras metálicas que daban a la pasarela superior y por ellas debería subir Evelyn. El suelo de aquel altillo era de rejilla calada. La iluminación era escasa en todo el recinto, pero no tardamos en localizar a dos hombres en la planta baja y uno en la superior. Los pasos del tipo de arriba resonaban contra el metal y se podía entrever su silueta por las aberturas del suelo.

Los cuatro barriles también estaban en la planta superior. Un montacargas oxidado justo debajo delataba cómo los habían subido. En la zona central de la planta baja se alzaban dos estructuras

metálicas idénticas a las que vimos en el edificio anexo a la reunión de von Braun en la Unión Soviética. En ese momento, Abby llamó mi atención y vimos a su gemela subir por las escaleras sin que los hombres de abajo se percatasen.

Abby me hizo un gesto para que me tranquilizara. Debió de notar mi inquietud. Poco podíamos hacer en aquella nave sin revelar nuestra presencia, y si nos descubrían, el final estaba garantizado: o ellos o nosotros. Los hombres hablaban, pero desde nuestra posición apenas nos llegaba un susurro ininteligible. Unos minutos después se acercaron y se apoyaron contra la pared, junto a nuestra ventana. Uno empezó a relatar groserías sobre sus supuestas novias. Fanfarronadas que me hicieron sentir incómodo en presencia de Abby. Se notaba a la legua que eran unos delincuentes de poca monta. Era imposible que hubiesen organizado todo aquello.

—¿Qué coño guardarán aquí arriba? —preguntó a voces el matón de la pasarela, dejándose oír por encima del eco del recinto—. No me vendría mal un tirito.

Acto seguido, sonaron dos pitidos en el exterior. Nuestra cobertura nos estaba avisando. Permanecimos escondidos y en alerta máxima. El portón principal se abrió y entraron cuatro hombres ataviados con pesados trajes de aislamiento, completamente blancos y con voluminosas escafandras. La sorpresa de los maleantes debió ser tan grande como la nuestra; parecían auténticos astronautas llegados de otro planeta.

Uno de los «astronautas» se acercó a los matones y les dijo algo que no entendimos. Luego hicieron señas al de arriba para que se marchara. Dos de los «astronautas» subieron con el montacargas para bajar los barriles, mientras los otros dos recogían los arneses y las misteriosas estructuras tubulares. Aquellos hombres, sin duda, eran nuestro verdadero objetivo. ¿Quiénes eran? ¿Qué pretendían con aquel material letal?

No movimos ni un músculo hasta que se marcharon. Aguardamos un par de minutos más por seguridad antes de ponernos en pie. Evelyn bajó por la escalera metálica y avanzó directa hacia nosotros.

Estaba a escasos metros cuando el sonido de una cisterna resonó al fondo del recinto, seguido inmediatamente por un disparo.

Abby se desplomó a mi lado. Me agaché junto a ella, pero no reaccionaba. Traté de reanimarla con desesperación. Busqué la herida de bala en su cuerpo, pero no había sangre. El cristal de nuestro ventanuco también permanecía intacto. ¿Qué diablos había pasado? Me asomé con cautela. La nave estaba desierta y no había rastro de Evelyn. Tenía que hacer algo. Al salir de nuestro escondite para buscarla, reparé en un bulto en el suelo. Inmóvil. Me acerqué. Era Evelyn, y un charco de sangre oscura crecía alrededor de su cabeza. No tenía pulso, solo un orificio limpio y ennegrecido por la pólvora justo en el centro de la frente.

Me costó reaccionar. El violento chirrido de unos neumáticos huyendo a toda velocidad me arrancó de mi estupor. Le quité el arma y la identificación a Evelyn y volví junto a Abby. Tenía pulso, pero seguía desvanecida. El asesino, o sus cómplices, podían volver en cualquier momento. La cogí en brazos, atravesé el angosto pasillo y salí por la puerta trasera.

Fuera no había nadie. El coche que nos había traído no estaba y tampoco había rastro de los maleantes. Solo quedábamos una mujer inconsciente y yo en mitad del polígono industrial, con un arma en la mano y la diana pintada en la espalda. ¿Adónde diablos íbamos a huir ahora?

33

REGRESO A LA CASILLA DE SALIDA

Abandoné el cadáver de Evelyn para tratar de poner a salvo a Abby. Aferrando su peso inerte contra mi pecho, crucé la calle para buscar amparo en la nave anexa. Intenté abrir un par de accesos empujando con la espalda, pero no cedieron.

De pronto, ella abrió los ojos. Casi se me para el corazón. Me detuve en seco y hablé con ella, pero no respondió. Su mirada estaba perdida en el vacío, como atrapada en el eco de la muerte de su hermana. Por la parte trasera descubrí un callejón más estrecho con una discreta entrada. Apoyé a Abby contra la pared y la forcé. No disponía de tiempo ni de habilidad para ser tan sutil como ellas. Golpeé el candado con un pesado cascote de hormigón hasta que saltó por los aires. Las anillas quedaron dobladas y podían delatarme, pero no tenía alternativa.

En el interior, la tumbé en el suelo con delicadeza y usé mi chaqueta como almohada. Sus ojos seguían abiertos, pero vacíos. El pulso parecía estable, aunque débil. No conseguí que volviera en sí. Me encontraba acorralado. Sin dinero y sin ayuda. No tenía forma de contactar con Colton Reed ni con nadie de esa maldita agencia.

Miré a mi alrededor. Estábamos en una nave industrial abandonada, sumida en una penumbra opresiva, con poco más que montañas de palés podridos y las siluetas amenazantes de maquinaria pesada. En el bolso de Abby encontré algo de dinero, varias identificaciones falsas y un mapa de Estados Unidos con una localización marcada.

En una esquina había una vieja pileta de cemento con un grifo oxidado. Humedecí mi pañuelo y le refresqué la frente y el cuello.

Ella reaccionó ligeramente al contacto. Repetí la operación un par de veces hasta que sus ojos me buscaron. Respiré aliviado. Ahora estaban vivos, aunque Abby parecía confusa y aturdida.

—Tranquila. Todo irá bien —susurré.

Se incorporó y miró a su alrededor. Luego se fijó en mí. Dudé de si me reconocía. Unos segundos después, la ayudé a levantarse y se abrazó a mí. Me apretó con fuerza entre sollozos ahogados, temblando como si fuera a romperse.

—¿Estás bien?

Asintió. Había lágrimas en sus ojos.

—Tenemos que volver a por tu hermana.

—Ya no podemos hacer nada por ella y comprometeríamos la operación y nuestras vidas —replicó con una repentina frialdad que helaba la sangre, el puro instinto de supervivencia silenciando su duelo.

Paramos un taxi y ella susurró: «Al aeropuerto». El trayecto fue frío y silencioso. No supe cómo consolarla. Era incapaz de quitarme de la cabeza la imagen del cuerpo sin vida de Evelyn. Tampoco lograba imaginarme el desgarrador dolor que debía sentir Abby por el fuerte vínculo que las unía y por la dura decisión de abandonar su cuerpo en aquella nave.

En el aeropuerto, antes de la zona de embarque, me abrazó de nuevo.

—Es usted un hombre excepcional, Morgan. Su misión termina aquí. Le agradezco todo lo que ha hecho.

Le devolví el abrazo con fuerza. Ella se puso de puntillas y me susurró al oído:

—Contigo, el mundo duele menos.

Aquellas cinco palabras, pronunciadas en un susurro mientras su cálido aliento me rozaba la piel, impactaron en mi pecho como un disparo a quemarropa. Era la réplica exacta de la frase que mi mujer me dijo aquel día, justo antes de tomar la fotografía de nuestro

único momento de felicidad absoluta. Las mismas palabras que Abigail había escrito en el reverso de la imagen. La misma foto que Abby había sostenido en sus manos semanas atrás, cuando jugábamos a ser marido y mujer en mi apartamento. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Ella debió de notar el latigazo de mi estremecimiento, porque intensificó el abrazo. Sus ojos, anegados y febriles, buscaron los míos con una necesidad desesperada, esperando una respuesta, un anclaje. Pero el pánico me paralizó. Acabé rehuyendo su mirada. La separé con una suavidad cobarde y, aclarándome la garganta, me obligué a ponerme la coraza:

—Dígale a Colton Reed que no apruebo sus métodos y que se olvide de mí para siempre —respondí, fingiendo ignorar el eco de sus palabras. Fue un puro acto de supervivencia, un muro de hielo levantado de urgencia para no derrumbarme.

Siguió mirándome fijamente a los ojos.

—Espero que no volvamos a vernos —dijo con dolor. Sus ojos brillantes y enrojecidos decían lo contrario, pero su voz sonó firme, dictando una sentencia calculada para protegerme de su oscuro mundo.

Sin duda, hubiese sido lo mejor para mí. Pero escuchar esas palabras de su boca, en cierto modo, me dolió. Me entregó algo de dinero y nos separamos.

Regresé a mi apartamento sin novedad. Allí todo estaba exactamente igual: asfixiantemente vacío, idéntico a la mañana en que mi esposa Abigail me abandonó y a los incontables días sucesivos. El piloto rojo del contestador automático parpadeaba en la penumbra. Escuché el leve zumbido eléctrico y el pesado clic de las bobinas de cinta al girar, pero detuve el mecanismo antes de que la primera voz llegara a sonar. Rebobiné y pulsé el botón borrado para vaciar la cinta entera sin escuchar una sola palabra.

Cogí el saxo y toqué durante horas para Rita. Sentí un vacío insondable en mi interior. Durante la noche, incluso tocando, acudieron muchos sentimientos e imágenes difíciles de desterrar. En

la negrura del salón, arrullado por el lamento del latón, los rostros de mi esposa y de Abby se fundían y se intercambiaban en mi mente, superponiéndose como dos fantasmas que reclamaban su espacio en mi memoria. Para mi alivio, al día siguiente la luz de la mañana disipó las sombras. La vuelta a la rutina me hizo bien.

En uno de mis paseos compré la prensa en un quiosco y la leí frente a los cisnes. Las noticias sobre el campeonato de ajedrez y la carrera espacial volvían a copar las primeras páginas. Todavía quedaban un par de semanas para la gran final. Era consciente de que no podría jugarla, pero la llama volvió a encenderse en mi interior.

Me encaminé hacia las mesas de ajedrez del parque. Tenía una cuenta pendiente allí. Conforme me acercaba, noté que la gente empezaba a seguirme. Caminé despacio, deteniéndome de vez en cuando, dejando que la multitud se arremolinara a mi alrededor. Era media mañana y las mesas estaban llenas. La mayoría de los jugadores se levantaron al reconocerme.

El Tuerto jugaba en la mesa central. Su contrincante se levantó sin terminar la partida. Él permaneció sentado y recolocó las piezas con parsimonia. Más de cien curiosos nos rodeaban. Me saludó con cordialidad y me invitó a sentarme. Aquel sujeto había mentido para aprovecharse de mi fama; se había hecho pasar por mi maestro, entre otras cosas.

Le devolví el saludo y me senté. Una unidad móvil de una televisión local se abrió paso entre la multitud. Me lo tomé con calma, dejando tiempo para que desplegaran los micrófonos y las cámaras. Se hizo un silencio sepulcral cuando el Tuerto movió la primera pieza.

Pero la expectación duró bien poco. En menos de cinco minutos acorralé a su rey y tuvo que tumbarlo sobre el tablero. Hubo risas y vítores entre el público. Me tomé mi pequeña revancha. Humillado, el farsante se esfumó entre la multitud como un fantasma.

Aplastarlo en el tablero, en tiempo récord y bajo los focos de las cámaras, fue mi declaración oficial. No necesité pronunciar una sola

sílaba para demostrar al mundo entero que aquel charlatán jamás había sido mi maestro, ni yo su discípulo.

Firmé un buen puñado de autógrafos y encajé otras tantas palmadas en la espalda. Me quedé un rato más, concediendo un par de partidas simultáneas a los aficionados. El ajedrez volvía a correr por mis venas y no podía pararlo, jugase o no la gran final.

34

JAQUE AL PASADO

Desde ese día, incorporé a mi rutina de saxo y largos paseos unas horas frente a los tableros del parque. Se corrió la voz y cada vez acudía más gente a verme jugar. Aceptaba algunos duelos individuales, pero lo que atraía a la multitud eran las partidas simultáneas en las que me enfrentaba a media docena de tableros a la vez. Fueron días extraños y, vistos desde la distancia, puedo afirmar que felices para mí.

Al sexto día, mientras jugaba con una joven promesa local, reconocí a Jack entre el público. Al terminar la partida, le hice un gesto para que se sentase frente a mí. El público empezó a cuchichear; seguramente varios de ellos lo reconocieron.

—Un placer volver a verte, Morgan.

—El placer es mío, Jack.

—¿A qué se debe la visita? Vives demasiado lejos para una simple revancha…

—En Seattle —apuntó Jack con una sonrisa enigmática.

Colocó sobre el tablero la libreta que había sostenido todo el rato bajo el brazo y la abrió.

—He estudiado minuciosamente las últimas partidas del campeón ruso y he descubierto cosas interesantes que me gustaría repasar y analizar contigo.

No podía negarme, ni tampoco confesar que no jugaría la final. Hubiera sido un duro golpe para él y para la multitud expectante que nos rodeaba como si yo fuera un héroe nacional. Prácticamente toda América aguardaba el milagro de arrebatarles la corona a los

soviéticos.

—Por supuesto, compañero. Mi casa no está muy lejos…

—Aquí está bien —dijo Jack, abriendo los brazos hacia el público.

Algunos murmullos de aprobación siguieron a sus palabras. Jack dispuso las piezas para recrear un final de partida. Apenas quedaban figuras en el tablero y la posición de las negras parecía agónica.

—¿La reconoces?

Asentí. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Era mi última partida oficial, la que jugué hacía veinte años. Un torneo menor, una mesa apartada y un oponente jovencísimo, un niño prodigio soviético que apenas empezaba a despuntar. Su nombre era Tigran. Era el momento exacto en el que mi defensa se resquebrajó y supe que la derrota era inevitable.

—Le he dado mil vueltas a esta posición —dijo Jack, clavando sus ojos en los míos—. Desde este punto la partida parecía perdida, pero no lo estaba. Te retiraste creyendo que te había acorralado.

Jack se equivocaba. Oculto tras mi fachada inescrutable y mi orgullo herido, nunca le conté a nadie la verdad sobre aquel día. No me retiré por la disposición de las piezas de madera. Me rendí porque, en aquel instante de máxima tensión, levanté la vista y miré directamente a los ojos del joven Tigran. Lo que vi en ellos me aterrorizó. No era un cálculo lógico o una estrategia brillante; era un caos absoluto, un abismo de locura negra y turbulenta que amenazó con arrastrar mi propia cordura. Hui de aquel tablero para no perder la cabeza y me alejé del ajedrez profesional durante dos décadas.

Había guardado ese secreto bajo llave. Por eso, en lo más profundo de mi ser, la prohibición de Colton Reed de jugar la gran final había sido alivio inconfesable; me aterraba la idea de volver a sentarme frente a aquel monstruo y asomarme de nuevo a su oscuridad. Pero ahora todo había cambiado. Tras rozar la muerte en la taiga siberiana, la poderosa «droga» del ajedrez volvía a correr por mis venas, y su veneno quemaba más que mi miedo. Si me dieran la más mínima oportunidad, preferiría volver enfrentarme a

Tigran y a su oscuridad antes que rendirme sin luchar.

Ajeno a mi tormento interior, Jack giró el tablero, dejándome al mando de las piezas blancas que en su día manejó el ahora invencible soviético. Movían las negras, mi antiguo lado del tablero, y Jack hizo un movimiento completamente distinto al mío de aquella época. Un brillante sacrificio de peón que rompía los esquemas.

Me sorprendió. El recuerdo del abismo mental se disipó ante la pureza geométrica del movimiento. Me habría gustado estudiar más el tablero en silencio, pero la gente quería acción. Acepté el envite y tomé su peón. Fue una partida larga y tremendamente igualada, una guerra de desgaste psicológica que, para asombro de los presentes, acabó ganando Jack.

—¡Lo ves! Lo tuviste al alcance de la mano —exclamó mi amigo, radiante—. Podrías haberle ganado incluso cuando tiraste la toalla mentalmente.

Tenía razón, y era su particular forma de demostrarme que el campeón ruso no era invencible. Que el muro de hielo soviético tenía fisuras si sabías dónde golpear.

Desde ese día, Jack se presentó todas las mañanas en el parque. Repasamos exhaustivamente las partidas más complejas de Tigran: su última defensa del título mundial y sus contadas apariciones en torneos internacionales recientes, incluidas aquellas dolorosas partidas en la que el propio Jack había mordido el polvo contra él. Y yo, en silencio, empecé a preparar mi mente para la verdadera batalla.

La gente disfrutaba del espectáculo. Se publicaron varios titulares en los periódicos locales sobre cómo y dónde entrenaba la inesperada promesa del ajedrez de los Estados Unidos. Todo parecía volver a la normalidad, a la paz reconfortante de mis paseos, mis escalas con el saxofón y el contacto humano y genuino en el parque. Pero una noche me desperté de golpe y ya no hubo forma de conciliar el sueño.

No podía zafarme del recuerdo de la primera partida que jugué con Colton Reed en el parque. Podía sentir hasta el frío de aquella

mañana y la quemazón del licor bajando por mi garganta. Dieron las cinco de la madrugada y el recuerdo seguía asediándome, como una melodía disonante atrapada en mi cabeza.

Asumiendo que ya no podría dormir más esa noche, me vestí y bajé a dar un paseo. Casi sin darme cuenta, como si un hilo invisible tirara de mí en la oscuridad, mis pies me llevaron por el mismo recorrido de mi último caso como detective. Alcancé el parque y me adentré en él hasta llegar a la zona de las mesas de ajedrez.

Hacía frío y una ligera llovizna lo impregnaba todo. No había nadie. Como en aquellos días. Aunque, al acercarme un poco más, me percaté de que me equivocaba. Había una silueta sentada en una de las mesas. Lo lógico habría sido pensar que se trataba de un vagabundo, pero en mi interior sabía perfectamente quién era. Las piezas estaban colocadas sobre el tablero. Me acerqué y Colton Reed hizo un gesto para que me sentase.

Dudé. No quería saber nada más de aquel tipo. Sacó la petaca y sirvió dos tragos de aquel mismo brebaje infame.

—Juguemos una última vez.

Me senté. Brindamos y tragamos aquel fuego líquido. Abrió el juego con su clásico movimiento de peón de rey y la partida comenzó.

—¿Jugaría para mí una última vez? —dijo poco después.

—Nos usa como peones. No tenemos ningún valor para usted.

—Hasta el peón más insignificante puede ser decisivo para el jaque mate o, incluso, llegar a coronar como dama.

—A las damas también las abandonan sin miramientos — repliqué apretando los dientes, con la rabia por Evelyn y Abby quemándome por dentro.

—Gajes del oficio. Saben su lugar en el tablero.

—Yo no sé el mío. Así que no volveré a jugar para usted.

—Esta vez las órdenes vienen de arriba.

—¿De los despachos de la CIA que operan en la sombra?

—Más arriba.

—Me da igual. En cuanto terminemos esta partida le agradecería que no volvamos a vernos.

La partida concluyó con mi aplastante victoria y él se marchó. Con las primeras luces del día empezaron a llegar algunos aficionados y curiosos. Me quedé en las mesas con ellos y Jack no tardó en aparecer. Volvimos a repasar más partidas de Tigran y estudiamos estrategias bajo la atenta mirada del público. No quería quedarme solo o empezaría a darle vueltas a la propuesta de Colton Reed y al hecho de haberla rechazado.

Regresé al apartamento cuando ya había caído la tarde. Durante todo el trayecto, no pude evitar pensar en la propuesta de Reed. También pensé en la «visión» que me despertó de madrugada: ambos jugando en el parque y, lo más desconcertante, que luego Colton estuviera realmente allí. ¿Habría jugado con mi mente? ¿Habría inducido esa imagen para obligarme a bajar? ¿Era eso realmente posible? Lo descarté: de tener semejante poder, también habría logrado convencerme para aceptar el nuevo encargo, y no fue así. Me extrañó que se rindiera tan fácilmente. Algo no encajaba.

Nada más entrar en casa sentí que algo no estaba bien. Al asomarme a la cocina, la sospecha se transformó en certeza: no estaba solo. Sobre la encimera descansaban un par de bolsas con la compra recién hecha.

Encontré a Abby sentada en el cuarto de Rita, con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas. La iguana reposaba tranquilamente sobre su muslo. Me dejé caer en la pared opuesta y quedamos en silencio, arropados únicamente por la luz anaranjada y el calor de la lámpara del terrario.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté finalmente.

—Siento como si me hubiesen arrancado una parte de mí y la hubiesen hecho desaparecer. Como si la hubiesen silenciado para siempre. Supongo que debe ser parecido a cuando te amputan una extremidad, una comezón fantasma que no cesa. Pero al mismo tiempo me siento en parte liberada y me odio profundamente por

ello. Aunque me cueste admitirlo, es la verdad.

—No puedes culparte por sentir.

—¿Y tampoco por abandonar su cadáver y no poder hacerle un entierro digno?

—No había otra opción.

—Tú hubieses vuelto a por ella.

—Lo dije, pero sabía que era inviable.

La iguana permanecía impasible a nuestra conversación. Hasta dejó que ella la acariciase.

—¿Tienes hambre? —me preguntó tras otro intenso silencio.

—Me muero de hambre.

Apartó a la iguana con naturalidad y se puso en pie. Me tendió la mano para levantarme y fuimos a la cocina. La ayudé a ordenar la compra y a preparar la comida. Se desenvolvía a la perfección entre sartenes y cuchillos.

—¿Qué tal en el parque? ¿Disfrutas?

—El ajedrez es una parte de mí.

—¿Qué tal está Jack?

—Muy bien. Estamos entrenando diariamente, como ya debes saber. Tiene muy buenas ideas.

—¿Te gustaría jugar la final?

—Procuro no pensar en eso.

—Tiene que ser duro renunciar a ello.

—¿Qué excusa darán para justificar que no me presente? A la gente no le va a sentar nada bien.

—No es cosa mía. Seguro que Colton y los de arriba lo tienen bien atado.

Comimos con un par de copas de vino. Luego me pidió que tocase el saxo para ella y accedí con gusto. Podría haber estado toda la tarde tocando. Su presencia me inspiraba. Disfrutamos de una

extraña tregua, pero al final tuve que hacer la pregunta inevitable:

—¿Por qué has venido?

—¿Recuerdas lo que te dije al despedirme?

Claro que lo recordaba: «Espero que no volvamos a vernos». Me dolió entonces y me seguía doliendo en ese momento.

—No he podido cumplirlo.

Lo imaginaba. Colton sabía que no conseguiría convencerme cara a cara y había enviado a la caballería desde el principio.

—Necesito que me acompañes una última vez.

—Siempre es una última vez.

—Es mi deber y el tuyo. Hazlo por Evelyn, que dio su vida, por tu país… o por mí.

—¿Cuál es la misión esta vez?

—Yo solo soy la mensajera. Mi misión es llevarte para que al menos la escuches.

—¿Ante Colton Reed? Acabo de estar en el parque con él y eso lo sabes de sobra.

—Esta vez no es Colton. Él solo era otro mensajero.

Eso me desconcertó.

—Es aquí, en Estados Unidos, y no hay ningún riesgo. Solo te pido que asistas a la reunión. Luego la decisión será tuya.

Sabía que no tenía alternativa, no con ella pidiéndomelo.

—Te acompañaré con una condición. Necesito respuestas para mi tranquilidad.

Ella asintió.

—En Moscú, antes de que llegásemos nosotros… ¿Estuviste en la habitación con el hombre de las fotos que perseguías?

—Así es.

—¿Lo neutralizaste tú? ¿Lo dejaste en ese estado crítico?

—Lo encontré así —se defendió, sosteniéndome la mirada—. Fue

Vasili el que le dio el golpe de gracia, tú mismo lo presenciaste.

—¿Qué eran las máquinas que había en la habitación?

—Algún tipo de ingenio para atentar contra von Braun, eso es evidente. Pero todavía no sé con exactitud su utilidad práctica ni cómo funcionaban.

—¿Qué contenían?

—Lo desconozco. Alguien se me adelantó y las vació. Lo perseguí.

—¿Era lo mismo que llegó a Estados Unidos en los barriles del contenedor?

—Supongo que sí. Aunque no exactamente la misma remesa, ya que el contenedor había salido de Rusia varios días antes y dando un largo rodeo para evitar controles. Eso sí, pude comprobar que el contenedor se mandó exactamente desde el mismo lugar dónde almacenaron lo que sustrajeron del interior de las máquinas.

—¿Qué es? ¿Una bomba nuclear?

—No lo creo. Estamos en ello y pronto lo sabremos.

—¿Quiénes eran aquellos hombres vestidos con trajes de astronauta que irrumpieron en la nave industrial para llevarse los barriles y las máquinas?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Y el mapa que había en el bolso de tu hermana?

—Señalaba ubicaciones cercanas a la residencia y al lugar de trabajo de von Braun, en Virginia.

—Entonces está claro que planean atentar aquí, en suelo estadounidense.

—Eso creemos.

Tras aquel interrogatorio, que resultó bastante estéril, el ambiente se enfrió. Debí haber tenido más tacto. Cómo no, acepté presentarme en el aeropuerto al día siguiente. Lo cierto es que me costaba menos acatar las órdenes de ella que las de Colton. Ella se jugaba la vida en misiones sobre el terreno; Colton se me antojaba

como un general moviendo las piezas desde la seguridad de su búnker.

35

EL DESPACHO OVAL

Abby me esperaba en la entrada principal del aeropuerto. Vestía de forma elegante, pero discreta. Me saludó con un beso en la mejilla y me entregó el billete de mi vuelo.

—¿Washington? —pregunté, sorprendido.

Asintió y me guio hacia la puerta de embarque. Durante el vuelo pudimos hablar con total libertad. Fue un lujo no tener que estar fingiendo todo el rato. Al llegar, nos esperaba una furgoneta negra a pie de pista.

Dos individuos muy educados nos invitaron a sentarnos en la parte trasera. Se interesaron por nuestra comodidad y nos ofrecieron algo de beber. Abby pidió una botella de vino y nos servimos un par de copas nada más arrancar. Brindamos.

—¿Celebramos algo? —pregunté.

—Quizá nuestro matrimonio —respondió Abby con un guiño.

No quise insistir. Sabía que no le sacaría nada. La furgoneta se encaminó hacia el centro y, de pronto, se detuvo. Uno de los individuos abrió el panel divisor, se llevó las copas y, tras pedir disculpas, nos vendó los ojos. Adujo que era estrictamente necesario. Abby parecía estar disfrutando con toda aquella parafernalia. Quizá le resultaba atractivo el encontrarse por una vez al otro lado de la conspiración.

Unos minutos después, el vehículo se detuvo por completo. Deslizaron el portón lateral y nos quitaron las incómodas vendas. Nos encontrábamos en una especie de parking subterráneo, aunque no había marcas en el suelo y el único vehículo aparcado era el

nuestro. A nuestro alrededor solo había pilares de hormigón bruto.

—Sé diplomático con el jefe —me susurró Abby—. Yo te espero aquí.

Uno de los gorilas del Servicio Secreto me acompañó hasta una discreta puerta metálica incrustada en el muro de hormigón. Dio un par de golpes con los nudillos y nos abrieron otros dos gorilas. Estaban armados y tenían cara de pocos amigos. El más corpulento me agarró del brazo y me metió dentro.

—Bienvenido, señor Kissinger. Me alegra que pudiera hacer un hueco en su apretada agenda diplomática —dijo el otro gorila con voz grave y socarrona.

Los tres se rieron. Cerraron la puerta y me escoltaron por un estrecho pasadizo iluminado por la fría luz de los fluorescentes. Atravesamos un segundo portón de seguridad y, al rebasar el tercero, el más corpulento me indicó:

—Cruce la estancia y en la siguiente abra la puerta de la derecha.

—Espero que lo disfrute. Y sea diplomático con el jefe, Kissinger —repitió el otro agente, calcando con escalofriante exactitud las palabras que Abby me acababa de susurrar en el aparcamiento.

Se volvieron a reír y cerraron la puerta. ¿Qué demonios le pasaba a todo el mundo? ¿A qué venía esa broma de llamarme Kissinger? Odiaba sentirme perdido y todos parecían disfrutar de ello.

Me encontraba en una habitación amplia y lujosa, de techos abovedados y decoración sobrecargada, repleta de retratos de antiguos estadistas y pesados cortinajes. La crucé siguiendo las instrucciones. La segunda estancia era un calco de la primera, aunque olía intensamente a cera de muebles y a tabaco rubio. Abrí la puerta de la derecha.

Al otro lado me esperaba el mismísimo Richard Nixon, el presidente de los Estados Unidos. El hombre se puso en pie tras el imponente escritorio Resolute y me estrechó la mano con una decisión casi agresiva. Miré a mi alrededor buscando un indicio que confirmase que era objeto de una farsa y que aquel individuo era

solo un hábil imitador.

—Bienvenido a la Casa Blanca, Morgan Blake. Espero que le hayan tratado bien.

—Perfectamente —respondí, todavía incrédulo, frotándome la muñeca tras su apretón.

—Me alegro —dijo, alzando los dedos índice y medio en su inconfundible gesto de victoria—. Pero siéntese. ¿Le apetece algo de beber?

Me senté y negué con la cabeza.

—Vayamos al grano entonces. ¿Le parece?

Asentí.

—Sé que Colton Reed le ha prohibido presentarse a la gran final por motivos de seguridad —dijo Nixon, entornando los ojos con una fría sonrisa de complicidad—. Pero dígame, señor Blake... si yo dejara esa estúpida orden sin efecto, ¿todavía estaría dispuesto a jugar el campeonato del mundo en la Unión Soviética?

La pregunta me dejó clavado en el asiento.

—Claro que sí —se respondió a sí mismo—. ¿Por qué otra razón si no estaría entrenando duro con su compañero…? Se llama Jack, ¿verdad?

—Sí, Jack —confirmé.

—Señor Blake, estoy al tanto de todo. De su talento en el tablero y de su extraordinario valor en el extranjero. En primer lugar, quiero darle las gracias personalmente y en nombre de nuestra gran nación. También quiero expresarle mi más profundo pesar por la pérdida de su compañera. Quizá no lo parezca desde este despacho, pero estamos en guerra. Siempre lo estamos. Ahora lo llaman Guerra Fría, pero los muertos son igual de reales.

El presidente se apoyó pesadamente sobre el escritorio, acortando la distancia entre los dos con semblante sombrío, y clavó su mirada en la mía:

—Colton Reed solo ve los riesgos de que usted viaje a Moscú, pero

yo veo una oportunidad histórica. Necesito que lleve a cabo una última misión para nosotros. Solo usted puede ayudarnos.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté, con el pulso desbocado.

—Ya se lo he dicho. Jugar la final de ajedrez en el corazón del imperio soviético. —Bajó la voz y añadió con gravedad—: Necesito que se siente frente a ese tablero y mire a Tigran directamente a los ojos.

Todavía flotaba una sensación de irrealidad a mi alrededor. ¿Estaba el presidente pidiéndome que ganase el campeonato del mundo de ajedrez? La orden expresa de «mirarle a los ojos» me golpeó como un mazazo de hielo, despertando mi terror más profundo.

—No sé si podré vencer al campeón.

—Tranquilo. Nadie ha hablado de ganarle, aunque haría mucho bien a nuestra gran nación. Solo tiene que jugar con él.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Gracias a su trabajo en Siberia, conseguimos acceder a la cápsula soviética siniestrada antes que ellos. Esa nave era un prototipo secreto que había logrado resolver el mayor problema de la navegación lunar. Logramos extraer su módulo de telemetría y el registro de vuelo con los cálculos exactos, pero la información está cifrada. Nos falta la secuencia maestra para integrarla en los ordenadores de navegación de nuestros cohetes y evitar así que se desintegren durante la reentrada. No tenemos tiempo para que nuestros ingenieros rompan el código antes del lanzamiento del Apolo.

»Por desgracia, no hay forma de que Tigran nos transmita la fórmula. El KGB sospecha cada vez más de su entorno tras la incursión en Tunguska y lo tiene vigilado las veinticuatro horas del día. Hasta se plantean arrestarlo e impedir que juegue la final, pero eso no sucederá: les desafiaremos públicamente y su honor les obligará a celebrarla.

» Bajo los focos del mundo entero, Tigran será intocable. La cuestión es que, si no conseguimos esa secuencia matemática de

inmediato, tendremos que cancelar el programa Apolo y habremos perdido la carrera espacial. ¿Comprende lo que le digo?

—Lo que no comprendo es mi papel en todo esto.

—Usted es la única persona en el mundo con acceso directo al campeón, gracias al torneo de ajedrez.

—En el mejor de los casos puedo sentarme frente a él. ¿Y entonces qué? ¿Me volverá a entregar una bufanda roja?

El presidente frunció el ceño, algo descolocado. Era evidente que aquel detalle no figuraba en sus informes y no tenía ni la más mínima idea de a qué me estaba refiriendo.

—Solo tendrá que jugar con él —prosiguió, ignorando mi críptico comentario—. Será durante la partida cuando Tigran buscará la forma de transmitir la información. Algo vital para nuestros ingenieros.

—Y para von Braun…

—En efecto. Von Braun es ahora de los nuestros.

Yo no lo tenía tan claro. Ni tampoco que se le pudieran perdonar tantas cosas a cambio de su ayuda.

—Un agente del KGB me amenazó de muerte. Si pongo un pie en la Unión Soviética seguro que cumplirá su amenaza.

—No se preocupe. Gozará de total inmunidad hasta que finalice el torneo.

— ¿Cómo piensan conseguir eso?

— Con la ayuda del líder soviético, el mismísimo Brézhnev. Le exigiremos que garantice la seguridad de nuestro jugador si quiere que haya final. ¿Qué me dice?

—Parece que no tengo alternativa.

—Así se habla —celebró Nixon, tendiéndome la mano para propinarme otra firme sacudida.

Su alegría era puramente artificial. Sabía que iba a aceptar desde que entré por la puerta, igual que lo sabían Abby y Colton. Todo

aquel discurso había sido puro teatro. Pero la amarga verdad es que hubiese aceptado cualquier cosa con tal de jugar la final.

Aun así, un nudo de hielo se instaló en mi estómago. No era el miedo a Vasili o al KGB, sino el terror a enfrentarme de nuevo a Tigran. El pavor a tener que clavar mis ojos en los suyos y asomarme otra vez a aquel abismo negro, a ese caos mental que me había arrebatado la razón hacía veinte años. Sabía que esta vez no podría apartar la mirada; tendría que resistir el empuje de su locura, extraer el secreto que ocultaba y, si era posible, vencerle en su propio terreno. Era un suicidio psicológico, pero lo haría.

El discurso del presidente, mi país y la carrera espacial me importaban poco. Quizá yo no fuera un patriota, sino un simple egoísta. Pero en el fondo así se construye una nación, con múltiples actos egoístas que acaban conduciendo a un bien superior y común. ¿Por qué iba a ser diferente en mi caso? Con todo, antes de marcharme le pregunté:

—¿Qué esperan encontrar en la Luna?

—Nada de valor. Lo único que importa es llegar el primero y demostrarle al mundo quién manda. Si lo conseguimos, seremos líderes durante décadas.

No compartía su entusiasmo, pero asentí y forcé una sonrisa.

36

LA PROMESA DE AMÉRICA

Volví solo hasta la sala del pasadizo sin cruzarme con nadie. Golpeé la pesada puerta con los nudillos y me abrieron.

—¿Cómo se ha portado hoy el jefe? ¿Ha quedado satisfecho, señor Kissinger?

Aunque ahora lo entendía el porqué de su chanza, estaba harto del jueguecito de aquellos tipos. Me limité a seguirlos en silencio de vuelta al aparcamiento.

—Hasta la próxima, señor secretario —se despidieron en tono de burla, justo antes de cerrar la puerta metálica a mis espaldas.

Malditos capullos. Allí me esperaba la furgoneta. El chófer abrió el portón lateral al verme aparecer. Abby estaba en la parte trasera. Me recibió con una sonrisa expectante y dos copas de vino.

—¿Y bien?

—Lo haré. ¿Acaso tenía alternativa?

Suspiró aliviada y me dio un fugaz beso en los labios. Nos pusimos en marcha.

—¿Me acompañarás? —le pregunté tras el segundo brindis.

—Por supuesto. Soy tu mujer y no te abandonaría en un momento tan importante —respondió con un guiño.

Dio un nuevo trago más prolongado y me entregó un sobre de papel manila.

—Aquí está nuestro certificado de matrimonio. Por si los periodistas empiezan a husmear ahora que eres famoso. El guion ya te lo sabes.

Eché un vistazo al interior para comprobar que no bromeaba. Y, en efecto, contenía un certificado oficial falsificado y varios montajes fotográficos impecables. Al parecer, íbamos a poner de nuevo en práctica lo que en su día ensayamos en mi apartamento. Volvería a tener ajedrez y a Abby. ¿Qué más podía pedir?

Volvimos al aeropuerto y cogimos un vuelo directo a Newark. Al aterrizar, Abby recogió una maleta pequeña de una taquilla de consigna, muy parecida a la que había llevado a Moscú en el Torneo de Candidatos. Después, paramos un taxi hasta mi apartamento. Hablamos de varios temas por el camino, pero ni una sola palabra sobre la misión.

Cuando el taxi se detuvo frente a mi edificio, me sorprendió que bajara conmigo. Al entrar, se dirigió directamente a mi habitación y comenzó a vaciar la maleta. Le hizo hueco en el armario a su ropa y colocó su neceser en el aseo con total naturalidad. No hubo explicaciones. Estaba claro que, desde ese momento, ya éramos oficialmente marido y mujer.

Preparamos algo para cenar y volví a tocar el saxo para ella hasta que se quedó dormida en mi cama. Había espacio suficiente para los dos; sin embargo, agarré una manta del armario y me fui a dormir al sofá.

Cuando desperté a la mañana siguiente, me llegó un grato olor desde la cocina. Abby me trajo café y tortitas recién hechas, y me dio los buenos días con un beso.

—Que sea la última vez que me despierto y mi marido no está en la cama conmigo. Me has preocupado.

No supe qué decir, así que desayunamos en silencio.

—¿Cuál es el plan de hoy? —pregunté finalmente.

—Cisnes y parque. ¿Cuál va a ser?

Quedaban siete días para el torneo. Si de verdad iba a participar en el campeonato, tenía que tomármelo mucho más en serio. Dudé que las partidas en el parque y el apoyo de Jack fuesen suficientes para plantarle cara a la maquinaria soviética, pero preferí guardarme

mis reservas.

Salimos de casa temprano y pasamos por el quiosco de camino al parque. Yo compré un par de periódicos del día y ella varias revistas de cotilleos. Nos sentamos en el banco frente a los cisnes. Me enseñó un artículo que inventaba descaradamente toda clase de intimidades sobre mí. Hablaba de falsos romances e incluso de que mi esposa había conseguido por fin perdonar mis excentricidades y mi aislamiento tras años de matrimonio. ¿Lo habría filtrado la gente de Colton? Abby parecía satisfecha con el contenido del reportaje.

Los periódicos serios se limitaban a darle vueltas a los mismos temas: la carrera espacial y el campeonato del mundo de ajedrez. Mi nombre aparecía en ellos, pero ahora la prensa prácticamente me convertía en el héroe nacional destinado a liderar la victoria de Estados Unidos sobre la Unión Soviética.

Al acercarnos a la zona de los tableros, nos siguió un puñado de curiosos, y ella me cogió de la mano. Había un par de mesas ocupadas, pero los jugadores interrumpieron sus partidas de inmediato para cederme el asiento. Me senté y Abby me dio un beso. Empecé a jugar sin mucha concentración; de reojo la veía charlar y cuchichear con diferentes grupos de personas. Cuando llegó Jack, se abrazaron como si se conociesen de toda la vida. Algo de sobreactuación para mi gusto.

Jack se sentó frente a mí y seguimos repasando partidas; consiguió que me centrase en el tablero y me olvidase por unos minutos de Abby y del enjambre que nos rodeaba.

Una hora más tarde, Abby se acercó a nuestra mesa acompañada por un hombre al que presentó como Reuben Vance. Al parecer, era uno de los grandes campeones norteamericanos modernos, famoso por su letal velocidad en el juego relámpago. Jack lo conocía bien, aunque yo apenas había leído su nombre en un puñado de artículos. Mi compañero se levantó para saludarlo y cederle su puesto.

Vance tomó asiento e inclinó la cabeza a modo de saludo. Se le veía concentrado. Las partidas rápidas no eran mi fuerte, y menos contra desconocidos. Jugamos cuatro partidas y perdí dos. Ojalá

pudiera decir que me dejé ganar, pero no fue así. Vance se despidió con otra inclinación de cabeza y se marchó con Abby.

Después seguí jugando con los habituales del parque hasta que se hizo la hora de comer. Cuando me levanté para marcharme, el público rompió a aplaudir. Me sonrojé y correspondí con un torpe asentimiento de cabeza, imitando a Vance. No estaba hecho para tanto reconocimiento. Esperaba que Abby viniese a rescatarme, pero la estaba entrevistando una periodista. Aquella mujer era increíble. Siempre estaba trabajando.

Me molestó un poco, pero en el fondo la admiré. Me hubiese gustado que se centrara más en mí que en su papel en la nueva misión, pero no se podía tener todo. Me hizo un gesto para que me adelantase y eso hice. Me despedí como pude y emprendí el camino de vuelta a mi apartamento. Abby no tardó en alcanzarme.

—¿Cómo ha ido con Reuben?

—No muy bien. El ajedrez rápido no es mi fuerte.

—Es un gran campeón y toda ayuda es poca.

—Prefiero a Jack —dije, para zanjar el tema.

Comimos en el apartamento. Disfruté cada minuto cocinando con ella. Eran instantes fugaces en los que el trabajo no existía. Solo ella, yo y cosas banales. Los grandes momentos de la vida.

Pero lo bueno dura poco: al terminar de comer, Abby me dijo que salíamos. Ni siquiera pregunté. Sabía muy bien que no era un momento de ocio para nosotros. Caminamos hasta la nave abandonada donde empecé a entrenar. Algo se encendió dentro de mí. ¿Estaría allí el profesor Hall? Deseaba que así fuese.

Ella abrió la puerta y cruzamos la nave hasta la sala principal. Estaba bien iluminada y con el *ring* montado de nuevo, aunque esta vez con solo tres mesas de juego. El profesor estaba viendo la televisión en un extremo. Avanzamos por el local sin revelar nuestra presencia. No hizo falta. Se giró cuando estábamos a unos pasos de alcanzarlo. Tenía la barba algo desaliñada y los pelos de quien acaba de despertar. Nos estudió de arriba abajo antes de hablar:

—Mira a quién tenemos aquí: la promesa de América. ¿Me firmaría un autógrafo?

Por su tono de voz áspero y monótono, no supe si realmente se alegraba de verme hasta que se incorporó y extendió los brazos. Me agaché un poco y nos abrazamos.

—Enhorabuena, señor Morgan. Es usted tremendamente hábil —dijo en un tono cordial, muy inusual en él.

—¿Otra vez le han apartado de sus clases?

—Estaba deseando que lo hicieran. Seguí todas sus partidas y disfruté como nunca. Para mí es un honor estar aquí.

Sin embargo, su rostro recuperó el habitual gesto agrio cuando se volvió hacia Abby para saludarla con frialdad. Más bien, para despedirla.

—Os dejaré solos —dijo ella, captando la indirecta al vuelo.

—Se lo agradezco —apuntilló él.

El profesor guardó silencio y la siguió con la mirada hasta que desapareció tras la puerta.

—No sé quién es esa atractiva joven, pero estoy seguro de que no es su mujer.

—¿Quién le ha dicho que es mi mujer?

—Lo acaban de decir en la tele: «La gran prodigio de América llega al parque acompañado de su bella esposa».

Abby no había tardado en desplegar su estrategia mediática.

—En nuestro anterior encuentro no la conocía de nada. Así que, si no os habéis casado en la maldita Unión Soviética...

—No va muy desencaminado.

—No me importa y no me entrometo. Pero no quiero distracciones en los siete días que nos quedan. Y cuanto más atractiva es distracción, peor. No quiero que esté presente en nuestros entrenamientos. Ni ella ni nadie.

—No se preocupe por Abby.

—¿Tampoco debo preocuparme por su maestro tuerto y el resto de mediocres, vagos y borrachos que se reúnen a jugar en el parque?

—No creo que volvamos a ver al Tuerto por allí, no hasta después del campeonato. En cuanto a los demás, la mayoría son buenas personas y apasionados del ajedrez.

—Mediocres.

—Hoy he estado con Jack y con Vance.

—Las partidas rápidas son una pérdida de tiempo. No son ajedrez. Además, no es su estilo de juego. Son poco más que un pasatiempo para las gradas.

—Estoy repasando con Jack las partidas del campeón y elaborando diferentes estrategias.

—Estoy al tanto de sus estudios con él. Jack sabe que no tiene ninguna opción contra el campeón soviético, pero también sabe, al igual que yo, que usted sí. Pero quiero que dejemos al campeón para más adelante. No me importa que siga perdiendo el tiempo con el pueblo llano, pero no quiero que Jack ni nadie se entere de la existencia de este sitio. Si vienen por aquí, pronto se enteraría la prensa y esto se convertiría en un circo. Y, para circos, ya tiene el parque.

—Entendido.

—Ahora pongámonos manos a la obra. Tenemos mucho que hacer y muy poco tiempo.

Lo ayudé a subir al *ring* y fue directo a la pizarra. En ella ya no había un cuadro de torneo, sino dos únicas fotografías.

—He estado estudiando las partidas de Tigran, pero su estilo es... perturbador. Defensivo, pero sumamente irracional. Casi imposible de imitar —confesó el profesor.

Acto seguido, sacó del lateral de su silla la antena de coche extensible que usaba para marcar y señaló la segunda fotografía: un hombre severo, de mirada penetrante y gesto calculador.

—Por eso he decidido que cambiaremos el enfoque —continuó Hall —. Este hombre es Lev Korda. El único jugador en el mundo que ha logrado doblegar al campeón soviético en los últimos cinco años. Y no una, sino dos veces.

—¿Y por qué vamos a jugar contra él si mi rival es Tigran? —pregunté, confundido.

—Porque para derribar un muro de hielo, primero debe aprender a empuñar el martillo de quien ya logró agrietarlo. Si consigue dominar el estilo del hombre que aterra al campeón, estará un paso más cerca de vencerle.

El profesor hizo una pausa para encenderse uno de sus típicos puros y le dio dos caladas profundas antes de continuar.

—He diseccionado el cerebro de Korda con el suficiente detalle como para poder imitar su juego, pero hay que tener en cuenta que es mejor que yo y podría haber deficiencias en mi simulación.

—No lo creo —afirmé con sinceridad.

—Cuando no compite, Korda se gana la vida con las finanzas. Ha escrito tres aburridos libros sobre economía y uno interesante sobre ajedrez. Incluso llegó a ser ministro de Hacienda en su país. Es un tipo metódico y reservado. No podemos confiarnos.

Nos acercamos a la mesa central y comenzamos a jugar. El profesor se volvió a transformar por completo. Todo cambiaba: sus gestos, sus miradas, la cadencia de sus movimientos… Solo le faltaba hablar en su idioma.

Gané la primera partida y me dio ánimos. Pero mi éxito fue efímero, pues perdí la segunda y la tercera aplastado por la implacable frialdad de aquel estilo. No conseguí detectar el patrón hasta que fue demasiado tarde. Hall aplicaba a la perfección lo que los analistas llamaban «la telaraña de Korda»: ofrecía un peón aparentemente indefenso en el centro para abrir la gran diagonal de su alfil de rey, estrangulando mis defensas lenta pero inexorablemente.

En la cuarta partida, a punto de caer de nuevo en una trampa

similar, vislumbré una sombra de decepción en el rostro del profesor porque me estaba arrinconando con demasiada facilidad. Reculé y me encerré en una estrategia ultradefensiva para poder seguir estudiando su juego antes de que me asestara el golpe de gracia. Y fue entonces cuando lo vi. La telaraña tenía un punto ciego si tenías el valor de entregar material pesado. Ejecuté un audaz sacrificio de calidad, cediendo mi torre a cambio de su alfil francotirador, y dejé a Hall completamente desconcertado. Tras ese intercambio, conseguí darle la vuelta a la partida y ganar usando esa misma presión en su contra.

Justo al terminar, apareció Abby con unas bolsas de papel llenas de comida caliente. Cenamos allí mismo, charlando de banalidades para aliviar la pesada tensión que flotaba sobre el tablero. El profesor mantuvo el semblante serio y estoico durante toda la velada, rechazando con cortesía glacial los amables elogios de Abby. Supongo que la seguía viendo como una amenaza letal para mi concentración.

Nos despedimos y regresamos caminando al apartamento. Nos servimos una copa de vino frente a la ventana, compartiendo el sabor y un cómodo silencio. Ella se acostó en mi cama y toqué el saxo hasta que se quedó dormida. Esta vez me metí bajo las sábanas junto a ella. Si se despertó, no lo demostró.

37

TELARAÑA KORDA

Los dos días siguientes fueron un calco del anterior. Nos despertábamos pronto y desayunábamos lo que Abby preparaba. Después salíamos a comprar la prensa y paseábamos por el parque hasta sentarnos frente a los cisnes para leerla.

Siempre había algún artículo relacionado con la carrera espacial o con el campeonato del mundo de ajedrez. Ese era el único instante en el que comentábamos algo referente a la misión. Fuera de aquel banco, el espionaje dejaba de existir. Era como un pacto no escrito.

Abby acaparaba más titulares cada día. «La esposa de Morgan Blake dice…», «La mujer de Morgan Blake opina, vaticina, supone…», «La arrebatadora belleza de la señora Blake…». Yo me hacía el ofendido por la pérdida de protagonismo y le recriminaba con falsa indignación su descarada forma de manipular lo que la prensa escribía sobre mí o, más bien, sobre nosotros.

Cuando llegábamos a las mesas de ajedrez, ella siempre me echaba una mano con la prensa, o eso quise pensar. La otra opción era que me apartaba hábilmente para evitar que yo dijese algo inconveniente. De cualquier forma, la estrategia funcionaba. Cada vez se acercaban más seguidores a las mesas. El parque era una auténtica fiesta.

Jack tampoco faltó a su cita esos dos días y repasamos las partidas de Tigran una y otra vez. Luego volvíamos paseando al apartamento, preparábamos juntos algo de comer y lo disfrutábamos con una o dos copas de vino. Por la tarde, la burbuja estallaba: Abby preparaba un par de fiambreras a modo de cena para el profesor y para mí, y yo me marchaba a la nave industrial. El

profesor no quería interrupciones y, así que ella venía a recogerme cada día un poco más tarde.

En la nave, el profesor se mostraba más serio e inflexible que nunca. Apenas conversábamos y tampoco había tiempo para su habitual mal humor. Se centraba exclusivamente en el tablero. Quizá estaba preocupado por el poco tiempo del que disponíamos y por la frustrante falta de avances iniciales en mi juego.

El profesor no se dio por satisfecho con mi asimilación del primer rival hasta el final del segundo día. Había logrado memorizar y desactivar por completo la temida «telaraña de Korda», usando mi audaz sacrificio de calidad como un bisturí para desgarrar sus defensas antes de que pudiera estrangularme. En esa última jornada, el balance fue incontestable: seis partidas a mi favor y solo una en mi contra.

Abby se presentó pasada la medianoche para recogerme. Al llegar a casa, se durmió antes de que pudiera sacar el saxo del estuche.

El tercer día, a falta de cuatro para las finales, la lectura de la prensa en el parque me dejó estupefacto. Había una entrevista a Abby donde confesaba que vivía aterrorizada por mi seguridad. Afirmaba que durante nuestra estancia en las clasificatorias de la Unión Soviética me habían amenazado de muerte. Y era cierto, Vasili lo había hecho. La entrevista se cortaba abruptamente porque, según la periodista, mi mujer rompió a llorar desconsolada. Cuando le enseñé el fragmento, ella se limitó a guiñarme el ojo.

Al acercarnos a las mesas del parque, nos esperaban muchos más periodistas de lo habitual. Se abalanzaron sobre nosotros en cuento nos reconocieron, como hienas hambrientas. Algunos casi me derriban.

—¿Es cierto eso? ¿Le amenazaron de muerte? ¿Tiene miedo de regresar a la Unión Soviética para jugar la final?

Las preguntas se atropellaban unas a otras y yo no sabía qué responder para no dar un paso en falso. Fue Abby la que, cómo no, solucionó la papeleta. Se subió a uno de los bancos y alzó la voz por encima del bullicio:

—¿Acaso dudan de mi palabra? Si necesitan alguna aclaración yo misma se la daré, pero mi marido no tiene tiempo para esto. Necesita entrenar.

La mayoría de los presentes apoyó su comentario y consiguió que me dejasen jugar mientras ella les atendía. Yo me centré en el ajedrez. Jack no apareció ese día, pero sí lo hizo el campeón Reuben Vance. En esta ocasión le gané tres de las cuatro partidas rápidas que jugamos. Me sentí genuinamente orgulloso de mi progresión.

Por la tarde, el profesor Hall propuso un cambio radical de enfoque en la nave. Ya no bastaba con saber sobrevivir a la «telaraña de Korda»; ahora yo debía convertirme en Korda. Tenía que dominar y aplicar su técnica asfixiante a la perfección, por si me veía obligado a usarla en la final contra Tigran. El profesor se defendió imitando mis propias tácticas, usando las mismas rutas de escape que habíamos diseñado el día anterior. Y lo cierto es que no pude atraparle. Perdí la inmensa mayoría de las partidas. Mi red era demasiado frágil, carecía de la letalidad del verdadero Korda.

Abby pasó a recogerme al filo de la medianoche. El profesor no estaba contento con mi evolución, y yo tampoco. Le pidió a Abby que habilitaran en la nave una cama para mí.

Llegamos al apartamento pasada la una de la madrugada. Abby estaba cansada, pero alegre. Yo, en cambio, estaba exhausto y frustrado por el resultado de mis últimas partidas. En cuanto Abby se quedó dormida me puse a estudiar un libro de aperturas recomendado por el profesor. Necesitaba detectar los fallos de mi juego, una forma de tensar los hilos de la telaraña para que fuera inquebrantable. Seguí practicando hasta que la vista se me nubló de puro agotamiento. Esa noche apenas pude descansar en las pocas horas que restaban: me acechaba el espectro de Vasili, el pánico a no llegar preparado a las finales y, por encima de todo, el terror a asomarme de nuevo a ese abismo negro que se ocultaba en los ojos de Tigran.

Por la mañana volvimos a la rutina, con la salvedad de que me desperté una hora más tarde. Abby me lo permitió alegando que

podíamos recortar las horas de parque, pero no las del profesor. Ya sentados junto al estanque de los cisnes, el titular que copaba la prensa, acompañado de una imagen del presidente Nixon, afirmaba que llegaríamos a la Luna antes que los soviéticos. Un encendido discurso que enmarcaba la carrera espacial como un asunto de seguridad nacional.

En la segunda página se recogía un órdago diplomático sin precedentes: el campeonato de ajedrez podría suspenderse. El presidente Nixon aseguraba que no pondría en riesgo la vida de sus ciudadanos sin una garantía de protección escrita e ineludible del propio líder soviético, Leonid Brézhnev. Empecé a entender la magistral estrategia de Abby y Colton Reed. Ella sonrió con satisfacción al ver mi expresión de asombro.

Jack nos esperaba en las mesas del parque. Practiqué con él toda la mañana, puliendo mis cierres de diagonales y probando nuevas celadas que había extraído de mis horas de insomnio. Apenas jugué un par de partidas con los admiradores y curiosos. Supongo que los decepcioné un poco.

Abby se adelantó a casa. Al regresar, la mesa ya estaba servida y también encontré una pequeña maleta junto a la entrada. Contenía algo de ropa limpia y algunas raciones. Todo apuntaba a que Abby había cumplido la petición del profesor. No me apetecía nada dormir en aquella nave fría e inhóspita, pero era consciente del problema y de que el reloj corría en nuestra contra.

Aquella tarde en la nave tampoco fui capaz de desplegar la telaraña con la letalidad esperada y perdí la mitad de las partidas. El profesor era realmente bueno defendiéndose, desarticulando mis ataques por los flancos. Quizá debía ser él quien se enfrentase al campeón soviético y no yo. Abby apareció sobre las diez de la noche, pero se marchó rápido. El profesor se encargó de dejar muy claro que su presencia era una molestia, así que solo tuvo tiempo de dejarnos más provisiones.

Aquella noche pernoctamos entre los fríos muros de hormigón. El profesor se colocó junto a su cama, pero durmió en la silla de

ruedas. Si es que realmente llegó a pegar ojo. Yo me tumbé en el catre y conseguí descansar unas horas. Me desperté varias veces y el profesor seguía sentado, inmóvil. Parecía más concentrado que dormido, analizando jugadas en la penumbra.

Al día siguiente no hubo ni cisnes ni mesas de ajedrez. Lo pasamos entero en la nave. El profesor me miraba fijamente desde la silla cuando me desperté.

—Ya era hora —dijo con una mueca de disgusto, pese a que todavía era noche cerrada.

Lo tenía todo preparado. Vimos vídeos, repasamos partidas escritas y jugamos una y otra vez, analizando la tensión en el centro del tablero y cómo estrangular la movilidad del caballo rival en el momento exacto de desplegar la telaraña de Korda. Aun así, a lo largo de la mañana perdí de nuevo la mitad de los enfrentamientos.

Pero por la tarde, algo se iluminó en mi interior. Me di cuenta de que el error no estaba en el ataque, sino en el ritmo; retrasé un tiempo el movimiento de mi peón de dama, cediendo una falsa iniciativa a Hall, y cuando mordió el anzuelo, la telaraña se cerró de golpe y gané. Aplicando variaciones con una lógica similar arrasé en el tablero el resto de la tarde.

Mis victorias animaron al profesor. Cuando llegó Abby, Hall sacó una botella de licor fuerte y brindamos. Fue la primera vez que el profesor permitió de buen grado que ella se quedase un rato con nosotros. Entrada la noche, regresé con Abby al apartamento contando con el visto bueno del profesor.

—Descansa esta noche, porque las que restan serán intensas —sentenció Hall a modo de despedida, levantando su vaso de cristal grueso—. Ya tienes el martillo. Ahora solo falta que no te tiemble el pulso al golpear el hielo.

38

CIFRADO EN BLANCO Y NEGRO

Esa noche fui yo quien se durmió primero. Me despertó el trajín de Abby en la cocina y el aroma de las tortitas recién hechas. Volvimos a la rutina: desayuno, paseo y prensa frente a los cisnes.

En los periódicos, los columnistas se preguntaban por qué no había ido al parque el día anterior y si volvería antes del campeonato. Las páginas recogían testimonios de aficionados que mostraban su decepción, quejándose de haber hecho muchos kilómetros solo para verme. En los noticieros de la televisión también se hicieron eco de mi ausencia. Abby tampoco se había acercado por el parque, seguramente con la intención de alimentar esa incertidumbre y expectación mediática.

Pero lo más interesante de las noticias era el feroz intercambio de acusaciones entre los presidentes de ambas superpotencias. Nixon afirmaba que habían amenazado a su aspirante al título porque estaban asustados y temían perder la hegemonía intelectual del bloque soviético. El líder soviético, Leonid Brézhnev, replicaba que eran viles mentiras, un burdo complot porque los americanos sabían que no estaban a la altura y buscaban una excusa para evitar otra sonora derrota, haciendo alusión directa a la carrera espacial.

Finalmente, acorralado por la opinión pública internacional, el mandatario soviético prometió garantizar personalmente mi protección absoluta hasta el final del torneo. Supuse que el objetivo de toda aquella farsa orquestada por la Agencia estaba logrado: tenía vía libre en Moscú.

Tras nuestro repaso matutino a la prensa, caminamos hasta las mesas del parque. Nuestra presencia causó un gran alboroto. Tuve

que parapetarme detrás de Abby para eludir a los reporteros y a varias cámaras de televisión locales. Ella supo manejarlos; los apaciguó con su encanto y aceptaron entrevistarla solo a ella, respetando mi entrenamiento.

Jack y Reuben estaban allí, seguramente convocados por Abby para mantener la fachada. Pasé la mayor parte del tiempo jugando con ellos. Abby, como siempre, atendió a todos los que nos rodeaban y nos consiguió cierta tranquilidad. Nos retiramos del parque algo más temprano de lo habitual. Muchos aplaudieron mientras nos alejábamos, como si despidieran a un soldado que parte al frente.

Preparamos una sencilla ensalada de pasta y comimos en la tranquila intimidad del apartamento. Luego le toqué unos suaves acordes a Rita mientras Abby hacía la maleta y me empacaba la cena para la larga noche que me esperaba. Me acompañó hasta la nave y se despidió en la puerta, fundiéndose en la oscuridad sin llegar a entrar.

El profesor me esperaba en la estancia principal. Consultó el reloj al verme entrar y, sin mediar palabra, hizo girar la silla y se impulsó hasta las escalerillas de acceso al *ring* de juego. Le ayudé a subir y fuimos directos a la mesa central. En la pizarra solo quedaba la foto de Tigran Spassky, el imponente campeón del mundo soviético. Nos sentamos.

—Tigran. El muro de hierro de Moscú. Solo ha perdido un puñado de partidas en toda su carrera profesional. Nunca he visto a alguien como él. Aunque dispusiera de tiempo ilimitado, no podría hacer una imitación digna de su juego. Su mente es una incógnita. Cada partida es diferente a la anterior y hay jugadas que llevan su nombre porque él mismo las inventó. Como ya le he dicho, no sigue una línea de juego clara. Pero por fortuna, nuestro trabajo aquí no es ganarle. Solo tenemos que conversar con él.

—¿Y cómo vamos a hablar delante de todo el mundo?

—Eso es lo genial. Todo lo que nos diga lo podrán escuchar en tiempo real desde cualquier parte del planeta. No le responderá a

usted, nos responderá a todos a través de los comentaristas que retransmitan la partida. ¿No le parece una jugada maestra de espionaje?

—Me parece fascinante —dije sin mucho convencimiento—. Pero todavía no me ha dicho cómo voy a conversar con él sin que me detengan de inmediato. Sobre todo cuando está prohibido hablar durante la partida.

—Muy sencillo. Imagine que las sesenta y cuatro casillas del tablero equivalen a una matriz alfanumérica. Cada escaque representa una letra, un número o un símbolo matemático de esa secuencia maestra que los nuestros necesitan para descifrar la telemetría. Él «escribirá» el algoritmo con la casilla de destino de sus piezas. Nos hablará con sus movimientos. Y la Agencia, desde el cuartel general, registrará la partida y la traducirá en tiempo real.

Lo cierto es que su lógica me sorprendió.

—¿Así de sencillo? —pregunté, frunciendo el ceño—. Si empezamos a mover piezas de forma absurda para deletrear palabras, cualquier Gran Maestro que analice la partida se dará cuenta en cinco minutos de que está amañada.

—Por supuesto. Por eso el método de comunicación es algo más complejo y sofisticado, para evitar precisamente eso.

El profesor se inclinó sobre el tablero, con los ojos brillando de excitación táctica.

—Tigran es famoso por su estilo profiláctico. Le encanta cerrar el centro del tablero y hacer docenas de «jugadas de espera», maniobrando sus caballos y alfiles detrás de su propia línea de peones sin atacar. Para el mundo entero, será el Tigran de siempre, preparando su aburrida e impenetrable defensa. Su misión, Morgan, es facilitarle ese lienzo. Tiene que forzar aperturas cerradas, como la Defensa Francesa o la Caro-Kann. Debe bloquear el centro para que él tenga el espacio y la excusa perfecta para mover sus piezas de un lado a otro sin levantar sospechas.

—Eso llevará tiempo… —repliqué.

—Por supuesto que llevará tiempo, Blake. No le va a dar la contraseña de su taquilla —gruñó Hall—. Deberá que dictar a ciegas código fuente, diagramas técnicos e instrucciones exactas de ingeniería. Por cada movimiento que contenga «datos», Tigran tendrá que hacer tres o cuatro jugadas tácticas de «relleno» para que la partida siga teniendo un sentido ajedrecístico impecable a ojos de los jueces.

—Entonces… ¿Cuánto cree que tardará en darnos el maldito algoritmo?

—Cientos, quizá miles de movimientos. Es el equivalente a telegrafiar un manual técnico avanzado, letra a letra, mientras se defiende de sus ataques. Por suerte, la final es al mejor de veinticuatro partidas. Eso nos da un margen enorme.

—Entiendo —murmuré, asimilando por fin la verdadera naturaleza de la misión—. Empates largos. Tablas de sesenta movimientos.

—Exacto —sentenció, llevándose un puro a los labios sin llegar a encenderlo—. Simular tantas jugadas sin que nadie sospeche que la partida es un fraude no es nada sencillo. Y eso es justo lo que vamos a estudiar estos dos últimos días. Fingiremos un sinfín de estocadas, un toma y daca constante pero sin sacrificar muchas piezas. Lo más importante es que sus movimientos deben dejarle el terreno libre para que pueda comunicarse con facilidad sin que parezca que se está dejando ganar.

—¿Y cómo sabré cuándo ha terminado de transmitir la secuencia?

—Nos informará del «cambio y corto» con un movimiento altamente inusual y acordado previamente: le ofrecerá un sacrificio de Dama evidente que resultaría en un ahogado o en unas tablas inmediatas. Cuando haga eso, la transmisión habrá terminado.

Era curioso, simple y genial. El campeón iba a contar un secreto que sería transmitido en directo a todo el mundo por los propios comentaristas soviéticos. Esta vez, al menos, yo me acabaría enterando también del secreto en cuestión.

—¿Y qué ocurrirá cuando haga ese movimiento final?

—Empezará la verdadera partida y estará usted solo contra el campeón. Colton Reed cree que ahí termina su trabajo. Él quiere que usted no sea más que un cartero glorificado. Pero yo no le he entrenado solo para entregar el correo, señor Blake. Llegados a ese punto, en cuanto Tigran termine de hablar, usted desatará la telaraña de Korda y lo estrangulará en su propio juego.

Hall me miró con una ferocidad inusitada, masticando la boquilla del puro apagado.

—Colton nos ordenó que no intentara ganar —prosiguió—. Yo le ordeno que lo aplaste. Durante las primeras partidas intercambiarán victorias y empates para prolongar el torneo y la transmisión. Pero cuando él envíe la última cifra... acabe con él.

Dedicamos las siguientes cuatro horas a la parte teórica de esta curiosa forma de comunicación. Era compleja, pero no tardé en asimilar la mecánica. Luego practicamos la forma de construir la matriz en mi cabeza. Era más pesada la parte de «escuchar» que la de «hablar». Esta última era, a fin de cuentas, pura mecánica posicional. Mi trabajo consistiría en anticipar las coordenadas más probables del mensaje y despejarle esas casillas para que pudiera teclearlas sin levantar sospechas, camuflando toda la maniobra bajo falsos ataques y defensas.

La gente corriente y los aficionados al ajedrez no se darían cuenta, pero aquello era el campeonato del mundo y estaríamos bajo la mirada de decenas de expertos e incluso de las grandes computadoras del régimen soviético. Hicimos un breve descanso para tomar algo y seguimos entrenando hasta altas horas de la noche. Abby no vino a vernos.

—¿De verdad le amenazaron en la Unión Soviética? —me preguntó el profesor antes dar por terminada la jornada. Seguía sentado en su silla de ruedas, envuelto en la penumbra.

—Sí, pero no tuvo nada que ver con que tengan miedo a perder el título. El que de verdad está asustado soy yo.

—Lo imaginaba. Pero no se infravalore, señor Blake. Usted tiene un don para el ajedrez y, si alguien puede derrotar al campeón, es

usted.

—Gracias.

Esa noche apenas logré conciliar el sueño. Le di vueltas a todo una vez más: a la muerte de aquel tipo en Moscú, a la amenaza de Vasili, al asesinato de Evelyn, a los «astronautas» en aquella nave perdida. Saqué mis propias conclusiones. Pero lo que más me acechó en la oscuridad volvieron a ser los ojos de Tigran.

Si llegaba a enfrentarme a él, no me preocupaba la comunicación; me preocupaba la partida real. ¿Sería capaz de vencerle? ¿Podría siquiera hacerle frente cuando su abismo mental intentara devorarme de nuevo, como lo había hecho veinte años atrás? Mucha gente confiaba en mí y yo sentía que no estaba preparado.

A la mañana siguiente el frío de la nave nos despertó de madrugada. Tras un desayuno frugal y poco elaborado, que nada tenía que ver con la cocina de Abby, seguimos practicando las conversaciones cifradas. El profesor consiguió «telegrafiarme» unas cuantas frases a través de sus jugadas. Resultó ser relativamente sencillo anticiparse y dejarle espacio para expresarse si yo mantenía mis alfiles en posiciones pasivas.

En una hora de juego, logramos completar un párrafo entero de información matemática pura. El profesor se mostró más animado y tranquilo ante nuestros avances. Terminamos tarde y cenamos en la nave con las sobras de la víspera, pues Abby tampoco apareció aquel último día. Con toda probabilidad lo habían pactado así. Charlamos de la vida un rato más antes de que el silencio de la nave nos engullera por completo.

39

LA ANTESALA DEL ABISMO

Abby se presentó temprano en la nave acompañada de Colton Reed. Cualquier vana esperanza de no volver a verle la cara a aquel burócrata de las sombras se esfumó de golpe.

—¿Está preparado? —preguntó Reed, mirando directamente al profesor.

Hall asintió con lentitud, sin dejarse intimidar lo más mínimo.

—Recuerde… si alguien puede ganar, ese es usted —afirmó Hall, desafiando a Colton.

Luego se despidió de mí con un enérgico apretón de manos, un gesto mudo que transmitía más lealtad que cualquier discurso patriótico. Abby se prestó a llevarlo hasta la salida, pero el profesor no se lo permitió. Usó sus fuertes brazos para impulsar las ruedas y avanzar por sus propios medios, escoltado por ella.

Me quedé a solas con Reed. El hombre de las mil caras. No podía fiarme de él, era el homólogo de Vasili en nuestro país. Me propuse no dirigirle la palabra a aquel agente sin escrúpulos, pero tenía una espina clavada y no pude contenerme.

—¿Pudieron interceptar el material que introdujeron en América en aquel contenedor?

Colton asintió, impasible.

—Entonces sabrá que toda su organización es una farsa.

Su semblante se endureció una fracción de segundo.

—Que una pepita no sea oro, no significa que el oro no exista.

—¿De qué se trataba exactamente? Le he dado muchas vueltas y

solo puede ser uranio o algún isótopo similar.

Colton no contestó, así que lo hice yo por él.

—Los ataques pretendían ser una carnicería silenciosa. Esas estructuras metálicas que encontramos eran emisores direccionales de microondas. Iban a cocer literalmente los cerebros de von Braun y de nuestro equipo a través del muro sin dejar rastro. Exactamente igual que como atacaron la embajada americana en la Unión Soviética, mediante un bombardeo constante de radiación. Invisible, lento y letal. Con el tiempo, el arma logró su objetivo causando lesiones internas en los afectados; por eso los embajadores acabaron falleciendo de cáncer.

—Es una posibilidad teórica —concedió fríamente.

—Es mucho más que una posibilidad. Ante el éxito, lo intentaron de forma acelerada contra von Braun en Moscú, pero Abby logró frustrar su plan. Y ahora lo están intentando aquí, en nuestro país. Para ello han usado pisos francos cerca de donde reside y trabaja el científico. Incluso utilizaron kamikazes que cargaban en la cintura con isótopos radiactivos para poder acercarse más. Como aquel pobre desgraciado de la foto, que acabamos encontrando casi muerto en la Unión Soviética con el cuerpo deshecho por los efectos nocivos de la radiación, y al que Vasili remató de un disparo para no dejar cabos sueltos. Nada de espías psíquicos. Nada de lucha de mentes ni bobadas por el estilo.

—Veo que sus dotes detectivescas no han mermado. Quizá sus afirmaciones sean un tanto fantasiosas, pero tan válidas como cualquier otra. De cualquier forma, hemos tenido éxito protegiendo a von Braun. Ese era nuestro cometido y lo hemos cumplido. Pero dígame una cosa, señor Blake... ¿cómo logramos encontrar al agente soviético? Piénselo… ¿Cómo lo logró Abby? Y más difícil todavía, ¿cómo llegaron hasta él Evelyn y usted?

Guardé silencio, incómodo.

—Si todo se reduce a tuercas y radiación —prosiguió Colton, acercándose un paso—, explíqueme cómo logró usted, en medio de la inmensidad de la taiga siberiana, caminar directamente hacia los

restos de la nave estrellada antes incluso que los propios batallones de búsqueda soviéticos. ¿Me va a decir que fue una simple corazonada de detective?

—Estoy seguro de que todo eso tiene una explicación racional. Y no vuelva a mencionar jamás a Evelyn en mi presencia. No tiene derecho a hacerlo —espeté, furioso.

—Comprendo su enfado, pero yo no soy responsable de lo que le sucedió. Formaba parte de su trabajo y ella conocía los riesgos.

—¿También formaba parte de mi trabajo morir abandonado en la taiga?

—Estaba previsto que sobreviviera, pero cuando las cosas se tuercen, cada uno es responsable de salvar su propio pellejo. Así funciona este negocio. Y ya que hablamos de su trabajo, no olvide cuál es su cometido real frente al tablero: deje que el campeón le transmita la información. No intente ser un héroe ganando el título.

En ese momento entró Abby, luciendo su mejor sonrisa. Era capaz de disipar la tensión del ambiente con su sola presencia. Se colocó a mi lado y me tendió el brazo. Entrelacé el mío con el suyo, sintiendo su calor como un salvavidas.

—¿Está mi marido preparado para ganar el campeonato del mundo de ajedrez y hacer historia?

—Preparado.

Salí con ella de la nave y dejamos a Colton atrás. Fuera nos esperaba una furgoneta oscura que nos condujo hasta el aeropuerto. Esta vez no hubo vendas ni cristales tintados. Lo que sí encontramos fueron dos copas de cristal y una botella de vino tinto. Brindamos.

Al llegar a la entrada, un enjambre de reporteros y fotógrafos nos asaltó en la acera. Los flashes estallaron cegándonos, mientras los micrófonos buscaban desesperadamente una declaración de intenciones. Abby y yo mantuvimos la cabeza alta, avanzando escoltados hasta que las fuerzas de seguridad lograron interponerse y bloquearles el paso. Como era costumbre, accedimos a un área de la terminal reservada exclusivamente para nosotros.

En el avión, el pasaje estaba claramente dividido. En las primeras filas se agolpaba una cuidada selección de periodistas aprobados por el Gobierno, tecleando furiosamente en sus máquinas de escribir portátiles para alimentar el engranaje de la propaganda. En la parte trasera se agrupaban los «escudos» de Colton; ese extraño escuadrón de psíquicos con aspecto de ratones de biblioteca.

Abby y yo nos sentamos algo separados del resto, en la burbuja central de la aeronave. Tomamos unos refrescos y charlamos de diversos temas intrascendentes. Ambos evitamos nombrar a Colton y lo agradecí. Ella consiguió que no aflorasen mis nervios por el campeonato y que el vuelo resultase ameno.

Aterrizamos en la Unión Soviética sin novedad. Permanecimos un buen rato en el interior del avión. Por la ventanilla pude ver cómo un autobús blindado, escoltado por varios vehículos militares, se aproximaba para recogernos. Un pelotón de soldados armados aseguró el perímetro para nuestro traslado directo al autobús. El mandamás ruso parecía dispuesto a cumplir su palabra.

Busqué a Vasili entre ellos, pero no lo encontré. Me había advertido de que si lo volvía a ver me mataría, y no era un hombre al que tomar en broma. Me dije a mí mismo que si conseguía no cruzar nuestras miradas, quizá evitaría que cumpliese su amenaza. Así que aparté la vista de la ventanilla, pero por poco tiempo. Era incapaz de dejar de buscarlo entre los que nos escoltaban. Tenía grabada a fuego aquella figura con gabardina, sombrero y mirada gacha. Distante, como ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

Descendimos por la escalerilla trasera y caminamos unos metros hasta el autobús, flanqueados por los soldados. Apreté con fuerza el asa de cuero del estuche de mi saxofón; era lo único que me anclaba a la cordura en aquel país. De allí pusimos rumbo al hotel, siempre escoltados por los vehículos militares.

El edificio entero había sido vaciado para nosotros; éramos los únicos huéspedes durante la final del torneo. Abby se encargó de los trámites y no tardó en conseguir la llave de nuestra habitación. Las maletas ya estaban dentro cuando accedimos. Los escoltas

americanos se alojaron en las dos habitaciones contiguas y nos prohibieron abandonar el hotel sin su permiso.

Deshicimos el escueto equipaje y Abby sacó algunas bolsas de comida precintada. Me guiñó un ojo y me aseguró que todo era cien por cien americano. Había que cuidar el estómago para poder rendir al máximo a la mañana siguiente. Toda precaución era poca para evitar un envenenamiento accidental.

Nos acostamos temprano. La tensión acumulada en mi cuello era tan rígida como el hormigón. Abby debió notarlo, porque me pidió que me tumbara boca abajo sobre las sábanas. Se sentó a horcajadas sobre mis muslos y deslizó sus cálidas manos bajo mi camisa. Empezó a masajearme los hombros y la espalda con una firmeza sorprendente, deshaciendo los nudos de estrés con movimientos circulares y pausados. No había urgencia ni dobles intenciones, solo una intimidad profunda, sensual y reconfortante. El roce de sus dedos logró acallar el ruido de las microondas, la fría voz de Colton y la amenaza de Vasili. Bajo el cuidado de sus manos, cerré los ojos y, por primera vez en días, caí en un sueño profundo y sin pesadillas.

40

EL TABLERO OUIJA

Nos levantamos temprano. Abby preparó un par de sándwiches vegetales envasados al vacío y dos zumos de piña en lata de raciones militares. Era un desayuno aséptico y sin alma, pero era el precio a pagar por garantizar que mi comida no estuviera aderezada con algún veneno indetectable. Permanecimos en la habitación hasta que nuestros escoltas tocaron a la puerta. Nos esperaron fuera para acompañarnos hasta el autobús. El resto de pasajeros del vuelo ya estaban en sus asientos.

Fuimos directos al mismo pabellón del Torneo de Candidatos. A nuestra llegada, una marea humana rodeaba el edificio. Al bajar, el estruendo fue ensordecedor: vítores patrióticos y cánticos para su héroe local se mezclaban con abucheos y silbidos cargados de odio dirigidos a mí.

Allí nos separamos. A mí me llevaron a la parte inferior de las gradas, casi a pie de pista. A Abby y a mi equipo de escudos los acomodaron a media altura. En el centro del pabellón había una única mesa protegida por un grueso cubículo de cristal, que a buen seguro era antibalas y estaba insonorizado. Todo el perímetro se encontraba repleto de militares armados y varias cámaras de televisión. En el extremo opuesto del pabellón aguardaba nuestro rival soviético, algo separado de sus escoltas.

Al poco, un repentino revuelo entre el personal anunció la aparición del líder soviético, Leonid Brézhnev. Subió a un pequeño atril situado al inicio de la zona de juego, enmarcado por una enorme bandera con la hoz y el martillo. Pronunció unas palabras para las cámaras, que no le perdían de vista. Aunque no entendí prácticamente nada, supe que estaba inaugurando la final del

campeonato mundial de ajedrez y garantizando públicamente nuestra seguridad. Los acordes del himno nacional lo despidieron. A continuación, un hombre corpulento, el árbitro principal, ocupó el atril para recordar con voz solemne las reglas de la final: el primero en alcanzar doce puntos y medio se coronaría campeón, con un máximo de veinticuatro partidas. Tras el anuncio, pronunció nuestros nombres.

Un guardia me hizo un gesto. Lo seguí hasta la campana de cristal al mismo tiempo que Tigran Spassky descendía por el extremo opuesto. El campeón soviético era un hombre de rostro afilado, cejas pobladas y una expresión de aburrimiento casi insultante. Llevaba un audífono en la oreja derecha que, según me había advertido Jack, solía apagar durante los encuentros para aislarse por completo del mundo. Aunque las paredes eran de transparentes, sentí una punzada de claustrofobia al sentarme. Junto al tablero descansaban el reloj y las dos libretas para apuntar los movimientos. Mi contrincante se sentó enfrente y, tras saludarnos con una pequeña inclinación de cabeza en la que ni siquiera llegó a mirarme a los ojos, dio comienzo la primera partida.

Al principio nos tanteamos. Yo cerré el centro, forzando una estructura de peones sumisa, dejándole todo el espacio del mundo para que empezara a «escribir» su código matemático. Esperé su primer movimiento ilógico. Esperé la señal. Pero no llegó. Tigran desplegó su habitual estilo profiláctico, sí, pero con una agresividad posicional asfixiante. Acorraló mis piezas, ignoró cualquier oportunidad de transmitirme datos y me trituró lentamente. En menos de cuarenta jugadas, me vi obligado a rendirme. Perdí la primera partida de forma humillante.

El pánico me invadió mientras el árbitro reponía las piezas para el siguiente asalto. «Seguramente no lo sabe», comprendí de golpe. El KGB lo había aislado con tanta eficacia semanas atrás que los contactos de Colton, muy probablemente, no habían podido hacerle llegar la orden de activación. Según me había explicado el profesor Hall, el sistema de comunicación alfanumérica se diseñó en su día como un protocolo de emergencia; era muy posible que, en este

momento, Tigran no tuviera ni la menor idea de que habíamos encontrado la nave siniestrada gracias a su chivatazo inicial. Para él, sin el aviso previo de sus enlaces, aquella final era un simple torneo y yo solo era un americano al que debía aplastar.

Era ahora o nunca. El campeonato terminaría a mediados de junio y el lanzamiento del Apolo 11 estaba previsto para mediados de julio. Si no conseguía esa información aquí, nuestros astronautas correrían el riesgo de arder en la reentrada.

La segunda partida comenzó tras un breve receso. Esta vez no podía esperar a que él diera el primer paso; tenía que ser yo quien le «hablara» primero para despertar al agente durmiente. Forcé una Defensa Francesa ultracerrada, tal como me había enseñado el profesor Hall, y a partir de mi octavo movimiento, empecé a deletrear. Sacrifiqué tiempos vitales moviendo mis caballos y alfiles a casillas aparentemente absurdas, pero que en nuestra matriz alfanumérica formaban una palabra inconfundible: T-U-N-G-U-S-K-A. Era la prueba de que teníamos el módulo y necesitábamos la clave. El equivalente ajedrecístico a mostrarle mi placa de la CIA por debajo de la mesa.

Tigran detuvo su mano sobre el reloj. Por primera vez en toda la mañana, levantó la vista del tablero y me miró. Sus ojos, oscuros como pozos sin fondo, se clavaron en los míos. Sentí el vértigo de su abismo mental tirando de mí, arrastrándome hacia su caos. Aguanté la mirada, suplicando en silencio que entendiera el mensaje. Tigran parpadeó lentamente, comprendiendo de súbito por qué un americano estaba sentado frente a él ejecutando movimientos ilógicos. Devolvió la vista al tablero y, en lugar de castigar mi error, movió su alfil a una casilla completamente pasiva. La letra «A». La secuencia había comenzado.

Al principio, mi curiosidad me hizo estar atento a lo que el campeón transmitía mediante el tablero de ajedrez, convertido ahora en una especie de tabla ouija. Pero según pasaban los minutos, fui perdiendo interés. Todo era aburrida jerga aeronáutica e infinidad de datos numéricos. Los criptógrafos en América debían de estar

encantados, pero yo empecé a desconectar. Supongo que, en el fondo, esperaba que desvelara algo más emocionante: vida en la Luna o algún gran secreto de Estado, no una sopa de ecuaciones matemáticas.

Pasaron más de dos horas y solo habíamos perdido tres peones cada uno, además de un alfil él y un caballo yo. Simulamos estar estudiándonos a fondo, tejiendo una maraña incomprensible de maniobras que, a buen seguro, estaría volviendo loco al comentarista de la partida. A medida que el hastío se apoderaba de mí, la mente empezó a jugarme malas pasadas y me asaltaron mis peores temores. Escudriñé el entorno a través de los reflejos del cristal buscando a Vasili, pero no encontré ni rastro de él. Algún detalle positivo tenía que tener el día.

Acordamos las tablas en el movimiento sesenta y cinco. Tigran se levantó, me ofreció otra fría inclinación de cabeza y salió de la urna.

Abandoné la jaula de cristal tras siete agotadoras horas de juego. Vi cómo actualizaban los puntos en un tablón, el balance era claro: Tigran 1.5, Morgan 0.5. De poco más pude percatarme, pues estaba demasiado aturdido. Busqué a Abby entre los asistentes, pero no logré dar con ella hasta que me condujeron de vuelta al autobús.

Todos en el autobús me esperaban en sus respectivos asientos. Se hizo un silencio algo tenso cuando me vieron entrar, pero no tardaron en romperlo con un efusivo aplauso. Abby debió notar algo en mi estado de ánimo y vino a socorrerme. Tiró de mí para que me sentara junto a ella.

—¿Te encuentras bien?

Evité contestar. Cuando cesaron los vítores, correspondí tibiamente con un asentimiento de cabeza. No lograba sacarme de la mente las contradicciones que encontré dentro de los ojos de mi rival y de mí mismo veinte años atrás. Dejé el ajedrez para evitar quedar atrapado en ese pozo de oscuridad sin fondo y ahora estaba de nuevo al borde del mismo. Supe que, si volvía a asomarme, lo más probable era que cayese en él. Lo más prudente era volver a alejarme del ajedrez, pero aún me quedaban veintidós partidas por

delante.

—¿Has comido o bebido algo en el pabellón?

La pregunta de Abby me sacó de mis oscuros pensamientos. Ya estábamos en nuestra habitación del hotel. Me dejé caer en el borde de la cama y negué con la cabeza. Ella se sentó a mi lado y empezó a frotarme la espalda.

—¿Qué te preocupa?

—Tengo miedo.

—Vasili no puede tocarte. No con la promesa pública del líder soviético.

Negué lentamente.

—¿Temes al campeón?

—A los ojos del campeón.

Abby tardó unos segundos en continuar.

—Son sus ojos los que te revelan su juego, ¿verdad?

—Me revelan su juego, pero también el caos de su mente. Sus contradicciones. Su locura. Y lo peor es que me arrastran a ella.

Me quitó la chaqueta y siguió desvistiéndome hasta dejarme en ropa interior. Ella se quitó la suya y después la blusa. Se apoyó en mis hombros para tumbarme y se sentó a horcajadas sobre mí. Empezó a masajearme de nuevo el cuello y la espalda. Mi piel sentía electricidad al contacto de sus manos, suaves y calientes. Expertas.

—No necesitas ganar, Morgan. Cumple la misión y deja que Tigran se quede con su título.

—No puedo.

—Entiendo…

—No sé lo que ocurrirá mañana. Quizá cuando volvamos a vernos, ya no sea yo.

—Para vencerle no necesitas mirarle a los ojos. Puedes penetrar en su mente sin establecer contacto visual, como lo hacíamos mi hermana y yo. Solo necesitas concentrarte, vaciar tu cabeza y lograr

que las ondas de vuestros cerebros vibren al mismo ritmo. En ese momento sabrás lo que piensa. Podrás anticipar lo que va a hacer.

—Les diré que pinten de gris la jaula de cristal donde jugamos —dije con sorna, haciendo referencia a las instalaciones del Instituto de Investigación de Stanford en California.

—Hablo en serio, Morgan. No quiero perderte a ti también.

Se tumbó sobre mí y me abrazó. Permanecimos así un buen rato. Luego se levantó y preparó un poco de comida americana envasada. No tenía apetito, pero me obligó a comer y a tomar una copa de vino. Conseguí animarme un poco.

41

LA URNA DE CRISTAL

Durante las semanas siguientes nos sumimos en una amalgama de agotamiento, paranoia y un maratón mental sin precedentes en la historia del ajedrez. La rutina se convirtió en nuestro único salvavidas en el corazón de Moscú. Del hotel al pabellón, y de la jaula de cristal de vuelta al hotel.

El «tablero ouija» consumía todas mis energías. Cada partida era un suplicio de seis o siete horas de pura contención. Tenía que forzar posiciones cerradas, ceder tiempos y dejar que Tigran bailara por el tablero para transmitir el complejo algoritmo de la nave siniestrada. Y él era un maldito genio. No había otra palabra para describirlo. Mientras yo sudaba frío para no romper la matriz alfanumérica, él era capaz de dictar a ciegas páginas enteras de código fuente camuflándolas tras un juego profiláctico brillante. Por cada escaque que pisaba para marcar una coordenada, enlazaba tres o cuatro movimientos magistrales de relleno que dejaban a los analistas de todo el mundo boquiabiertos, alabando su profunda e impenetrable defensa.

Para mantener la farsa y alargar el torneo, intercambiamos un puñado de victorias pactadas y firmamos varias tablas maratonianas. Era un baile exhaustivo, una coreografía dictada desde la sombra.

En el hotel, la presión no disminuía. Las paredes respiraban y estábamos seguros de que los micrófonos del KGB florecían hasta en los conductos de ventilación. Abby y yo desarrollamos una rutina teatral exasperante. Manteníamos conversaciones triviales y aburridas en voz alta sobre el clima de Nueva York o lo duros que eran los colchones, mientras nos comunicábamos lo verdaderamente importante a través de notas escritas en libretas que luego

quemábamos en el lavabo.

Incluso alimentarnos se convirtió en un problema. Con el paso de los días, los sándwiches al vacío y las latas militares de nuestra reserva empezaron a saber a cartón rancio. Hubo un par de noches en las que el estómago se me cerró por completo ante el olor a conservantes. Por fortuna, hacia la mitad del campeonato, uno de los «escudos» psíquicos de Colton, que parecía más interesado en masticar chicle que en protegernos, nos entregó una valija diplomática. En su interior no había documentos clasificados, sino una remesa fresca de comida americana, botes de sopa de verdad y algo de chocolate que nos supo a gloria.

Solo salíamos del hotel para dar paseos breves y rígidamente escoltados por los alrededores de la Plaza Roja o los jardines cercanos al pabellón. Fue en esos escasos respiros donde la paranoia casi me devora. Mis ojos escudriñaban cada esquina, cada callejón, cada figura envuelta en una gabardina. Esperaba toparme con Vasili en cualquier momento. Sentía su presencia en la nuca, esa vigilancia gélida y constante. Llegué a la aterradora conclusión de que estaba allí, muy cerca, pero no se dejaba ver por una única y retorcida razón: no romper la promesa de que, si volvíamos a cruzarnos, me mataría. El líder soviético había garantizado mi vida públicamente y a él le sería imposible apretar el gatillo sin desatar un conflicto diplomático; por ello supuse que Vasili había optado por jugar con mi mente, ocultándose en las sombras, asegurándose de que yo sintiera su aliento sin llegar a cruzar miradas. Era una tortura psicológica perfecta.

Mientras tanto, el mundo exterior ardía. A medida que avanzaban las partidas, la entrada del pabellón se había convertido en un hervidero. La marea humana estaba cada vez más volcada con el torneo. Los abucheos que me dedicaban al principio se habían transformado en un silencio respetuoso; para los soviéticos, yo ya no era un americano fanfarrón, sino el único jugador en años capaz de aguantarle el pulso a su gran campeón.

Fue precisamente entre esa multitud donde, una tarde, me topé

con un rostro familiar. Esperaba encontrar la gélida sombra de Vasili acechándome, pero en su lugar vi una mole envuelta en un grueso abrigo de piel. Era el Oso. El contrabandista que me había ayudado a escapar de la taiga siberiana en su destartalada avioneta. Estaba de pie entre un grupo de hinchas moscovitas. Al cruzar nuestras miradas, sus labios esbozaron una leve sonrisa. Alzó una mano y me dedicó el gesto de un brindis imaginario; un tributo silencioso de camaradería y éxito, como si me estuviera diciendo que confiaba en mí.

La prensa nos acorralaba en cada traslado. Un enjambre de reporteros rusos y estadounidenses lanzaba preguntas cruzadas mientras los flashes me cegaban sin piedad.

—¡Señor Blake! ¿Cree que podrá romper la defensa de Tigran? —me gritó un periodista del Washington Post durante nuestro penúltimo día, saltándose el cordón militar.

—El campeonato está muy igualado —respondí, usando el tono estoico que Abby me había enseñado—. El tablero dictará sentencia.

Aquella mañana entramos al pabellón para disputar la vigesimotercera y penúltima partida. El marcador global reflejaba la igualdad milimétrica de nuestra farsa: empate a 11 puntos. Quien llegara a 12,5 ganaría el Campeonato del Mundo. Tigran jugaba con blancas.

Me senté en la silla, dentro de la asfixiante jaula de cristal. El aire estaba cargado. Tigran me ofreció su habitual inclinación de cabeza. Sus oscuros ojos, esos pozos de locura estructurada, apenas se detuvieron en mí antes de clavar la vista en el tablero.

Las primeras tres horas fueron un calco de las semanas anteriores. Defensa Caro-Kann, bloqueo en el centro, movimientos de peones lentos y maniobras de caballos aparentemente erráticas pero que, en nuestra matriz oculta, seguían dictando ecuaciones a los superordenadores de Langley o de la Agencia. Yo sudaba, tratando de no perder la concentración, sosteniendo el muro defensivo para que él pudiera seguir escribiendo.

Y entonces, en el movimiento cincuenta y dos, ocurrió.

Tigran no apartó los dedos de su dama. Levantó la vista muy despacio y me miró fijamente a los ojos. No había vacío en ellos; había consciencia, un chispazo de complicidad humana. Sujetó la pieza, cruzó todo el tablero y la soltó en una casilla completamente suicida, justo frente a mi torre, sin ninguna protección.

Un murmullo estalló en las gradas más allá de la urna insonorizada. El comentarista ruso debió de echarse las manos a la cabeza. Era un error garrafal, un regalo absurdo. O tomaba su dama y él ahogaba a su rey forzando unas tablas inmediatas, o se la rechazaba y el resultado era el mismo.

Era el sacrificio pactado de antemano. El «cambio y corto».

El algoritmo orbital estaba completo. Estados Unidos ya debía de tener en sus manos la secuencia matemática para estabilizar la reentrada del Apolo 11.

Dejé escapar el aire que llevaba contenido en los pulmones desde hacía días. Cogí mi torre y capturé su dama. El árbitro, perplejo ante aquel final anticlimático, no tuvo más remedio que declarar las tablas por ahogado.

Tigran se levantó sin inmutarse, me tendió la mano por primera vez y abandonó el cubículo.

Salí de la jaula de cristal mientras el marcador mecánico del pabellón actualizaba los números con un sonoro crujido. Las letras cirílicas brillaban bajo los focos:

TIGRAN SPASSKY: 11.5 MORGAN BLAKE: 11.5

Misión cumplida para Colton Reed. Misión cumplida para la Agencia. Ya tenían su botín.

Mientras caminaba hacia el autobús, buscando la mirada aliviada de Abby en las gradas, las palabras del profesor Hall resonaron en mi cabeza con la fuerza de un martillazo: «Colton le ordenó que no intentara ganar. Yo le ordeno que lo aplaste. Cuando él envíe la última cifra... acabe con él».

Estábamos empatados. El campeonato del mundo, el honor de ambas naciones y mi propia redención frente a Vasili y el abismo, se

decidirían en menos de veinticuatro horas. La partida de mañana ya no sería una farsa diplomática ni un dictado de telemetría. Mañana solo habría ajedrez. Mañana desplegaría la telaraña.

42

EL LEGADO DE PHILIDOR

Dormí abrazado a Abby. El cálido contacto de su cuerpo me ancló a la realidad y consiguió ahuyentar las pesadillas, concediéndome al menos unas horas de tregua. Nos levantamos temprano, en silencio. Antes de ducharme, descolgué una toalla limpia y cubrí el espejo del baño; no quería encontrarme con mi propio reflejo.

Abby preparó un desayuno fuerte a base de raciones militares y café soluble, y me lo tomé sin rechistar. Necesitaba reponer fuerzas y habíamos acordado no ingerir nada que proviniera de las cocinas del hotel. Hoy, más que nunca, un simple malestar estomacal provocado por el KGB podría costarme la vida.

—En América ya eres un héroe, Morgan. No necesitas demostrar nada más —dijo Abby. Su voz, habitualmente firme, tembló con una vulnerabilidad que me encogió el corazón.

—Puede parecer egoísta, pero hoy no juego por mi país —le respondí, ajustándome el nudo de la corbata—. Lo hago por mí. Necesito demostrarme a mí mismo que soy capaz de vencerle. Que puedo mirar a la oscuridad sin caer en ella.

Los agentes de seguridad tocaron a la puerta y nos escoltaron hasta el autobús. Varios vehículos militares volvieron a flanquearnos durante el trayecto hasta el pabellón. Nos recibió una marea humana aún más vasta y ruidosa que en las semanas anteriores, aglutinada contra el cordón militar del recinto. Los periodistas, con sus cámaras de televisión y flashes cegadores, se abalanzaron sobre el autobús al aparcar, pero el muro de fusiles soviéticos no les permitió acercarse.

Nada más bajar, como de costumbre, el dispositivo militar me separó del grupo. Abby me retuvo un segundo por la solapa de la

chaqueta y me dio un beso de una intensidad dolorosa, desesperada. Por un instante quise creer que era sincero.

—No necesitas mirarle a los ojos para ganarle —susurró, y se despidió con una única lágrima resbalando por su mejilla.

Me llevaron hasta la cabina de espera a pie de pista. El campeón también aguardaba al otro lado. El ambiente en el pabellón era eléctrico, denso. El árbitro principal, el individuo corpulento de voz atronadora, subió al atril y dio un apasionado discurso sobre el intelecto humano y la gloria de la patria. Tras el himno soviético, que hizo vibrar el suelo bajo mis pies, nos introdujeron en la jaula de cristal.

Dos árbitros auxiliares tomaron posiciones en nuestros flancos, encaramados a unas sillas elevadas a dos metros del suelo, casi igual que en el tenis. Una disposición extraña, diseñada para vigilar hasta el más leve de nuestros parpadeos. Le tocó abrir al campeón soviético. Tigran no dudó. Empujó el peón de dama a la casilla d4. Una apertura sólida y moderna. La verdadera batalla había comenzado.

Dedicamos los primeros compases a tantearnos. Tejí los primeros hilos de la «telaraña de Korda», cediendo el control del centro aparentemente para armar mi emboscada. Pero la presión se volvió asfixiante enseguida. Tigran no mordió el anzuelo; con esa frialdad profiláctica que le caracterizaba, comenzó a construir una muralla infranqueable de peones y a maniobrar sus caballos con precisión de cirujano, ahogando mis líneas de ataque antes incluso de que nacieran. Tras tres horas de tensión ininterrumpida, la megafonía anunció una pausa reglamentaria de quince minutos. Un militar soviético se acercó al vidrio y me preguntó por señas si necesitaba ir al baño. Asentí.

Me escoltó por un pasillo lateral hasta el aseo. Abrió la puerta, comprobó que no había nadie, asintió bruscamente y se cuadró en el exterior, dándome la espalda. Fui directo al lavabo y abrí el grifo de agua fría sin levantar la mirada. La dejé correr unos segundos antes de empaparme las manos, la frente y la nuca.

Me sobresalté cuando Abby apareció detrás de mí como por arte de magia. ¿Cómo había sorteado al militar de la puerta? Era un fantasma cuando se lo proponía.

—Si le ganas, no saldrás de la Unión Soviética con vida —susurró cerca de mi oído, con urgencia.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto en su lenguaje corporal. Te delatará. Confesará que habéis amañado las partidas anteriores.

—Imposible. Si me delatase, él caería también ante el KGB por traición.

—Eso no importa, Morgan. El odio de su ego herido es más fuerte que su instinto de supervivencia. Lo supe en cuanto bloqueaste su segunda torre. Tu misión ha terminado. Has vencido. La Agencia tiene lo que necesita. Deja que él conserve su título y nosotros conservaremos la vida.

—No sé si podré ganar, pero he de intentarlo. No puedo rendirme ahora.

Abby negó con la cabeza, pálida.

—Tenemos que huir, Morgan. En cuanto concluya la partida, se anulará la promesa de Leonid Brézhnev y tanto Colton como el propio gobierno soviético nos abandonarán a nuestra suerte. Tienes que ser prudente.

En ese momento, el guardia golpeó la puerta tres veces con los nudillos antes de abrirla. Abby, para mi sorpresa, ya no estaba. El ruso se asomó, frunció el ceño y me hizo un gesto impaciente para que regresara. Era evidente que aquel aseo contaba con un acceso secreto.

Regresé a la urna de cristal. Tigran se sentó frente a mí y me buscó con la mirada. Yo la esquivé, ejecuté mi movimiento y accioné el reloj, anotando mi jugada en la pequeña libreta oficial de la mesa.

Pero algo se había roto. Tigran se mostró infinitamente más seguro e inflexible tras la pausa, como si hubiera olido mis dudas. Perdí mi confianza. No logré anticipar sus movimientos y empecé a

retroceder. Mis manos comenzaron a sudar, dejando marcas húmedas en la madera de las piezas. Los minutos pasaban y mi juego se empobrecía a marchas forzadas. Perdí un alfil y tres peones. Lo peor no era la pérdida de material, sino mi precaria situación táctica en el tablero. Me vi obligado a jugar a la desesperada, a la defensiva, sin saber de qué forma me atacaría. Aquel no era mi estilo. Necesitaba anticiparme. Necesitaba descifrar su mente.

Levanté la mirada un instante y me topé con sus ojos profundos y oscuros. El abismo. Allí no había nada más que un vacío absorbente y caótico. Sentí el vértigo de Tunguska, el frío de la muerte. Me costó horrores romper el contacto visual. Si caía en ellos, seguramente no podría salir jamás.

Los minutos se desangraban en el reloj y él se fue haciendo el amo absoluto del tablero. En un movimiento demoledor, me dio jaque con el caballo. Mi situación se tornó crítica. Necesitaba saber qué tramaba. Levanté la vista hasta su media sonrisa... y cerré los ojos de golpe.

Recordé la voz de Abby: «Para vencerle no necesitas mirarle a los ojos. Puedes penetrar en su mente sin establecer contacto visual. Vacía tu cabeza. Que vuestras ondas vibren al mismo ritmo». Traté de acallar todo lo que chillaba a mi alrededor. El murmullo de las gradas, la respiración de los jueces, la fría presencia de Tigran, la claustrofobia de la celda de cristal. Todo. Busqué el silencio absoluto. Pinté las paredes de mi mente y creé mi propia habitación gris, idéntica a la del Instituto de Stanford en California.

En la oscuridad de mi conciencia, algunas imágenes destellaron como relámpagos. Eran tensiones geométricas. Vectores de ataque. Las intenciones de Tigran.

Alargué la mano y moví el único alfil que me quedaba sin abrir los ojos.

Permanecí a oscuras, sumido en un profundo estado de trance, hasta que escuché el leve golpe de su pieza sobre el tablero. Entonces los abrí para confirmar que su movimiento era

exactamente el que yo había visualizado. Había logrado salir de aquella encerrona mortal. Lo había visto en mi interior, no en el suyo. Abby tenía razón.

Seguimos la partida. En cada uno de mis turnos, cerraba los ojos y dejaba pasar los minutos. Aquella excentricidad sacó de quicio a Tigran. Se quejó en un par de ocasiones a los árbitros gesticulando con indignación, pero, al no violar ninguna norma escrita, los colegiados no tomaron medida alguna. Necesitaba ese tiempo en la «habitación gris» de mi mente para descifrar sus próximos movimientos.

Poco a poco, empecé a trazar mi remontada. Tigran no tardó en notar el cambio. Sus músculos se tensaron. El proceso fue agónico, pero logré nivelar la balanza aplicando la variante agresiva que había practicado con el profesor Hall en la nave. Conseguí cobrarme su torre y sus dos caballos a cambio de tres peones y de quedarme en una posición muy arriesgada.

Era el momento de desplegar la telaraña. Retrocedí en el tablero y cedí algunas piezas, fingiendo debilidad. Pero esta vez eran justo las piezas que yo quería perder para abrirle el camino hacia su propia perdición.

Cuando entregué mi segundo alfil, lo supe. Supongo que nadie más en el mundo pudo verlo en ese instante, ni siquiera los superordenadores, pero yo lo visualicé con una claridad cegadora.

Levanté la vista un segundo para tomar aire y entonces lo vi.

En la esquina superior de la grada soviética, medio oculta por las sombras, se erguía una figura inmóvil. Gabardina gris, sombrero calado, cabeza ligeramente gacha. Inconfundible. Vasili.

Lentamente, alzó el rostro y nuestras miradas se cruzaron a través del inmenso pabellón. Fue solo una fracción de segundo, pero el mensaje me llegó tan claro como si me lo hubiera susurrado al oído. «Si me vuelves a ver, morirás». La premisa de su amenaza acababa de cumplirse. Estaba allí para ejecutarme en cuanto pisara la calle, en cuanto se liberase del compromiso de su líder.

El pánico me atenazó la garganta. Mis manos volvieron a sudar a mares. Tenía que salir de allí de inmediato.

Miré el tablero. Tenía la combinación maestra en la cabeza. Una secuencia forzada e imparable en ocho movimientos. Visualicé un final poético, absoluto y letal.

Levanté la mano con brusquedad. El árbitro auxiliar de la derecha se inclinó desde su silla. Le expliqué, con gestos y voz entrecortada, que la tensión me había provocado un malestar estomacal insoportable y necesitaba ir al aseo urgentemente. Torció el gesto con desagrado y bajó a consultarlo con el árbitro principal.

En esos valiosos segundos, agarré el bolígrafo. Anoté en mi libreta oficial de registro la secuencia completa. Mis siguientes ocho jugadas, anticipándome a las únicas respuestas que Tigran se vería obligado a ejecutar para no perder de inmediato. Una trampa matemática ineludible que culminaba en uno de los desenlaces más bellos y crueles de la historia del ajedrez. O, al menos, eso dictaba la lógica en mi cerebro; con la mente caótica del campeón soviético, la certeza absoluta solo existía cuando el rey caía. Arranqué la hoja con cuidado y la doblé en cuatro partes.

El árbitro regresó acompañado de un soldado. Me fulminaron con la mirada, pero asintieron. Podía ir al baño.

Al levantarme, noté que la figura de la gabardina en las gradas se había puesto en movimiento, descendiendo por los escalones hacia la salida. Vasili venía a por mí.

El soldado me escoltó hacia los pasillos interiores. Mi corazón latía desbocado, bombeando adrenalina y terror a partes iguales. El cuerpo me suplicaba echar a correr, huir del pabellón y desaparecer. Pero me obligué a caminar con la compostura de un campeón.

Antes de llegar a la puerta del aseo, me detuve. Me giré hacia el centinela que me acompañaba y le tendí el papel doblado.

—Entrégueselo al árbitro principal —le ordené en un ruso áspero —. Es una secuencia de jugadas forzadas. Jaque mate en ocho. Mi victoria está en sus manos.

El soldado parpadeó, confundido, pero tomó el papel por inercia.

El guardia abrió la puerta del baño, inspeccionó el interior con la mirada, salió y me dejó entrar, apostándose en el pasillo.

Corrí hacia el lavabo. Me apliqué agua helada en la cara y la nuca con las manos temblorosas, evitando por completo mi reflejo. El silencio del baño solo era interrumpido por mi respiración agitada y el goteo del grifo.

De pronto, escuché un suave silbido.

Levanté la vista. Se repitió. Una, dos, tres veces.

Provenía del techo. Una de las losetas de ventilación estaba desplazada. En el hueco oscuro, asomaba el rostro manchado de polvo de Abby. Me tendió la mano.

Suspiré, sintiendo que las rodillas casi me cedían de puro alivio. Mi parte de la misión había concluido. El algoritmo estaba a salvo, me había cobrado la revancha con Tigran y había sobrevivido a sus ojos. Apenas unos segundos antes había dado por hecho que la Agencia me abandonaría a mi suerte, como en la taiga siberiana. Pero Abby no era la Agencia. Ella estaba allí, y en su mirada atisbé una expresión profunda de lealtad, camaradería y... ¿amor?

Me impulsé sobre el lavabo, agarré su mano con todas mis fuerzas y me dejé arrastrar hacia la oscuridad de los conductos, justo cuando los pesados pasos del militar empezaron a retumbar al otro lado de la puerta.

43

EL TABLERO FANTASMA

—¿Le has vencido? —susurró Abby, tirando de mí hacia la oscuridad.

—Aún no ha terminado la partida.

—¿Te retiras entonces?

—Más o menos.

Gateamos por los angostos conductos de ventilación y nos dejamos caer en una sala de mantenimiento pequeña y diáfana. Atravesamos varios pasillos y estancias vacías hasta dar con una pesada trampilla de hierro. Tiramos de ella y nos colamos bajo tierra. Anduvimos unos cuatrocientos metros a oscuras, chapoteando sobre un palmo de lodo de olor nauseabundo que me empapó los zapatos y los bajos del pantalón. Supongo que fue la distancia suficiente para sortear el primer perímetro de seguridad del pabellón.

En un lateral del túnel de desagüe, apareció un boquete estrecho excavado en el ladrillo. Se notaba que era reciente. Conectaba directamente con los pasadizos de mantenimiento de la monumental red del metro de Moscú. Logramos avanzar agazapados por los túneles paralelos a las vías y emergimos en los andenes de una estación secundaria. Una vez allí, camuflados entre los viajeros, salimos al exterior.

Fuera nos esperaba un coche modesto con un chófer local que arrancó en cuanto subimos, sin pronunciar ni media palabra. Llevaba la radio puesta a todo volumen y la voz metálica de un locutor soviético inundaba el habitáculo. Abby se acomodó en el asiento trasero y me fue traduciendo la emisión en voz alta, sin importarle la

presencia del conductor. Seguramente se trataba de uno de los contactos locales a sueldo de la Agencia, un tipo acostumbrado a hacer trabajos menores para sacarse un sobresueldo.

—Reina una gran confusión en el pabellón... Todo apunta a que el aspirante americano ha abandonado cobardemente la final. Se nos informó de que la partida se pausaba por un supuesto malestar de Morgan Blake, pero la realidad es que se ha esfumado al verse acorralado, justo cuando la posición en el tablero estaba claramente en su contra y su derrota era inminente.

Abby me interrogó con la mirada y yo me encogí de hombros, con el pulso a mil por hora.

—Pero ¡un momento! —prosiguió traduciendo Abby—. El militar que acompañaba al americano acaba de entregar una nota al árbitro principal. Los colegiados debaten ahora mismo en el escenario. ¿Qué será? ¿Una rendición formal?

En ese momento, la emisión se vio interrumpida por un crujido estático y entró una alerta policial por un transistor interno que el chófer llevaba oculto bajo el salpicadero. Nos buscaban. Reconocí al instante la voz gélida de Vasili. Ordenaba controlar todas las carreteras en un radio de veinte kilómetros, paralizar el transporte público y detener cualquier vehículo sospechoso. Añadió que recaería la pena de muerte inmediata por alta traición sobre cualquiera que nos ayudase a escapar.

El conductor se estremeció al escuchar la amenaza. Su rostro palideció en el espejo retrovisor. Era evidente que la Agencia no le pagaba lo suficiente como para arriesgarse a terminar frente a un pelotón de fusilamiento. Abby, leyendo el pánico en los ojos del hombre y sabiendo que nos entregaría en el primer control, le ordenó que se detuviera de inmediato frente a una plaza muy concurrida. El chófer respiró aliviado, frenó en seco y, en cuanto cerramos las puertas, desapareció quemando rueda para salvar el pellejo.

Me subí el cuello del abrigo y nos mezclamos entre la multitud. Hacía un frío cortante. Buscamos refugio en una *pivnaya*, una oscura

y ruidosa taberna local asfixiada por el humo de tabaco barato. Los clientes, hombres de rostros curtidos y abrigos raídos, hacían gestos obscenos y le gritaban al televisor colgado sobre la barra. En la pantalla, mi silla vacía era el hazmerreír de la nación.

Nos unimos a la masa. Abby pidió dos cervezas y vociferó un par de insultos en un ruso perfecto para mimetizarse. El comentarista de la televisión volvió a intervenir y Abby pegó sus labios a mi oreja.

—¡Atención, camaradas! Tenemos noticias insólitas —tradujo ella, transmitiéndome la arrogancia del locutor—. Al parecer, el americano no se ha rendido. Ha dejado anotadas sus ocho próximas jugadas y ha solicitado que el árbitro mueva las piezas por él, anticipando las respuestas forzadas de nuestro campeón.

La taberna estalló en carcajadas y abucheos.

—Es un insulto al reglamento y una fantasía absurda típica de los americanos. Sin embargo, la mesa arbitral se ha acercado a Tigran Spassky. El campeón, sereno y ofendido por tal arrogancia, ha exigido que se juegue. Quiere aplastar esa nota de papel en el tablero para demostrar la superioridad soviética.

Los silbidos y los insultos arreciaron ante el ultimo comentario del locutor. Me odiaban. Si hubiesen descubierto que el americano cobarde estaba acodado en su barra, me habrían linchado allí mismo. Agaché la cabeza y me centré en el fondo de mi vaso de cerveza. Abby actuaba de forma radicalmente distinta: escupía al suelo casi tras cada frase del televisor y despotricaba sobre mí con el hombre que tenía a su derecha.

Fue entonces cuando lo vi. A escasos dos metros, apoyado contra una barrica. La silueta inmensa, la barba salvaje y la nariz enrojecida por el vodka. Era Oleg, «El Oso», el amigo de Sergey.

El corazón me dio un vuelco. Era una casualidad macabra, pero a fin de cuentas, estábamos en una taberna de los suburbios; seguramente, un punto de encuentro habitual para el mercado negro local. Si Oleg me reconocía, estaba muerto. Hundí aún más la cabeza. Fuera, el aullido de las sirenas policiales empezó a multiplicarse. Los clientes jaleaban a los coches patrulla que pasaban

a toda velocidad por la calle.

Se hizo un repentino silencio en el local cuando el televisor mostró un primer plano del papel desplegado que yo había arrancado.

—Insisto, camaradas —continuó la traducción susurrada de Abby —, el americano solo podrá ejecutar los movimientos que vemos en pantalla, con absoluta independencia de lo que haga Tigran. Es un disparate.

La cámara abandonó el papel y enfocó la mesa de juego.

—El árbitro principal toma asiento frente a Tigran Spassky —narró el locutor, cuya voz empezó a perder su fanfarronería inicial—. Él colegiado conoce de antemano todos sus movimientos, es más, todos conocemos las siguientes jugadas de Morgan Blake. Todos, menos nuestro campeón. Jamás ha sucedido algo así en la historia de este deporte.

Se hizo un silencio espeso. Nadie quitaba ojo de la televisión.

—Y ahora sí, camaradas. La partida se reanuda —anunció el locutor, contagiando la expectación—. El árbitro ejecuta el primer movimiento de la nota, un salto de caballo, y presiona el reloj, dando inicio a los últimos compases de esta épica batalla. Tigran responde al instante con un avance ofensivo de alfil y golpea con autoridad su pulsador. El árbitro vuelve a mirar el papel y mueve el peón blanco. Tigran captura... Un momento. Tigran duda.

En la pantalla, la mano del campeón soviético se quedó congelada sobre el tablero. Su rostro, siempre inescrutable, mostró una contracción muscular en la mandíbula.

—El campeón ha tardado tres minutos en responder —retransmitió la voz, con un tono mucho más neutro—. Finalmente mueve su torre. El colegiado desliza el dedo por la hoja y asesta la tercera maniobra del americano: un sacrificio de alfil letal. Tigran traga saliva y se ve forzado a capturarlo. Acto seguido, el árbitro consulta la nota y ejecuta la cuarta jugada... Es... es un jaque con la dama. ¡Por Lenin! ¿Qué está pasando?

La arrogancia del comentarista se desmoronó. En el bar, los

murmullos de burla dieron paso a un mutismo cargado de tensión. Al desviar la vista del televisor, me topé de frente con la mirada de Oleg. Entrecerró los ojos y se frotó la barba. Me había reconocido.

Apreté el brazo de Abby e hice el amago de levantarme para salir corriendo de allí, pero ella me mantuvo anclado a la silla clavándome los dedos en el muslo. Dos militares y un hombre de gabardina gris acababan de irrumpir en la taberna.

Era Vasili.

¿Cómo demonios podía tener tan mala suerte? Era imposible. Las dos únicas personas que conocía en Rusia estaban bajo aquel mismo techo. En ese momento me asaltó la imagen del chófer que nos había traído hasta aquí, detenido y siendo interrogado por el KGB. Quizá no fuese ninguna casualidad que Vasili estuviese pisándonos los talones. El pánico me sepultó. Estaba atrapado entre el KGB y un contrabandista.

—El campeón ruso evade el jaque —tartamudeó la televisión, ajena a mi condena de muerte—, pero la posición es crítica. El árbitro ejecuta el quinto movimiento de la nota... ¡Otro jaque! El caballo americano salta a f7. Tigran está en apuros. No puede ser...

Oleg, ignorando a los militares de la entrada, se acercó a nuestra mesa con una jarra en la mano. Me animó a brindar con él y me mostró una sonrisa cargada de dientes amarillentos. Abby, alarmada, me preguntó quién era. Le susurré que era un amigo de Sergey con el que me había cruzado en la taiga.

Vasili y sus hombres avanzaban lentamente por el bar, pidiendo la documentación a los clientes que estaban cerca de la puerta. Yo me mantuve de espaldas a ellos, siguiendo la gabardina de Vasili a través del reflejo grasiento de un espejo colgado en la pared.

—¡Doble jaque! —gritó el locutor soviético, completamente desencajado—. El sexto movimiento de la nota es una embestida letal con caballo y dama. Tigran está obligado a mover su rey a la esquina, a la casilla h8. El árbitro busca el séptimo movimiento en el papel. Esto es una pesadilla... ¡El americano sacrifica su propia dama!

Un grito colectivo de horror ahogado resonó en la taberna. En la pantalla, la dama blanca se inmolaba en la casilla g8. Tigran, pálido como un cadáver, se vio forzado a capturarla con su torre, bloqueando la única vía de escape de su propio rey. Estaba asfixiado por sus propias piezas.

Oleg me golpeó en el hombro.

—Tienes unos huevos de acero, americano —masculló por lo bajo, arrastrando las erres con su fuerte acento ruso.

Luego, evaluó la situación. Vio a los agentes del KGB acercándose a nuestra espalda. Vasili estaba a escasos cinco metros, revisando una documentación. Oleg sabía perfectamente lo que les ocurría a los contrabandistas como él si la inteligencia soviética los relacionaba con espías extranjeros.

—El árbitro ejecuta el octavo y último movimiento de la nota de Morgan Blake —susurró el comentarista de la televisión, como si narrase un funeral—. Caballo a f7. El rey no puede moverse. Está atrapado por su propia torre... Es... Es jaque mate. El fatídico mate de la coz. El americano ha ganado el Campeonato del Mundo desde un trozo de papel.

En la pantalla, Tigran Spassky, el inquebrantable muro soviético, barrió las piezas del tablero de un manotazo lleno de rabia e impotencia.

En ese preciso instante, Oleg se levantó de un salto y estampó su pesada jarra de cristal contra la pared, haciéndola añicos.

—¡Maldito americano! —rugió Oleg a pleno pulmón, con las venas del cuello hinchadas—. ¡Todo esto es una farsa! ¡Es una artimaña! ¡Trampa! ¡Tongo! ¡Nos han humillado en nuestra propia casa!

Abby, captando la genialidad de la maniobra al vuelo, imitó a Oleg y empezó a corear sus gritos tirando su propia silla al suelo. La chispa prendió en un polvorín de ego nacional herido. La mayoría de los presentes se levantaron, furiosos, lanzando botellas y taburetes contra el televisor y entre ellos mismos.

La taberna estalló en un motín en cuestión de segundos. Los

militares y Vasili quedaron atrapados, sepultados bajo una avalancha de parroquianos borrachos y enfurecidos que se liaron a golpes impulsados por la rabia de la derrota.

Oleg tiró de mi abrigo. Nos abrimos paso a codazos, escudados por el caos. Pasé a medio metro de la espalda de Vasili, que trataba de quitarse de encima a un ruso enorme que le había agarrado del brazo. Logramos salir a la calle helada. Abby se colgó de mis hombros, exultante, mientras Oleg nos guiaba hacia la oscuridad del callejón trasero.

Su vieja camioneta estaba aparcada a pocos metros. El remolque estaba cubierto con una lona mugrienta. Oleg retiró la tela y accionó un pestillo oculto que abría un doble fondo bajo la caja principal. Tuvo que apartar a patadas un montón de pieles de zorro mal curadas y basura para que yo pudiera caber. El olor a putrefacción y gasoil era vomitivo, pero me metí en aquel sarcófago sin rechistar. Abby subió a la cabina con él y nos pusimos en marcha.

Atrapado en la oscuridad, cada bache era un suplicio, pero la voz amortiguada de la radio en la cabina era música para mis oídos. Había ganado.

El viaje fue una tortura. A la hora de camino, sentí que la camioneta frenaba bruscamente. Un control militar. Escuché las voces ásperas de los soldados interrogando a Oleg. Luego, la voz estridente de Abby, haciéndose pasar por la esposa borracha del contrabandista, escupiendo maldiciones sobre el «maldito ajedrecista americano que había hecho trampas».

Sentí retumbar el golpe de las culatas de los rifles contra la caja de la camioneta. Alguien abrió la compuerta superior. Los pasos de unas botas resonaron a escasos centímetros de mi cara, aplastando las pieles que me cubrían. Contuve la respiración hasta que los pulmones me ardieron. Finalmente, el soldado gruñó algo sobre el mal olor, cerró la compuerta de un golpe y la camioneta volvió a arrancar.

Pasamos un segundo control dos horas después, superado gracias a la misma actuación estelar de Abby y al discreto escondite de

contrabando de Oleg. Después, el asfalto desapareció. La suspensión del viejo vehículo crujía violentamente sobre los socavones de un camino de tierra, golpeándome contra el techo y el suelo de mi ataúd durante una hora interminable.

Cuando el motor por fin se detuvo y Oleg abrió mi tumba de chapa, aspiré una bocanada de aire helado y puro. Estábamos frente a un inmenso lago, rodeados de coníferas. Era un paraje muy similar al de nuestro primer viaje, pero la cabaña de troncos aquí estaba más destartalada y el paisaje era aún más remoto. A pocos metros, meciéndose sobre las aguas grises, nos esperaba el hidroavión ajado y manchado de óxido de la vez anterior. Este lugar debía ser otro de los puntos ciegos en las rutas de contrabando del Oso.

Abby me ayudó a salir, sosteniéndome mientras recuperaba el equilibrio y el flujo sanguíneo en las piernas. Oleg trotó hacia la cabaña.

—¿Cómo le has convencido para que arriesgue su vida por nosotros de nuevo? —le pregunté a Abby, viendo al enorme ruso trajinar.

—No ha hecho falta mucho —replicó ella, esbozando una media sonrisa—. Te admira. Tu hazaña de hoy se contará en los bajos fondos durante décadas. Eres un héroe para él, un loco capaz de humillar al sistema. Eso... y un fajo de dólares que llevaba escondido en las costuras del abrigo. Con una generosa donación a su causa, asunto zanjado.

Oleg regresó cargado de bidones de combustible que vació a toda prisa en los depósitos antes de arrojar un par de mochilas con provisiones a la cabina. Subimos al hidroavión tropezando con nuestro propio agotamiento. El despegue fue un acto de fe ciega. El viejo motor rugió con una vibración metálica que amenazaba con desarmar el fuselaje, y las hélices cortaron el aire helado levantando un espeso muro de espuma. Los patines golpeaban violentamente la superficie del lago, rebotando contra el agua oscura, incapaces de romper la tensión superficial mientras la orilla se precipitaba hacia nosotros a una velocidad de pesadilla.

Parecía que íbamos a estrellarnos contra los pinos del fondo, pero en el último segundo, calcando la maniobra de nuestro primer viaje, Oleg tiró de los mandos con un gruñido gutural y el morro se elevó con una sacudida brutal, arrancándonos por fin de las garras del KGB.

Abby me apretó la mano con una fuerza tremenda. Ese fue el único signo de debilidad que percibí en ella en todo este tiempo. Yo debía de estar blanco como la porcelana, exhausto y al límite de mis fuerzas.

Oleg lanzó un grito de triunfo salvaje a los mandos mientras nos perdíamos entre las nubes. Cerré los ojos, sintiendo por fin que el abismo de Tigran y la sombra de Vasili quedaban miles de metros por debajo de mis pies.

44

JAQUE MATE AL ESPÍA

Volamos casi tres horas envueltos en un denso silencio, solo roto por el ensordecedor traqueteo del motor. El Oso dio varios tragos largos a una petaca metálica y, en cada envite, nos vimos obligados a rechazar con cortesía su insistente invitación. Su aliento apestaba a alcohol y tabaco negro. En un par de momentos pensé en hablar con Abby en inglés; sabía perfectamente que aquel borrachín de buen corazón apenas entendía nuestro idioma. Pero respeté su mutismo. Ella miraba por la ventanilla con el rostro demacrado por el agotamiento.

Por el cristal empañado no se veía más que un océano blanco. No tardaron en aparecer kilómetros y kilómetros de pinos, todos coronados de nieve, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. No estaba completamente seguro de nuestras coordenadas, pero por la brutalidad del paisaje me daba la impresión de que habíamos regresado al corazón de la taiga siberiana.

Todavía no sabíamos si los árbitros habrían dado por válido el irremediable jaque mate al espía Tigran. En realidad, no me importaba demasiado. Yo estaba satisfecho conmigo mismo. Sentía una paz extraña y profunda en el pecho. Lo había conseguido. Había logrado vencer al muro inquebrantable, al pozo sin fondo. Había vencido al campeón.

El motor redujo su rugido y comenzamos a descender. Esta vez no había lagos ni cabañas de por medio. Aterrizamos de forma brusca en el meandro de un río medio congelado, la inmensa serpiente plateada que zigzagueaba abriéndose paso a través del espeso bosque de coníferas.

Oleg fue el primero en saltar, hundiendo sus pesadas botas en la orilla nevada, y nos ayudó a descender con cuidado para evitar que resbaláramos y cayésemos al agua gélida. Abrió el compartimento de carga situado en uno de los patines del hidroavión y extrajo dos mochilas. De la primera desempaquetó unas abultadas botas de piel, ropa térmica y gruesos abrigos forrados. Nos cambiamos allí mismo, tiritando, usando el fuselaje del avión para protegernos del viento cortante.

Del mismo compartimento, Oleg recuperó también un par de raquetas de nieve y un mapa desgastado. Cruzó unas frases amistosas con Abby en ruso. Tras señalarle nuestra ubicación exacta y trazar con el dedo la ruta que debíamos seguir a través de la taiga, se lo entregó y la envolvió en un caluroso abrazo.

Luego se giró y me estrujó a mí. El impacto contra su pecho fue como chocar contra un oso de verdad. El olor a alcohol era terrible, pero su sonrisa era genuina. Tenía la nariz y las mejillas de un rojo intenso por el frío y el vodka, y hasta sus ojos brillaban húmedos por la emoción. Aquello era una despedida definitiva y el gigantón parecía sinceramente conmovido por decirnos adiós, además de orgulloso por haber ayudado a humillar al sistema soviético.

Nos calzamos las raquetas, empezamos a caminar hacia la espesura del bosque y dejamos a Oleg atrás, perdiéndose para siempre en la inmensidad del paisaje helado. No me hizo falta preguntar para saber que nos dirigíamos a la cabaña de Sergey.

—¿Crees que Sergey nos acogerá de nuevo? —pregunté, frotándome los brazos.

—Más nos vale —respondió Abby, ajustándose la bufanda—. Tengo entendido que Evelyn y tú le causasteis muy buena impresión.

—¿Cuánto tiempo estaremos con él?

—El KGB habrá emitido una orden de busca y captura internacional. Para ellos somos espías, saboteadores, y la pena por alta traición es el paredón. No podremos salir de la Unión Soviética en un tiempo, Morgan. Tendremos que convertirnos en fantasmas.

—¿Él sabe que vamos?

—No, pero pondremos nuestra vida en sus manos.

Seguimos el mapa. La ruta consistía, básicamente, en bordear el cauce del río parcialmente helado. Lo agradecí, pues en aquel laberinto blanco las únicas referencias visuales eran miles de pinos idénticos entre sí. El verdadero reto era acertar el punto exacto en el que debíamos separarnos del agua para adentrarnos en el bosque y dar con el asentamiento de cazadores.

Estaba oscureciendo y la temperatura caía en picado. El frío siberiano es un depredador paciente; comenzó a colarse por las costuras de la ropa y pronto sentí los pies húmedos y entumecidos. Si no llegábamos a tiempo, moriríamos congelados, de eso no había duda. Hicimos una única y breve parada para comer unas tiras de carne seca que nos había dejado Oleg y reponer fuerzas antes de que la noche nos engullera completo.

Seguimos avanzando en penumbra. Justo cuando alcanzamos una curva algo más pronunciada en el cauce, Abby se detuvo y revisó el mapa a la luz de la luna. Aquel parecía ser el punto de desvío. Ambos asentimos en silencio y nos adentramos en la espesura. Éramos conscientes de que no había margen de error: un solo grado de desviación en nuestra brújula significaba perdernos para siempre en la inmensidad blanca.

Por fortuna, tras cuarenta agónicos minutos de marcha, divisamos el tenue resplandor de unas lámparas de aceite. Los perros fueron los primeros en dar la voz de alarma. Los ladridos de los laikas siberianos rompieron el silencio del bosque como una sirena ensordecedora. Abby me interrogó con la mirada y la conduje directamente a la cabaña que recordaba.

Llamamos a la puerta. Sergey abrió empuñando un rifle. Su mirada fue fría e impenetrable por un segundo, dominada por el instinto de cazador, pero enseguida se suavizó al reconocerme. Bajó el arma, se hizo a un lado y nos invitó a pasar al calor del fuego. Luego me ofreció un firme apretón de manos, rudo pero tremendamente sincero. Su esposa volvió a desvivirse por

atendernos, acercándonos mantas y sirviéndonos té caliente.

En cuanto la luz de la lumbre iluminó el rostro de Abby, ambos sonrieron al reconocerla pese al cambio físico. O, al menos, eso creyeron. Para ellos, la mujer que me acompañaba volvía a ser Evelyn. La esposa de Sergey se acercó a ella con delicadeza y, mediante gestos cargados de preocupación maternal, se interesó por las graves heridas que Evelyn había sufrido en el muslo y en el vientre; aquellas mismas que la propia anfitriona le había curado meses atrás. Abby me miró una fracción de segundo, comprendiendo la situación al instante. Le devolvió una sonrisa cálida y asintió con suavidad, dándole a entender que estaba completamente recuperada. No tuvimos el valor, ni la necesidad, de romper aquel vínculo explicándoles la triste verdad.

Aquella gente sencilla nos acogió de nuevo sin hacer una sola pregunta. Compartieron con nosotros su comida, su humildad y su hogar. Jamás los olvidaré.

Creo que fueron las mejores semanas de mi vida.

Tardamos varios días en tener noticias del exterior a través de una vieja radio de onda corta. Así supimos el resultado oficial de la final: ante la evidencia televisada, la mesa arbitral no tuvo más remedio que dar por válidos mis movimientos anotados. El nuevo campeón del mundo de ajedrez era un americano. Y no un americano cualquiera: era yo. ¿Qué diría Rita si me viera ahora?

Pero las noticias también trajeron sombras. Días después nos enteramos de que Tigran Spassky había sido arrestado por el KGB y acusado de espionaje y complot contra el Estado. Vasili y el régimen necesitaban desesperadamente un chivo expiatorio para justificar su humillación global, y la partida «amañada» fue la excusa perfecta. El genio que nos había dictado la salvación de nuestros astronautas pagaría su lealtad a la humanidad con el *gulag*, o peor aún, con su propia vida.

Aquella familia siberiana vivía completamente ajena a todo ese circo político. Su única guerra era sobrevivir al próximo invierno y no tenían tiempo para las distracciones y conspiraciones de la gente

ociosa de las ciudades. Ayudé al cazador en la preparación y recogida de trampas, en el acondicionamiento de la madera y hasta en el adiestramiento de los cachorros de laika. Pero a quien más echo de menos es al pequeño Sergey. Era un bebé tremendamente inteligente y espabilado. Valiente como él solo; no temía a nada y gateaba entre los perros enormes como si fueran sus hermanitos. Abby también se encariñó profundamente con él.

Fueron días de una felicidad pura. Era otra forma de entender la existencia, mucho más plena y sincera que la de nuestra estresante sociedad occidental. Allí la comida era humilde, pero un simple estofado de liebre reconfortaba el alma de una forma que el manjar más caro de Nueva Jersey jamás podría igualar. Al caer la noche, nos desplomábamos en la cama exhaustos y dormíamos profundamente. No había tiempo para dar vueltas en la oscuridad inventando problemas que no existían; el duro trabajo físico curaba cualquier insomnio.

Y fue allí, aislados por la nieve y el hielo, donde Abby y yo nos convertimos en verdaderos marido y mujer. Lejos del control opresivo de Colton Reed y de las sombras de la Agencia, la fría espía desapareció. Se despojó de su armadura para convertirse en la mujer que yo había atisbado en su interior; esa misma mujer que, casi sin darme cuenta, se me había colado bajo la piel para siempre.

EPÍLOGO

20 de julio de 1969. Newark.
(2 meses después)

Era un día fresco, envuelto en una ligera llovizna que empapaba las calles de Newark. Una brisa casi veraniega si la comparaba con el implacable hielo de la taiga siberiana. La televisión llevaba días monopolizada por un solo tema, y tanto América como el mundo entero contenían la respiración, con la atención clavada en una pantalla en blanco y negro.

Era la cuenta atrás definitiva. Los comentaristas se esforzaban por exaltar el evento, confiriéndole una importancia épica, casi divina. Todo el planeta parecía sufrir por aquellos últimos segundos de la misión Apolo 11. Yo, sin embargo, los observaba desde la distancia emocional de quien ya ha librado su propia guerra.

Mientras la nave descendía, pensé en Sergey y en su familia. Especialmente en el pequeño Sergey, gateando valiente entre los laikas. También en toda la gente del poblado de cazadores. ¿De qué les serviría a ellos que la humanidad pisara el polvo lunar? Con toda certeza, vivirían completamente ajenos a este hito histórico. En ese preciso instante, estarían preparando la cena al calor de la lumbre o dando descanso a un cuerpo molido por el trabajo honesto. Su mundo era real; el de la televisión, un mero circo de vanidades geopolíticas.

En la pantalla, el módulo *Eagle* se posó sobre la superficie lunar con éxito. Poco después, la figura blanca y voluminosa del astronauta americano descendió de aquella lata de sardinas por la que tanto habíamos sacrificado. Su voz, distorsionada por la estática, resonó en el salón:

—Un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la

humanidad...

Justo en ese momento, me llegó el inconfundible aroma a tortitas recién hechas desde la cocina. Sonreí. Aquel olor dulce y casero era para mí infinitamente más importante que las falsas promesas de cualquier presidente, y mucho más trascendental que el hecho de que otro miembro de mi especie pisara una roca inerte a cientos de miles de kilómetros de casa.

Me levanté del sofá, apagué el televisor en mitad de la retransmisión y caminé hacia la cocina, siguiendo el rastro de aquel aroma para abrazar a la mujer de mi vida.

FIN

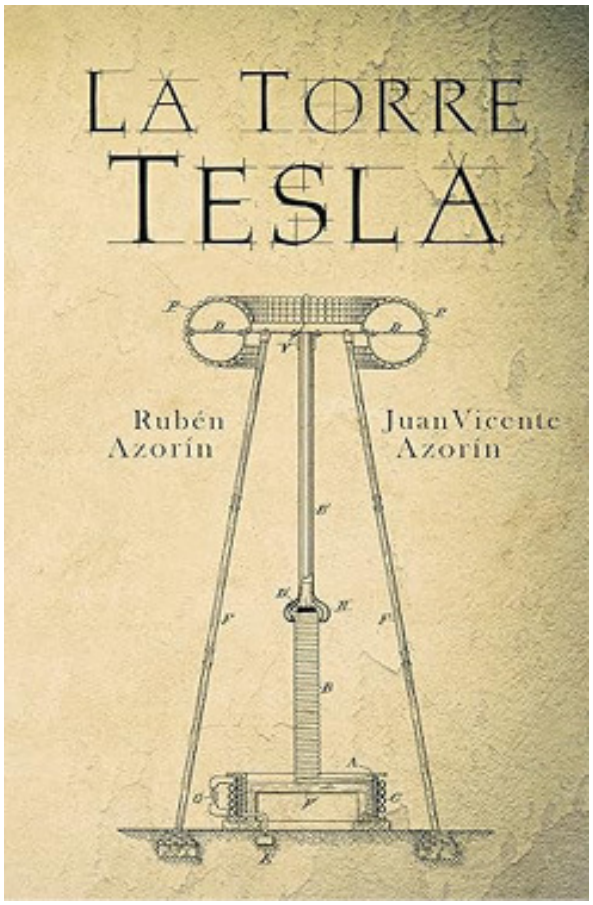
OTRAS OBRAS DEL AUTOR



Luna Apogeo
(2014)



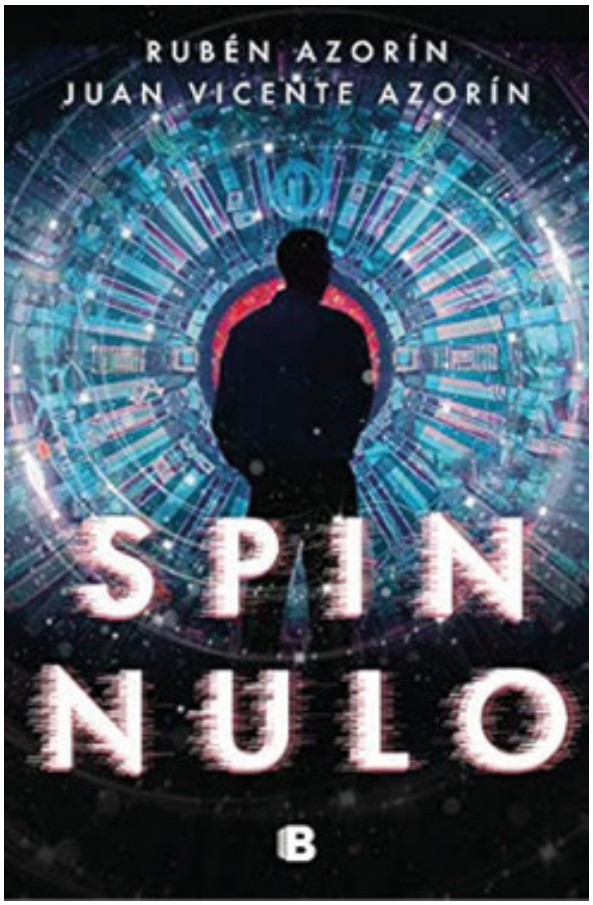
Luna Nuevo Mundo
(2016)



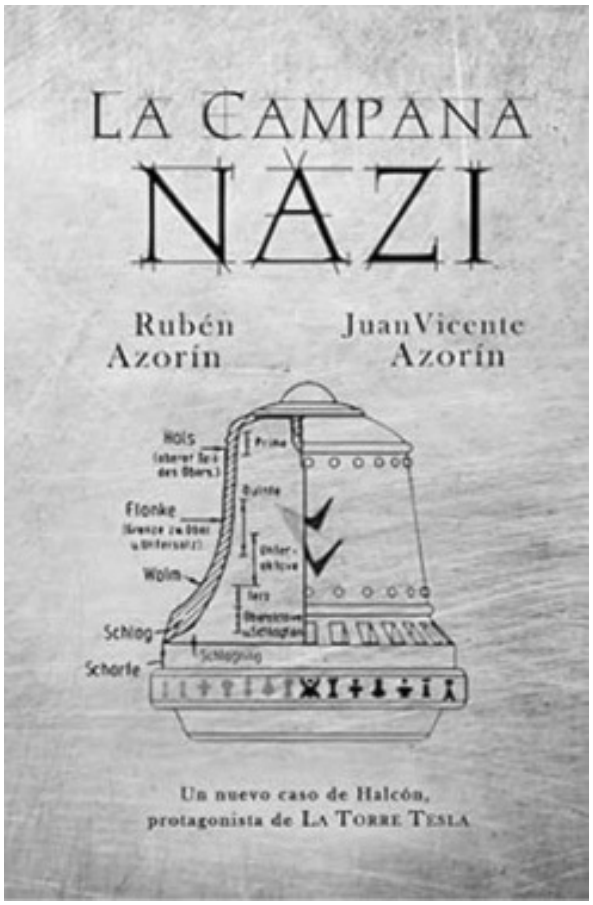
La Torre Tesla
(2017)



Cosmódromo
(2019)



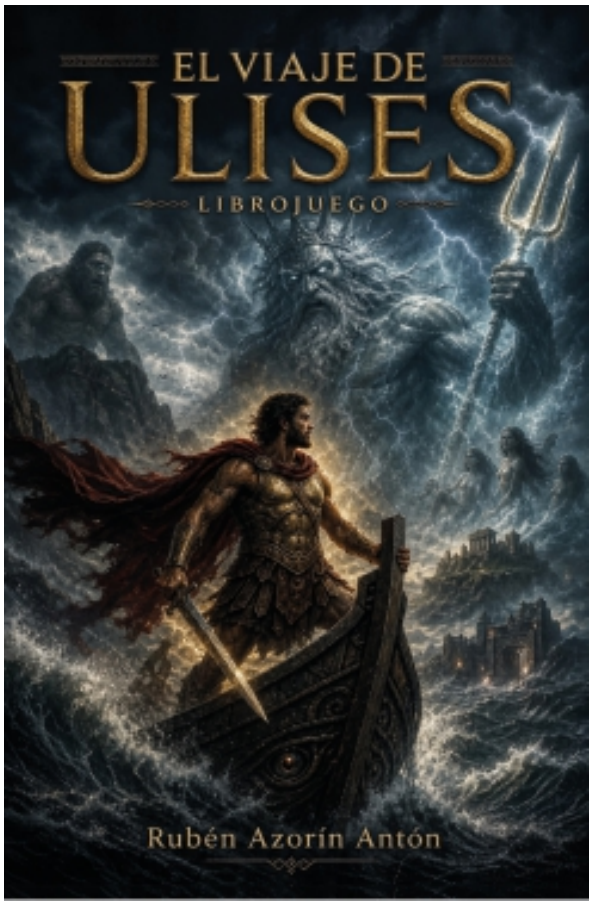
Spin nulo
(2020)



La Campana Nazi
(2021)



Asesinato en la Estación Espacial (2025)



El Viaje de Ulises
(2026)